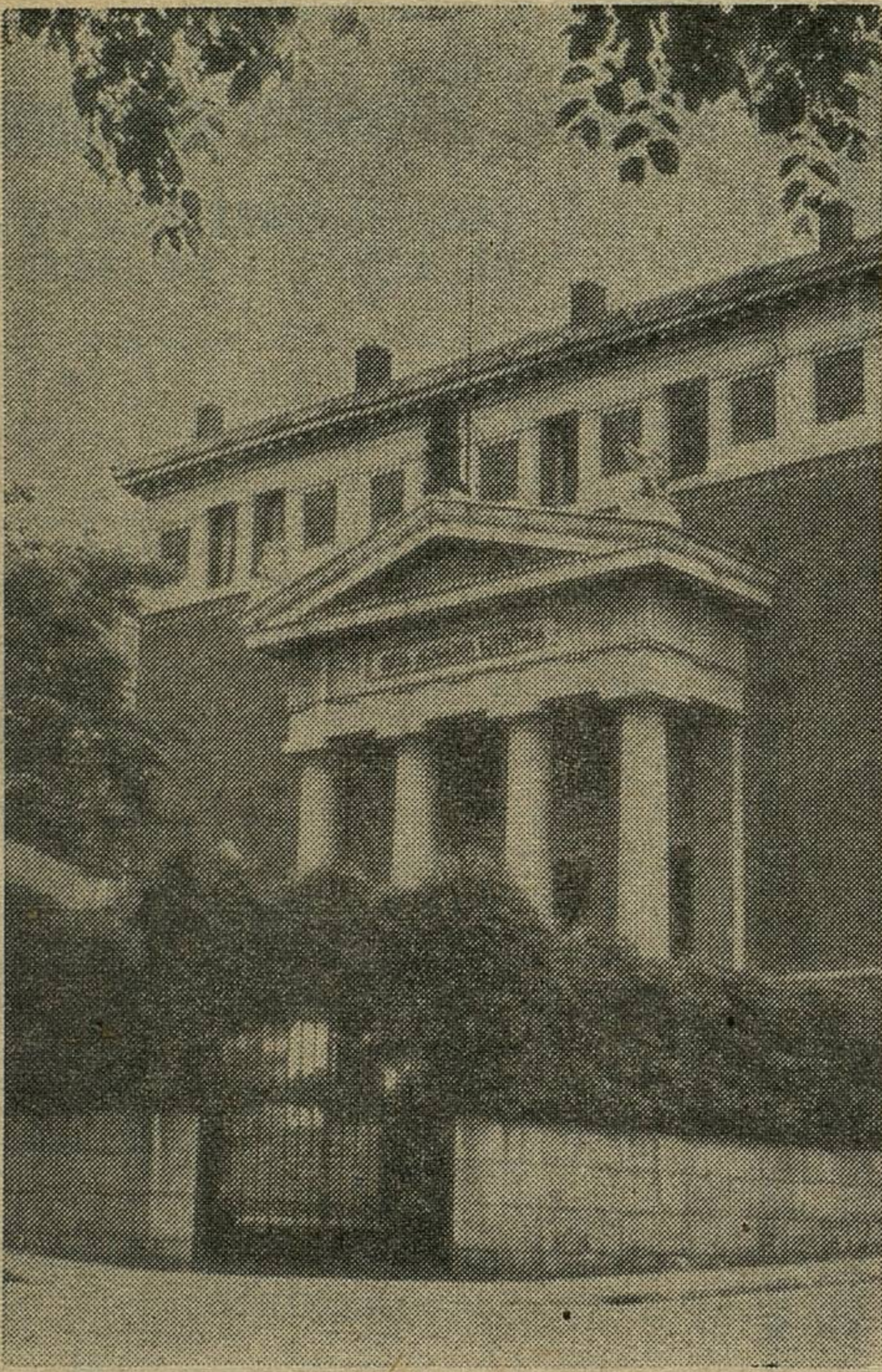
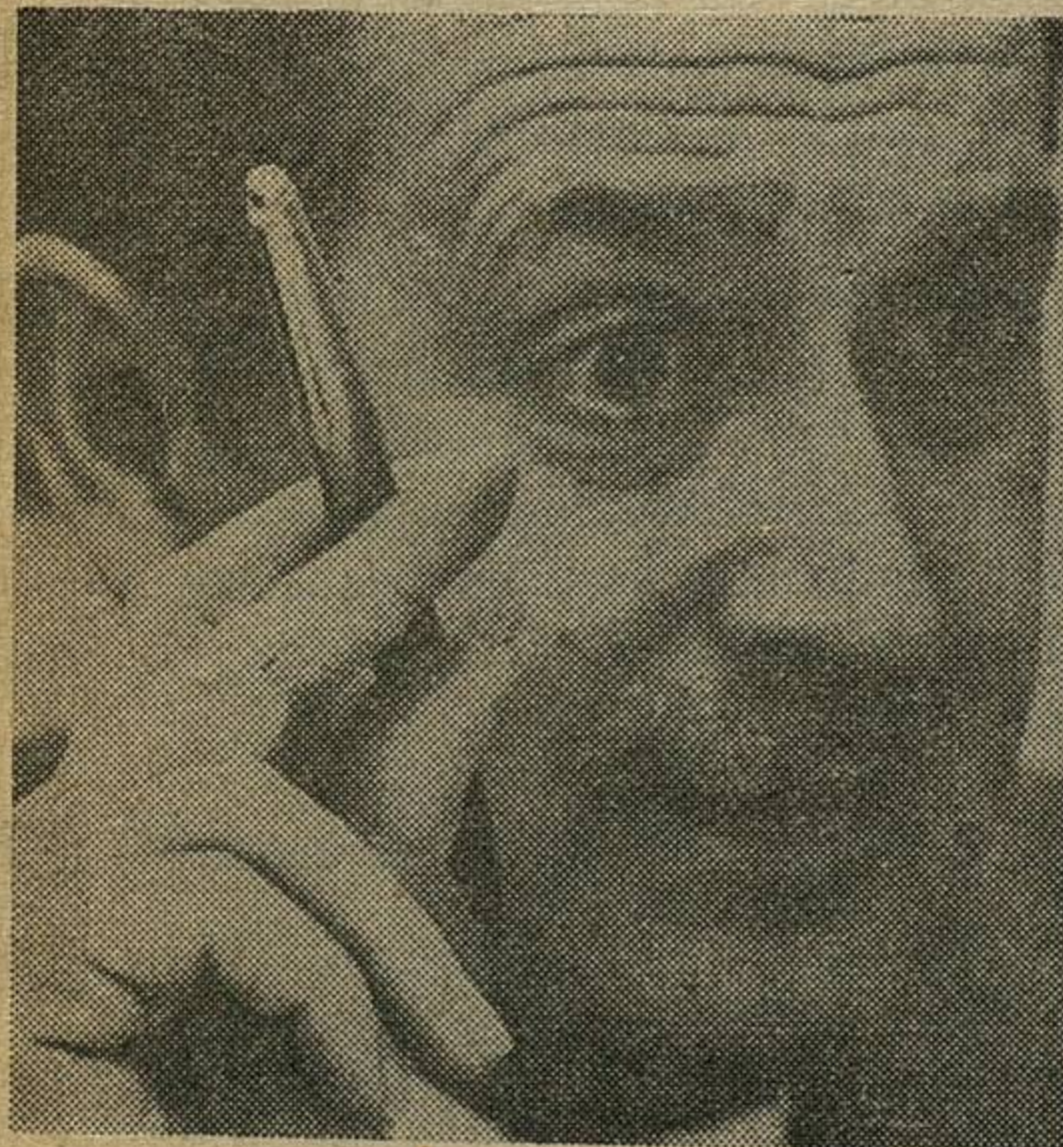


EL DIA 1 DE FEBRERO, ELECCIONES



Murió Julio Guillén, en la Academia ha quedado vacía una silla y a ocuparla pueden ir o José García Nieto o Miguel Delibes. La pelota, que está en el tejado, se caerá en las elecciones del jueves, 1 de febrero, a las siete y media de la tarde, y puede tocar novelista o poeta. Miguel Delibes, que nació en Valladolid el 17 de octubre de 1920, es periodista con título y ejercicio, y saltó a la gloria gracias a «La sombra del ciprés es alargada», premio Nadal de 1947. José García Nieto, asturiano de cincuenta y nueve años, periodista con título y ejercicio, saltó a la gloria en el 40, con «Vísperas hacia ti», su primer libro de poemas. En la Academia hay una silla vacía y hemos hablado con los candidatos. Pero, por elementales razones de prudencia, no hemos hablado de la Academia.



DOS PERIODISTAS PARA UN SILLON ACADEMICO

GARCIA NIETO, EN LA POESIA

La corbata que le va a la camisa, la camisa que le va a la chaqueta, la chaqueta que le va al pantalón, el bigote que le va al labio; es decir, corbata, camisa, chaqueta, pantalón y bigote que no le van al poeta, a no ser que los poetas del pluriempleo estén, que están, a mil años luz de los hijos de Max Estrella. Ni le va este cuarto del Archivo de la Villa, de cinco a siete, demasiado aséptico, demasiado ordenado, demasiado puesto, demasiado grande; «no se asuste, hombre, este despacho no es mío, me lo

dejan para que usted y yo podamos charlar».

—A propósito, ¿le gusta el orden, García Nieto?

—Me gusta, sí, pero no lo consigo. Mi casa es muy pequeña, apenas caben los libros, y no puedo permitirme el lujo de tener una cosa en cada sitio y un sitio para cada cosa.

—Ya, poeta: el orden de aquel «Garcilaso» de los cuarenta, aquella obsesión por la estética...

—Cuando fundé «Garcilaso» no me preocupaban tanto las cosas bien terminadas como una necesidad de recuperar cierta música perdida, aunque el poema no es esencialmente música, pero en aquel tiempo creíamos que la tradición lírica debía ser recupera-

da. Por lo demás, todo poema es forma.

—¿Incluso los informales versos de hoy?

—Sí; yo veo una forma interna muy interesante, que estimo mucho. Se ha conseguido una libertad en la expresión muy propia a nuestros temas.

—¿Con qué escriben los poetas: con el alma, con la inteligencia, con qué?

—Se escribe con todo. El poeta es un ser pensante, consciente, amante, azaroso... Todo entra en juego: para empezar, el sentimiento; después, inteligencia, azar, evocación oportuna, no provocada, etcétera.

—¿Cómo nacen los poemas de García Nieto?

—De maneras muy extrañas. De un «shock» emotivo del tipo que sea: de dentro a fuera, por ejemplo, amoroso, conflictivo o reli-

gioso, o de fuera a dentro, por una experiencia aparecida de pronto, por un paisaje.

—Empleo para las mañanas, otro empleo para las tardes... como si en usted, que se estudia en los libros de literatura, fuese un accidente la poesía.

—Creo que tengo una jornada muy clara: por las mañanas dirijo «Mundo Hispánico»; esto no es trabajo, es una cosa muy cómoda. Por las tardes vengo aquí, al Archivo. Y un poema es una cosa que se hace sola, que se está haciendo, se está acumulando en un embalse, y un día uno abre la espita y sale un poema. En cambio, no podría hacer otra cosa, por ejemplo, novela; no tengo tiempo, yo que trabajo desde los quince años. El poeta es más una actitud que una acción.

—¿Desde cuándo García Nieto es poeta?

—No he sido un poeta precoz. A los veinte años no tenía más de una docena de poemas, y además no muy bien hechos. En la guerra, después, empecé a estudiar Matemáticas y di un cambio brusco: me pasé al periodismo y a la poesía. Mi padre, que era secretario del Ayuntamiento de Covalada, en Soria, se murió cuando yo era un niño. A los quince años tuve que ponerme a trabajar.

—¿Cuántos libros ha escrito?

—Veinte o veintuno, pero no hay que alarmarse, porque algunos tienen muy pocas páginas.

—En los textos de Bachiller, de la Universidad, en vez de decir que José García Nieto nació el 6 de julio de 1914 en Oviedo, etcétera, en vez de esto, ¿no era mejor poner un poema del poeta?

—Por supuesto. Me pone de

mal humor lo que dicen los libros ni suelo estar de acuerdo con las antologías. Y desde que tengo hijos, uno se encuentra que quería tener cinco páginas, porque vienen los hijos y me dicen: «Papá, dice el profesor que fulanito es mejor que tú.»

—Quizá para que a uno le den cinco páginas tenga que morir antes.

—Yo nunca seré el mejor poeta de España, ni vivo ni muerto. El concepto de la gloria o de la inmortalidad es algo que no siendo uno muy vanidoso se va perdiendo con la curva de los años. A los veinte pensaba ser Garcilaso. Ahora empiezo a creer que no voy a ser Meléndez Valdés.

Realmente es creer muy poco.

L. O.
(Fotos ANTONIO.)

DELIBES EN LA NOVELA

En el tiempo, uno le ve en su retiro veraniego y burgalés de Sedano, liando el pitillo de caldo, con la cazadora de cuero, toina barojiana, a vueltas con el sedal para una mañana de truchas. Miguel Delibes está en Valladolid y uno, que le ha levantado al teléfono desde la cena, tiene que ser agradecido, al menos para empezar.

—Delibes, ¿cómo va la temporada de caza?

—Regular. Están acabando con las perdices.

—Estamos acabando, Delibes, estamos.

—No; nosotros, no. Es la ordenación, la mecanización del campo. Según estudios que se hicieron en América, el empleo de insecticidas esterilizan las hembras de la perdiz. Progreso y caza son conceptos antitéticos. Habría que escuchar más la voz de los biólogos.

Un cazador que escribe

—Yo no sé cuál es realmente su oficio: ¿cazar o escribir?

—De mí se dijo que soy un cazador que escribe. En el campo no sólo encuentro temas, sino el equilibrio psíquico.

—Si sólo escribe cuando caza, debe usted escribir muy poco. ¿O usted no respeta las leyes de vida?

—Dejaré de cazar a primeros de febrero, pero entonces empieza la temporada de pesca. Cuando no cazo, pescó.

—¿Qué escribe ahora?

—Ando metido con una novela que no sé si llegará a terminar. Llevo seis meses con ella, se titula «Las guerras de nuestros antepasados» y es un son-

deo en nuestra propensión a la violencia, a la sangre. Se desarrolla en un pueblo de Castilla.

—¿Le vale de algo el periodismo al novelista?

—El periodismo me ha parecido siempre una escuela para el novelista. Las lecciones del periodismo son, fundamentalmente, dos: enseña a valorar lo huma-

no, y para mí, la carga humana es esencial en una novela, y enseña a sintetizar, a anotar el mayor número de circunstancias en el menor número de palabras.

—¿Qué lee usted?

—No soy devorador de novelas, nunca lo fui. Leo libros de sociología, ensayos de biología, históricos.

—¿Echa de menos la dirección de «El Norte de Castilla»?

—Sí, pero un director de periódicos no puede dedicarse a otras actividades. Sigo vinculado a «El Norte de Castilla» y, además soy catedrático de Historia de la Cultura en la Escuela Universitaria de Ciencias Empresariales. A todas estas actividades he llegado porque me gustaban, pero tal vez, por falta de tiempo, tenga que abandonar la cátedra y el periodismo. Me gusta

el cine, el teatro, la lectura, la música. No haría un mal jubilado.

El trabajo de escribir

—¿Hacer literatura es un placer?

—No, me cuesta mucho trabajo, grandes desazones. Pero cuando uno llega a «parir» se encuentra satisfecho.

—¿Escribe a mano?

—Siempre, y con estilográfica. Interponer la máquina lo he intentado y no puedo.

—Usted es el escritor de Castilla. De haber nacido en Galicia, por ejemplo, ¿sería el escritor de Galicia?

—Supongo que sí. Tratar de salirse del ámbito que uno conoce me parece muy arriesgado. Yo no podría haber escrito «Las

ratas» si no fuera que yo conocí al personaje, en un pueblo de Castilla.

—¿Fue importante para usted el Nadal?

—Sin Nadal creo que no hubiese escrito más.

—¿Qué ventajas le ve a Valladolid?

—Pocas, ya se van acabando. Aquí vive uno más aislado, pero la ciudad tiene un cuarto de millón y esto se está poniendo mal.

—¿Qué inconvenientes le ve a Madrid?

—Me da miedo una ciudad de tres millones de habitantes. Pero Madrid ofrece ventajas en lo cultural y artístico: conciertos, teatros... Voy con cierta frecuencia ahí, pero a veces me paso seis meses sin ir.

La sopa del casi académico debe estar helada.

L. O.

VIDA CULTURAL

Don Miguel Delibes, miembro de la Real Academia de la Lengua



Novelista, periodista y profesor, fue director de "El Norte de Castilla" y cuenta en su haber con el premio Nadal ● Salió elegido en la tercera votación, con 14 votos, frente a los 13 conseguidos por el señor García Nieto ● Con él queda cubierta la vacante de don Julio Guillén

En la tarde de ayer, y en sesión celebrada por la Real Academia de la Lengua, fue elegido miembro numerario de la misma don Miguel Delibes, para ocupar la vacante de don Julio Guillén. Tarde de trabajo, con papeletas e informes, y de votación, ésta, que trae un tanto revuelto el mundillo literario de la ciudad. Y en torno a votaciones, este febrero que ahora nace lo será pródigo en ellas en cuanto a las academias se refiere, ya que se anuncian en Bellas Artes, Medicina e Historia.

Hace unas semanas, los "inmortales" del idioma tenían su almuerzo. Son ahora los de las Bellas Artes los que el próximo sábado lo tendrán también sin salir del ámbito museal. Y en éste de la Lengua, los señores de la Comisión de Diccionarios han tenido antes del Pleno su reunión de todos los jueves.

Alonso Zamora trae unos papeles. Cartas de Barcelona y de Estados Unidos han venido, y van llegando los "inmortales", que como si fuera una lista de clase, firman en la primera página de un diccionario de la Lengua que ha enviado un caballero.

Cruza Pemán de la casa de enfrente. Ahora tiene en su telar un libro, libro de artículos. Le pregunto por ellos; me dice: "Algo más desenfadados que los escritos." Reímos.

El duque de la Torre, Lapesa, el cardenal Vicente Enrique Tarancón, Halcón, que tiene entre manos una novela. Le pregunto si para este año y me dice que sí.

Calvo Sotelo, que sus charlas, llenas de garbo y estilo sobre las palabras en la televisión, piensa que unir las en un libro; Rosales, que lleva gorro de astracán, y Cossío, con su boina vasca.

García Gómez, Zunzunegui; el director, Dámaso Alonso; García de Diego, y Gil y Gaya, ya felizmente repuesto de grave enfermedad; Guillermo Díaz Plaja. Entre su correo, un sobre con unas gafas.

Buero y Antonio Tovar, que ha volado de Alemania, donde profesa una cátedra, y tiene entre sus trabajos un diccionario vasco y una geografía de la España romana. El último en llegar ha sido don Vicente Aleixandre. Hay un casi pleno, con 27 académicos, y las ausencias de Martín de Riquer, que está en Barcelona; de Fernández Ramírez y de Tomás Navarro Tomás, allá en América.

LA VOTACION DE LOS "INMORTALES"

Entran los "inmortales" después de la copitay las pastas al salón

de Diccionarios. Charlamos, para hacer más breve el "suspense", con el conserje mayor, Mikael. Cumple éste ahora—el día 17—sesenta años de Academia. Era don Alejandro Pidal y Mon presidente; Mariano Catalina, secretario. El último académico del tiempo aquél fue don Ramón Menéndez Pidal, del que habla con veneración.

La urna es entrada a las siete cincuenta y cinco y se abre el verdadero "suspense".

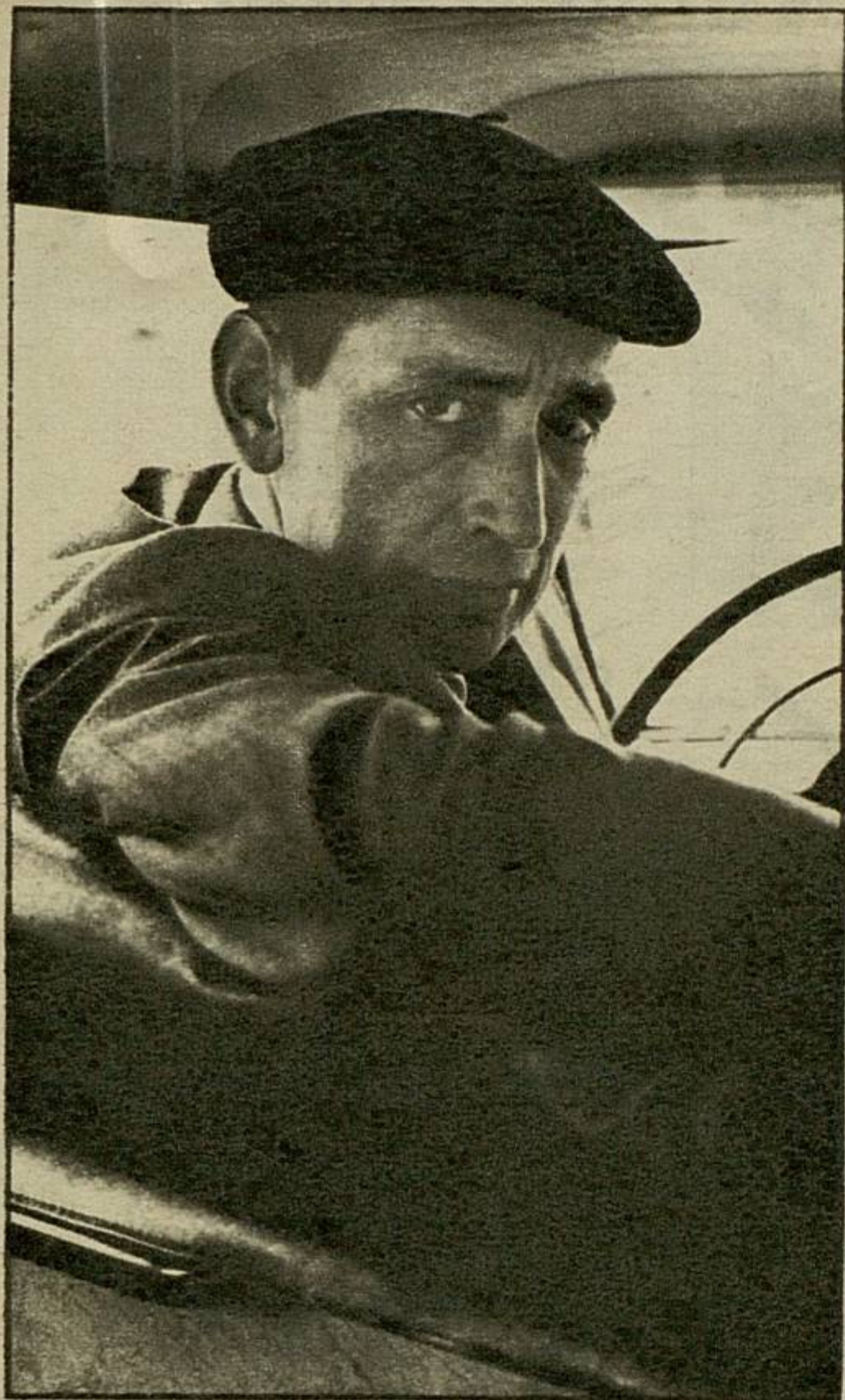
Son las ocho y diez cuando sale Zunzunegui, presuroso. "Miguel Delibes, académico por catorce votos contra trece de García Nieto en la tercera votación."

Vallisoletano de cuna y de corazón, anda ahora el nuevo "inmortal" por los cincuenta y dos de su edad; vive en su ciudad y de vez en cuando sale al mundo.

Novelista, periodista, profesor. Es hombre de muchos y bellísimos libros Delibes. Una bibliografía suya de las novelas. Las crónicas. Los libros de caza, una de sus grandes pasiones ésta, ocuparían mucho espacio.

Conferenciante, escritor de periódicos y un tiempo director de "El Norte de Castilla", Delibes cuenta con grandes premios literarios; apuntamos, entre otros, el Nadal. Larga biografía para esta hora de la prisa.

Juan SAMPELAYO

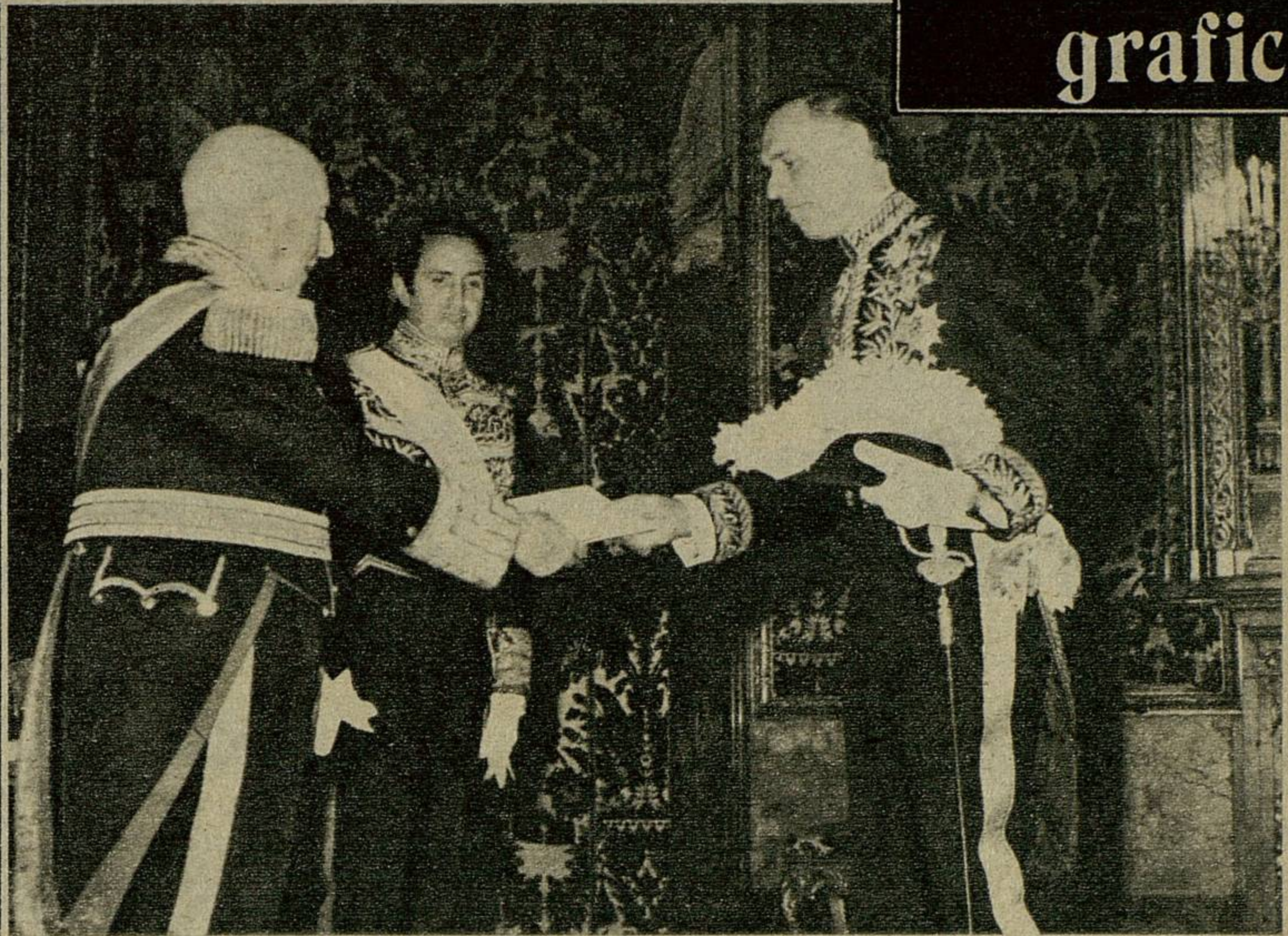
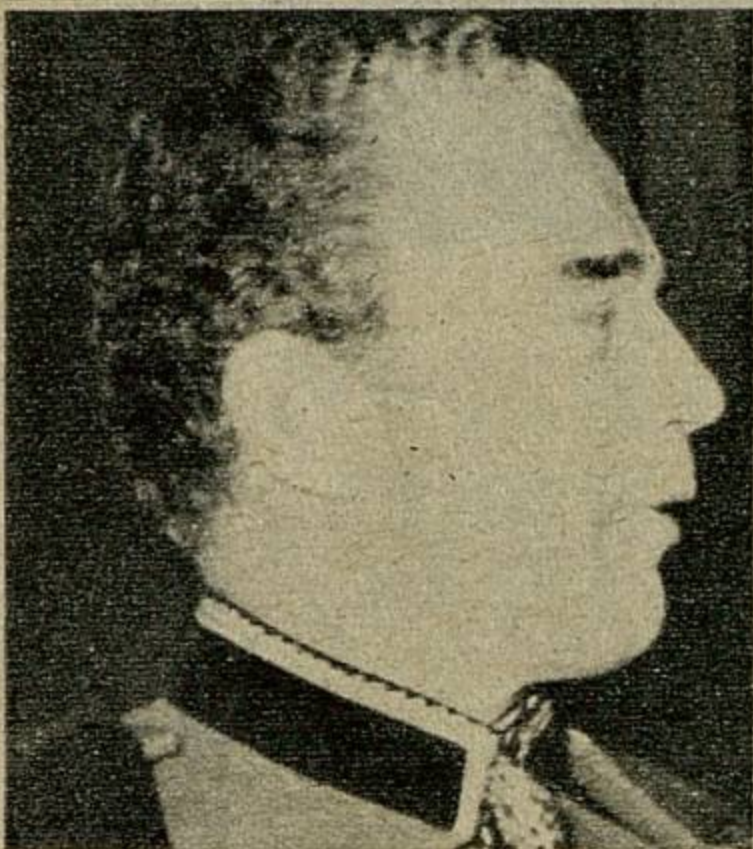
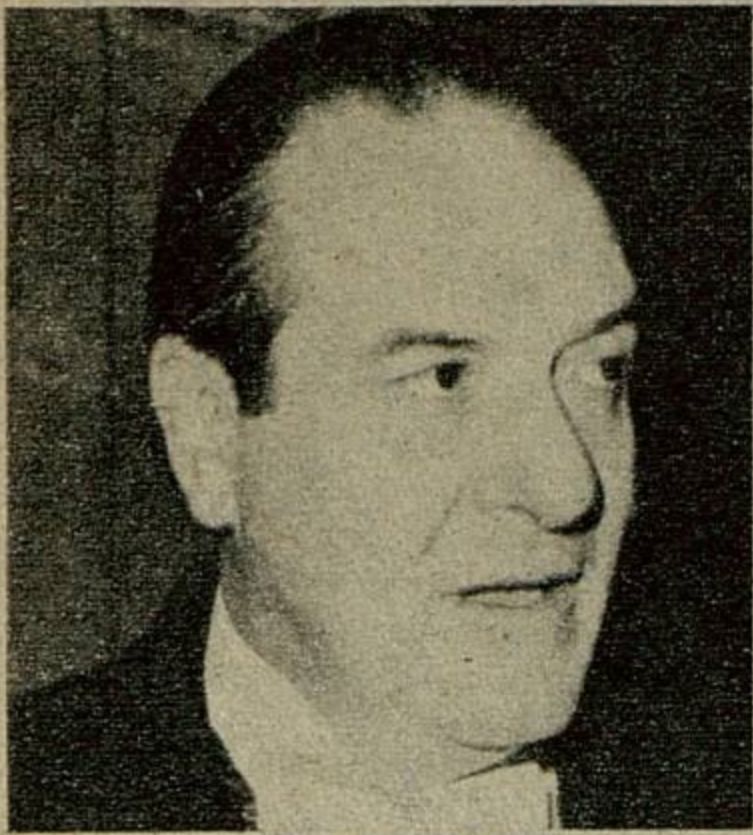


DELIBES, ACADEMICO. — El ³novelista don Miguel Delibes ha sido elegido académico de la Real Academia de la Lengua para cubrir el sillón vacante por el fallecimiento del historiador don Julio Guillén.

"Ya"

MD

INMISERICORDIA DE TERRORISMO EN BELFAST. — Unas adolescentes muestran su desconsuelo y dolor durante el entierro de su amigo Peter Watterson, escolar católico de catorce años, que fue asesinado en Belfast por unos terroristas, que dispararon sobre el niño desde un coche en marcha. Además de Peter, otro muchacho católico de su misma edad ha sido víctima del terrorismo. Actos que no tienen justificación. (Cifra.)



Sanz Bermejo

PRESENTACION DE CREDENCIALES

En el Palacio de Oriente han presentado sus cartas credenciales a Su Excelencia el Jefe del Estado los nuevos embajadores extraordinarios y plenipotenciarios de Suecia, señor Knut Johan Richard Bernstrom (a la derecha con el Jefe del Estado); de Italia, señor Ettore Staderini (a la izquierda, arriba), y de la Soberana y Militar Orden de Malta, conde Maximilien Khevenhuller. Estuvo presente el ministro de Asuntos Exteriores, señor López Bravo

MIGUEL DELIBES, ACADEMICO

En la sesión de la Real Academia Española, celebrada ayer tarde, don Miguel Delibes fue elegido miembro de número para ocupar el sillón vacante por fallecimiento del ilustre escritor don Julio Guillén



T. Naranjo



EXPOSICION DE XILOGRAFIAS SARDAS EN LA BIBLIOTECA NACIONAL

La Oficina de Turismo de Italia pretende con esta Muestra un mejor conocimiento de Cerdeña

Ha sido inaugurada la Exposición antológica de Xilografías Sardas, que la Oficina de Turismo de Italia (E. N. I. T.) y la Dirección General de Archivos y Bibliotecas presentan en las Salas Nobles de la Biblioteca Nacional. En el acto, al que asistió numeroso público, estuvieron presentes, con el director general de Archivos y Bibliotecas, señor Sánchez-Belda, y el director de la Biblioteca Nacional, el embajador de Italia, doctor Ettore Staderini; el ministro consejero, doctor Farinelli, y el agregado cultural, señor Ferrarino, así como otros miembros de la representación diplomática de Italia.

Esta Exposición itinerante, obra de los más destacados cultivadores del difícil arte del grabado en madera, ofrece una amplia reseña de los motivos más relevantes de la vida de Cerdeña, así como de sus paisajes y sus gentes, en cerca de ciento setenta obras de veintidós autores.

La Oficina de Turismo de Italia pretende con esta Exposición, celebrada por primera vez en Madrid, el mejor conocimiento cultural y turístico de la isla de Cerdeña y un acercamiento entre España y la isla italiana.

PINTURAS DE VIOLA

Hoy, a las siete y media de la tarde, Manuel Viola inaugura una Exposición de su obra pictórica más reciente en la Galería Rayuela (Tutor, 19). La Exposición, que se titula «Imagen del poema», está compuesta por gouaches y pequeños formatos. Un Viola más conciso se muestra en estos cuadros inconfundibles por su rasgo fuerte y encendido. La pintura es su auténtica voz, su lenguaje crítico, su palabra para expresar la sugerencia del poema o su más secreto mensaje interior. Viola, que no ha sido nunca pintor de retaguardia, se descubre de nuevo en la primera línea de la dinámica vital, ya que su pintura le impone el riesgo, no el sosiego en el puesto conquistado.

JULIO CARO ANTE LA OBRA DE PIO BAROJA

La crítica de la obra de Pío Baroja fue el tema de la conferencia pronunciada en el Círculo Medina por el sobrino del escritor donostiarra, don Julio Caro Baroja.

Don Julio Caro analizó las diferentes críticas a que ha sido sometida la obra de su tío, a quien ya le preocupó la opinión que pudieran tener sobre ella personas como Valle Inclán o Maeztu. En los años treinta —prosiguió—, se realizó una crítica con proyección política. Don Pío fue el escritor que más acerbos invectivas recibió tanto de la extrema izquierda como de la extrema derecha. La crítica de hoy, realizada por personas lejanas al escritor, presenta tres tendencias diferentes: Averiguaciones sociológicas, filosóficas e históricas. Respecto a la primera, el conferenciante estimó que actualmente existe una especie de «epidemia» sociológica que lleva a estudiar desde ese punto de vista cualquier obra. Sobre la tendencia filosófica afirmó que hay ciertas personas que se creen con la propiedad exclusiva del mundo de las ideas y que las convierten en una profesión.—Pyresa.

VIDA CULTURAL

MIGUEL DELIBES, NUEVO MIEMBRO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Ocupará la vacante producida por el fallecimiento del almirante don Julio Guillén Tato

En la sesión ordinaria celebrada ayer por la Real Academia Española, bajo la presidencia de su director, don Dámaso Alonso, fue elegido don Miguel Delibes como miembro de número de la Corporación. Asistieron veintisiete académicos y la elección del nuevo numerario se produjo a la tercera votación, cuyo escrutinio registró un total de catorce votos a su favor, por trece obtenidos por el otro candidato, el poeta don José García Nieto.

En la primera se dio un resultado equilibrado a trece votos con una abstención. En la segunda se registró el de catorce votos a 13, que se repetiría en la tercera y última votación.

Miguel Delibes, que fue presentado como candidato por don Juan Antonio Zunzunegui, don Julián Marías y don Vicente Aleixandre, ocupará en la Docta Casa el sillón «e», vacante producida por el fallecimiento del almirante don Julio Guillén Tato.

gui, don Julián Marías y don Vicente Aleixandre, ocupará en la Docta Casa el sillón «e», vacante producida por el fallecimiento del almirante don Julio Guillén Tato.

De nuestra Redacción. Miguel Delibes, calificado como uno de los mejores novelistas de la posguerra española, nació en Valladolid el 17 de octubre de 1920. En su ciudad natal, donde ha dirigido durante muchos años «El Norte de Castilla» y a la que se ha sentido siempre estrechamente vinculado, se doctoró en Derecho, cursando también las carreras de Comercio y Periodismo en Bilbao y Madrid, respectivamente. Poco más tarde habría de ganar la cátedra de Derecho Mercantil en la Escuela Profesional de Comercio, de Valladolid. En 1947 obtiene el premio Nadal por una novela que le sitúa desde el principio en el privilegiado lugar que, desde entonces, ocupa en la narrativa española: «La sombra del ciprés es alargada», muy favorablemente acogida por el público y la crítica, y en la que ya se revelaba el fuerte pulso de un escritor que se vería inmediatamente confirmado en sus siguientes obras: «Aún es de día» (1949), «El camino» (1950), «Mi idolatrado hijo Sisi» (1953) y el conjunto de relatos titulado «La partida» (1954). Miguel Delibes ha dedicado también, desde siempre, una especial atención al tema de la caza y a sus patentes relaciones con la Naturaleza. En el segundo tomo de sus Obras Completas, que son publicadas por la Editorial Destino, se recogen todos aquellos trabajos —novelas o no— que se relacionan con la caza o, como ha explicado el propio novelista, «donde la caza se erige como tema y el cazador como protagonista», porque «si la Naturaleza en abstracto —ha escrito Delibes— no me sirve para seleccionar mi obra —todas mis obras participan de ella en mayor o menor medida; incluso en mis novelas urbanas, los protagonistas escapan al campo de vez en cuando para oxigenarse—, si va a servirme el móvil que con frecuencia acerca a mis héroes a la Naturaleza: desentrañar su misterio, vencer el instinto de ocultación de las bestias que lo pueblan, lazarlas y atraparlas; esto es, cazar». En esta vertiente se alinean sus obras «Diario de un cazador» (1955), premio nacional de literatura Miguel de Cervantes; «Diario de un emigrante» (1958), «La caza de la perdiz roja» (1963), «Viejas historias de Castilla la Vieja» (1964) y «El libro de la caza menor» (1964). Otros títulos suyos, desde la novela al ejercicio narrativo y al libro de viajes, pasando por el amplio reportaje periodístico, son: «Un novelista descubre América» (1956), «Por esos mundos» (1958), «La hoja roja» (1959), «Siestas con viento sur» (1959), premio Fastenrath de la Real Academia Española; «Las ratas» (1962), «Europa: parada y fonda» (1963), «Cinco horas con Mario» (1966), novela que alcanzó un impresionante éxito de crítica, y a la que siguió el libro de artículos «Vivir al día» y un denso reportaje sobre «La primavera de Praga». Su obra toda, estudiada como libro de texto en numerosas Universidades extranjeras, ha sido objeto de ensayos y relevantes estudios, entre los que se cuentan los titulados «Conversaciones con Miguel Delibes», de César Alonso de los Ríos, y el del hispanista irlandés Leo Hickey, quien ha escrito una tesis: «Miguel Delibes, autor católico», en la que incide sobre la consideración religiosa que se ha puesto como base de su cuerpo novelesco. «Si yo pienso y siento —y supongo que escribo— en cristiano, ha subrayado Delibes, es porque no concibo otra manera de organizar la Humanidad que sobre la

El Palacio de las Camas s.a.

PLAZA DEL ANGEL, 5 • ESPOZ Y MINA, 17



COMPRO PARCELAS

En urbanizaciones próximas a Madrid, a cambio de materiales de la construcción.

Interesados llamar al teléfono 252 07 76 o escribir al apartado 916 de Madrid.

OFICINAS Y LOCALES RAFAEL CALVO, I. ESTRENAR

Desde 250 a 1.200 m²

FACILIDADES

Información: Teléfs. 226 33 93 y 276 10 62

máxima «amaos los unos a los otros». De ahí que, desde «La sombra del ciprés es alargada» hasta los relatos más recientes y en los que se manifiesta una profunda voluntad experimental, «rara vez me alejo

de estos andurriales —constantes como la infancia, la muerte, la naturaleza y el prójimo— seguramente porque en ellos se centra mi preocupación —muerte, prójimo— o mi vocación: naturaleza, infancia».

ese camino sus aportaciones académicas?

—La caza, en efecto, tiene su propio lenguaje, como lo tienen los toros. La caza, por otro lado, me pone en contacto con los medios rurales. Yo creo que por esta doble vía podré aportar algo a la Academia, aunque la contra de la televisión, uniformando el idioma, hace esta tarea cada día más difícil y grave.

CONVERSACION (TELEFONICA) CON EL NUEVO ACADEMICO

Veintisiete académicos de la Real Española decidieron anoche el nombre del que habrá de ocupar el sillón letra «e», minúscula, vacante por el fallecimiento del marino e historiador don Julio Guillén. Sólo dos candidatos había presentados —José García Nieto y Miguel Delibes— y las fuerzas electoras estuvieron muy igualadas. Desde Tubinga acudió a la sesión el profesor Antonio Tovar, quien pudo votar personalmente, aunque, por sí no llegaba a tiempo, remitió con anterioridad su voto por correo. Salió elegido el novelista Miguel Delibes. Escritor y cazador, más de una vez ha dicho que no sabe a ciencia cierta si es un escritor que caza o un cazador que escribe. De lo que si puede estar seguro es de que ya figura entre los inmortales cuidadores del idioma. Delibes, que vive en Valladolid, no se ha desplazado a Madrid. Le llamo a su domicilio y no está. Me dan el teléfono de «El Norte de Castilla», y le encuentro en el periódico del que tanto tiempo fue director. Atiende, cordial, las preguntas de mi interviú de urgencia.

—¿Pasó antes de ahora por su mente la tentación académica? —le pregunto.

—En rigor —responde al otro lado del hilo—, yo no he sentido la tentación académica de una manera acusada. Ahora, cuando unos buenos amigos me sugirieron el mes pasado proponerme para la Academia, por creerlo oportuno, acepté esta proposición por considerarlo un alto honor.

—Usted sucede a Julio Guillén, marino e historiador. ¿Qué aguas lingüísticas piensa navegar?

—Yo creo que esto es prematuro. Pienso que en la Academia hay dos tipos de académicos. Los que pudiéramos llamar creadores y los sabios estudiosos: lingüistas, gramáticos, etc. A mi entender es el estudioso el que tiene una labor académica más definida. En mi caso concreto, fuera del hecho de acarrear lenguaje —popular y rural especialmente— no sé exactamente en qué pueda consistir mi aportación.

—De no salir, ¿hubiera vuelto a presentarse?

—Pues, mire usted, esta es una cuestión que no me había planteado; pero es posible que no.

—¿No cree que la Academia haya adquirido, con la abundancia de gramáticos, un carácter excesivamente técnico en cuanto al idioma?

—Yo los creo necesarios. Yo soy, como muchos creadores, un intuitivo. No me planteo problemas de léxico. Estos son de la competencia de esos lingüistas de categoría, de gran categoría, que tiene la Academia.

—El idioma español, ¿puede y debe absorber los extranjerismos tan ligados a la vida actual?

—Pienso que si España está viviendo un subdesarrollo tecnológico, con los nuevos productos e inventos de la técnica nos llegan sus nombres, y estos nombres, adaptados a nuestro idioma, nos darán nuevos anglicismos, nuevos galicismos, etc. El remedio, aunque a largo plazo, puede ser el de inventar nosotros, en contra de lo que Unamuno decía: «¡Qué inventen ellos!»

—La Real Academia es gustosa de buscar, para incorporarlos al acervo común, vocablos de las distintas regiones: ¿Cree que deba intensificarse esta dirección?

—Entiendo que sí. Hay una serie de voces que tienen un radio de difusión bastante amplio; posiblemente en el resto del país se han perdido en el curso del tiempo. En los pueblos de Castilla encuentro

voces muy expresivas que no encuentro en otras regiones. Imagino que en otras partes pasará lo mismo. En todo caso, está usted hablando con un profano que lo primero que necesita es una orientación.

—La caza tiene su lenguaje; ¿irán por

EMPRESA INTERNACIONAL

NECESITA

para su departamento comercial

PERSONAL MASCULINO

DESEAMOS:

1. Seriedad e ilusión en el trabajo.
2. Servicio militar cumplido.
3. Cultura a nivel de bachiller superior.

OFRECEMOS:

1. Interesantes ingresos.
2. Sólido porvenir con grandes posibilidades de promocionar.
3. Formación a cargo de la empresa.

Interesados, presentarse en calle Orense, 2, EDIFICIO TRIESTE, de 11 a 13 y de 17 a 18 horas. Preguntar por señor Galiana (3.004).

COMPANIA FARMACEUTICA INTERNACIONAL DE PRIMER ORDEN solicita

para su fábrica de Alcalá de Henares

JEFE DE COSTOS

SE REQUIERE:

- Incorporación inmediata.
- Servicio militar cumplido.
- Formación a nivel de Perito Mercantil o similar.
- Experiencia mínima de dos años en Departamento de Costos.
- Dotes de iniciativa y organización.

SE OFRECE:

- Agradable ambiente de trabajo.
- Semana laboral de cinco días.
- Puesto de nivel con dependencia directa del Director Administrativo.
- Amplias posibilidades de promoción.
- Ingresos iniciales según valía, del orden de las 300.000 pesetas anuales.

Presentarse con historial y fotografía en Madrid, avenida del General Perón, núm. 27, 4.ª planta, los días 6 y 7 de febrero, de 18,30 a 19 horas. (Ref. 3.617.)

—¿En cuál de sus libros ha puesto más preocupación idiomática o cuál le ha resultado más rico en idioma?

—Yo creo que en «Diario de un cazador», «Diario de un emigrante» y «Cinco horas con Mario».

—¿Ha pensado ya el tema de su discurso?

Hay una pausa, que adivino corresponde a un gesto de sonriente estupor, cuando Miguel Delibes me dice desde Valladolid:

—Para eso todavía hay tiempo.—Julio TRENAS

LA POSICION DEL ESTADO ANTE LA GRAN EMPRESA

En la Real Academia de Ciencias Morales, Políticas y Económicas pronunció una conferencia don Mariano Navarro Rubio sobre el tema «La posición del Estado ante la gran empresa». Comenzó señalando que la gran empresa está en la punta del sistema económico. Tratándose de grandes empresas el riesgo empresarial está íntimamente vinculado al riesgo económico, social, político e incluso internacional. La vieja teoría del riesgo capitalista aparece totalmente desfasada y requiere una formulación más actual. El Estado no puede desentenderse de la programación de las grandes empresas ni dejar de prestar la debida atención a la llamada «revolución de los gerentes»: son los dos fenómenos propios de la era tecnológica.

Se debe ir —prosiguió diciendo el conferenciante— al establecimiento de un sistema de economía concertada empezando por las grandes empresas. Hay que despejar incógnitas al futuro del mundo libre y lanzar un reto precisamente en este campo al mundo comunista. A medida que la sociedad se vaya potenciando se observará claramente la conveniencia de ceder el campo empresarial a la economía privada, replegándose el Estado a una posición de arbitraje. Es el signo político del futuro.

PREMIOS DEL «CLUB ESPAÑOL» DE RIO DE JANEIRO

Río de Janeiro 1. El cónsul general de España en Río de Janeiro, Mario Ponce de León, hizo entrega de los premios de pintura del concurso organizado por el «Club Español» de esta ciudad, patrocinado por el Gobierno español y diversas entidades brasileñas y españolas en este país.

El primer premio, consistente en un viaje de ida y vuelta a España, otorgado por la compañía «Iberia», y 50.000 pesetas concedidas por el Gobierno español, fue para el brasileño Inacio Rodriguez, por su obra «Viaje espacial».

El segundo premio, dotado con 50.000 pesetas por el empresario español residente en Brasil, Antonio Sánchez Galdiano, se otorgó al brasileño Heitor Coutinho.

El tercer y cuarto premios, con 20.000 y 10.000 pesetas, fueron concedidos a Pietrina Cechazi y a Sergio Castro, ambos brasileños.

Asistieron al acto, celebrado en el salón principal del «Club Español», el presidente de la entidad, Antonio Castro Gil; miembros de la Comisión Directiva y numerosos artistas, escritores y periodistas brasileños.—Efe.

INFORMACIONES

MIGUEL DELIBES, MIEMBRO DE LA REAL ACADEMIA DE LA LENGUA

«SOY UN HOMBRE RURAL QUE PUEDE APORTAR UNA VIA CAMPESINA»

MD

Por Cristina MAZA

MADRID, 2. (INFORMACIONES.) — Miguel Delibes, uno de los más exquisitos escritores con que cuenta España en estos momentos, fue elegido ayer académico de número de la Real Academia de la Lengua. Miguel Delibes, premio Nadal 1948, premio nacional de literatura Miguel de Cervantes 1955, premio Fansterath 1959, premio de la Crítica 1963, es un vallisoletano amante de la caza y de la vida de campo. Es periodista, abogado, escritor, licenciado en Comercio, caricaturista, viajero y castellano. No hace demasiado tiempo declaró a un periodista que ser académico era algo que no le quitaba el sueño.

—¿Cómo ha recibido la noticia de su nombramiento?

--Con mucha satisfacción, aunque jamás he sido un hombre ávido de sillón. No he movido un dedo. Me plantearon la posibilidad unos amigos, miembros de la Academia. Lo pensé unos días y finalmente dije que sí.

—Usted dijo "sí" quizá porque piensa que con usted entra en la Academia una parte de Castilla: el campo, con su caza y con su pesca.

--Valladolid ha sido siempre muy academiera. Ahí está el recientemente fallecido Alonso Cortés, o Mario Tovar o Emilio Alarcos, que no es de Valladolid, pero se ha hecho aquí. Esta tierra ha tenido siempre buena mano para esto. Si hay una posibilidad de aportar algo por mi parte, sería por esa vía campesina. Yo, por razón de la caza o de la pesca --que las dos tienen su propio vocabulario--, soy un hombre rural, y aunque yo no puedo ver la posible ayuda que po-



«SOY SENCILLO, NO OPTIMISTA Y NO VEO SOLUCIÓN FACIL A LOS PROBLEMAS QUE EL HOMBRE TIENE PLANTEADOS»

dría aportar a la Academia, indudablemente tendría que llegar por esa versión mía.

—¿Qué es lo que representa actualmente en España la Academia?

--Todavía interesa un poco la perfección del lenguaje y realmente el mundo está avasallado hoy por neologismos --en el caso de España por galicismos y anglicismos-- por eso ha de existir alguien que combata esto y defienda la pureza de nuestro lenguaje.

—Aunque usted empezó siendo un cuidadoso del lenguaje, últimamente su modo de expresarse es más intuitivo.

--En mi primera fase, más que un estudioso del lenguaje era un redicho. Empleaba un lenguaje rebuscado creyendo que en el rebuscamiento estaba la altura. Encuentras en estas novelas adjetivos como eximiano, con equis, adjetivo totalmente desusado, que yo saqué realmente de debajo de las tapas del diccionario. Este rebuscamiento lo abandoné después de escribir "El camino". Me di cuenta de que tenía más interés escribir como yo hablaba. Descubrí un lenguaje sencillo o que he procurado no abandonar.

—De usted se ha dicho que es un realista con ribetes existencialistas. Se le ha catalogado de amargo en su obra. ¿De qué modo le afecta la crítica de sus obras?

—La crítica me puede interesar, no ya por facilismos de realista mágico o de realista existencialista, pues ya no sé lo que soy. Sólo sé que soy un hombre sencillo, no optimista, y que no veo una solución fácil a los problemas gravísimos que el hombre tiene planteados.

—Naturaleza, infancia, prójimo y muerte son sus temas. ¿Por qué esta selección?

—Cuando miro a mi alrededor veo un mundo fabricado por estos cuatro elementos. El mundo de otros está fabricado por las mujeres, el vino... y escriben sobre mujeres y vino, sobre el mundo

que frecuentan. Yo siempre he tenido una marcada inclinación por la Naturaleza, y si un día puede ser, sin causar trastornos a mi mujer y a mis hijos, me retiraré al campo.

—Hay una pregunta que siempre salta a la boca cuando se habla con un escritor: ¿Por qué escribe usted?

—Escribo como propio desahogo, espiritual, claro. Existe una serie de complicaciones, un mundo que nadie conoce, el mundo interior, que hace explosión de cualquier manera posible. Yo empecé haciendo caricaturas en el «Norte de Castilla». Nadie me

orientó, y cuando empecé esto, el camino de expresión de mi espiritualidad fue más fácil.

—¿Cómo definiría su costumbrismo dentro de la novela joven actual?

—Yo no entiendo de novela joven por etapas; creo que cada uno debe hacer la novela que lleva dentro, y es lo que salga ameno de su novela lo que en definitiva interesa. Me parece muy bien que se utilicen diferentes ángulos diferentes técnicas, siempre que respondan a una fidelidad, a la manera de ser del autor. Lo contrario me parece una tontería.

—Usted ha escrito desde muchos ángulos. ¿Ha utilizado muchas «tretas del oficio»?

—No desde muchos ángulos, porque soy un hombre de pocas ideas lo mismo para temas que para el escrito técnico. Soy un poco maniático y un poco rutinario. Mejor o peor, he hecho siempre lo que he podido. Una vez terminado, me parece que no vale, pero así vamos tirando.

—Usted es periodista, conoce el oficio. ¿Qué diría del lenguaje que utilizan los periodistas en nuestros días?

—Pienso que el periodista de hoy «calza» mucho más que el de ayer. Está más formado, aunque de todo hay; hay grandes, medianos y pequeños periodistas, como en todas partes. Que el nivel sea inferior al de otros países, no tiene nada de particular. Llegaremos; no hay que perder las esperanzas.

—Hablar con Miguel Delibes implica tocar el tema de la caza. ¿Qué puede decirme de eso que se ha dado en llamar sentido escatológico de la caza?

—La caza es un misterio. Últimamente me han hecho ver que es algo cruel. Me he revuelto contra esta idea, pero en el fondo me ha dejado huella. De cualquier manera, pienso que es relativamente cruel. Yo no he visto hacer otra cosa desde que era niño. Lo he asimilado de tal manera que hoy puedo decir que no me afecta nada. Al margen de esta interpretación, encuentro en el campo el contrapeso que necesito para seguir tirando. La vida urbana me agobia, hasta el punto que no la resisto más de seis días seguidos. El domingo que no salgo a pescar o a cazar, lo noto a lo largo de toda la semana.

Las palabras de Miguel Delibes no tienen comentario. Así es el vallisoletano que acaba de ser nombrado miembro de la Real Academia de la Lengua.

EL SEÑOR GIL ROBLES, DEFENSOR EN EL CASO DEL ACEITE DE REDONDELA

VIGO, 2. (EUROPA PRESS.) — El abogado don José María Gil-Robles y Quiñones se ha dado de alta en el Colegio de Abogados de Vigo con el número 183, según la relación que publica la «Revista Jurídica y Administrativa de Galicia».

El señor Gil-Robles tiene a su cargo la defensa del inspector de la Comisaría de Abastecimientos y Transportes en el expediente administrativo que se le sigue en relación con la supuesta desaparición de aceite de los depósitos de Reace, en Redondela.

La defensa ante la jurisdicción ordinaria ha sido encomendada a un letrado de Vigo.

INFORMACIONES

AÑO LII. Núm. 15.889

Redacción, Administración y Talleres: SAN ROQUE, 7. Apartado 443. Teléfono 222 83 85. MADRID-13. Depósito legal: M. 20-1958. Editado por Prensa Castellana, S. A.

CONTROLADO POR



FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

MIGUEL DELIBES, NUEVO ACADEMICO DE LA LENGUA

** Estudió la carrera de comercio en Bilbao y es catedrático en Valladolid*

Por Dionisio SANCHEZ

MADRID, 1. (De nuestro corresponsal Dionisio Sánchez).--Eran las ocho y diez de la noche cuando el novelista salió del salón de juntas de la Real Academia Española. "Delibes ha ganado", dijo. Después se dirigió al teléfono para llamar a la esposa del novelista que se encontraba en Madrid. "Sí, a la tercera votación, por 14 - 13", le oímos decir.

Parte del misterio había quedado desvelado. La reunión comenzó a las siete de la tarde, con la asistencia de veintisiete académicos, dispuestos a cubrir la vacante de la silla "E", cuyo último ocupante fuera Guillén.

Los aspirantes sólo eran dos: Miguel Delibes y José García Nieto. Al novelista lo presentaba Zunzunegui, Julián Marías y Aleixandre; al poeta, Pemán, Gerardo Diego y Camilo José Cela.

La verdad que el ambiente era menos concurrido que en ocasiones similares. Media docena de conserjes y porteros y otra media de periodistas. En los cursillos, realmente no se veía una decisión clara. Zunzunegui, mientras iba hacia el teléfono y mientras regresaba al salón de juntas, manifestó que había habido tres votaciones: 13 - 13 (un voto en blanco), la primera; 14 - 13 a favor de Delibes, en la segunda. Este voto de margen no bastaba en la segunda votación. Hubo necesidad de la tercera: 14 - 13. El novelista y periodista consiguió el escaño académico.

En medio de las carreras del momento, logramos llegar hasta Zunzunegui:

--Señor Zunzunegui, ¿cómo ha sido?

--Muy reñido, muy difícil, como correspondía a dos grandes escritores como García Nieto y Delibes.

--¿Qué opina respecto a la elección?

--Que ha sido elegido un gran escritor.

DATOS BIOGRAFICOS DE MIGUEL DELIBES

Miguel Delibes nació en Valladolid el 17 de octubre de 1920. Cursó la enseñanza media en Valladolid con los hermanos de las Escuelas Cristianas. Participó en la guerra de Liberación como marinero del crucero "Canarias", alistándose voluntario a los 17 años. Estudió luego derecho, comercio y periodismo en Valladolid, Bilbao y Madrid, respectivamente. Antes de doctorarse, trabajó como caricaturista y empleado de banca.

Catedrático de historia del comercio en Valladolid, es también consejero delegado del periódico "El Norte de Castilla", del cual fue anteriormente subdirector y director.

Su primer gran triunfo como escritor lo representa la novela "La sombra del ciprés es alargada", galardonada con el premio Nadal en 1948. Otras obras suyas son: "Aún es de día" (1949), "El camino" (1950), "La partida" (1952), "Mi idolatrado hijo Sisi" (1953), "Diario de un cazador" (1955) (premio nacional de literatura Miguel de Cervantes), "Diario de un emigrante" (1957), "Por esos mundos" (1958), "Siestas con viento sur" (1959, premio Fansterath de la Real Academia Española).



El periodista y novelista Miguel Delibes, que ha sido elegido nuevo miembro de la Real Academia de la Lengua.

"Las ratas" (1963, premio de la crítica), "La caza de la perdiz roja" (1963), "Europa: parada y fonda" (1963), "El libro de la caza menor" (1964), "Viejas historias de Castilla la Vieja" (1964), "U.S.A. y yo" (1966), "Cinco horas con Mario" (1967), "La primavera de Praga" (1968), "Parábola de un naufrago", "Vivir al día" y "Alegrijos de la caza".

Varias de sus novelas han sido traducidas al inglés, francés, alemán, ita-

liano, portugués, holandés y sueco, habiéndose hecho ediciones escolares en Inglaterra y los Estados Unidos.

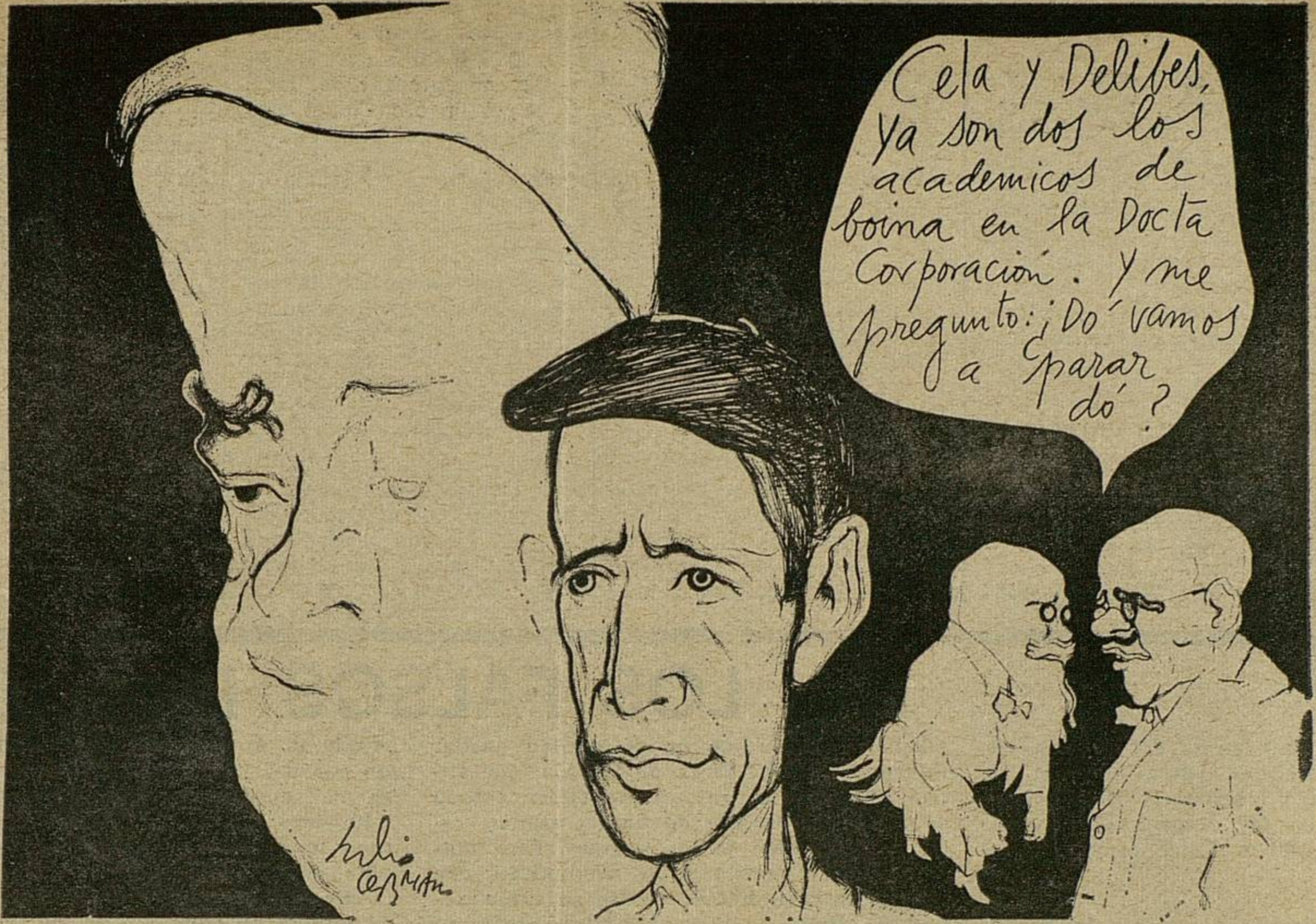
Conoce numerosos países de Europa, África y América, y ha pronunciado conferencias en universidades y centros culturales de España y del extranjero.

Colabora en diversos periódicos y revistas.

Está casado con Angeles de Castro. El matrimonio tiene siete hijos.

FUNDACION MIGUEL DELIBES

JULIO
CEBRIAN
HUMOR



3 DE FEBRERO DE 1973



FUNDACIÓN MIGUEL
DELIBES
Miguel Delibes

©

La Vanguardia.

J-II-73.

9

Página 6

MADRID — 2

Un escritor castellano, nacido a la fama en Barcelona

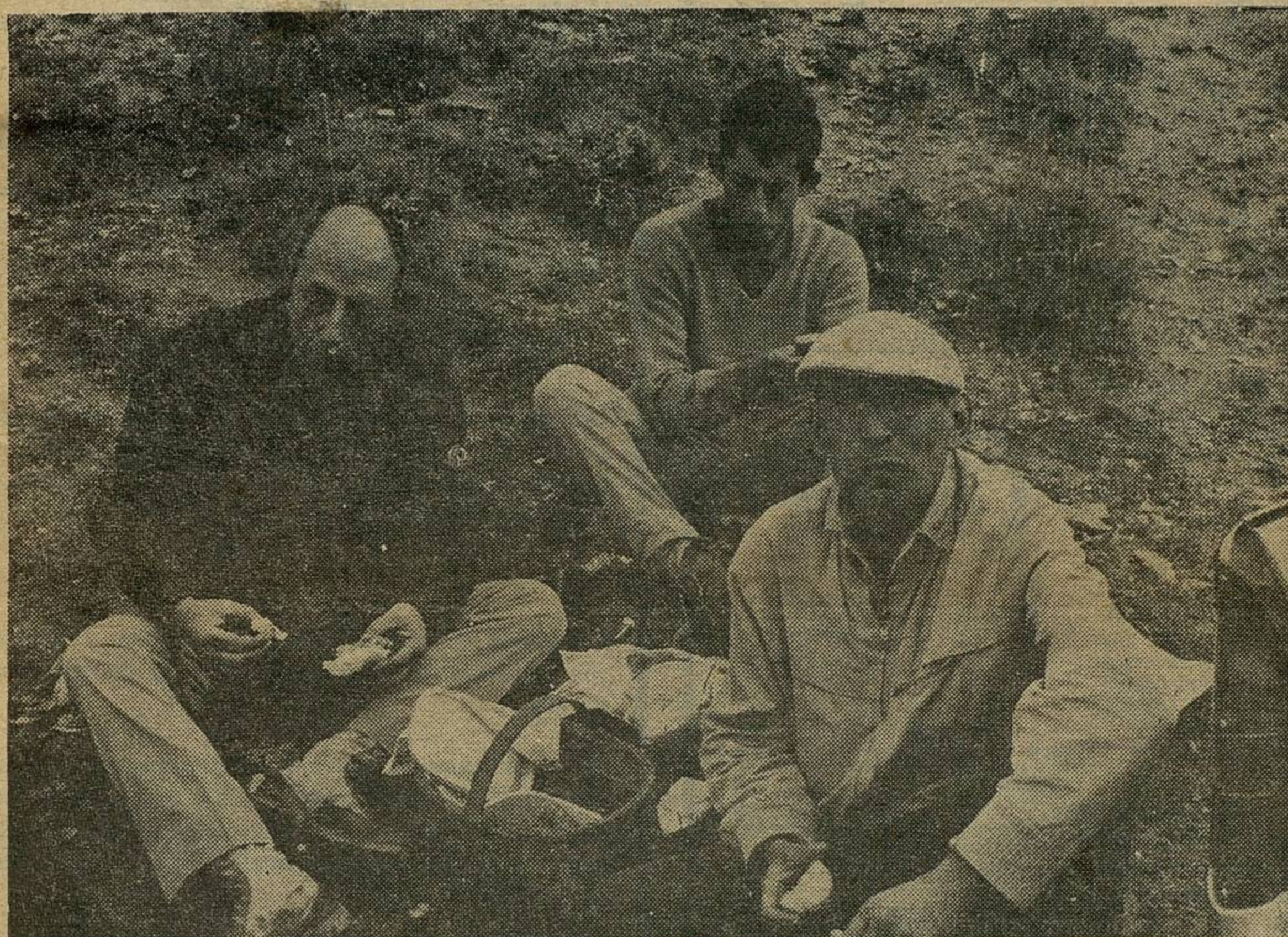
Le conocí, de leídas, cuando ganó el premio «Nadal», un premio de tan honda raigambre catalana, con «La sombra del ciprés es alargada». Era ya un novelista completo, un caso de acierto al pleno en la primera puesta, como, en nuestro mundo literario, sólo puede compararse con el de Buero Vallejo, que asaltó la fortaleza del teatro con sus dos obras «Historia de una escalera» y «En la ardiente oscuridad», presentadas ambas al «Lope de Vega», y ambas rivales de sí mismas, aunque creo que, por cierta inclinación al casticismo, «Historia de una escalera» prevaleció sobre la estremecedora y ardiente oscuridad de los ciegos.

En Miguel Delibes no hubo lucha, porque «La sombra de un ciprés es alargada» se impuso, por sus méritos indudables, en un converso, el «Nadal», al que se presentaban los más acreditados —aunque quizá no los más sólidos— novelistas de la época. Es frecuente que el ganador de un gran concurso sea una especie de juego de artificio, que se apaga después, dejando una noche de desesperada e impotente lucha. Con Delibes y Buero Vallejo no ha sucedido nada de esto, lo que prueba su talento auténtico. Y esa difícil cosa que se llama continuidad y que precisa, como motor, el sacrificio y, a la vez, la alegría de la vocación.

Miguel Delibes es, indudablemente, un escritor castellano. Un escritor de la tierra donde se reza ante la Virgen de la Antigua. Se liberan presos ante los patéticos cruceros de Montañés y se pregona «¡Sangrecilla caliente!» por las callejas que van a desembocar a la vieja —y hoy renovada— Facultad de Medicina, donde ejerció su excepcional magisterio don Ismael Bañuelos, el creador de caterdráticos y uno de los espíritus más auténticamente liberales de nuestra época. Su prosa se ha ido depurando a través de sus obras, ha vuelto, como él dice, a la naturaleza, y se ha hecho más pura, más natural. El lenguaje nos aprisiona muchas veces y, aunque parezca paradójico, no nos deja decir lo que queremos, o no nos lo deja decir a tiempo, lo que equivale a demorar el «tempo» de la novela, cuando la novela, incluso en un intimismo a lo Proust, debe ser esencialmente dinámica. Miguel Delibes se liberó pronto de esa obsesión por el estilo —el estilo que pudiéramos denominar «palabrero»— y, desde «El camino», ya fue el novelista libre, que entendía la naturaleza, como, muchos grados al norte, la entendió Knut Hansuw, con su parte de fantasía entre los abetos, como Delibes la tiene entre los rastros, apenas ha abatido una codorniz. Pero «El Diario de un Cazador» es una pura delicia de esa tierra castellana, donde se habla el más depurado castellano del mundo, y donde, con Vicente Escudero a la cabeza, se baila el más depurado flamenco de la celtiberia. Creo que algún día, si no se ha hecho ya, Miguel Delibes escribirá la historia de los gitanos de Valladolid, que son una gente aparte, que yo traté mucho en mis épocas de estudiante, capaces de todo, incluso de recoger la mies al son de las castañuelas.

La prosa de Delibes y la poesía de García Nieto —suponiendo que en Delibes no haya mucha, muchísima poesía; la poesía del aislamiento, quizá de la soledad —han corrido un impresionante «sprint» final, en pos de ese sillón marino que ocupó Julio Guillén, el de la brisa de los berlingueros y los mapas de las antiguas rutas de los mares. Desde Valladolid, sin moverse —como tampoco se movió García Nieto desde Madrid—, Delibes ha ganado por un corto de voto. Yo admiro a García Nieto, pero mi admiración por Delibes, acaso por razones de oficio, es más comprensiva. Debiera estar en la Academia hace ya muchos años; quizá se lo haya impedido su serena dedicación a la obra y su voluntaria ausencia de contactos y relaciones. García Nieto no tiene más que esperar su turno. El es el animador de «Garcilaso» y de tantas creaciones, jóvenes y maduras. Pero hoy, sin entrar en votaciones, saludemos una de las pocas e independientes justicias que en este país no es doble salutar: Miguel Delibes, sobrio, sencillo, verdadero y castellano, nacido a la fama literaria en Barcelona y miembro de la Real Academia de la Lengua, en Madrid. Miguel Delibes que, desde «La sombra del ciprés es alargada», suponemos, da brillo, fijeza y esplendor. — Manuel POMBO ANGULO.

MD



ENTREVISTA A MIGUEL DELIBES

El hombre que ocupa estos días el primer plano de la actualidad española es, sin duda, el gran escritor castellano Miguel Delibes, por su nombramiento de Académico de la Lengua. Una de las actividades por las que Delibes es más conocido es la de la caza. El conocido novelista, buen aficionado al campo, gusta de acompañarse siempre de buenos cazadores y por ello le vemos en la fotografía con el experto cazador guerniqués don Manuel Leguineche. En un segundo plano de la fotografía, puede verse a Miguel, el hijo mayor de Delibes.

En la página VEINTIOCHO incluimos una amplia entrevista con el escritor, que acaba de ser elegido miembro de la Academia.

MD

MIS TESTIMONIOS

«GARCILASO» NO ENTRA EN LA ACADEMIA

Por Juan APARICIO

La Real Academia Española es un coto cerrado y un coto social, a despecho de la sustitución de aquella Ley de Caza que fue promulgada cuando, en 1902, aceleradamente, don Alfonso XIII principió su mayoría de edad regia. El bienestar pululante y una incuestionable propensión cinegética de la humanidad extranjera y española, que prodiga y populariza los safaris y el ojeo de las perdices manchegas y aun las reses comunales, multiplicando las escopetas y las sociedades venatorias en cualquier rincón pueblerino, aunque esté en crisis la España cunicularia y se refunfuñe contra los fallos de la Federación Española de Caza; sin embargo, por misteriosísimas causas atávicas y por las ganas de presumir de las armas y de la puntería, todos los anteriores factores combinados convierten al cazador, furtivo o deportivo, en el héroe moderno, mientras que el guerrero, hermano siamés del poeta, cuando el vate esponja su numen épico, es un ente desprestigiado y en circunstancial decadencia.

Durante el último escrutinio para cubrir la vacante del almirante y escritor don Julio Guillén Tato, erudito y socarrón alicantino, con quien conversé con bastante frecuencia, pudiendo oír su deliciosa charla en el Museo Naval, en su casa, luego abandonada, de la acrópolis pescadora de Benidorm y en el "Misteri" y en el Huerto del Gato, de Elche, se presentaron un par de candidaturas rivales, en las que ya no se debatía, como en el precedente pugilato, el derecho de la mujer a sentarse en un sillón académico, sino el reparto de poderes e influencias entre la borbónica y recatada Academia

y nuestro sistema político, que con una tolerancia ejemplar ha consentido que sus transfugas y sus adversarios se parapetasen tras la inocua barricada de las papeletas lexicográficas, las tenidas semanales y los menús de los primeros de año.

El Gobierno era indulgente y hasta neutral, porque la Academia no le hostilizaba, a la manera de otros Colegios conflictivos, limitándose a reunirse cada oveja con su pareja, cuyos balidos sólo tenían un retintín distante y diverso. La Academia no es ningún Campo de Agramante ni una casa con patio de vecindad, puesto que su pudibundez y su mesura se advierten en el vocabulario selectivo, que introduce con parsimonia en las morigeradas páginas de su Diccionario de Autoridades, debiendo la vetada doña María Moliner, por su género femenino, componer un diccionario más completo, y don Camilo José de Cela subvenir a las castas palabras académicas con un diccionario secretísimo.

El secreto del voto, aunque sea un secreto a voces, filtradas a través de las anales con ujieres galoneados y discretos, no nos permite el recuento nominativo de las fuerzas que se dividieron, en gala, por la mitad en favor de cada contrineante, y después de un breve forcejeo, salir ganando el cazador, y perdiendo el portaestandarte del verso y de la fama bélica de Garcilaso. Por tres veces, el astur secuaz del caballero del Emperador cayó, como su émulo Garcilaso de la Vega, debajo del ataque mortífero del enemigo, al escalar un castillo del Mediodía de Francia, que,

de un modo metafórico, puede compararse con la Academia fundada por Felipe V.

No valieron a Pepe García Nieto, cuya "juventud creadora", desde hace treinta años, ha seguido paso a paso, sin disponer de la mocedad ni de la fantasía, los padrinos que con tan óptima y optimista fe avalaron su candidatura reincidente, ni su compañero del café Gijón en las viejas calendas, Cela, ni el polígrafo y catedrático catalán, pero con domicilio madrileño, don Guillermo Díaz Plaja, y ni siquiera el anticonformista e ingenioso y vivaz valetudinario, don José María Pemán, y los otros diez hombres ocultos, tras el sigilo electoral, pudieron vencer a los efluvios que emana el prolífico novelista Zunzunegui, competidor de Camilo; el pontificado intemporal de Vicente Aleixandre, acaso de otra cuerda poética, y el carisma filosófico de Julián Marías, quien debió apoyar con denuedo a su paisano Delibes, acompañado del equipo de once correccionarios del Nadal de Valladolid, entre los cuales puede ser que se cuente el del subsecretario de Prensa y Propaganda, durante el mandato de Serrano Suñer, don Antonio Tovar, venido a propósito desde Alemania, por motivo, asimismo, de paisanaje.

Miguel Delibes es un fecundo y egregio narrador, que apareció en el invierno de 1943 en las aulas de la Escuela Oficial de Periodismo de Ayala, 5, para cursar con un procedimiento, trimestral y breve, esa carrera, que ya ejercía como caricaturista en el "Norte de Castilla", de Valladolid, diario enfeudado a la familia política de don

Santiago Alba, a la que pertenece el electo Miguel Delibes. Cuando le vi hace tres décadas, tan alargado cual la sombra de su ciprés e igualmente melancólico, aunque la ironía le bullía por dentro, no pude figurarme, admirando sus dibujos y apuntes caricaturescos y la lozanía taciturna de sus veintidós años, que aquel profesor en ciernes de la vallisoletana Escuela de Comercio, aquel licenciado displicente de las Leyes aquel futuro director del periódico familiar, aquel padre de una prole, por contagio filial, cazadora, iba a ser uno de los escritores de mayor renombre merecido, sin necesidad de habitar en Madrid o en Barcelona, sin concurrir a las tertulias y cenáculos metropolitanos y sin más andanzas y parones que cuantas ha desenvuelto en la caza y en la pesca, o en sus viajes exteriores, invitado desde fuera.

Sin embargo, no se ha de desmoralizar Pepe García Nieto, cuyos clásicos dones líricos y sus modales corteses y cortesanos le predisponen para ser un académico nato y mientras tanto un genuino preacadémico. No tendrá que variar de advocación en esta coyuntura antibelicista, y desembarazarse de la heroica memoria del infortunado Garcilaso, al que alguien puede considerar como un criminal de guerra, o, a lo menos, como un excombatiente, con más pena que gloria, después de las desmovilizaciones y armisticios de un pacifismo americano y soviético, chino y oriental, pero que no rige en Israel. García Nieto, para la próxima vez, tendrá que comprarse una escopeta, bastándole que sea de caña.

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

SIN PAUSA Y SIN PRISA NOTAS A LA ACTUALIDAD CULTURAL

Retórica antigua y fórmulas modernas

UN fenómeno nada desdeñable de la actual estética es el de la exigencia con que estudia su propia retórica. Quiero decir que, a la vuelta de la destrucción de los modelos que se consideran pasados («acartonados», «retrógados», «camp») las nuevas actitudes comportan, también, una tabla de valores, un cuadro coherente, una normativa sistemática. No es, pues, una atollada destrucción de las «reglas», sino la sustitución de estas reglas por otras nuevas, sistemáticamente elaboradas. Destacar algunas de las obras que hoy están en las manos de nuestros jóvenes, nos llevaría, en efecto, a redactar una lista de apariencia pedante. Bastaría citar los nombres de Lukacs, de Gramsci o de Hugo Friedrich, para advertir cómo preocupa a las nuevas generaciones la teoría de la literatura que hoy está vigente, y su nada sencilla elaboración. A la vieja preceptiva, pues, ha substituido, por ejemplo, el monumental «Manual de Retórica Literaria» en tres volúmenes, de Heinrich Lausberg (Editorial Gredos). Lo que produce asombro —además de su increíble conclimiento de treinta siglos de tradición clásica y humanística— es la capacidad de adaptación de la máquina retórica tradicional a las exigencias de nuestro tiempo. Por mucho que parezcan cambiar las cosas, hay en el alma lectora o espectadora constantes que no varían. No descubro nada nuevo si les recuerdo aquel famoso libro de Georges Polt, que reducía toda la historia del teatro universal a treinta y dos «situaciones», aunque otro crítico contemporáneo, Etienne Souriau, pretendía que eran doscientas mil. Lausberg, en efecto, en el «Manual» antes citado, reduce todo el teatro a unos diez «sistemas» de cuya combinatoria surge todo el juego de los conflictos escénicos.

En cualquier caso, la monotonía de las pasiones humanas es evidente, y el milagro de la evolución de la literatura consiste, precisamente, en hallar novedad a unas realidades biológicas que tienden a repetirse indefinidamente. El peligro en que inciden, por ejemplo, las obras en torno al sexo —en el cine y el teatro— es el de fatigar por la falta de imaginación que surge de la limitación de su propio repertorio. Y esto lo saben bien, en el norte de Europa, los explotadores de espectáculos pornográficos.

El problema de la persistencia de los géneros estriba en la necesidad de inyectarles elementos que permiten parecer nuevos.

Cuando uno piensa, para utilizar un ejemplo fácil por su trivialidad, en las formas sucesivas de presentación del «western» cinematográfico, y sus mil maneras de rizar el rizo —por sobrecarga, intensidad, parodia o ironía— nos maravilla las posibilidades que, después de medio siglo, conserva este modesto subgénero filmico.

Lo mismo podríamos decir del espectáculo cómico. La gama de las cosas que hacen reír es muy limitada. Las gentes se divierten en el teatro, desde hace veinticinco siglos, con las mismas situaciones que hacían reír a los espectadores atenienses de Aristófanes y Menandro, y, desde hace veinte, a los espectadores romanos de Plauto. La comedia plautina del avaro —la «Aulularia»— ha servido de modelo a Molière, y a Alfonso Paso («El gran tacaño») o Josep María de Sagarra («El señor Perramon»). Lo mismo podríamos decir del «Soldado Fanfarrón» («Miles gloriosus»), de apariencia bravucona y desmelenada cobardía, que ha hecho las delicias de chicos y grandes desde el Capitán Matamoros de la «commedia del arte» a los «polichinelas» de mi amigo Inglés, en su teatro para niños del Parque del Turó.

Los resortes de la comicidad son los mismos. Lo que cambia, acaso, es la dosis con que se ofrecen. He visto el otro día la película «¿Qué me pasa, doctor?», y me he sentido impermeable a un tipo de comicidad cinematográfica que se remonta a los «gags» de la tarta de nata y de las persecuciones de coches de los tiempos de Mac Sennett, de Snub Pollard, de Larry Simon y del primer Chaplin. Pero he de confesar que el público se desternillaba de risa, y soltaba el trapo hasta el paroxismo histérico.

Ciertamente, con la elementabilidad del espíritu humano, con su radical ingenuidad, cuentan los elaboradores de espectáculos. Y bien podría afirmarse que los «productos» exhibidos deben ser el resultado de unos cálculos realizados por computadoras capaces de detectar los factores más sensibilizados en la captación de las muchedumbres. La enorme documentación a que antes he aludido, el «conocimiento de causa» de las doctrinas estéticas, el rigor analítico con que hoy se observa el hecho colectivo hace presumir que nada, absolutamente nada, se deja al azar.

La lengua, fenómeno fungible

Leo en los periódicos que el Gobierno de los Estados Unidos ha preparado para los prisioneros americanos que, con la paz, regresan del Vietnam, un folleto en que se sintetiza la historia del mundo que han podido no conocer en sus años de exilio, y, lo que es más curioso, una lista de las palabras o giros idiomáticos que se han puesto en circulación, especialmente por los jóvenes (es decir, por sus hijos) durante este tremendamente largo (en cualquier caso) período de la ausencia. Sí. El tiempo se mide por el lenguaje. Lo que nos da con mayor viveza la noción del paso de las horas es las veces en que nos sorprendemos a nosotros mismos utilizando palabras y frases «que no se usan», como se encargan de advertirnos los jóvenes que nos rodean. El lenguaje es, pues, fungible, como dicen los juristas a las cosas que se consumen con el uso. Ya hace dos mil años que Horacio advertía que los vocablos caen y mueren como caen y mueren las hojas de los árboles. Y el mismo Horacio decretaba:

*Ilquít semperque licebit
signatum presente nota producere nomen*

«Fue lícito y será siempre lícito producir palabras selladas con el signo de los tiempos presentes.» Lo cual es bueno repetir, para los que se alarmen por la introducción de neologismos.

Miguel Delibes

Pensamos hoy en Castilla —la limpia realidad horizontal de la meseta—, y decimos Miguel Delibes.

Pensamos hoy en la naturaleza hecha tierra y palabra castellana, y decimos Miguel Delibes.

Pensamos en un decir novelístico, directo y honrado, sincero y desnudo, y decimos Miguel Delibes.

Guillermo DIAZ-PLAJA

de la Real Academia Española

MIGUEL DELIBES

Por FELIX BILBAO

MADRID, 2. (De nuestra Redacción.)—La Real Academia Española está operando últimamente una suerte de descentralización muy saludable y va a buscar sus nuevos miembros en las provincias españolas. Hasta hace unos años la Academia era algo así como una patente de madrileñismo —con obligatoriedad para los académicos de residir en la villa—, una cosa que se conquistaba a fuerza de años, visitando mucho a los inmortales y posando de academizable. Pero Lázaro Carreter, Emilio Alarcós o Miguel Delibes son hombres de provincias, intelectuales, a los que la Academia ha ido a buscar a sus lejanos rincones.

Claro que la Academia, en rigor, no va a buscar a nadie, pero de alguna manera porfe los ojos en ese hombre silencioso y eficaz que está laborando por la cultura nacional en su provincia, lejos de eso que alguien llamó "la farsa del madrileñismo". Esta descentralización de la Academia nos parece muy efectiva, por cuanto viene a iluminar con poderosa luz el quehacer de quienes voluntariamente se han apartado a la escondida senda. Miguel Delibes puede aportar a la Academia el aliento de una tierra, el lenguaje y la verdad de una Castilla que él ha desmitificado, ha liberado de literatura noventayochista. La obra de Delibes viene a ser una confirmación ejemplar de los valores del localismo en el arte. El localismo, siempre que no se entienda como costumbrismo entusiasta y estrecho, es la única posibilidad creadora auténtica, pues el cosmopolitismo de un Blasco Ibáñez o un Somerset Maugham a la larga no dejan nada. Balzac y Proust nos dan el París de los salones; Zola, el París del suburbio; Dickens, el Londres callejero; Faulkner, el hondo sur americano; Joyce, su Dublín natal; Cervantes, los pueblos de la Mancha; García Márquez, Macondo. El primer acierto de un novelista es acotar un mundo propio. Como dice Zunzunegui, no hay que creer en el novelista que para escribir una novela necesita hacer un viaje. Los viajes del novelista deben hacerse hacia el pasado, hacia lo hondo, hacia atrás siempre, porque de los viajes hacia adelante sólo puede salir un libro de viajes, una guía de ferrocarriles.

A Delibes se le ha reprochado mucho el que no se moviera de Valladolid —literariamente hablando, ya que por lo demás es un viajero casi constante—, pero ahora comprendemos que el gran acierto, el primer acierto de su obra, de su planteamiento literario, ha sido precisamente el quedarse en Valladolid, en el corazón de Castilla, pues esto les ha dado a sus libros un respaldo, una continuidad, una unidad, una autenticidad que nunca logra el zascandil ilustre.

Por otra parte, el escritor que se queda en provincias evita el navajeo constante de la Corte y, si bien tiene menos amigos, tiene también menos enemigos. Es muy difícil, en un país tan centralizado como el nuestro, triunfar desde la provincia, pero la gloria, la limitación del escritor provinciano, se convierte en su ventaja y fortuna cuando la provincia llega a confundirse con la obra. Miguel Delibes quedará tan fundido en vida y obra como un Baudelaire o un Oscar Wilde, porque su conducta y su escritura son prolongación una de la otra. El cazador que escribe, el escritor que caza, el hombre de la provincia que sale al campo, el campesino intelectualizado. Es muy difícil, ya, en Miguel Delibes, deslindar la biografía de la obra, y cuando en un escritor llega a producirse esta confusión, este arropamiento mutuo de lo vivido y lo escrito, es cuando el mito literario está en marcha.

La disociación, el distanciamiento entre el autor y sus libros, es un fenómeno intelectual de respuesta al mito romántico de una vida literaria, de una literatura vivida. Miguel Delibes, sin ningún alarde de romanticismo, vuelve a constituir, empero, una apretada unidad novela-vida, de la que se deduce su autenticidad.

El escritor madrileño suele adolecer de cosmopolitismo, de desarraigo, de cultura libresca. El escritor español viene a la Corte a conquistar la gloria literaria, dejándose en el camino lo mejor del equipaje: el tesoro biográfico, vital, de una provincia lejana. Cuando la novela española empieza a perderse en el desarraigo, el mimetismo, el esteticismo tardío y el cosmopolitismo de pega, Miguel Delibes llega a la Academia con una obra grávida de autenticidad, rica de realidad. La provincia —eso que en Madrid suena tan despectivamente— se revela una vez más como el venero hondo y cierto de toda creación arraigada.

FELIX BILBAO



Perfil de Delibes

57-2-73
"Ya" 1, 2, 3

PARECE que fue ayer cuando lo de "La sombra del ciprés es alargada"—Miguel, un chico—, y ya tenemos en la Academia a Delibes. No se fíen mucho de lo que yo diga, porque este hombre, todo un hombre, es íntimo amigo mío, nos vemos a diario y hemos viajado juntos por esos mundos de Dios. Delibes: "gente" de oro. Tiene cara de pocos amigos. Da miedo su carigesto. Infunde respeto. Por lo que sabemos que sabe y por lo que adivinamos que adivina. Gironella le decía un día a Miguel: "Por las fotografías, creía yo que eras un hombre malo de Castilla." No es fácil Miguel Delibes. Es difícil. Es un hueso. Para los que no están en antecedentes. Para los que estamos en el secreto, M. D. es una temperatura, un mundo serio, un humor adorable, una ironía sin sangre. Sin la menor sonrisa, resulta que está hablando en zumba. Se sonríe y está diciendo verdades como puños. Si somos poseedores de sus claves, tan humanas, podremos pasar mucho tiempo con M. D. a base de valores entendidos. Quizá los otros se escaman. Dueño de un corazón de bondad sin reservas y de una inteligencia asombrosa, se quedará en seguida con la gente. Es inútil intentar resistir a su simpatía y a su cordialidad. En una reunión, sin él quererlo, inmediatamente será él el

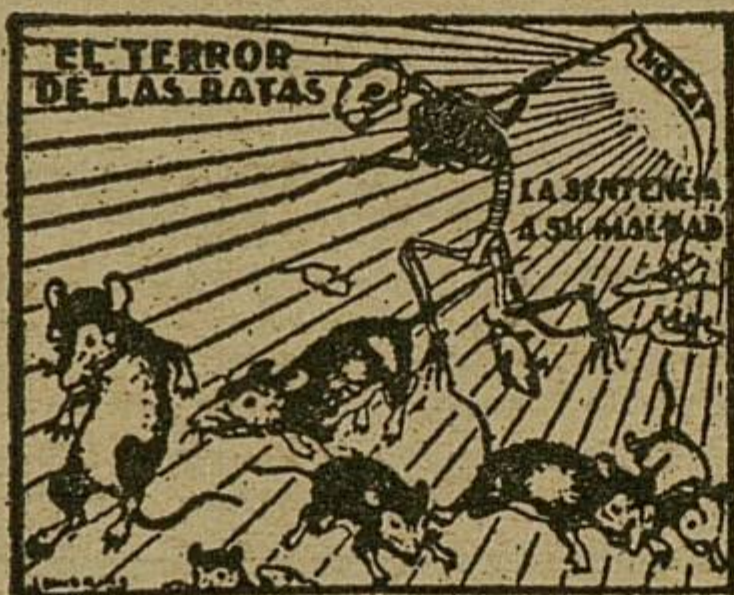
centro. En el supuesto de que no se quede callado como un muerto, mientras a su mujer, Angeles, que se va del mundo de lista, la llevan los demonios. Una vida limpia, de pisada firme, de arraigadas creencias, invulnerable a la más minúscula maniobra, insobornable hasta el escrúpulo. Si estuviéramos en el siglo XIX tendríamos que decir: "Esposo amantísimo y padre ejemplar de familia numerosa." Su mujer se mete con él porque va descuidado en el vestir, con la cazadora de cazar, a pesar de que hace unos años salió en la lista de los diez hombres más elegantes de Europa. Su desaliño indumentario es límpido, esbelto, a su caer, elegante. Podría yo seguir hablando de M. D. todo el tiempo que ustedes quisieran. En ocasiones le llamo al orden con algo así como un tres erre, porque se le va la mano en sus novelas. M. D. se ríe socarronamente y se limita a decir: "Este Pacorris."

PARA mí, salvo estas crudezas, la obra de M. D. es de una madurez colmada, de una originalidad ceñida, de una poesía refrenada y de una angustiosa preocupación por los semejantes. No creo que haya novelista de su talla. Sería impreciso decir que M. D. escribe muy bien, que sí que escribe muy bien. Nuestro amigo, más que escribir muy bien, escribe "delibes", que es más y mejor. Ya anda ahora el hurón social preocupado con el discurso de ingreso y con el frac, porque no pretenderá leer de cazadora. Le he prometido ser su ayuda de cámara en la vestida.

F. Javier MARTIN ABRIL

NOGAT

Raticida de acción rápida
QUE NUNCA FALLA



Con matarratas NOGAT en polvo y pasta fosforada exterminará rápidamente y sin molestias toda clase de ratas, ratones y topos. Recuerde que NOGAT no las mata en días. Las mata en horas. Si manda este recorte a Laboratorios SOKATARG, Ter, 16, Barcelona-13, recibirá un interesante folleto





Sobran dedos de una oreja —como diría Perich— para contar las veces que el contenido de esta rúbrica ha faltado semanalmente a la cita. La gripe ha podido más en esta ocasión. Más extensa será, pues, la charla en la próxima semana.

ANTE
EL LECTOR
ESPAÑOL, SIN
LAGUNAS NI
IMPRECISIONES

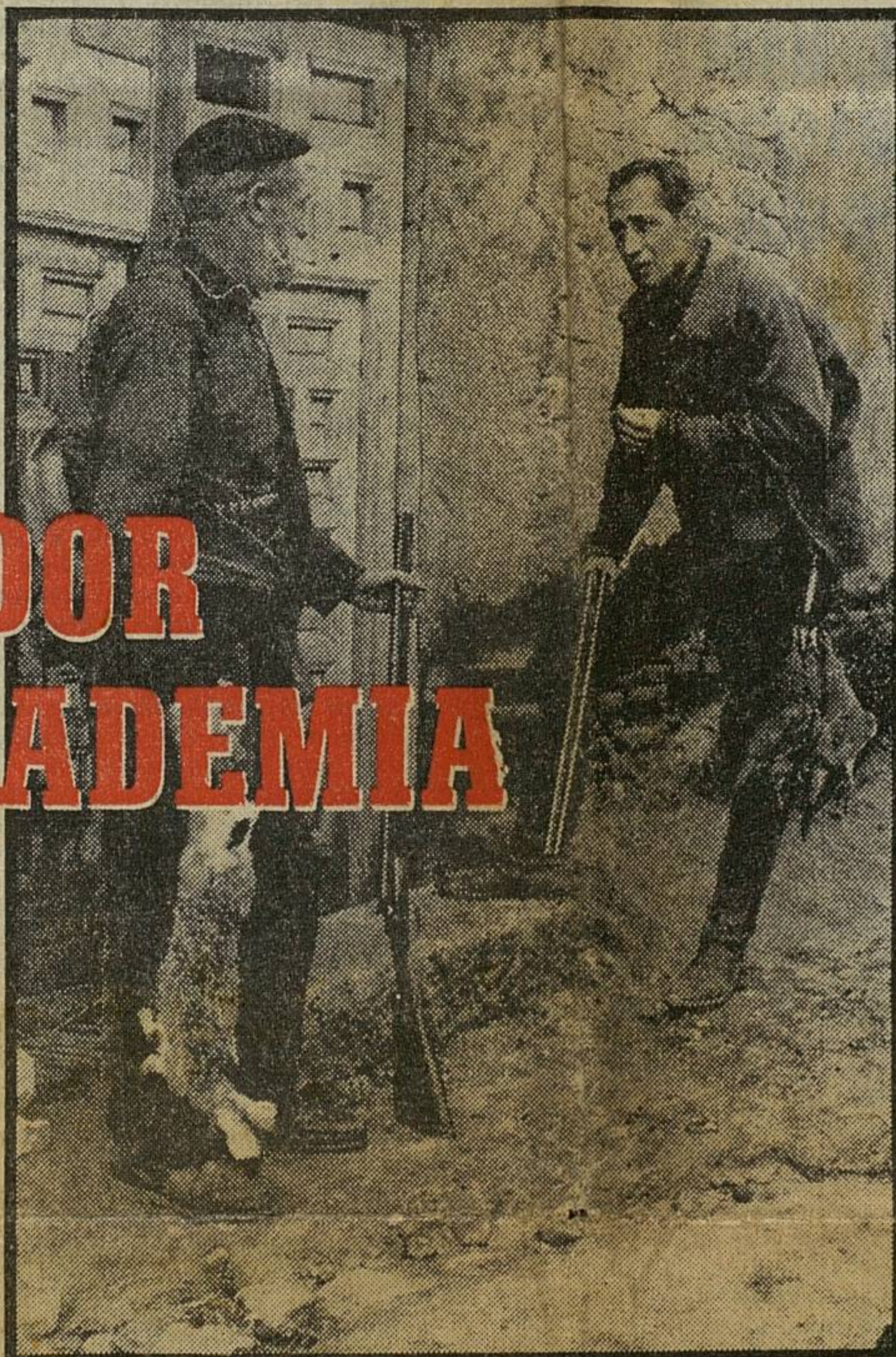
“Tengo la satisfacción de que, en buena parte, me han votado los no carcas”

DELIBES

UN CAZADOR EN LA ACADEMIA



Por Miguel FERNANDEZ-BRASO



La entrada de Miguel Delibes en la Real Academia ha supuesto una natural alegría para el seguidor más o menos próximo de la narrativa española. La Academia, con esta elección, se puede sentir honrada. Delibes, aunque no creo mucho en la «utilidad» del escritor en la docta corporación, es evidente que puede «acarrear lenguaje popular y rural especialmente». El novelista dice que es, como muchos creadores, un intuitivo. «No me planteo problemas de léxico. Estos son de la competencia de esos lingüistas de categoría, de gran categoría, que tiene la Academia.»

(«La elección de la Academia es un honor y, en cierto modo, una confirmación de que uno existe como escritor. Al menos para mí. Otra cosa es que esto sea una necesidad o que yo la haya buscado. La verdad es que a mí me ha sugerido la presentación un grupo de académicos y que yo, después de pensarlo, he aceptado.»)

No, no creo que carca y académico tengan nada que ver. En la Academia habrá carcas y no carcas, como en toda tierra de garbanzos. Por mi parte, yo tengo la satisfacción de que, en buena parte, me han votado los que no son carcas. Al menos, eso creo. Por otro lado, si aquello fuera cierto —esto es, que la Academia es carca—, la aceptación de una silla, estaría más justificada para contribuir a que dejara de serlo.

¿La guerra de nuestros antepasados? Sí, es mi próximo libro, mi próxima novela. Es un largo diálogo magnetofónico sobre el caninismo español. En ella pretendo demostrar que la violencia —que nos perseguirá inexorable hasta el fin de nuestros días— no es un medio para resolver nuestros viejos problemas. El lenguaje rural es

parte fundamental de este libro.»)

El novelista, para descansar de estos días de entrevistas y felicitaciones, se ha ido, como todos los fines de semana, al campo. Era el último día de caza menor y no ha querido perderlo. Hace unos años —por estas fechas— fui a Valladolid para acompañarle en la caza del domingo. Quise también entrar en su ambiente de cada día, inflar los pulmones de la curiosidad en su atmósfera vital, en su clima cultural, en su íntima geografía humana. Pienso que los hombres son más fieles a sí mismos, más íntegros y espontáneos, en su mundo diario. Quizá lo mejor sea buscar al hombre por los caminos de su rutina laboral y sentimental. Creo que en nuestra vida influye todo, hasta los pequeños objetos que nos acompañan en nuestro cuarto de trabajo. Un individuo fuera de su marco habitual, arrancado del escenario que tiene pateado, medido y controlado, es posible que nos resulte un tanto falso, que nos dé una imagen un tanto descentrada y exagerada en algunos rasgos.

PIENSO que los hombres que cazan tienen

una psicología especial, una distinta manera ante la vida, una mayor entereza y un nervio más vigoroso para aguantar los vaivenes de la existencia. ¿Hasta qué punto ha influido la caza en la obra de nuestro novelista de primera línea, de nuestro periodista con agallas, de nuestro profesor puntual y responsable? Delibes, como dijo Santerbas, no es un escritor que caza, sino un cazador que escribe. A nuestro novelista le encanta repetir esta cita, y dice que toda semejanza entre su persona y un intelectual es pura coincidencia.

(«Quiero decir que no desdeno los problemas que nos conciernen a todos, sino que al abordarlos eludo el punto de vista intelectual y los planteo desde donde me corresponde, es decir, a bajo nivel, como podría hacerlo un campesino de mi tierra. Otra cosa sería traicionarme a mí mismo y defraudar a mis lectores.»)

LA OBSESION POR LA NATURALEZA

MIGUEL Delibes dice que la caza es una pasión que se mama. Su padre murió, prácticamente, con las botas puestas. Fué un aficiona-

do entusiasta hasta el último día de su vida. Murió —a los ochenta y un años— de una hemiplejía que le dió al regreso del río Besaya de pescar truchas. Los sábados, Miguel ayudaba a su padre a preparar la escopeta, la canana y el macuto. Y el domingo, «antes de que amaneciera Dios», ya estaba caminando del monte. En sus pocos años no acertaba a comprender que hubiese otras distracciones para consumir los ocios de un hombre. Y la tradición continúa. Ahora son sus hijos quienes le ayudan en los preparativos.

El momento de los preparativos es un rito importante para el cazador. Yo he asistido a este rito en el cuarto de trabajo del escritor. Las escopetas, las cartucheras y todo lo demás estaban guardados en la librería, en los departamentos de abajo. Es curioso que los trastos de caza estén en la misma habitación, en el mismo mueble, que los utensilios de trabajo.

Al día siguiente llovía con ganas. Pero ni Miguel, ni su hermano Manolo, ni su hijo Germán dudaron salir al campo. «Escampará», me

EL REGRESO DE NIETZSCHE

El tema del regreso de Nietzsche me atrae y me desconcierta. Me parece que una de las claves del pensamiento nietzscheano radica en sus relaciones con el pensamiento científico. Y que el conflicto ciencia y filosofía, que conmociona la cultura moderna a partir de Galileo y, sobre todo, de Newton, si hemos de creer a Ortega, encuentra en Nietzsche una pesadumbre radical y un desánimo filosófico.

Este conflicto acaso explique la extraña y paradójica circunstancia de que sean precisamente un grupo de sedicentes científicos, adoradores de la ciencia, pero cultivadores de una filosofía masoquista (masoquista porque se complace en su propia negación), quienes se hayan fijado en la obra de Nietzsche. Gran parte de las paradojas de que adolece la corriente estructuralista me parece que residen en esta extraña alianza con la ciencia y en ese no menos extraño menosprecio por la filosofía. Alianza falsa, porque sólo se establece a nivel del discurso, la retórica y la especulación, pero no se lleva en ningún caso a la práctica, al menos por lo que a los comentaristas de Nietzsche se refiere. Menosprecio contradictorio, porque es el desdén que el filósofo siente respecto de sí mismo, una vez que ha palpado el muro de su imposibilidad.

La figura de Nietzsche puede ser un perfecto símbolo para reflejar esta contradicción, este desencanto, este desánimo del filósofo, que quisiera prescindir de sí mismo a base de prolongar indefinidamente el eterno ciclo de sus negaciones. Nietzsche es, en efecto, el símbolo de este círculo vicioso que su pensamiento trató de desenredar a base de diagnosticarlo.

Esta figura de Nietzsche, que repentinamente se manifiesta actual e indómita, resulta, sin duda, atractiva. Nos comueve, nos tienta a caer en su propia pesadumbre, en su silencio solitario, en sus enigmas sin clave, en sus hallazgos indecibles. Es como el último refugio del cisne que se niega a morir alargando la armonía de su canto postrero. Sospecho que ésta es una razón visceral que explica su influjo potente y descarriado, advenido en una hora excesivamente mimada por los esplendores de la técnica, por sus falsas y mecánicas criaturas.

Nietzsche es el genio oculto que subvierte los valores. Andrés Sánchez Pascual, el último y más seguro de nuestros traductores de Nietzsche, ha hallado este excitante neologismo con que expresar el propósito nietzscheano: la transvaloración. Este término coincide en gran medida con el utilizado por Klossowski en su reciente obra sobre Nietzsche. En efecto, Klossowski monta su exégesis de los textos desconocidos del pensador prusiano sobre dos interesantes claves: el término transvaloración («el

nihilismo al que está condenada la historia exige una "transvaluación de los valores", que instituirá los criterios de una nueva "selección" de la especie»), y el término inhumano («pero lo que está entre vosotros es el círculo vicioso que trae lo "sobrehumano". Nietzsche debería decir lo inhumano»). Con lo cual emparenta con el propósito foucaultiano de negación del humanismo como vía para superar y sustituir sus caducas valoraciones.

¿Es casual esta coincidencia entre Klossowski y Sánchez Pascual? Un artículo demasiado sinuoso, aparecido con el título de «Nietzsche: el holocausto y las furias», y cuya firma no recuerdo, ofrecía sugerencias imprecisas sobre las traducciones de Sánchez Pascual. No cabe duda de que estas nuevas versiones de la obra de Nietzsche resultan especialmen-



te importantes, no sólo por la calidad de la traducción, sino porque introducen los textos expurgados en ediciones anteriores. Y es natural pensar que estos textos hayan sido trabajados previamente, sin que este hecho tenga por qué producir exaltadas sorpresas.

«Más allá del bien y del mal» (1) es la última obra de Nietzsche aportada por las excelentes traducciones de Sánchez Pascual, versiones que, por responder a una sistematización completa de los elementos manipulados en las anteriores ediciones de las obras del filósofo, contribuyen en gran medida a que el regreso de Nietzsche acceda al lector español sin lagunas ni imprecisiones.

LADAVEZE

(1) «Más allá del bien y del mal». Federico Nietzsche. Traducción y notas de Andrés Sánchez Pascual. Alianza Editorial, Madrid, 1972.

DELIBES

dijeron para animarme. La tierra se hundía, rezumaba agua. Miguel es hombre delgado, de largas piernas, muy ágil. Camina con brío, con seguridad. Está acostumbrado al monte, como las cabras. Tiene una auténtica obsesión por la Naturaleza, que es una de las firmes constantes de su obra. Uno fue testigo de que allí, entre chaparreros y cielo, es feliz, está en su ambiente. Miguel necesita, le urgen, estos escapes. A Miguel, como al indio araucano, le aprieta demasiado «el corsé de la civilización». La caza es su sedante. Se olvida de los problemas, de la tensión y del esfuerzo de la semana.

MIGUEL Delibes, recordando mi bautizo de caza, escribió luego en su libro «Un año de mi vida» (Destino, 1972): «Fernández-Braso, que soporó impávido junto a mí un día de caza en el que cayó más agua que el día que enterraron a Zafra, juzga, con conocimiento de causa, sobre la presunta crueldad de este deporte.»

«SIN EL NADAL QUIZA NO HUBIERA ESCRITO MAS»

En el año 1947, Miguel Delibes, un hombre entonces desconocido en

novela debe tener un hombre, un paisaje y una pasión. No todos lo entienden así y yo les respeto. Lo que no admito es que se llame «nouveau roman» a algo que evidentemente nada tiene que ver con «le roman».

Si, hay que armonizar la técnica y el contenido. Si tenemos suficiente talento, en una novela no debe prevalecer lo constructivo sobre lo decorativo ni tampoco a la inversa. La novela, si aceptamos considerarla como una obra de arte, debe ser un equilibrio. Cuanto más se acerque el novelista a ese equilibrio, más habrá acertado con su novela.

Pero la verdad es que no se puede hablar de una técnica para hacer novelas como una técnica para levantar un puente. En arte, cada hombre es una técnica.

Yo hago lo que sé hacer, a mi aire... Si, es una tontería decir que la novela española no trata temas universales. El tema puede ser universal por abarcar inquietudes universales —el terror atómico— o porque el pequeño problema local que afrontamos, mediante un bien calculado juego de reflejos y resonancias, pueda hallar eco en cualquier parte del mundo. Todo lo que tenga o encierre un hálito de humanidad es, a mi entender, universal. La nove-

te tomar contacto con los acontecimientos humanos de cada día y, en consecuencia, ahondar en el hombre. Como para mí la novela es esencialmente una interpretación del hombre, el ejercicio del periodismo me parece muy conveniente.

Hemingway tiene una frase acertada sobre esto que yo suscribo, aunque todavía no he puesto en práctica, quizá porque mi afecto a «El norte de Castilla» rebasa lo profesional a l. Hemingway dijo que el periodismo es muy conveniente para el narrador, siempre que sepa dejarlo a tiempo. Yo lo dejaría si no hubiese esta razón de tipo sentimental que me ata a este periódico. En él me he formado. Con mis compañeros actuales he llegado a constituir un equipo de ideas y preocupaciones afines, y quizá por ese martilleo diario me parece un instrumento de mayor eficacia social que la novela.»

En el mundo árido y a la vez cordial del novelista Delibes no falta el chiquillo del trigo, un hombre pequeño, pero que nunca deja de ser niño. Un zagal que, como en Nini de «Las ratas», sabe de la hierba y de las nubes, de la clueta y de la acequia de fango donde viven las ratas. Los niños ocupan un lugar importante en la primera fase realista de su

- «No soy un escritor que caza, si no un cazador que escribe»
- «Yo dejaría el periodismo si no hubiese una razón de tipo sentimental»
- «En «La guerra de nuestros antepasados» pretendo demostrar que la violencia no es un medio para resolver nuestros viejos problemas»

el mundo de las letras, afincado en Valladolid, consiguió el premio Nadal con su novela «La sombra del ciprés es alargada». Desde entonces, con paso seguro y pulso sereno, sin trampa ni cartón, sin buscar leyendas y trabajando con aplicación, el escritor ha ido subiendo cada año y cada día un peldaño más en la novelística española. Delibes siente una natural y sincera gratitud hacia los premios literarios.

«Sin el Nadal es posible que no hubiera escrito más. Los premios ayudan a despertar al público lector. Ahora me duele tanto que mucho me temo que lo vuelvan a dormir. ¿Si la novela tiene definición? Quizá la tenga, pero yo nunca me he preocupado de buscarla. Creo que toda

la española puede ser buena o mala, pero por otros motivos. Nada hay tan triste como un escritor español que, creyendo que con esto hace más trascendente su novela, ambienta su obra en París y llama Pier a su protagonista.»

«NO ME CONSIDERO UN NOVELISTA CATOLICO»

DELIBES dice que el periodismo es un gimnasio excelente para el novelista. Es cierto que nos aproxima al hombre y nos da —cultivando todas sus facetas— una soltura narrativa. Y viceversa: la novela ayuda a sopesar el fondo humano de los hechos, que es, en definitiva, lo que le confiere valor periodístico.

«El periodismo permi-

literatura, porque, como los hombres del campo, conservan toda su espontaneidad, son como son, sin artificios ni posturas que los enmascaren.

«El niño encierra toda la gracia y todas las posibilidades del mundo. El hombre es un niño que ha perdido su gracia y ha limitado a una sus posibilidades. Ha dejado, en fin, de ser una esperanza.»

¿Si me considero un novelista católico? No. Yo soy un católico que escribe novelas. No hay por qué mezclarlo: el que es católico imprime un sello en todo lo que hace. En mi novela hay voluntad de fomentar el espíritu de comprensión y la solidaridad entre los hombres. En definitiva, esto me parece la esencia del cristianismo.»

Vida Cultural

EN TORNO A FRANCISCO AYALA



En la sede de la Asociación de Mujeres Universitarias se ha celebrado un acto en homenaje al novelista y sociólogo español Francisco Ayala, que desde hace tiempo reside en el extranjero y pasa frecuentes temporadas en Madrid, en estrecho contacto con nuestros medios culturales. El acto fue presentado por Soledad Ortega, y en él tomaron parte un grupo de conocidos críticos y escritores.

Inició el acto Antonio Núñez, quien trazó una semblanza del escritor,

señalando las diferentes etapas de su carrera. A continuación, José Luis Cano hizo un bosquejo de la personalidad intelectual de Francisco Ayala. Aurora de Albornoz se refirió en particular a la obra ensayística, poniéndola en relación con su labor creadora. Por último, Andrés Amorós señaló las características fundamentales de la obra narrativa. El acto concluyó con unas palabras de Francisco Ayala, que mantuvo después con el numeroso público un animado coloquio.

TOMAS MARCO: SOBRE LA CRITICA MUSICAL

El compositor y crítico musical Tomás Marco pronunció, a las ocho de la noche, en el salón de actos del Instituto Alemán, una conferencia sobre «La función de la crítica», dentro del ciclo que sobre el tema «¿Para quién es la música?», viene desarrollándose en la mencionada entidad cultural por iniciativa de Juventudes Musicales.

—¿Cuál es la función esencial de la crítica musical?

—La misión principal de la crí-

tica es servir de puente, de mediadora, entre el compositor e intérprete y el público. En este sentido puede resultar sumamente interesante la labor crítica decantando los gustos del destinatario.

—¿Cómo es la crítica musical en España?

—La crítica musical en España está experimentando una transición. No cabe la menor duda de que es mejorable; pero, en líneas generales, posee dignidad.

NUEVO ENCUENTRO CON JOSEFINA GOMEZ-TOLDRA

Ya en otras ocasiones, allá por el mes de mayo, en que nos ofreció un magnífico recital en el Club PUEBLO, hemos traído a esta gran pianista catalana que es Josefina Gómez-Toldrá hasta nuestras páginas. Acaba de llegar de Extremo Oriente. Confidencialmente, nos dice que el precio que cobra por cada actuación sobrepasa los mil dólares, y de todos es sabido que cuando se pagan estas sumas los méritos del artista están sobradamente demostrados. Y así, entre idas y venidas, Josefina está dejando la música española en el mejor de los lugares.

Japón, América del Sur, Estados Unidos, toda Europa y ahora Extremo Oriente —últimamente, Thailandia— la conocen.

—¿Qué compositores españoles gustan más en el extranjero?

—Gustan todos, pero quizá por su estilo y porque la visión que se tiene de España dentro de la música es un poco la de Falla y la de Albeniz.

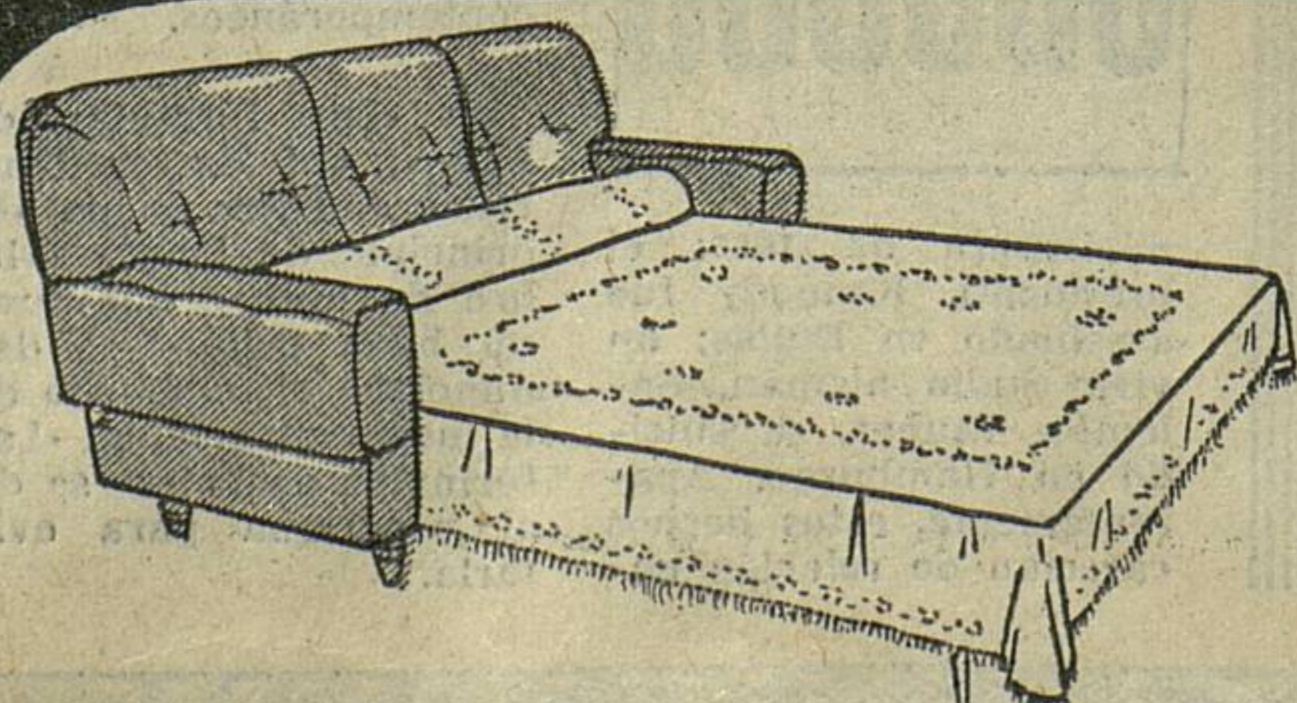
Y con esta pequeña charla despedimos

a la pianista. Y nos gustaría pedirle que no viaje tanto, que no cruce tantas fronteras y permanezca aquí un

poco más de tiempo, porque ya es hora que nuestros artistas sean escuchados en su propio país.



Escriben: Rosario M. VILLACASTIN - M. PUJALTE



SOFAS-CAMA

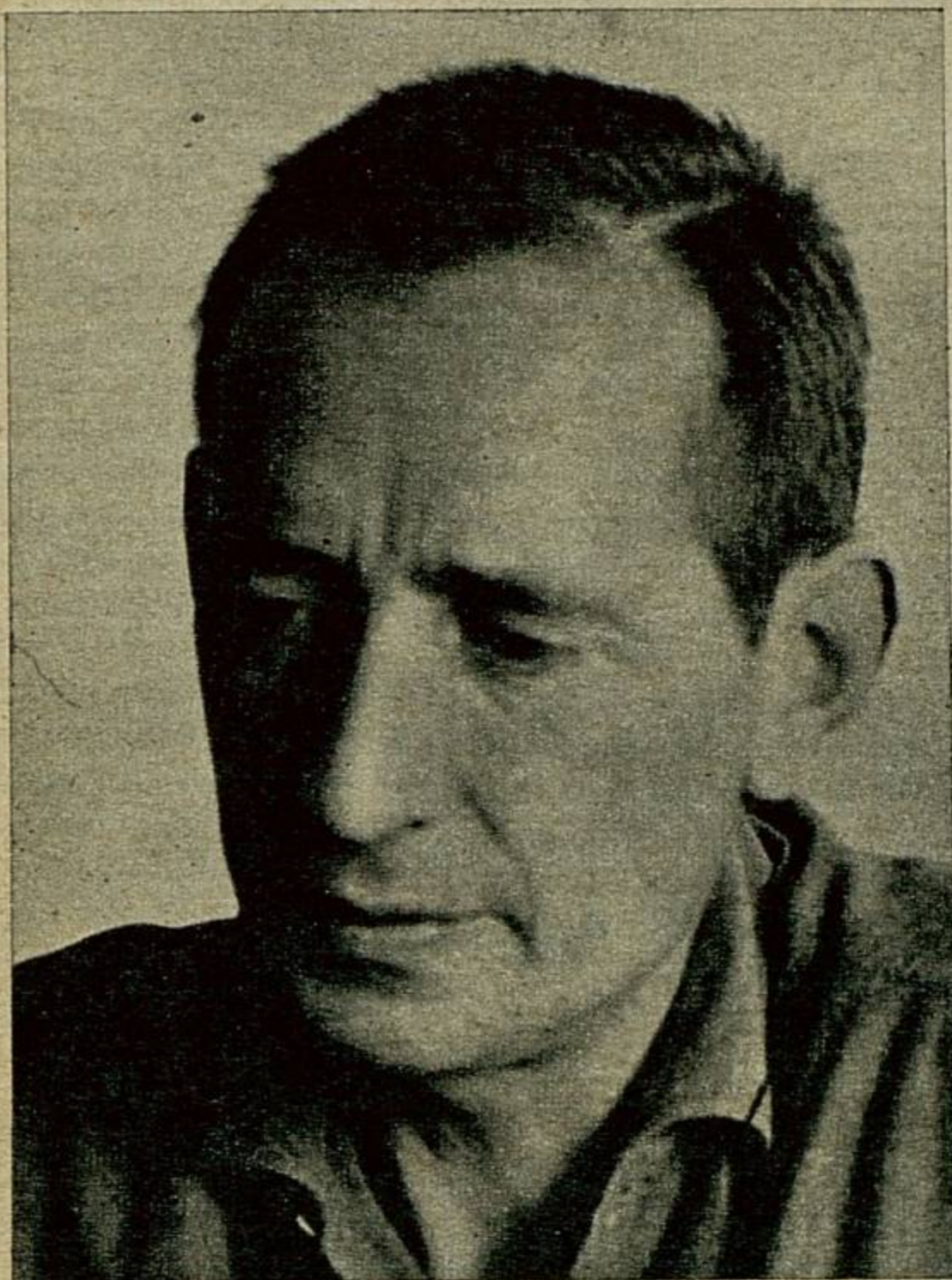
modelo económico a

5.975 PTS.

(si se desea, sillones a juego)

traba

Joaquín García Morato, 97



MIGUEL DELIBES, EN LA ACADEMIA

En el discurso pronunciado por Max Aub con motivo de su imaginaria e imposible recepción en la Academia de la Lengua (1), aparece Miguel Delibes como titular de la silla "F" desde 1954. Le habían bastado a Max Aub unos pocos libros ("La sombra del ciprés es alargada" es el Nadal de 1947) para designar académico al escritor vallisoletano, hoy autor de más de veinte libros. ¿Qué aporta Delibes a

(1) «El teatro español a la luz de las tinieblas de nuestro tiempo». TRIUNFO, número extraordinario sobre «La cultura en la España del siglo XX».

la Academia? Consideraciones narrativas aparte, un mundo novelesco de primera importancia en nuestras letras; ha ido depurando su lenguaje al despojarle de todo artificio, hasta conseguir un estilo de gran eficacia y personalidad. Aporta Delibes el lenguaje de ciertos medios rurales, y ello, sin impostar nunca la voz, sino con la frescura que el buen creador sabe mantener. Lenguaje que puede convertirse en arqueología dentro de unos años, de seguir las cosas así. Tan importante, aunque a veces no se tenga en cuenta, es su trabajo sobre un lenguaje urbano, coloquial, de esas gentes de clase media, protagonistas tantas veces en las novelas de Delibes ("La hoja roja", "Cinco horas con Mario").

Periodista, catedrático, escritor y cazador, Miguel Delibes es buen representante del hombre a contrapelo de las intransigencias y de los dogmatismos en punto a la organización de la sociedad (lo que evidencia siempre una actitud radicalmente liberal), y a contrapelo de una tecnología que, al no ser controlada racionalmente, se torna hostil y avasalladora. En este sentido, la inflexión de Delibes hacia la Naturaleza puede considerarse adelantada de posiciones que hoy comienzan a ser comunes y que tienden a ampararse en la nueva ideología del movimiento ecológico. Cercado por ambos frentes —dogmatismo y técnica—, el escritor se afirma cada vez más en su mundo, en su retiro, desde el que reclama constantemente un humanismo radical, sin poder ocultar un cierto pesimismo. Tal es el significado de su última novela, "Parábola del naufragio". Ciertas salidas a temas reiterados en su obra, como la infancia o la Naturaleza, no se explican sino como un modo de señalar los desgarramientos que en el hombre produce una cierta organización social. Entre la vida y la obra de Delibes puede encontrarse siempre una íntima correspondencia, y por eso, la voz tan personal que emana de su obra.

Le presentaron a la Academia, Zunzunegui, Aleixandre y Marías. En unas recientes declaraciones, él no ha podido sino evocar los nombres de dos hombres de letras de su ciudad, ausentes de la Academia: al poeta Jorge Guillén y a la novelista Rosa Chacel. ■ C. A. Foto: ARRI



"Triunfo" - 8-2-73



DELIBES EN LA ACADEMIA



BERNARDINO
M. HERNANDO

La noche del jueves, 2 de febrero, nos trajo el gozo pocas veces sentido de una elección académica. Porque elecciones hay muchas pero pocas veces se da el caso de que un tipo como Miguel Delibes Setién, natural y vecino de Valladolid, de 52 años de edad, escritor de altísima gozada, llegue a un sillón de éstos. Para decirlo todo, todo hacía pensar que el poeta García Nieto se llevaría el gato al agua. Y le faltó un voto: por catorce contra trece es Delibes académico. Por puro y leve desmadre tipificador podríamos decir que García Nieto es hombre oficial, poeta pulcro, impecable señor de letras, de amistosas influencias y de incuestionable valor en la historia de la poesía española de estos años, mientras Delibes es el clásico provinciano universal, tallado a todos los vientos rupestres, que fuma pitillos liados a mano, caza

y pesca con amor embutido en pantalones de pana y lleva en la mochila su tortilla de patatas. Delibes viene poco por Madrid y anda mucho monte arriba y río abajo. Pero es catedrático de Derecho Mercantil en la Escuela de Comercio, periodista metido hasta el cuello en un periódico de tanta solera como «El Norte de Castilla» y autor prodigioso de una veintena de libros que ya valen para que los estudiantes yanquis hagan tesis doctorales.

Miguel Delibes es un pacífico cóctel Molotov de izquierdas caritativas, en el que se mezclan totalizadamente amores del más puro signo: la vida y la muerte, el hombre y la infancia, la naturaleza y la honradez. Delibes es cristiano consciente, preocupado por la Iglesia en marcha y con todas las señales de la independencia. Un hombre desesperante para los fabricantes de etiquetas, como ese otro vecino de Valladolid amigo suyo que se llama José Jiménez Lozano. Porque vamos a ver ¿qué es en realidad Delibes: escritor al uso, periodista de fuste, catedrático responsable, cazador honrado? Lo que pasa es que a Miguel (he aquí que no apetece nada llamarle Don Miguel aunque hubiera permiso expreso del Don Miguel de siempre, el de Salamanca) le sobran todos los adjetivos porque es hombre de sustancias... (Y dejo este carril que me llevaría a frisar la cursilería, pecado mortal en cualquier acercamiento a Miguel Delibes.)



Miguel Delibes no fue un niño precoz. A los 27 años se levantó con el Nadal (año 1947) por una novela, «La sombra del ciprés es alargada» que yo no sabría decir si es buena o mala porque la leí adolescente y de ella me quedó para siempre el regusto maravillado de una noche nevada sobre Avila. De los demás libros sí puedo dar una cierta noticia crítica, aunque renunciando adrede a encasillar al escritor en corrientes que si de realismo, posrealismo o realismo mágico. Da igual, allá los estudiosos y autores de tesis doctorales. Delibes vive y sus libros huelen de lejos a vida porque no es hombre de laboratorio, ni siquiera cuando se pone a cambiar rumbos y escribe una «Parábola del naufrago» que deja patidifusos

a los ordenadores electrónicos. O cuando elabora esas «Cinco horas con Mario», prodigio de soliloquio, plagado de vivencias intensísimas y pleno de sugerencias y problemas. Porque Delibes, que escribe a renglón seguido como los propios ángeles, no es tipo fácil, tan fácil como puede aparentar. No es retorcido, pero de ahí a cantarle como simple pateador de rastrosales que da a las teclas como surtidor de agua, va un abismo. Ojo al temple rústico y campesino de este hombre, porque la cosa va por más altos caminos. Delibes suele decir que él no sabe escribir, que no escoge las palabras, que eso es cosa de científicos. Pero Delibes escribe muy bien (¡no

REVISTA DE
**PASTORAL
JUVENIL**

REVISTA DE PASTORAL JUVENIL

INTERESANTE OFERTA ESPECIAL

- Los números de 1971, más los números de 1972, más la suscripción para 1973... sólo **475 ptas.** (Latinoamérica, 8 dólares USA).
- 27 números, con la problemática de los jóvenes, experiencias, iniciativas, materiales prácticos, catequesis, celebraciones... Más de 1.200 páginas... sólo **475 ptas.**
- Pida hoy mismo "interesante oferta especial" a:

REVISTA DE PASTORAL JUVENIL - Eraso, 3 - Madrid-28

es tan perogrullada como pudiera parecer!) y tiene el olfato de las palabras como los perros cazones. Ventea la belleza aunque no sea un exquisito de salón. Y tiene redes muy eficaces para pescar estéticas. Es hombre que no se aburre nunca, o al menos lo parece. Y lógicamente no aburre a sus amigos ni a sus lectores. El quiebro constructivo que introduce en su obra novelesca a partir de las «Cinco horas con Mario» no es una postura estetizante para no perder aire, sino un signo de vida. No construye su «Parábola del naufrago» con material de moda para no aparecer como pasado. Lo escribe porque eso es lo que tiene que escribir el Miguel Delibes de los años 70, maduro de años y sueños, de aires y leguas, con hijos crecidos en edad de matrimonio.

La obra de Delibes se despliega en tres vertientes que, para entendernos, vamos a llamar: novelas, artículos de prensa y libros de caza. La novela de Delibes arranca ya de principio con un vario signo inclasificable, de independencia, sin posibles adscripciones a grupos. Delibes tiene mucho de gran solitario —solitario muy sociable y nada académico— en el panorama literario español. No le ha dado la gana vivir en Madrid y ha hecho bien. Se le nota. Cuando viene a dar una conferencia todos los escritores más o menos cortesanos escuchan con atenta y

secreta envidia, sana envidia de quien guarda añoranzas que en Delibes son realidades. Porque con las inevitables limitaciones Delibes posee la más rara y preciosa virtud: la de ser un hombre libre. Ni ha deseado, ni ha buscado la Academia. Simplemente ha dicho «sí» sin ningún remilgo hipócrita. Un «sí» que —estoy seguro— le habrá costado sus dubitaciones. Ya le están editando sus Obras completas y ahora se va a colocar el frac inmortal ése. Pero lo bueno es que nada ni nadie podrá acabar con Delibes para convertirle en fósil de sillón. Siempre tendrá la escopeta a mano para largarse por ahí a beber vientos.

Muchas de mis mejores horas de lector empedernido las he pasado con los libros de Miguel Delibes. Ahora le han hecho Académico de la Española por presentación de Zunzunegui, Marías y Aleixandre. Y uno siente alegría, para qué disimularlo y escribe todo lo que ustedes han ido leyendo para decir esa alegría. Y sanseacabó. ¡Enhorabuena a la Academia que acaba de abrir esa ventana que da no sólo al campo, sino a nada menos que todo un hombre! ¡Y enhorabuena a Miguel Delibes Setién que si no ha nacido para fraces y disfraces, tampoco le va a sentar mal el sillón de la letra «s» ocupado antes por el marino Julio Guillén!

LOS EMPLEADOS DE LA NOCHE



PERSONAS

B. M. HERNANDO

Desde hace meses anda revuelto el panorama laboral de... "la otra cara de las noches de Madrid". Se trata de los Serenos, esa pintoresquísima institución española, exclusivamente española, com-

puesta fundamentalmente por honrados señores asturianos que se han venido a Madrid por si a los despistados habitantes del barrio se les olvida la llave en casa. Son funcionarios y no son funcionarios, disfrutan de un sueldo también muy español: el que se surte de las propinas. Toda una amplia campaña de prensa y unos enormes esfuerzos sindicales están tratando de lograr institucionalizar la nocturna función de estos buenos trabajadores: que pasen a funcionarios municipales con plenas garantías de sueldo, seguros, mutualidades.

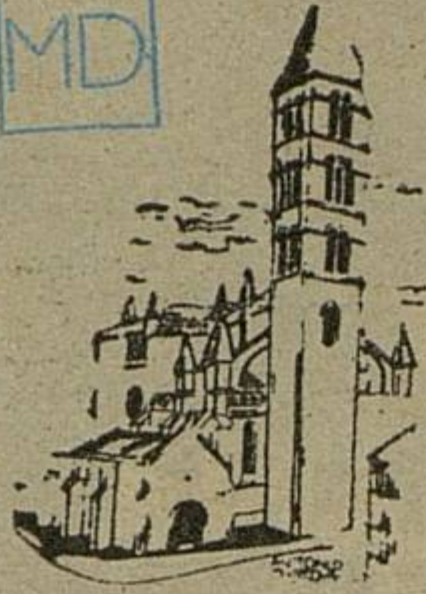
Todo lo que se haga por la



promoción humana de tanta gente que la necesita, me parece estupendo. Pero en el caso concreto de los Serenos habría que matizar mucho las cosas porque lo primero que es urgente poner en cuestión es la misma función laboral que representan. Estar al quite de los despistes llavísticos del vecindario puede parecer muy útil y quizá lo sea, pero es más bien triste, al nivel de tantas "profesiones increíbles" como funcionan en el país: desde los guardacoches hasta los ascensoristas.

Una guardia nocturna permanente que vele por el orden y pueda, en determinados momentos acudir a la llamada de los necesitados, nos parece lógica, necesaria y existe, de alguna manera, en todas partes. Pero "guardia nocturna" con todas las consecuencias que no esté pendiente de las propinas como no lo están los guardias municipales y cuya misión fundamental no consista en abrir puertas alargando la mano. En el Madrid finisecular de farolillos románticos, o en el de "La Verbena de la Paloma" acaso le sentarían bien a la ciudad estos raros especímenes que hacen las delicias de los turistas. Hoy, ya no. La labor de Sereno tal como está nos parece humillante, anacrónica y absolutamente fuera de lugar. Por mucha utilidad aparente que reporte a ciertos trasnochadores. ¿Que se puedan olvidar las llaves de ca-

sa? Y también se pueden olvidar las del coche. ¿Por qué no establecer "serenos" cochísticos? En cuanto a hoteles y pensiones o portales sin llave para el vecindario, arbitrense otros sistemas. Porque, vamos a ver: ¿qué hace el ciudadano de París o de Singapur cuando vuelve a casa a las tantas habiéndose olvidado la llave? Algo hará. Pues eso. Sin Serenos duermo y sueña todo el Mercado Común. Y no parece que sus sueños sean menos felices que los nuestros. Ahora que andamos en negociaciones con el M. C. E. no es mal momento para revisar nuestras "diferencias", algunas de las cuales resultan demasiado estridentes por pintorescas y turísticas que las supongamos. Y por cómodas que resulten para algunos usuarios. Si con todo este movimiento en torno a los Serenos se pretende institucionalizar su misión, por muchas mejoras que se introduzcan, nos parece institucionalizar un error. Lo que se debería hacer es suprimirlos. Sin que ninguno de estos honrados trabajadores noctívagos salga perdiendo nada, claro, que ellos no tienen la culpa. Lo que nos tememos es que con los Serenos ocurra lo acaecido con los porteros: que les cambiaron de nombre. Y por ahí, no, señores. Que ya dijo el gran Quevedo algo así como "no por cambiar de lugar se viene a cambiar de conducta".



VALLADOLID
al DIA

DE LA CAPITAL
TEMPERATURAS

Máx.: 8,4°
Mín.: 3,1°

PARA quienes de una u otra forma cultivamos el periodismo, la elección de Miguel Delibes como miembro de la Real Academia Española constituye un legítimo orgullo.

No vamos a esbozar una semblanza del novelista y periodista vallisoletano. ABC informó ampliamente sobre la personalidad y la obra del autor de «La sombra del ciprés es alargada», premio Nadal 1947, que cuenta con 25 títulos entre novelas, libros de viajes y los dedicados a la casa, raros y exhaustivos ejemplares para completar la semblanza del escritor castellano por nacimiento y antonomasia.

Si la prosa de Delibes —como se ha escrito muchas veces— puede tomarse como modelo, y de hecho así sucede, para la enseñanza del castellano en España y fuera de España, no será ajena a esta virtud su condición de vallisoletano, de «hombre de su tierra», que para proyectar su obra no necesita de otros recursos que aquellos que le proporciona el medio en que su vida discurre. Para ciertos comentaristas, al enjuiciar la obra de Delibes, su problemática en relación con la universalidad de los temas que aborda, la mayor parte localizados en Castilla, esto constituye una limitación, como le ocurriera en su tiempo a don José María de Pereda, que por cierto poseía también, además de grandes cualidades de narrador, la del conocimiento, quizá más que reflexivo, intuitivo, del idioma. Un ilustre familiar de nuestro escritor, don Santiago Alba, contestando en cierta ocasión a un reproche que le hiciera don Miguel de Unamuno sobre no recuerdo exactamente qué palabras pronunciadas para responder a las preguntas de un periodista, después de negar haberlas empleado como fueron transcritas, añadía: «Para mí, hablar, escribir es más una intuición que una lección recitada.» Algo de esto debe sucederle a Miguel Delibes; cuando coge la pluma para escribir un artículo, una novela, no necesita recurrir al diccionario, intuye el giro o la palabra precisa, y por eso sus novelas, sus artículos están exentos de cualquier retórica, ya que el lenguaje del escritor, como su estilo, son consustanciales con su personalidad. Su personalidad de escritor en relación con el idioma la ha definido él mismo. «No creo —ha escrito Delibes— en la destrucción del lenguaje; lo considero una broma. El lenguaje destruido dejaría de ser comunicación, y pienso que el lenguaje si no sirve como vehículo de comunicación, no sirve para nada. Suponer que ello comporta una renovación artística me parece una sandez. La destrucción del lenguaje llevaría consigo la destrucción de la literatura y también la destrucción de todo intento de comunicación mediante palabras.»

El lenguaje como vehículo de comunicación; la palabra como mediadora de esa comunicación, cada día más necesaria, entre los hombres. Podemos sentirnos tranquilos los vallisoletanos cuando nuestro escritor accede a la Academia de la Lengua, que «fija, limpia y da esplendor», porque Miguel Delibes no empleará jamás ninguna de esas tremendas palabras que habitualmente leemos u oímos. Delibes nos hablará siempre con el lenguaje directo y, por lo tanto, «vivo»

EL PUENTE COLGANTE Y OTROS MAS RECIENTES

Pasada la destructora invasión napoleónica, que dejó malparada la integridad del Puente Mayor vallisoletano, los trabajos de reconstrucción subsiguientes no tardaron en hacerse sentir. Al histórico puente, embebido en sus recuerdos, le tocó soportar las humillaciones territoriales de la soldadesca intrusa y, lo que es aún más grave, las manipulaciones dinamiteras con que se intentó pulverizarlo. Menos mal que la sólida fábrica no llegó a resquebrajarse de modo irreparable, y pudo recobrar en lo esencial su anterior fisonomía.

Parecía incuestionable que una ciudad de tan notable extensión, acogiendo el franqueo de un río que a su paso despertaba anhelos lógicamente expansivos, decidiera al fin crear algún otro puente abierto a ilusiones de ensanchamiento futuro. Con este propósito fue concebido el Puente Colgante. Mas la denominación de «colgante», una vez levantada su estructura, disienta formalmente de su verdadero aparejo. Aparte del detalle técnico de la osamenta de hierro y del mecanismo de sostenimiento realmente cierto en que se basa, el Puente Colgante, como salta a la vista, no pretendía sino cruzar el río en el punto donde la anchura era de 65 metros. Al otro lado de la calzada, tristemente, el panorama urbano, ayuno de edificaciones, ofrecía la desolada traza de un ex convento habilitado para las intervenciones clínicas del titulado Manicomio Provincial. Muy cerca, en el entorno, huertas y algunas tierras labrantías. Valladolid tenía entonces el campo medido en la misma linde del Pisuerga.

Bajo la dirección de dos ingenieros españoles, el metálico armazón fue forjado y resuelto en piezas en Birmingham por el año 1864, uno antes de la inauguración oficial del puente. Y aunque el Ayuntamiento tomó el acuerdo de construirlo a sus expensas, lo cierto es que el impulso decisivo, apreciadas las vacilaciones económicas locales, partió de la Reina Isabel II, que determinó se hiciese mediante subvención del Estado. Solamente el coste de los talleres ingleses, según datos coetáneos dados a la luz, alcanzó la cantidad de 1.800.000 reales, bastante gravosa en aquellos tiempos, aunque ahora parezca irrisoria. Desde abril de 1865, el Puente Colgante, apto para un tonelaje observado rigurosamente, presta a diario, sin visibles interrupciones, su servicio de tránsito de peatones y de vehículos. Se advierte, sin embargo, ante el natural crecimiento de tráfico, una evidente constricción de espacio en determinados momentos.

Ciudad que a nuestros clásicos les placía encomiar por la vecindad del río, entre otras bondades, ostensibles, Valladolid no tuvo su segundo puente has-

ta transcurridos casi ocho siglos. Esto denota que el tirón urbanístico se deslizaba imperturbable dentro del casco nacido en la margen izquierda del Pisuerga y apoyado en altivas remembranzas. La ciudad vivía su sopor milenar, enquistada, rutinaria, insensible a dilatados horizontes y a visiones renovadas hechas a romper el cerrado crecimiento comunal. Tampoco había, a decir verdad, razones muy apremiantes para recabar expansiones allende el río. Saltarlo, perdiendo el respeto a su inalterable configuración de vieja deidad ribereña, requerir un punto de desazón ciudadana que aún no se presentía.

Todo empezó cuando se pensó en la construcción del barrio Girón, un poblado erigido a lo lejos de la otra margen apenas entrevista. Brotó un puente más, como por ensalmo, facilitando la rápida comunicación con la zona alejada (el puente del Poniente). Después, ampliando las posibilidades de desarrollo ya previstas, se hizo patente la conveniencia de instalar el polígono residencial Huerta del Rey. La ordenación del vasto perímetro dio origen al montaje de otros dos puentes (el del Cubo y el más distante de García Morato). Ello viene a suponer, en las diversas fases planeadas, una completa teoría de espléndidos inmuebles, calles holgadas y viviendas aisladas y para cooperativistas, colegios y la nueva Escuela de Ingenieros Técnicos Industriales. Se satisfacen también cumplidamente las necesidades de los centros sanitarios, culturales, parroquiales y de índole asistencial. Los problemas de aparcamiento e instalaciones deportivas han sido estudiados y resueltos de manera positiva, junto con la realización de los parques públicos. Lo mismo cabe decir respecto al sector comercial, de espectáculos y hotelero que habrá de alzarse en la Huerta del Rey.

Queda aún pendiente de serena el último puente de nueva planta, síntoma palmario de la política de polígonos residenciales a que Valladolid se entrega febrilmente desde hace unos años, y que de todos modos no debe considerarse en especial como la más justa y oportuna, aun siendo espectacular. Hay otras soluciones de interés general, quizá no ensayadas todavía con celo, y que merecen atenta solicitud. Vista Verde, el polígono de reciente cuño, se halla enclavado en el sitio conocido por El Palero, y el puente enlaza la ciudad y el polígono desde la plaza de la División Azul, en el barrio Cuatro de Marzo. Así concluye por ahora la irrupción de puentes surgida en fechas relativamente cercanas, y que han impreso al vallisoletano de hoy un dinámico trajín que nada tiene de común con el dorado indiferentismo de épocas pasadas.—Santiago MELERO.

de los hombres de Castilla; lenguaje que le sirve para trasladar a sus personajes los problemas y las angustias que les atosigan». ¿Puede exhibirse mejor ejecutoria?—Francisco ALVARO.

LOS PRESUPUESTOS MUNICIPALES PARA EL CORRIENTE EJERCICIO REMONTAN LOS OCHOCIENTOS MILLONES

En toda la capital quedan, tan sólo, siete serenos de comercio y vecindad

Valladolid 9. (De nuestro corresponsal.) Ya tenemos los presupuestos municipales para 1973, que totalizan la bonita suma de 811 millones de pesetas; 454 millones corresponden al presupuesto ordinario, y de éstos 68 se destinan a obras de urbanismo en cuarenta calles de la ciudad; 67,5 (hablamos siempre de millones) al servicio municipalizado de aguas y 27 al presupuesto especial

cañas

Papeles pintados - Telas a juego
Dibujos exclusivos de importación
Equipos especializados para su instalación
DON RAMON DE LA CRUZ, 69
(esquina a Hermanos Miralles)
Teléfonos 276 98 97 y 276 98 35



SUPLEM.
CLXXVIII
11 febrero
1973

¿HACIA DONDE VA FRANCIA?

Mañana comienza oficialmente en Francia la campaña electoral, que promete ser apasionante. Los partidos se preparan para las elecciones del 4 y 11 de marzo, donde se dará respuesta al interrogante del título. En las páginas 4-5 del suplemento, Manuel Piedrahita analiza el panorama político francés en función de los últimos sondeos de opinión pública.



Delibes: De un solo disparo



LIBROS

M. Gómez Ortiz
y Romero Esteo

L. M.^a LORENTE

FILATELIA



"EXPOSICIONES"

Escribe:
José HIERRO

"MERCADO DE ARTE Y ANTIGÜEDADES"

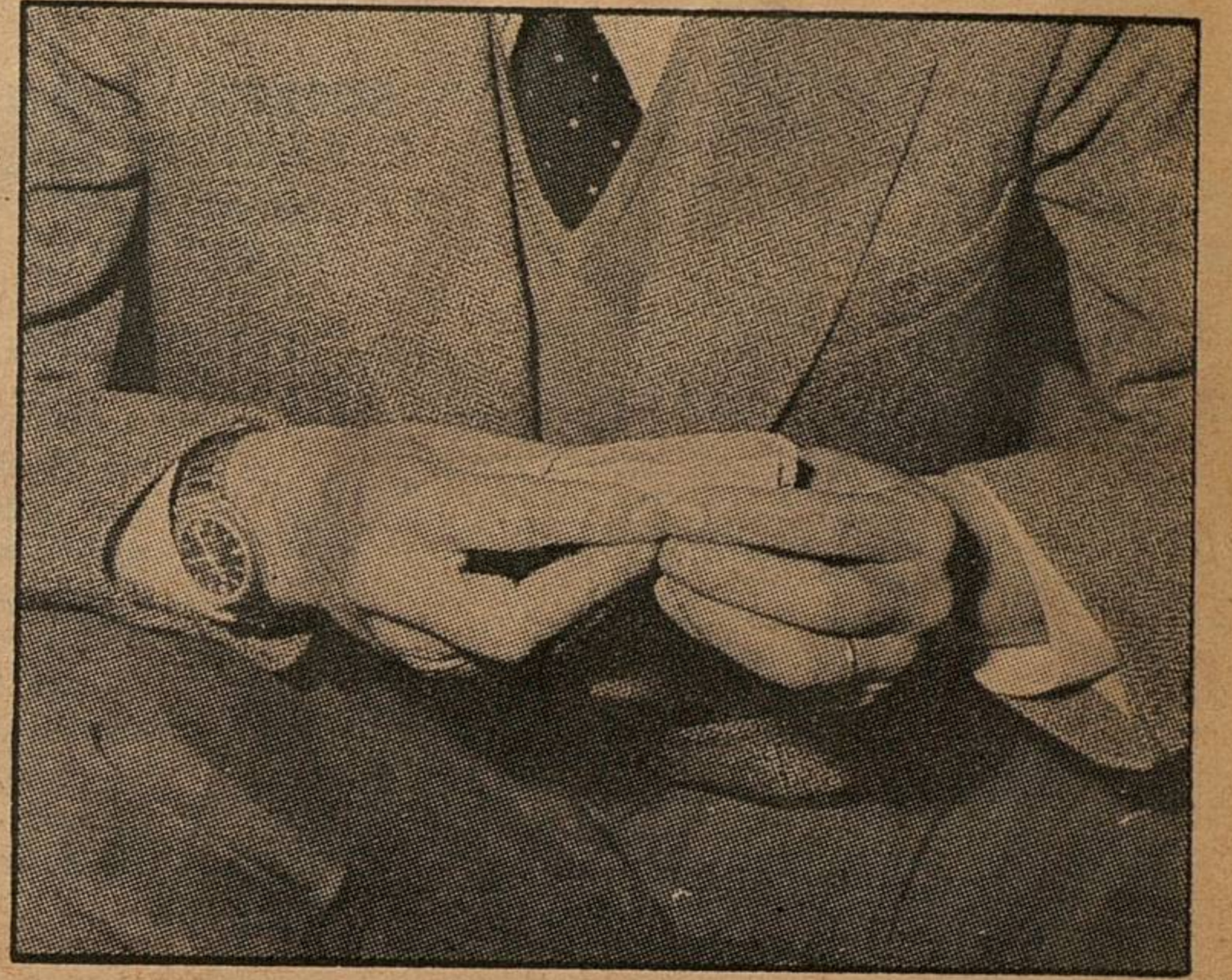
Escribe:
Arturo CASTILLO

MUSICA

F. Ruiz Coca

Era inevitable:

—... pues el domingo fue un desastre. Salimos cuatro escopetas en Santa María del Campo para matar cuatro perdices; es decir, que fue el remate tristísimo de una temporada tristísima. Yo suelo llevar un balance de las piezas cobradas todos los años, y en relación con la temporada pasada, ésta ha tenido un descenso, aproximadamente, del cincuenta por ciento. Así que, claro, no quiero pensar lo que va a ocurrir aquí, pero mucho me temo que la perdiz, por lo menos en la zona norte de España, donde no hay acotados serios con guarderías serias, pues va tendiendo a desaparecer.



Con el cazador-novelistas, fuera de la madriguera

DELIBES: «SI ME ANALIZO, NO ME ENCUENTRO MUY ACADEMICO»

Era inevitable: no había más casacas. Tenía que venir a la capital y tú ya no podías ir a su madriguera. Y vino con su bufanda de lana marrón, el abrigo verde que tira la monte, el "picado" en el bolsillo izquierdo y Angeles, su mujer, a lo moderno, acariciando la coronilla del novelista: "ten cuidado con lo que dices, Miguel; porque luego ya sabes...". Así que, demonios, no has podido cogerle en su propia salsa, al lado de la escopeta del 16, la canana y el morral, con el "Choc" y la "Diana" olfateándole los pantalones de dril.

—... de manera que la perdiz ya no tiene apenas sitio donde meterse. Porque con la concentración parcelaria, que económica y socialmente es un bien, ha desaparecido la broza, que es donde la perdiz anida. Añade a esto que se cotiza en el mercado a 125 pesetas, y que el que no es cazador tiene un tractor o una cosechadora, y no le cuesta nada poner la escopeta junto a él.

"LUEGO ESTAN LOS CAZADORES DE LINEA PROLETARIA..."

Y todo esto, compañero, en un céntrico hotel, con una insuperable música ambiental, con los sobrecogedores timbrazos del conserje, las comunicaciones megafónicas, el botones, la camarera, la señora de la limpieza... Y Delibes, a las once de la mañana, estragando la rajita de limón en el té.

—... de manera que vamos a una extinción acelerada. El remedio que ha puesto el Ministerio, como ya sabes, es la nueva ley de caza, que consiste en entregar los términos municipales a los cazadores de los pueblos. Pero yo me temo... sí, yo me temo que con los cazadores desaprensivos... Y yo conocí uno que andaba buscando una liebre en abril, en época de veda, y este hombre, cuando le afearon su conducta, dijo: "hombre, ahora que esto es nuestro no puedo merendar una liebre cuando me apetece". Y, claro, yo me temo que si no se toman medidas urgentes... Porque yo predico el slogan de que no es necesario comer, pero sí es necesario cazar, je, je... Para mí los domingos tienen que ser campestres, porque necesito

sito aliviar mis nervios. De manera que... Cazador, lo que se dice cazador, es el que sale con el perro, busca la pieza, levanta la pieza, cobra la pieza, examina la pieza... Lo demás no es eso. Porque luego están los cazadores de línea proletaria que mandan las perdices hacia sus matadores, y, luego, después de disparar, les dan otra escopeta de repuesto, que se la sirven unos... unos secretarios. Aquí no hay una división de esfuerzos, que no, hombre, que no. Y yo recomiendo a estos señores que quizás se pudieran ejercitar mejor tirando al plato.

—¿Y durante la guerra disparaste alguna vez?

—No, afortunadamente, no. Disparar a un hombre es algo que me abruma. El último año de la guerra tuve que alistarme, porque ya entraba en los dieciocho años, y fui a la Marina, al "Canarias". Y uno tiene la idea que cuando se dispara contra un barco o un avión no parece que hay seres humanos; luego, desgraciadamente, los hay.

EL ALA LIBERAL DE LA ACADEMIA

Bueno, pues cuando Delibes ya iba por aquí, y los timbrazos del conserje sonaban como señales de alarma, ya habías asistido, compañero, al ritual de liar el cigarrillo. Como un alto en el camino, con las botas hasta así de barro. Y el tabaco paseándose por la pasarela blanca de papel "zigzag". Y los pulgares y los índices apretando. Hasta que se lo lleva a los labios.

—Perdona, no te había ofrecido...

—No, gracias, no sé, Miguel.

—¿A cuántas columnas se dio tu noticia de académico en "El Norte..."?

—No, afortunadamente, a dos columnas, pero sí de una manera destacada, tampoco de una manera demasiado rimbombante.

—Te llamaron por teléfono, claro.

—Sí, me lo comunicó la mujer de Fernando Lázaro. Y la espera fue en casa, acosado por los nervios de mis hijos pequeños, que habían convertido aquello en un match deportivo. Y menuda algarrabía se formó cuando me dijeron que sí, que había salido.

—Apoyaban tu candidatura Aleixes, qué duda cabe, porque uno ve

xandre, Julián Marías y Zunzunegui.

—Sí. Yo no sé si salí elegido porque un novelista es más popular que un poeta en este país o porque yo me encontraba alejado de la vida madrileña. El estar alejado de Madrid tiene inconvenien-

dos virtudes, porque lo son, compañero. Inclinado hacia adelante, metiéndose la calada entre pecho y espalda, cerrando sus ojos claros, hasta que se apaga y no tira, y te pide una cerilla.

—¿Mi aportación a la Academia? Este es el número... Que yo no

● "Más que la muerte me preocupa la agonía. Creo que haré un pésimo papel de moribundo"

● "Me aterra ver al hombre anulado como ser reflexivo e inteligente"

menos a sus amigos, pero también tiene sus ventajas: no entras en pugnas, en rivalidades. Yo creo que mi nombre ha debido caer mejor en el ala liberal de la Academia.

—¿Y cuando te encuentres con García Nieto, el derrotado?

—Ha sido un contrincante muy correcto, y buen amigo. Incluso tuvo la gentileza de llamarme por la noche; yo no estaba; y lo hizo al día siguiente, para felicitarme. Y esto, como comprenderás, debo proclamarlo abiertamente, porque no es frecuente en este país este tipo de gallardías.

—De verdad, ¿ambicionabas el nombramiento?

—Mi ambición o mi sed de un sillón no era muy apremiante ni muy acentuada. Yo no busqué la propuesta. Me lo insinuaron los que luego me han presentado y me dijeron si estaba dispuesto para el sacrificio. Lo pensé durante tres días y acepté. Luego ya sabes: la elección resultó muy competitiva.

—Vamos, que no te lo pusieron tan a modo como con aquella perdiz.

—No, claro, no...

"ESTE ES EL NUMERO..."

Y sonrío, con timidez, con humildad, no sé con cuál de sus

bre mi obra, una colección más o menos numerosa de tesinas de licenciaturas; pero cuando las veo y los ojeo, me doy cuenta de que vivo en un mundo muy ajeno a la filología y la gramática. Es decir, que yo pongo en circulación una serie de elementos del lenguaje sin analizarlos, porque no sé. Entonces pienso que en la Academia debe haber dos sectores: uno de sabios, de estudiosos del idioma, que me parecen extraordinarios, que serán los que lleven las batutas en estas cuestiones, y otros, los creadores, los poetas, los novelistas, los ensayistas, que ayudaremos en lo que podamos, pero que, pienso yo, seremos una especie de adorno. No creo que esto sea ofensivo para nadie, ¿eh?... Hablo por mí. Quizá luego en la Academia pueda hacer algo efectivo. Pero do, seguramente, acarreando el lenguaje rural y popular, que, por desgracia, está en trance de desaparecer. Mira, si me analizo, no me encuentro muy académico.

—¿Te imaginas de etiqueta en la Academia?

—Esa es una de las cosas que más me abruma. El tener que vestir como no he vestido nunca; el ceremonial de la toma de posesión... Todo esto me achica un poco.

—Y tú con la boina en la Academia, ¿verdad, Delibes?

—Claro, claro. Por supuesto que me la quitaré a la entrada.

—¿Para descubrirte ante quién...?

—No, por educación. Claro que sin la boina me enfrió.

—¿Tienes pensado ya el tema del discurso de ingreso?

—No lo sé, no lo sé, sinceramente. Escribir a pie forzado lo considero muy difícil. Hasta el punto





- "En la Academia pienso que habrá dos sectores: los sabios, los estudiosos del idioma, y los creadores, los poetas, los novelistas, que creo que seremos una especie de adorno"
- "¿Mi aportación? Este es el número... Que no sé cómo funciona la Casa"

de que en mi obra literaria y en mis artículos no hay un solo trabajo impuesto. De manera que quiero esperar a ver si un día asoma un buen tema que rime con mi persona o mi manera de ser, y entonces ese será el discurso de la Academia.

—Te imaginas a los académicos preguntando: "¿Cómo va la caza del conejo, Delibes?"

—Pues sería para mí un momento de felicidad, porque yo podría hablar entonces con conocimiento de causa.

—¿A qué académicos conoces que sean aficionados?

—Pues yo creo que soy el primero, no me hazas mucho caso... El que tuvo afición de joven fue García de Diego, que hoy ya tiene muchos años. Y es que ocurre un fenómeno: para los intelectuales la caza es un deporte cruel. Yo esto no me lo había planteado nunca. Porque desde pequeño yo salí con mi padre al campo y no creí que hubiera otra forma de matar el ocio que cazando. Pero, luego, a medida que he crecido, he pensado, he oído, me he dado cuenta que la caza puede tener ciertos ribetes de crueldad. Digo sólo ciertos ribetes porque el conejo o la perdiz han nacido para ser comidos. De manera que el hecho de inocularles con una perdigonada o por un matarife me da exactamente lo mismo. En cambio, nunca he querido ejercitar la caza mayor: los pjos

de un ciervo, un gamo, una gacela, un antilope, me apabullan. Yo sería incapaz de disparar sobre ellos. Los encuentro más humanizados. Y es más, un bicho de estos tiene el agarrotamiento de la muerte, mientras que una perdiz, una liebre o un conejo componen una pintura, un bodegón. Hay, eso sí, una cosa que me da que pensar: es el animal herido. Pero, mirándolo bien, en el campo hay infinidad de alimañas que se aprestan a hacerse con estos animales indefensos. Esta es la situación y mi actual crisis de conciencia sobre la caza.

"HARE UN PESIMO PAPEL DE MORIBUNDO"

Después ha seguido pateando laderas, linderos, siempre con el ojo puesto sobre la escopeta del 16. Y vuelta a esa primera pieza cobrada, apretada contra su pecho, para palpar la emoción, para sentir al animal de cerca, en ese abrir y cerrar la boca en los estertores de la agonía. Y el recuerdo a Marcelino "el Barbas", aquel que "tenía una frase muy chusca, que no sé si la podrás poner, acaso con puntos suspensivos...: a la liebre y a la p..., en las sendas se las busca". Y rie al mismo tiempo que suelta hilachos de humo. Y luego, esas dos constantes que están presentes en

sus novelas: la muerte y la soledad. la insularidad de que antes te hablaba...

—¿Te asusta la muerte?

—Bueno, yo haré un papel de moribundo pésimo, ¿eh? Esto me asusta más que la misma muerte. La medicina ha hecho que la vida del hombre se prolongue. Pero se acaba, fatalmente se termina. Y hay un adelanto científico que me tiene un poco crispado, que es la prolongación de la agonía por medio de alimentos que te dan por inyección, sueros... He visto morir de esta forma a seres queridos. Y yo, cuando me llegue la hora, quisiera morir fulminado, sí, como una de esas perdices, que la amarras y...

—¿Crees en un después de esto?

—Yo soy creyente, afortunadamente. Yo pienso que un ser tan perfecto como es el hombre, con una sensibilidad tan viva, con una inteligencia, no puede terminar en ese proceso físico-químico que se desarrolla en un tubo de carne.

JUSTICIA Y LIBERTAD

—¿Qué es lo que más te aterra de la vida, Delibes?

—¿De la vida? Lo que me aterra y me descompone es la insolidaridad creciente que nos rodea, que está basada en la injusticia. El ideal, para mí, sería encontrar una sociedad donde justicia y libertad fueran emparejadas. Hoy en el mundo no veo más que dos polos, con estadios intermedios interesantes, como puede ser el que ofrecen Austria, Suecia, Australia... De manera que, por un lado, veo países donde triunfa la libertad, pero donde no domina la justicia. El poderoso siempre tiene la fuerza. Y luego veo otros países que se aproximan más a unos niveles de justicia distributiva, pero donde la libertad no existe. El hombre es un cordero dentro de un rebaño, que no tiene iniciativas, que se le anula como elemento pensante... Esto también me aterra.

—¿Y te refieres?...

—Pues, mira, tienes esto del poder de la organización, esa tela de araña contra la que no puedes hacer nada, ni revolverte siquiera; la sociedad de consumo; la supervaloración de las cosas; el terror atómi-

"UN NIÑO QUE SE LLAMA PACIFICO, PARA MAS INRI..."

Ahora sí, ahora es cuando ha llegado Angeles acariciando la coronilla del marido: "Ten cuidado con lo que dices, Miguel, porque tú eres así... y luego...". Pero Delibes ha seguido contándole, con su voz áspera, las manos descansando ya en los tobillos, los ojos visionando lo que va describiendo: "ahora estoy escribiendo una novela que se llama "La guerra de nuestros antepasados", donde expongo un problema que hemos venido padeciendo en nuestro país desde siglos y trato de demostrar que éste no es el camino. La última guerra carlista, la guerra de Africa y la guerra civil. Son los tres últimos jalones de tres generaciones. Y hay un niño, al que se le intenta educar en esta idea de la guerra, que se llama Pacífico, para mayor inri, y que repudia la violencia por instinto".

—Ese niño, ¿podría ser Miguel Delibes?

—Podría ser. Es un niño que acaba siendo un hombre infinitamente sensible y que acaba con una costura de indiferencia hacia los demás, y que es lo que, en mayor o menor medida, nos sucede a todos.

—¿Qué denuncia te queda por hacer?

—Yo pienso que todos los novelistas son gentes de pocas ideas. Esto lo dijo ya Borges. Y en realidad estas pocas ideas son las que no cesan de ahondar y profundizar. Entonces resulta que tienes unas barajas, que puedes cambiarlas de posición, pero son siempre las mismas, ¿comprendes?

"PUES FRAGA..."

Siete hijos, Angeles, Valladolid, Sedano, su escape libre al campo, la escopeta, la canana, el morral y un periódico, "El Norte de Castilla", que dirigió con buen tino, con criterio liberal.

—¿Qué te sugiere ahora el nombre de Fraga? Porque si mal no

recuerdo, con él no saliste bien parado...

—Bueno, a Fraga no le puedo considerar como un liberador de la Prensa; siento mucho decirlo. Al entrar en vigor la ley de Prensa, yo creí a ojos cerrados en la libertad. Y, entonces, como los pueblos de Castilla vivían en una situación miserable, de hambre, no hambre de pan, sino de cultura, de deporte, de consideración humana, pues iniciamos una campaña en la que reflejábamos la situación. Jiménez Quílez me llamaba todos los sábados. "Lleváis un camino peligroso —me decía— y nos estáis estropeando la experiencia de libertad." Y yo le respondía si lo que escribía no era cierto. "Hombre, no, tú sabes más de Castilla que yo." Entonces le hacía la otra pregunta obligada: así que no es cierto tengamos libertad... "Hombre, Miguel, vas a dudar..." Y yo: ¿qué os preocupa? "Pues, mira, sí, Castilla en escombros, la ruina de Castilla..." Yo apuntaba estas expresiones y en Valladolid les decía a mis colaboradores que no se usaran.

Y usabais otras que venían a decir lo mismo.

—Sí, lo mismo; pero con otras palabras, claro. Hasta que un día me llamaron a sus despachos los ministros de Agricultura y de Obras Públicas. A Vigón le hice ver la situación y se quedó literalmente aterrado, hasta tal punto que me prometió presentar el problema en el próximo Consejo de Ministros. El otro ministro me esperaba con un mazo de cuartillas, que venían a decir que el remedio de Castilla estaba en el cultivo del sorgo híbrido... Total, no sé quién organizó estas entrevistas.

—¿Volverás a dirigir?

—Mira, ya es tarde, qué quieres que te diga. Eso quema mucho, y sobre todo en una provincia.

—¿Tú eres revolucionario?

—Yo creo que aquí, no sé si en forma revolucionaria o en proceso reformista, hay que cambiar muchas cosas. A mí la revolución en lo que puede tener de sangrienta me repugna. Pero...

Y Angeles dando así con la cabeza. Y Delibes, liando el décimo cigarrillo.

—Voy a coger la boina, igual me enfrio.

LOPEZ CASTILLO
(Fotos Cáliz)



MIGUEL DELIBES, DEL CAMPO A LA ACADEMIA

«ME LEVANTO EN CATEDRÁTICO, ALMUERZO EN ESCRITOR Y CENO EN PERIODISTA» «La familia y la naturaleza, mis dos grandes preocupaciones»

MADRID (De nuestra Redacción).—Miguel Delibes, el nuevo académico de la Lengua, con la boina calada y un pitillo de "caldo de gallina" entre los dedos me hablaba hace una docena de años en Valladolid de la necesidad de volver a la naturaleza. Ahora que está de moda la revaluación del campo y que abominamos del monóxido de carbono, me vienen a la memoria estas conversaciones con Delibes. Era ya, en su defensa del entorno rural y de la pureza de ambiente, un precursor. Se retiraba, el catedrático, novelista, cazador, a su reducto de Sedano, en Burgos y recuerdo que me dijo una tarde: "Incluso Valladolid me incomoda ya con los primeros semáforos".

CAPITULO PRIMERO

En Sedano encontraba Delibes esa paz espiritual que empezaba a faltarle en la ciudad. "Es un pueblecito de Burgos —me decía— donde las manzanas no tienen coco y los conejos no enferman de mixomatosis". Allí se retiró Miguel con su esposa Angeles y sus siete hijos. Las puertas permanecen abiertas porque nunca falta el amigo en peregrinación o la licenciada en Letras que prepara una tesis sobre el novelista castellano. Habíamos de Angeles:

—A mi mujer le dediqué un libro diciendo que era mi equilibrio. Hoy, al cabo de los años no puedo hacer sino confirmarlo. Los escritores, los artistas en general solemos tener un temperamento difícil. Hay que pensar que si algo no ha estallado en mi casa desde hace años se debe seguramente al tacto y a la mano izquierda de mi mujer.

LOS HIJOS

Los hijos. Su preocupación fundamental.

—En mi generación continúa habiendo padres que cuando les sale un hijo listillo no ven para él otra carrera congruente que la de ingeniero. O que, por el contrario, consideran la de Letras como una carrera apta para minusválidos.

dos. Tú has leído "Cinco horas con Mario", ¿verdad? Bueno, pues los Menchus y las Menchus todavía están en mi generación al orden del día. Una pena.

La pasión de Miguel por el campo y la biología ha empujado a sus hijos en esta dirección. Así, Miguel, el mayor, es licenciado en Biológicas, lo mismo que Angeles. Germán es arqueólogo. Elisa estudia Filosofía y Letras. Juan estudia bachillerato, aunque su padre le ve enfocado también hacia Biológicas: "Distingue como nadie un sermón de un veredicto y un porción de un rabudo". Los dos pequeños, Adolfo y Camino, sienten inclinación hacia las Letras.

—Me gustaría que alguno de mis hijos fuera músico, pero dado mi pésimo oído, no cabe duda de que si esto se produjera sería un don de la Providencia.

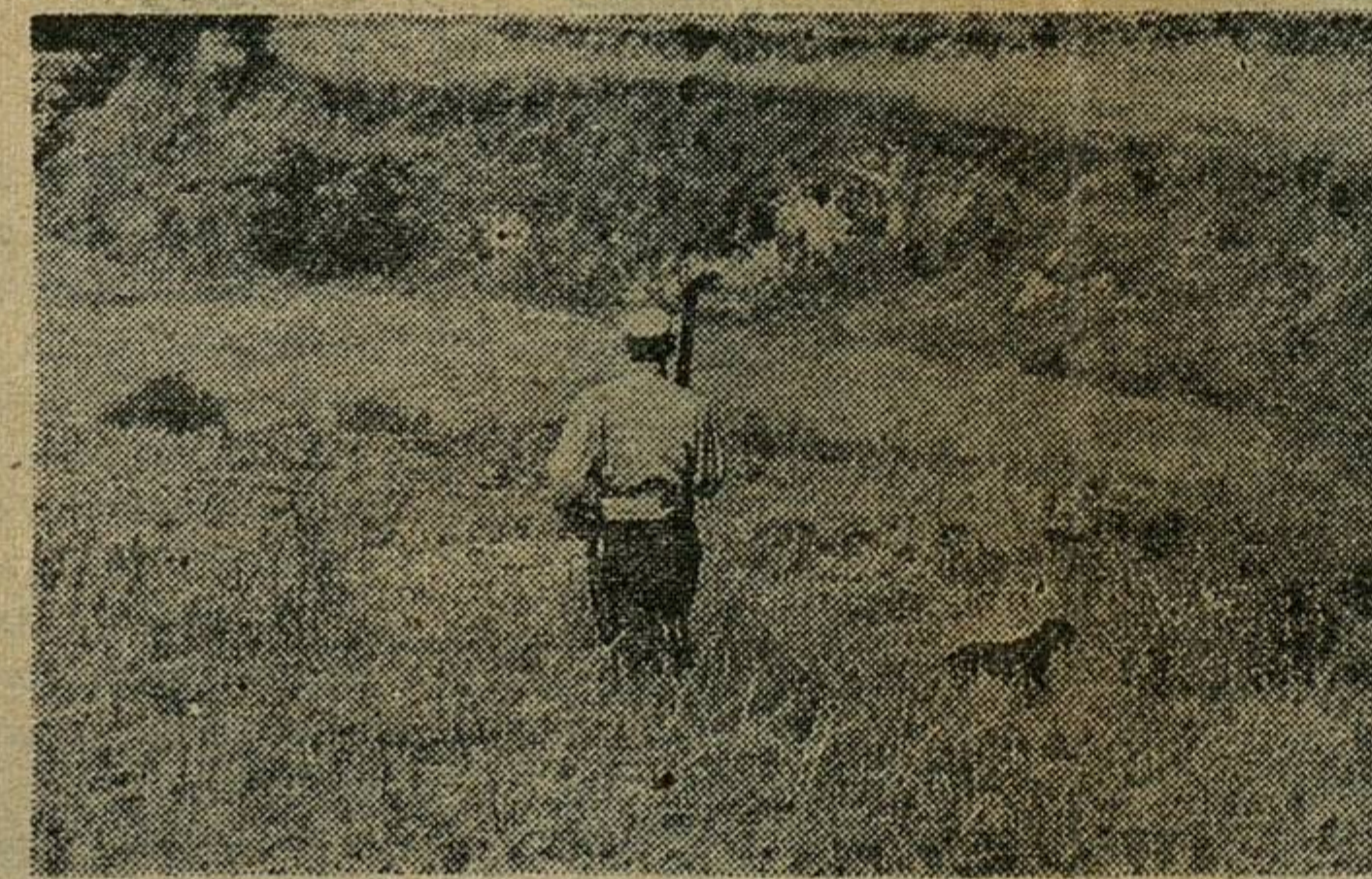
Sin embargo, Delibes, el de "Copelia", era pariente del novelista:

—Mi abuelo era francés. De Toulouse. Y vino a España con ocasión del tendido del ferrocarril Reinosa-Santander. Al llegar a Molledo-Portolín tuvieron que perforar un túnel muy largo, tan largo que mi abuelo Federico le dio tiempo a enamorarse de mi abuela, andarse unos meses de novios y casarse con ella. Mi abuelo debía ser un hombre de carácter especial, porque no volvió a Francia ni hablaba de sus parientes. Tan sólo se sabe, porque mi padre se lo oyó decir, que era pariente del compositor Leo Delibes.

POR MANUEL LEGUINECHE

Como un "leit motiv", la naturaleza, la caza, la pesca vuelven siempre a la conversación. Delibes en Madrid, cuando viene se siente desorientado, perdido. Soñea con dificultad las avalanchas de coches y está claro que la gran ciudad le desborda. Me dice:

—Sí, me gusta el aislamiento y la vida provinciana. Para conquistar Madrid nunca consideré necesaria la presencia física. Algunos me han afeado que mis novelas son poco trascendentes porque trato ambientes provincianos. Yo no creo que la trascendencia y la universalidad de una obra



Miguel Delibes de caza por tierras castellanas

bañarme en el río, en mar. Mi mujer se lamenta de que cada día son más frecuentes en mi las "llamadas" del campo. Pero la verdad es que yo no sabría vivir sin estas escapadas periódicas.

No es lo que se dice un hombre de mundo:

—Las grandes reuniones no me gustan. Me agrada el cambio de impresiones con un matrimonio amigo; pero siempre que la reunión pase de la media docena de personas, la plástica me aburre. No creo que sea un hurón, pero lo que no soy con seguridad es lo que se llama un hombre de mundo. En todo caso pienso que ni nuestra paz ni el mundo van a arreglarse las grandes tertulias.

EL MERCANTIL

Estudió Derecho y Comercio al mismo tiempo:

—A los veinte años ingresé como caricaturista en "El Norte de Castilla". En el periódico gané mis primeros dineros. Expuse mis caricaturas y dibujé tarjetas de felicitación para Navidad. Luego entré en el Banco Castellano. Estuve medio año aprendiendo la técnica bancaria y a continuación hice oposiciones a cátedras de Derecho Mercantil. Las gané en 1944. Seguí en el periódico, enté en la Escuela de Comercio como profesor de Historia de la Cultura e Historia del Comercio.

Delibes recuerda con frecuencia el libro de "Mercantil", de Garrigues, que le ha servido, junto a la técnica periodística de gimnasia y discipli-

na del lenguaje. Como periodista es sensible y honesto. Trabajé junto a él tres años en Valladolid. Ha estado siempre empeñado en una justa lucha por la defensa de los intereses del campo, de la Tierra de Campos. Escribe sus artículos a mano, con pluma de punta gruesa, sobre papel prensa.

—Diariamente tengo que desacomodar la cabeza por lo menos tres veces. Me levanto en catedrático como en escritor y ceno en periodista.

La labor del catedrático le parece ingrata:

—Unas veces encuentra la compensación en esos tres o cuatro alumnos interesados en la materia. Pero en cualquier caso entiendo que el fracaso en la enseñanza no proviene tanto de la falta de interés de los alumnos como de las graves crisis de la didáctica.

También en este sentido, Delibes, al referirse a la función y circunstancia del catedrático, percibió con varios años de adelanto la crisis de la Universidad, cristalizada en los años 60. El ha sido autor de algún libro, de texto como sus novelas, despojado de polvo y paja.

VIAJES

—Hay algunos profesores —me ha dicho— que al hacer un libro de texto persiguen antes que el que sus alumnos aprendan, el alcanzar un lucimiento personal. No quieren darse cuenta de que las más de las veces estos libros no llegan a los alumnos porque la retórica los ahoga.



De izquierda a derecha: Miguel Delibes, Manuel Leguineche (padre del autor del presente reportaje) y un hijo de Delibes también llamado Miguel

Ha viajado mucho. Por África, Europa y América. Escribe y describe sus viajes con agilidad y sentido común. Tiene una gran capacidad de sorpresa, como conviene a un castellano viejo, y reflexiona con ironía y escepticismo, dos de sus más definitivas características, en USA, sobre la civilización del automóvil. Su sentido de la justicia le juega

una mala pasada en Praga. Es un hombre Miguel Delibes sujeto a las alternativas sociológicas y morales de nuestro tiempo. Es pesimista a veces, esperanzado, crítico. De una lucidez apabullante. Es el último novelista de Castilla. Desde que ganó el Nadal con "La sombra del ciprés es alargada" (15.000 pesetas, y el destiempo de una vocación, "sin

el Nadal no hubiera sido escritor"), patea los campos de Castilla con la escopeta al hombro. Así nació, por ejemplo, "Las ratas".

—Conoci —me ha dicho— a un tipo que cazaba ratas en el cauce de un arroyo. He partido de este hombre para trazar un cuadro de la vida de los hombres de Castilla.

MIGUEL DELIBES, DEL CAMPO A LA ACADEMIA

«ESTE ES UN PUEBLO DE MUCHO INGENIO, MUCHA GRAMATICA PARDA Y POCA EDUCACION CIVICA»

«Soy un cazador que escribe, no un escritor que caza»

MADRID. (De nuestra Redacción). — De'ibes me ha dicho, "soy un cazador que escribe, no un escritor que caza". Miguel, con la caza, regresa un poco al paleo'ítico, expresión de Ortega que el autor de "La hoja roja", ha glosado felizmente. ¿Qué es entonces cazar para Delibes?

—Después de la guerra —me ha dicho—, se ha puesto de moda la caza, no sólo por la revolución de los transportes. Ha habido un desvirtuamiento de la caza. El tío que tira se cree que caza y no caza. Cazar es buscar, es levantar, es sudar, es matar, es cobrar, todo tú. Ahora, si buscas un señor para que te levante y te envíe la caza, otro para que te la cobre y te localice el sitio y tú sólo tienes que apretar el gatillo, tú me dirás dónde está la emoción en el ojo".

CAPITULO ULTIMO

He cazado con Delibes, lo cual es, por encima de todo, un ejercicio de sentido del humor y de conocimiento del campo y los pájaros. Cuando paramos en una vaguada para comer un taco de jamón y beber un trago de la bota, el novelista protesta con voz dolorida contra el envilecimien-

to fue, y muy bueno. El año que murió tenía 81, subía las faderas más empinadas, le temblaban las piernas al llegar y bebía vino de bota.

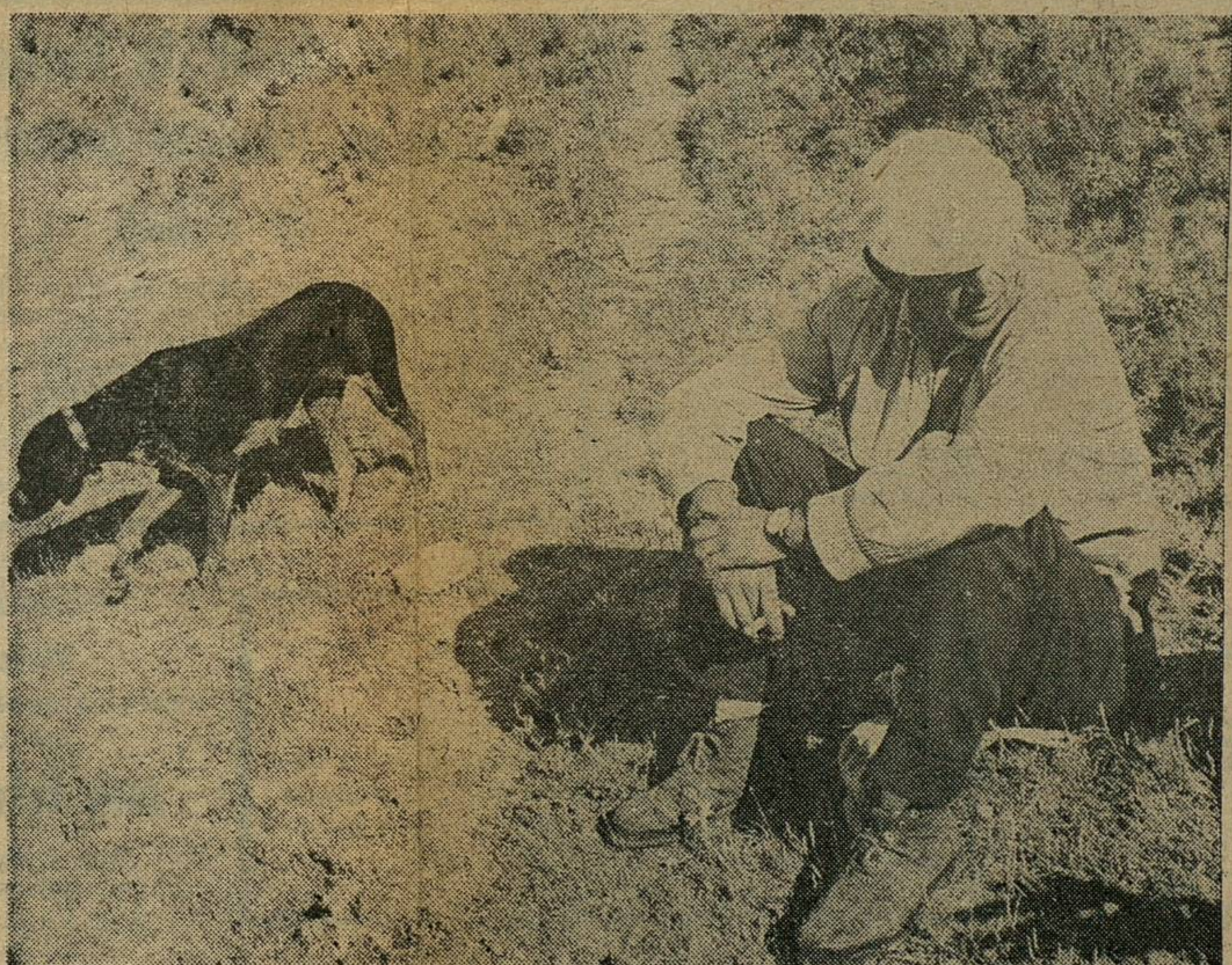
PUEBLOS DE CASTILLA

Ahí está Lorenzo, el del "Diario de un cazador" como prototipo, por su elegancia natural, su lenguaje vivo, su honda humanidad, del resto de los personajes adultos que crea el autor. "Diario de un cazador" se sitúa como ciclo vital entre "El camino" y "La hoja roja". —Todo lo de Lorenzo es en alemán. En los Estados Uni-

visita, ponen muy buena voluntad, pero no entienden el sentido del habla popular de Castilla. Una chica francesa ha hecho una tesis sobre la vida de la naturaleza en mi obra. Es un libro divertido porque hace recuento de las variecuades de pájaros y ratas, de los árboles, de las puestas de sol, pero no tiene valor interpretativo. Muchos de los jóvenes novelistas rusos son cazadores. Huyen de la ciudad para refugiarse en los ríos y en el campo, este amor a la tierra les viene de muy atrás.

Pero no es la caza en Delibes sólo una actitud folklórica o deportiva, sino el vehículo de conocimiento de una geografía concreta y de una circunstancia. El novelista es testigo del hondo trauma de la emigración; Castilla se desmenuja:

—Pueblos que yo vi hace años con treinta vecinos tienen hoy cuatro tan sólo o no tienen ninguno. Los números dan una falsa sensación a veces. Dicen que el siete por ciento de la población de Estados Unidos es campesina, en España el porcentaje es de un treinta por ciento. Sin embargo, la agricultura norteamericana es



Un descanso en el camino para fumar un cigarrillo y luego proseguir la caza

próspera. Pero hay que ver cuál es la población campesina española. No hay más que darse una vuelta por los pueblos. Son niños y viejos de ochenta años. Los que se van, vuelven al pueblo algún verano, pero nunca para quedarse. El otro día hacían una pregunta a uno de Campaspero, provincia de Valladolid, que se había ido a la industria a Barcelona: ¿Viene a quedarse?" "No. No vendría yo, respondió, ni

porque me dieran el jamón gratis".

Miguel confiesa, y nos cuesta creerle, que ya empieza a notar los años cuando las perdices salen en el quinto pino. Sufrió un resbalón cuando cazaba y la fractura le tuvo en el dique seco durante varios meses. Delibes lo pasó mal. En cuanto pudo se le vio en las lindes del cazadero, con añoranza.

"Hasta hace muy poco jugaba de portero con el Sedano C. de F. Ahora ya me he retirado... salidas de puño, despejes, todavía paro algunos penaltys..."

Delibes ha escrito cientos de crónicas de fútbol. Pero dice que también se ha corrompido el fútbol por el dinero y ha perdido afición. Va al cine y escribe de cine. Escribe. Da clases. No se ha fossilizado ni ética ni estéticamente.

PARABOLA DEL NAUFRAGO

Su última novela, por ahora, "Parábola del naufrago" supera el ámbito pequeño-burgués de "Cinco horas con Mario" para dar al relato una dimensión más ambiciosa y trascendente. Es un grito contra la numerización del individuo. Francisco San José, el protagonista, es un hombre que ve como fatalmente la superestructura política y la infraestructura burocrática, le reducen a la nada, hasta al fin aniquilarle. Es un Delibes menos telúrico que en obras anteriores, más abstracto, más hermético también. Deja un poco su "hinterland" espiritual, Castilla, y su lenguaje habitual para experimentar en una línea más filosófica. ¿Más nihilista? Delibes opina que no: me dice:

—"Parábola del naufrago" encierra o pretende encerrar, al menos, una advertencia para evitarnos el ser convertidos en horreos como Jacinto San José. No es un libro nihilista,

por tanto, como alguien ha sugerido, aunque su eficacia nos llegue, de rebote. Si yo no he tenido piedad de Jacinto San José, personaje de ficción, es precisamente por la piedad que me inspiran los seres de carne y hueso, susceptibles de escarmentar en cabeza ajena.

¿En qué vía ha entrado Miguel Delibes como novelista? Sé que intentó una novela con protagonistas infantiles y más tarde, la pequeña tragedia de dos ancianos abandonados por la emigración en una aldea de Castilla. Pero su próxima obra vuelve a la temática de la guerra civil, sobre la que tanto ha reflexionado el autor. Hasta ahora hemos visto la melancolía y la tristeza en "La hoja roja", el humor y la parva popular de los cazadores del "Diario", los condicionamientos burgueses, el pesimismo en "Mi idolatrado hijo Sissi", la denuncia en "Las ratas", el diagnóstico de la adolescencia en libertad en "El camino", el lúcido monólogo de "Cinco horas con Mario" como expresión de un "cristiano impaciente".

Vuelve al tema de la guerra civil, o a la nostalgia de esos años de estudiante, cuando la tragedia estaba aún viva. Me recuerda aquella época:

—Tenía novia y nos queríamos y, en este trance, nada nos importaba ir al café y pedir una caña "para los dos". Los cinco días restantes de la semana pasábamos y, si hacía mucho frío, nos arrambábamos, como los niños de las novelas de Dickens, a los respiraderos de la calefacción del café del Norte. En el fondo, en el fondo, cuando nos queríamos en un banco del Campo Grande a tomar el café con los maroneses. Fue una buena época y una buena época a parte, créeme, porque todo lo que alcanzamos después nos parece un regalo.

POR MANUEL LEGU'NECHE

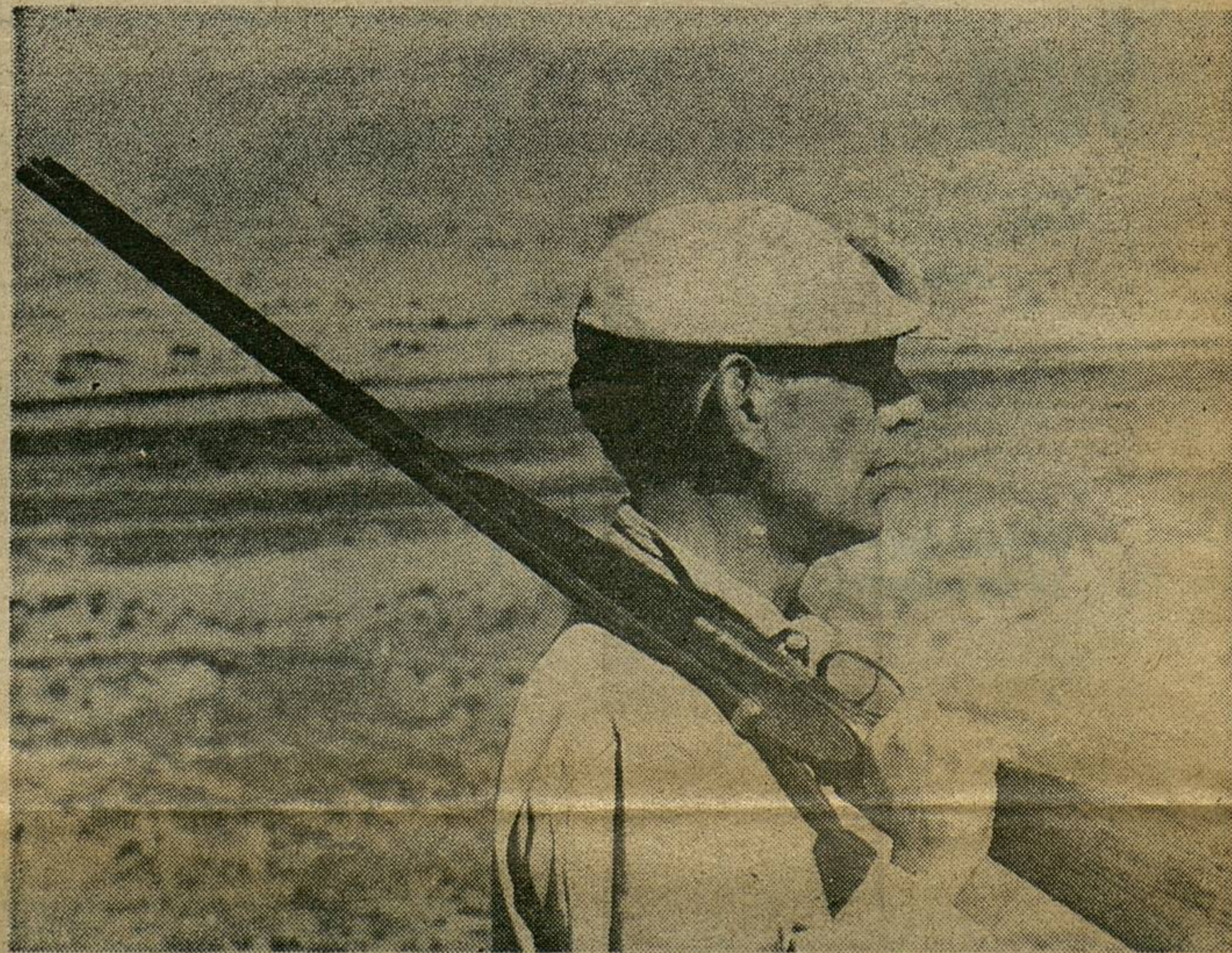
to de la caza. Porque la tecnología viene a matar a veces la pequeña epopeya del cazador.

—Se ha puesto de moda cazar en "jeep" y con rifles del 22 que no hacen ruido, con los que en tiempo de veda salen a cazar perdices. Conozco a muchos que se han comprado el rifle del 22. Entre los señores del "jeep" y los furtivos se echan todo a perder. Este es un pueblo de mucho ingenio, mucha gramática parda y poca educación cívica, y el ingenio se aguza para destruir la caza. Sin ir más lejos, el otro día se nos arrancó una libre y, claro, no la tiramos, porque no estaba abierta la veda de la liebre. Uno que iba con nosotros dijo: "¿Por qué no la matas?" Pero no sólo no quedas como un deportista, sino que te llaman idiota. "Otro la matará", añadió el tío. Ya sé que la matará, pero si es en su momento, bien matada está.

En el terreno de la sociología de la caza, Delibes añade:

—Entre los tipos típicos de cazador está el furtivo, que hace profesión de la caza. Está, además, el cazador que para una codorniz está una hora o más en el rastreo. Después tienes al de la película de Saura, "La caza", que no es representativo, pero que se da... Además, el cazador de guante blanco, que no se mancha, no suda, tiene quien sude por él y se manche por él. Luego está el señor que ha puesto la caza por disculpa para buscar asesorías, ayudas, para buscarse un padrino. Yo soy un cazador por vocación, mamá la caza. Mi padre también

que no le ha pasado a él, le ha pasado a alguno de mis amigos. Es gracioso, "Diario de un cazador" se ha traducido al alemán y, francamente, no concibo a Lorenzo hablando alemán. En los Estados Unidos, según vi en mi última



Miguel Delibes con la escopeta de caza al hombro

DELIBES: NOVELISTA DE LA FRUSTRACION

César Alonso de los Ríos

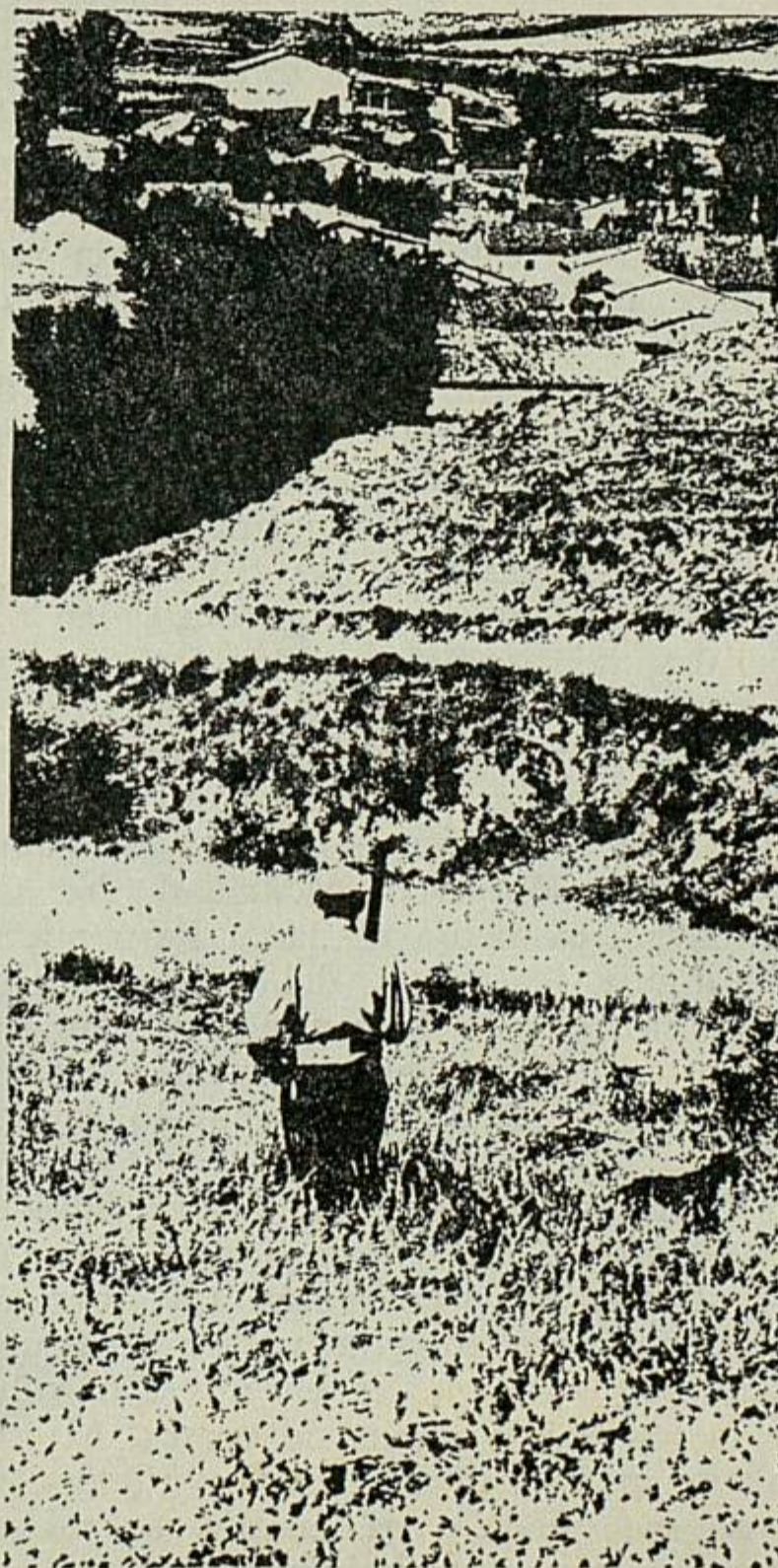
EN las últimas elecciones de la Academia de la Lengua consiguió imponerse la sensatez entre gentes de las que siempre habría cabido esperar tal virtud. Parece que si Antonio Tovar no hubiese cogido en Alemania un avión de ida y vuelta, y otro académico —su nombre me ha llegado por vía de rumor— no se hubiese decidido a romper el empate a trece, se habría producido un resultado sin duda más lamentable para la propia Institución que para el perdedor. Pero, en fin, la votación favoreció a este escritor tan poco académico, tan desdeñoso para lo institucional y capitalino, Miguel Delibes, de quien cabe sospechar una cierta impuntualidad a las reuniones de la Academia y al que uno difícilmente se imagina cambiando la cazadora por el *frac* para pronunciar el discurso de ingreso. En semejante atuendo pienso que ese día nos va a inspirar los mismos sentimientos que los que él tiene ante las perdices enjauladas en la pajarera del Campo Grande vallisoletano. Se dice ya que el tema de su discurso será menos «literario» que actual: la naturaleza, el medio ambiente... Tampoco en esto el escritor sigue la moda. Más bien ha sido un adelantado de ella.

Difícilmente podría quedar justificado un cierto espacio en esta publicación si lo dedicáramos a unas meras lecciones académicas, a no ser que éstas nos sirvieran de pretexto para señalar algunos aspectos de una obra novelística que, aunque afortunadamente abierta, se nos ofrece ya con la suficiente extensión y coherencia como para considerarla de primera importancia en nuestras letras contemporáneas. Me voy a limitar a dos puntos. En primer lugar, la aportación de Delibes a la novela actual española a nivel formal. En segundo lugar, el alcance crítico de esta obra.

ACTUALIDAD TECNICA

La lectura apresurada o parcial de la obra de Delibes y la precaria, cuando

no equivocada, ayuda de la crítica literaria, han permitido la circulación de un lugar común erróneo: el carácter tradicional de las técnicas narrativas del escritor castellano. Si todo lugar común tiene una base, también éste. Es cierto que Delibes arrancó en 1947 —en momentos de orfandad literaria e indigencia cultural— como Dios le dio a entender, por emplear términos suyos. Sin embargo, a medida que fue adueñándose del oficio comenzó a aplicar una técnica tan personal como eficaz. Esta técnica, «el selectivismo», se nos ofrece hoy, a juicio de Ramón Buckley, como la tercera vía para nuestra novela. Una solución integradora de las dos tenden-



cias fundamentales en que se ha venido polarizando la renovada novela española de los últimos años: «behaviorismo» y «subjetivismo», cuyas dos cimas se llaman *El Jarama* y *Tiempo de silencio*. El «selectivismo» representado por Delibes amplía las posibilidades de estas dos técnicas probadas en nuestro país por Ferlosio, Hortelano, Martín Santos y Goytisolo. En el cuidadoso estudio de Buckley *Problemas formales en la novela española contemporánea*, este crítico ha derrumbado el supuesto tradicionalismo formal de Delibes. Afirma, por el contrario, que en esta novedad técnica reside esencialmente la actualidad del escritor.

¿Hasta qué punto ha sido consciente Delibes de este hallazgo? Creo que en un grado mínimo. Y me figuro que tampoco Ferlosio supo exactamente lo que hacía —desde el punto de vista formal— cuando escribió *El Jarama*. Sería largo, o quizá imposible, explicar las razones por las cuales un autor elige determinadas técnicas. Esta es una cuestión que hay que remitir a la propia personalidad del creador y por lo que respecta a este caso a un ser radicalmente subjetivo con una sabiduría suficiente para añadir objetividad al relato, esto es, realismo. Sencillamente, el novelista Delibes trata de ofrecernos su realidad, pero de tal forma que lo novelesco nos parece real.

LOS CRITICOS SE PASAN DE LISTOS

Cuando alguna vez Delibes ha intentado explicarse y explicar a los demás lo que él entiende por técnicas narrativas ha hablado metafóricamente de la necesidad que tiene el narrador de construir un puente —término orteguiano— entre él y los lectores. Quizá la respuesta no sea suficiente o no suficientemente brillante, pero es que todo lo demás es oficio, arte. A veces los críticos se pasan de listos, y así ocurrió con algunas explicaciones o interpretaciones que provocó la lectura de *Cinco horas con Mario*. Para muchos este libro venía a significar un alarde técnico respecto a las fórmulas aplicadas por el novelista anteriormente, es decir, una voluntad de alarde. Sin embargo, la historia secreta de la construcción de esta novela nos lleva a resultados distintos. Parece que Delibes comenzó la novela con Mario vivo. Cuando había escrito ya un centenar de folios consideró que la novela —una narración lineal, tradicional— resultaría imposible o quizá impublicable. Se vio obligado a romper lo escrito y a volver a empezar, pero esta vez con Mario muerto. Así, por necesidad, llegó a una construcción de gran eficacia y originalidad, a los límites de depuración de unas técnicas propias. La maestría técnica se revela cuando se tiene en cuen-


**ARTES
Y LETRAS**

ta la economía de elementos novelescos. Las ciento y pico páginas son una reiteración despiadada de tópicos, latiguillos de sabiduría pequeño-burguesa, de muletillas y *tics* de una mujer convencional tras la que se perfila, por contraposición, la figura del marido muerto, la otra opción moral, hasta la otra España, ha llegado a decirse. Fernando Morán no ha dudado en afirmar en *Novela y semidesarrollo* a propósito de este libro: «A mi entender, la obra más lograda de Delibes, quizá la mejor novela española de estos últimos tiempos y, en todo caso, un libro excepcional.»

No obstante el resultado conseguido, la aparición de *Parábola del naufrago* fue interpretado también por muchos críticos como otro alarde consciente del novelista por ponerse al día, él, tan tradicional. Una vez más, no obstante, Delibes se había limitado a elegir la técnica apropiada para una pesadilla obsesiva y el lenguaje adecuado a un tema onírico. La ironía alcanzaba, mediante la destrucción de la sintaxis, a aquellos mismos que sin demasiadas justificaciones pregonaban por aquellos días la destrucción del lenguaje.

LA OPORTUNA INACTUALIDAD IDEOLÓGICA

Inseparable de la técnica, y como guante bien adaptado, está el significado de la obra. Se habla de una cierta inactualidad ideológica de Delibes, que, a mi entender, hay que remitir también al radicalismo individualista de este escritor. Ya han sido suficientemente estudiadas las preferencias de Delibes por la individualización hasta extremos exagerados de sus personajes —las manías—. En este punto nos encontramos en los antípodas del «behaviorismo». En definitiva, este defensor a ultranza de la voz personal es el mismo desconfiado narrador que supo encontrar a tientas un terreno literario seguro.

Yo no sé si la ideología de Delibes puede suponer una cierta dificultad para poder levantar universos novelescos más ambiciosamente integradores de nuestra realidad. Por otra parte, pienso que muchos grandes novelistas padecieron, si se quiere, de una cierta inactualidad ideológica. De todas formas, me interesa señalar aquí la evolución de la obra de Delibes desde su

primera novela a *Parábola del naufrago*, cuyo alcance quizá no haya sido suficientemente valorado. Si en *Cinco horas con Mario* quedaban rebasados los temas del campo o de la burguesía provinciana, *Parábola del naufrago* es una respuesta a problemas, ciertamente nacionales, pero también planteados fuera de nuestras fronteras. En todo caso, considero que el radicalismo individualista de Delibes opera como un instrumento crítico muy saludable. Otro sería el cantar si se tratara de un ensayista, pero nos encontramos ante un narrador cuyo cometido es la comprensión crítica de la realidad en su complejidad.

Delibes parte siempre del riesgo que corre su personaje. Sus criaturas se encuentran siempre en peligro de muerte o en peligro de sociedad. Las novelas y narraciones de la primera época, fundamentalmente, están traspasadas de ese dolorido sentir que proporciona un fino, prematuro y profundo sentido de la muerte. En su obra de salida, el ciprés ennegrece, con su sombra, sucesivamente el tiempo de la novela. El acierto de localizar la acción entre las murallas de Avila, el clima existencial (al que no habría que considerar ajeno a la proximidad de la guerra civil), compensan los fallos de una construcción primeriza. En *La hoja roja*, la mirada crepuscular del jubilado (o la del novelista) aclaran mucho más ciertas parcelas de una realidad bien precaria.

Y, emparejado a este peligro cierto, el de la sociedad siempre adversa. Los personajes de Delibes constituyen una galería de frustrados, antihéroes o insustanciales seres. Para el novelista no hay ni salvación ni posibilidad de rebelión. Porque o bien el individuo, inconsciente de su personalidad, se pliega a los convencionalismos, se adhiere a los valores establecidos y cree en la escasa felicidad que le suministra el sistema, o bien, celoso de su individualidad, intenta una inútil rebelión. Al primer caso corresponden el protagonista de *Mi idolatrado hijo Sisí*, Carmen, de *Cinco horas con Mario*, o los ciudadanos integrados de *Parábola del naufrago*. Al segundo, Mario o Jacinto San José. Mario muere de asfixia social: «era un ahogado». Jacinto San José intentará una rebelión tan ridícula como patética por su desproporción entre los poderes de don Abdón y su sociedad bien controlada y teledirigida.

A Miguel Delibes le ha tocado vivir, como a nosotros, una época en que es difícil llegar a estados de ánimo de exaltación que su paisano Jorge Guillén comunicaba en sus perfectos poemas: «El mundo está bien hecho.» Hasta ese mundo está hoy amenazado. Nada dotado ni partidario de la teorización, el novelista esgrime su único instrumento crítico, y creo que cada vez con mayor acierto. Desde su retiro del diario de provincias —y no por eso libre de disgustos y quebrantos—, desde su cátedra no bien remunerada, en su escritorio al margen de las modas, nos hace llegar su voz siempre personal. A mi entender, la correspondencia entre el significado de su obra y su propia actitud civil es algo de agradecer en estos tiempos. Quizá la buena acogida que ha tenido su designación para la Academia se deba precisamente a esta coherencia entre su vida y su obra. Tericamente afinado en tierras de la alta Castilla, añade una cierta ejemplaridad de fidelidad en estos momentos de desarraigo.

C. A. de los R.

INGLES - FRANCES

★

Pedidos por correo
y teléfono

★

Solicite catálogo

★

Génova, 3

Teléfono 419 17 84

MADRID-4

167

LIBROS | GENTES | TEATRO | GENTES TEATRO | GENTES | TV | GENTES | RADIO



QUEMAD A DELIBES

Y por si fuera poco, el nuevo académico se confiesa una especie de guerrillero, de resistente. Así que la consigna parece clara: capturar a Delibes, que sus libros acaben en la hoguera, que nadie abra el «Diario de un cazador», o «Las ratas», o «Cinco horas con Mario». Que enmudezca, porque no es amigo de las medias tintas, porque llama al pan pan y sabe decir mucho en poco espacio.

Quememos su obra con cualquier excusa, ya que las acusaciones habituales fallan con él. No se considera a sí mismo intelectual, pero hace pensar, discurrir, eso tan feo que se llama «tomar conciencia», una toma de alta tensión. No se le puede tratar de intransigente, porque respeta las ideas ajenas, y así no hay modo de polemizar a la española. No cabe afiliarle a nada, cree en la justicia en libertad, y su meta es la comprensión y la solidaridad.

Imposible pasarle factura por favores o por señorito: fue caricaturista, empleado de Banco

por 189 pesetas mensuales, redactor de necrológicas, crítico, periodista por quinientas, director por méritos, académico sin recomendaciones ni ruegos, traducido a otros diez idiomas, «texto» en Universidades americanas...

Resulta intolerable: es fiel —a la amistad, a los suyos, a su raíz—, enemigo de tertulias y camarillas; su capacidad crítica no se plega, y el virus de sus libros es contagioso; los lectores se empapan de un mundo desnudo, cercano, preocupante. Y es malo que el español descubra, como lector de Delibes y no como telespectador, los pueblos y la pequeña provincia, el hombre de hoy.

El peligro se multiplica si el escritor, además de ser certero, lo dice de una manera que convence a cualquiera, y no hay por dónde meterle mano. Quememos los libros de este cazador de Valladolid. Porque ésa es otra: ha llegado hasta arriba sin pasar por la «aduana» de Madrid.

RAMON LUJAN

Miguel Delibes, académico:

MI TAREA SERA ACARREAR LENGUAJE, POPULAR Y RURAL ESENCIALMENTE

por Manuel Fernández Areal

Hace muchos años que Miguel Delibes y yo somos amigos, aunque nos veamos pocas veces. Nos conocimos con ocasión de mi estancia en Valladolid —él es vallisoletano, no hace falta decirlo—, como redactor primero y director después de uno de los tres diarios «pincianos»: «Diario Regional». Delibes dirigió «El Norte de Castilla», el más antiguo. Yo, el que venía detrás —en antigüedad y en venta—, y Jesús Vasallo coincidió con nosotros al frente del diario «Libertad», fundado por Onésimo Redondo.

Hace pocos días, Delibes y yo recordábamos anécdotas de aquellos años, cercanos en el tiempo pero un tanto nimbados ya por la pátina de lo pasado, quizá con una cierta aureola —por mi parte— de algo vivido con muchas dificultades y por tanto un sí es no es sublimado... A Delibes le hacía ilusión entrar en la Academia.

—Pero si está ya un poco pasada de moda —le decía yo.

Francisco Javier Martín Abril, uno de los escritores vallisoletanos de nota, recordaba otras «elecciones» para académico, actitudes de unos y otros, preferencias, postergaciones.

Miguel Delibes, que como conversador es extraordinario, chispeante, socarrón, buen hablador, y como novelista fecundo, resulta excesivamente parco de ordinario como entrevistado. Por otra parte, estos días anda de cabeza, porque todo el mundo quiere entrevistarle. Le he lanzado unas cuantas preguntas al vuelo; y me ha contestado con la celeridad de quien está a punto de tomar el avión. Sé, por otra parte, que no le gusta hablar de la crisis de la novela, y por eso no he logrado arrancarle palabras más explícitas sobre el tema.

—¿Te ilusiona ser académico?

—Siempre es un honor.

—¿Por qué?

—Porque este reconocimiento por parte de unos señores que en

el terreno literario hilan muy fino, lo considero importante.

—¿Piensas que la Real Academia de la Lengua tiene hoy el prestigio que hace cincuenta años?

—Pues la verdad, no lo sé, pero el prestigio de la mayor parte de los hombres que están dentro creo que redundan en el prestigio de la institución.

—¿Qué harás tú en la Academia?

—Acarrear lenguaje, popular y rural esencialmente.

—¿Cómo adaptarías la función de la Academia a la sociedad de hoy?

—No hace falta adaptarla. La función no varía. Lo que ocurre es que la sociedad actual la hace más difícil.

—¿Cuál es, de todas tus obras, la preferida?

—Tal vez «La hoja roja» y «Cinco horas con Mario».

—¿Por dónde te parece que va hoy la novela española?

—Bueno, en gran parte anda en tanteos y fintas, como en otros sitios.

—¿Cuáles son, a tu juicio, los fines de la novela, desde el lector? Es decir, cuando una persona toma una novela en las manos, en

términos generales, ¿qué te parece que espera encontrar?

—Proponerle problemas, crearle inquietudes, pero nunca aburrirle.

—Tú eres uno de los españoles que mejor escriben en castellano, sin que esto signifique llamarte preciosista, ni rebuscado, ni barroco, ni formalista. ¿Te parece importante mantener la pureza de la lengua o piensas que la facilidad de comunicaciones o intercambios acabará por restar importancia a esa nitidez, y que lo importante es entenderse?

—Mira, si la paz, la libertad y la justicia en el mundo dependieran de ello, sacrificaría con gusto esa pureza.

—¿Preparas alguna novela?

—Sí, «Las guerras de nuestros antepasados».

—¿Qué tipo de libro lees más frecuentemente?

—Historia, Sociología, Biología, Literatura. De todo un poco.

—¿Dedicas mucho tiempo a la lectura?

—No, porque no dispongo de él.

—¿Lees muchos diarios?

—Dos o tres y otros tantos semanarios.

—¿Qué diferencia encuentras entre un novelista y un periodista?

—La síntesis y el apremio se dan en el periódico y no se dan en la novela.

—¿Te aburre el periodismo controlado?

—Me exaspera. En particular cuando los límites de lo tolerado son imprecisos; deliberadamente vagos e imprecisos.



MIGUEL DELIBES EN LA ACADEMIA ESPAÑOLA

POR TERESA ALEXANDER (DESDE MADRID)

En la Real Academia de la lengua española se han celebrado últimamente dos elecciones para sustituir a otros tantos inmortales desaparecidos. Ambas elecciones han sido fuertemente polemizadas. En el primero de los casos porque quien entraba en juego era por primera vez una mujer: Doña María Moliner, autora eminente de un Diccionario del Español. ¿Sería posible —se preguntaban muchos— que se rompa la tradición masculinizante de la docta casa? ¿Entrará por fin en el círculo de los oficialmente bien parlantes del castellano? Pues no, no fue posible. No entró en la Academia doña María Moliner. En el segundo de los casos dicen que la lucha se entabló entre Garcilaso y los cazadores. Garcilaso era el poeta José García Nieto, el hombre que se sacó de la manga en los felices años cuarenta, aquello de "la juventud creadora". Los cazadores estaban representados maliciosamente por un novelista y cazador: Miguel Delibes, escritor de provincias, periodista de provincias, hombre de provincias que sólo de tarde en tarde asoma por Madrid para volverse inmediatamente a su rincón de Valladolid. Ganó, ya se sabe, el hombre de las provincias en contra del cortesano Garcilaso.

¿Quién es y qué significa Miguel Delibes? ¿Por qué ha podido llegar a la Academia cuando todo el mundo creía que para llegar ahí lo que se necesita son buenos padrinos? Miguel Delibes es un escritor extraordinario, digámoslo pronto. No iba para novelista, pero escribió una vez una novela —"La sombra del ciprés es alargada"— con la que ganó el premio Nadal, por aquellos años el premio más prestigioso para la novelística española. Y entonces vio que no le quedaba más remedio que seguir haciendo novela pa-

ra que no se lo llamara hombre de un solo libro. Y resultó que la tercera novela de Delibes — "El Camino" — fue una estupenda novela escrita en el castellano más limpio que entonces manejaba cualquiera de los narradores españoles. Y siguió la racha: "Mi idolatrado hijo Sissí", "Diario de un Cazador", "Diario de un emigrante", "Las ratas", "Cinco horas con Mario", "Parábola de un naufrago" y muchos libros de caza y sobre la caza.

Delibes vive en Valladolid corazón de Castilla. Es hombre que llama al pan pan y al vino vino. Es hombre que no disimula las cosas. Es hombre con insaciable curiosidad de viajero que lleva los ojos bien abiertos y que tiene siempre a punto las palabras para escribir lo que ha visto. Y lo hace además con ese castellano puro, sustancial y virgen de que hablábamos antes.

Si no se había pensado antes en él para entrar en la Academia no era precisamente por falta de méritos sino por sobra de suspicacia y porque seguía viviendo fuera de Madrid. Pero ahora parece que las distancias serán más cortas. Y que lo que interesa es buenos estilistas en la Academia. Y que los novelistas estaban en desmedro frente a los poetas. Y que es periodista también, que es carrera literariamente en auge. Está bien que Miguel Delibes haya llegado a la Academia a ocupar el sillón que dejó vacío un almirante. Por que Delibes es también hombre de mar: en él hizo su servicio a la patria. Y porque es hombre incontaminado. Y porque ya era hora de que alguien muy poco oficial ocupara un sitio en la "real" Academia de la lengua. El castellano de Castilla está de plácemes y vale la pena felicitarlo.

Con mis cordiales saludos,



María Teresa Alexander (BOLIVIA)

DIARIO MATUTINO "HOY" - LA PAZ

FUNDACIÓN
MIGUEL
DELIBES
PAZ
Miguel Delibes

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

Miguel Delibes

HOMBRE, PASION, PAISAJE

UN PALETO INSOLITO

ALZADA, más de la media y tirando a jugador de baloncesto. Ecurrido de carnes y osamenta afilada. Un incisivo partido en la ancha sonrisa. Piel tostada y arada por vientos y soles. Andar de gran tranco y un tanto cargado de hombros. Mirada limpia y larga. Pelo de jabali algo ralo. Corazón inmenso, sin límites, como el horizonte. Hijo de Adolfo, liberal de Molledo afincado, frente por frente, en el Campo Grande. Su madre, María Setién, burgalesa católica, apostólica y romana. Un abuelo carlista; otro, liberal. Padre de siete criaturas y tío de muchísimas más. Nacido en la burguesía provinciana y amigo de los humildes, sean cazadores, del labrantío o funcionarios de bajas escalas administrativas. Se enamora de la hermana Luciana en las Carmelitas y remata el bachillerato en los Hermanos Baberos, los de Lourdes. La guerra civil le marca, de voluntario y para siempre, en el crucero «Canarias». A cuestras con la insatisfacción del vencedor. Ex empleado de Banca, ex caricaturista bajo la firma de Max, ex cronista deportivo, ex crítico de cine, abogado, periodista, catedrático en la Escuela de Comercio, esencialmente escritor, biológicamente cazador. Con «La sombra del ciprés es alargada» logra el Nadal en 1947. Este cazador que escribe no ha cumplido los cincuenta y tres y acaba de salir elegido académico de la Lengua en la vacante del marino Julio Guillén. Un paleta de Castilla, un novelista de talento y pluma plural, trepa por méritos propios en la escueta, recortada y docta silla «E» de la magistratura literaria. Miguel Delibes lleva por nombre y de su zurrón literario asoma apretada una veintena larga de piezas mayores.

Valladolid, isla industrial de la paramera, sueña resentida el robo de su capitalidad. Valladolid con las esquinas desconchadas por la historia y las meadas de los gatos rumia su nostalgia mientras contempla que lo perdido no se recupera jamás. Valladolid, ciudad entreverada de semáforos, paletos, minifaldas y ejecutivos ha saltado de la manquera al «prêt à porter» boutiquieril y a las tapas con medios güisquis en mostradores de cafeterías sincopadas. Del Valladolid de ayer, apenas la Semana Santa. El de hoy, un conglomerado de entidades bancarias y fábricas de pollos, automóviles y piensos compuestos. Valladolid se acostó un día con niebla para despertarse y desayunarse en el siguiente con la noticia del «Norte»: Delibes, académico.

¿«El Norte»? Sí, el «Norte». No es una estación de ferrocarriles, ni una marca de tabacos, ni un viento traidor. El «Norte» es un café, empapado por el vaho de los labradores, de la plaza Mayor con muchos tratos a la espalda. Pero «El Norte» al que me refiero es, fundamentalmente, el periódico de Valladolid que va marcando rumbos y abriendo horizontes desde 1854 al pie del cruce en el que se juntan los ríos Pisuegra y Duero (el de los versos machadianos y las claridades de Gerardo Diego): «El Norte de Castilla», una institución del país castellano, un pilar de las tradiciones locales y de las ideas progresistas en lo social. Lo fundó un romántico con ribetes progres, Francisco Perillán. Lo liberalizó Santiago Alba. Lo puso al paso del socialismo posconciliar Miguel Delibes. «El Norte de Castilla», además, una consecuente escuela de periodismo de vario aliento: Cossio, Alonso Cortés, Cerrillo, Guillén, Royo Villanova, entre los santones. Félix Antonio González, Martín Descalzo, Umbral, Jiménez Lozano, Miguel Ángel Pastor, Altés, Leguineche, entre los jóvenes. A caballo de ambos elencos generacionales, Miguel Delibes, peregrino inquieto de mil trochas.

Gozo en Valladolid. Alegría serena e íntima en «El Norte». Miguel Delibes, novelista dual, el que pasa de lo rural a lo urbano o viceversa sin gritos ni aspavientos. Allá donde escriba o sobre lo que escriba Delibes lo hace desde dentro, en sus problemas y con sus voces. Sin trampa ni cartón. El latido de su pluma es realista, crítico, lúcido, justiciero, sencillo y siempre preocupado por los de abajo. El compromiso del novelista es eminentemente social, tiene garra y huele a pobre.

Delibes dijo en su día: «¿La novela? Un hombre, una pasión, un paisaje». En torno a esa simple estructura la obra de Delibes se ha ido derramando poco a poco, suavemente, cuartilla tras cuartilla. La mano que escribe encierra una actitud clara ante la vida que le rodea y preocupa. Delibes es un perseverante en la jerarquía de los valores. Para perfeccionarse más rechazó el halago y el tirón consumista, el folklore seudopolítico y las cenas de no sé cuántos tenedores de la gran ciudad. Su acción se desarrolla entre los suyos. Su puesto está en el almuerzo de tasca, la partida en la camilla y la tertulia con un puñado de amigos. Obligado el localismo de Delibes para su posterior universalización.

Umbral, hermano menor de Delibes, diría: «Y debajo de la boina, un español pluriempleado, un escritor de primera, un fumador de negro. Un amigo». Miguel Delibes, sensible, humano, generoso, un pellizco escéptico y una punta pesimista. Miguel Delibes, buena escopeta y mejor pluma. Igual lo del asiento académico le sienta como una coz en el trasero a Juan Gualberto, el Barbas, un cazador en mano de la provincia y que en eso de las cazatas se las sabe todas. «Que no Barbas, que no; que a Delibes el sillón no se le sube a la cabeza.» Delibes, académico y paleta insólito que con su postura y su obra aporta aire fresco a una sociedad que circula lanzada hacia la deshumanización.

Luis MARAFION

MD

MD

POSTAL

“Sedano, por la familia Delibes”

EL título no es nuestro. Se lo hemos arrebatado a una carta que nos envía doña Esther Huidobro y que nos proporciona una serie de datos sobre personajes que, de una manera u otra, están vinculados con la provincia de Burgos. Alguna vez vamos a detenernos en lo que significa esta carta y, como ella, otras muchas que se reciben con el grato afán de propagar cosas de la tierra. Hoy queremos ir por otro lado.

No es frecuente que hacia el escritor se tenga un cariño tan palpable, tan profundo, como el que se demuestra en esa carta que decimos. La gloria literaria suele venir tarde con beneficios que puedan palpase y ése del cariño, de la admiración, rara vez sale a relucir, cuando parece lo lógico que fuera el primero. Al fin y al cabo, quien se desoja sobre cuartillas dejando lo mejor de un talento exquisito, por nosotros lo hace y bien está que le demos las gracias a tiempo, sin esperar a que pase a las antologías «post mortem» y a que no esté en condiciones de recibirlas.

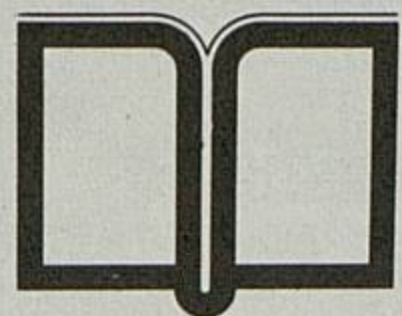
Sobre Delibes aquí se habla poco. Y no está bien. No es burgalés en el sentido que puede serlo de acuerdo con el Registro civil, pero resulta que ese extremo es más bien accesorio. En alguna parte le leímos que su pueblo era Sedano. Decía su pueblo y no su ciudad, que es Valladolid, pero que a él le gustaba ser de pueblo. Sedano, venía a decir, se parece sólo a Sedano y las ciudades, todas o casi todas, a lo que se parecen cada vez más es a Nueva York. Hilvanaba con este pensamiento un artículo delicioso, pero lo que nos interesa, al final, es que antes que nada lo que hizo fue una declaración de amor a un pueblo entrañablemente burgalés. Y eso, hay que mirarlo así, es más que suficiente para que nosotros remedemos el título de doña Esther Huidobro y digamos que «Burgos, por Delibes» (y por su familia, claro).

Es algo nuestro este escritor que se ha metido con todas las de la ley en la Academia. Con todas las de la ley porque mucho antes se había metido a coleccionar trozos del alma del pueblo y con ellos se paseaba por la literatura. No hay mayores títulos. Pero si no valiera eso, si no es suficiente que en un sitio nació, pero que por aquí se hizo cazador y, a nadie le quepa la menor duda, por aquí se le fue la mano tras la creación literaria, tiene que valernos la condición castellana para que andemos con gratitud hacia su persona y hacia el hecho de haber exaltado a nuestras gentes y a nuestras costumbres (fundidas, creemos, hacen la mejor dimensión del alma del pueblo) a la gloria que se hace inmortal por el camino literario, que es uno de los más seguros.

Sedano por Delibes y todo Burgos por Delibes. No perdemos nada con que de vez en cuando, siquiera de vez en cuando, detengamos el paso que nos lleva a glorificar a personas de mérito efímero y lo hagamos con quien de verdad nos interesa y con quien de verdad ha hecho algo por nosotros. ¿Cómo? Pues hombre, quizás el mejor homenaje a un escritor es leer sus obras, pero éstas las damos por leídas entre la multitud. Otras formas hay. Quizás, permitiendo que florezcan sentimientos de gratitud como éste que viene en una carta, que firma una señora y que alguna vez hemos de sacar a relucir. De todas formas, buenos medios hay para no esperar a eso, a que llegue la antología póstuma para que se haga justicia de gratitud. Sobre todo, si como deseamos, todavía está muy lejos ese acontecimiento para Miguel Delibes.

BURGENSES

LAS LETRAS



DE LIBROS ABIERTOS

por Enrique Badosa

Trabajo para Miguel Delibes

«Si alguna vez me llama la Academia, porque le parece interesante mi manera de escribir, o puedo hacer alguna aportación del lenguaje de mi pueblo castellano, no pienso negarme...» Son palabras de Miguel Delibes, ya en el académico sillón "E". También son suyas las palabras que siguen: «Todavía interesa un poco la perfección del lenguaje y realmente el mundo está avasallado hoy por neologismos – en el caso de España, por galicismos y anglicismos – : por esto ha de existir alguien que combata esto y defienda la pureza de nuestro lenguaje, y ese trabajo bien puede realizarlo la Academia.»

El autor de *Cinco horas con Mario* tiene ya la oportunidad de hacer algo, mucho, digamos que oficialmente, en pro de la lengua española, en efecto tan maculada por los barbarismos. Sobre todo, por el "Spanglish", esa incrustación de términos ingleses más o menos españolizados en la grada y en la pronunciación, pero del todo ajenos al espíritu de la lengua. Ajenos, e innecesarios las más de las veces.

Sería absurdo, desde luego, no decir "laser", y decir, en su lugar, "aleer"... "Laser" es la sigla de Light Amplification by Stimulated Emission of Radiation, en español: Amplificación de la Luz por Emisión Estimulada de Radiación, de donde "aleer". Sí carece de sentido decir "parking", entre otros ejemplos fácilmente aducibles.

¿Cuál puede ser la aportación de un literato como Miguel Delibes a la tarea académica? El autor de *La sombra del ciprés es alargada* no es propiamente un filólogo, pero no son únicamente los filólogos quienes pueden hacer mucho en pro del «Limpia, fija y da esplendor». No menosprecio, qué va..., la tarea del estudioso de la lengua, de quien en su historia descubre un sentido y una esencia. Sólo pondero que es muy importante que los escritores de creación aporten un trabajo que en el caso de Miguel Delibes puede tener un doble aspecto.

Por una parte, un novelista como Delibes ofrece, en su obra, no sólo la jugosa pulsación del idioma en que escribe, sino la recuperación de términos. Esta sensibilidad habrá de manifestarla también en las periódicas reuniones de académicos. Por otra parte, esta misma sensibilidad le permite la detección de las más sutiles formas de barbarismo, que no siempre se reduce a la terminología. He aquí, por ejemplo, que se ha puesto de moda decir y escribir "Viajar a Roma..." por "Ir a Roma". Anglicismo flagrante, puro "Spanglish". También en este aspecto se pueden encontrar con facilidad, ¡ay!, muchos otros casos.

En la segunda de las citas que hago de Delibes, se habla de combatir y defender. ¿Cómo puede hacerlo la Academia? ¿Lo hace? No lo parece, la verdad. Reconozcamos que la Real Academia Española de la Lengua carece de poder ejecutivo. No carece de poder asesorador, ni de influencia, tal vez..., para que sus consejos devengan norma por lo menos en los medios estatales de Prensa, Radio y Televisión.

Precisamente los... "mass media" son los grandes divulgadores del barbarismo. Radio y Televisión se llevan la palma. Se llegan a oír cosas inauditas que abarcan desde la pésima sintaxis a una



terminología de jerga. También la Prensa ofrece, por desgracia, muchas ocasiones de tristeza, en este aspecto, también.

Se impone una presión directísima y eficazísima de la Academia en los "medios de comunicación de masas". Esta presión no tiene por qué negar espontaneidad creadora en lo idiomático. Sí tiene que advertir de los errores imperdonables y aconsejar y aleccionar también. ¿Por qué no? Ya imagino que esta tarea no ha de ser fácil. ¿Quién la llevaría a cabo? ¿Tal vez un comité asesorado por los académicos atentos a las tropelías lingüísticas? ¿Y tiene la Academia medios materiales para esta obra tan, tan necesaria? Seguramente carece de tales medios. No es menos seguro lo necesario de una obra que preserve el español de la contaminación lingüística que viene del exterior, así como de la contaminación lingüística interna, que es la de la ignorancia, por más señas autosatisfecha.

Miguel Delibes, consciente del barbarismo que nos deteriora el habla e incluso la expresión literaria, a lo que viene haciendo como escritor, ahora podrá añadir una gestión académica que ojalá llegue a trascender, que no se quede en especulación y en tímida noticia aparecida en esos fantasmales boletines de la docta casa...

"fans" 23-11-73

DE LAS ARTES Y LAS LETRAS

MD

Por
RAIMUNDO DE LOS REYES



DELIBES Y LA CAZA

MAS que un libro, es un amplio reportaje periodístico de primera calidad. Para mí, el académico Miguel Delibes no pensó en editar estas páginas al escribirlas. Después de «Diario de un cazador», «Con la escopeta al hombro» y «El libro de la Caza Menor», Miguel Delibes nos deja un librito sobre «La caza en España», que podríamos considerar como un manual de los grandes temas cinegéticos españoles. Apenas ciento cuarenta páginas, que Alianza Editorial nos sirve en letra de misal antiguo, y que uno, inevitablemente, tiene que leerse en apenas una hora, de tan grata y amena que es su lectura.

A los veinticinco años de «La sombra del ciprés es alargada», premio Nadal 1947, Delibes accede a la Real Academia de la Lengua. Tan natural es el hecho, que podría calificarse de inevitable. Pocos escritores hay que lleguen a la docta corporación con un bagaje de obras con características tan propias. Arraigado en su Castilla, con amor inalterable a las cosas que le son afines, Miguel Delibes se incorpora a la Academia para sumarse a los escasos escritores de creación que hay en ella. Quiero decir que, puestos en el platillo de una balanza los escritores filólogos, estudiosos y eruditos, y en otro los de exclusiva creación, la ventaja de aquéllos es tan notoria que sorprende el fenómeno, si no perdemos de vista que nos estamos refiriendo a una Academia que corresponde fundamentalmente a una raza meridional y, en consecuencia, creadora e imaginativa.

Andamos escasos de novelistas y poetas de talla, que no les venga ancho el traje académico. Y —permítaseme decirlo— algunos hay que lo llevan, más por la fortuna de las circunstancias a la hora de su nombramiento, que por los méritos que, en aquel instante, podrían aportar.

Miguel Delibes, sin pensar en los honores y la gloria, nos dice que se forjó en el arte literario en las páginas del Derecho Mercantil. Catedrático de Historia del Comercio, lleva en su macuto de cazador, diecisiete obras de las que, por lo menos cuatro o cinco, es precisa su lectura, para quien quiera tener noticia de cuál ha sido el devenir de la narrativa de la posguerra. Habría que recordar a un Cela, y, después, a un Delibes, como escritores que se caracterizan por su naturalidad en el decir y su honda entraña española. Quizá a Delibes se le haya cuadrado excesivamente como escritor rural, cazador y andariego, olvidándose del singular cronista de «USA y yo» «La primavera de Praga» o «Un año de mi vida» o del creador que nos encontramos en «Las ratas», «La hoja roja» o «Cindo horas con Mario».

De cualquier forma, su estilo es propio, forjado en el decir y en el pensar de Castilla la Vieja, cuna del castellano estricto y fácil que Delibes ha recogido con gran economía de elementos, depurándolo aún más.

«La caza en España» es lo último que llega a nuestras manos, del escritor. Si, como dicen, hay en nuestro país más de novecientas mil escopetas —por lo menos esa cifra ronda el número de licencias—, no cabe duda de que el libro debería convertirse en un «best-seller». Para ello sería preciso que todos los cazadores fueran ávidos lectores, aunque sólo sea de las cosas que les interesan. Pero, sobre esto, mejor es no hablar...

*Q.P., Revista para los empleados de
la Compañía Telefónica n.º 73
Abril 1973*

cámara y candilejas

STRINDBERG ENTRE NOSOTROS

LA vida de Augusto Strindberg (1849-1912) se caracterizó por su inestabilidad en todos los terrenos. Su infancia estuvo marcada por una condición de terrible inferioridad psicológica, debida a ser «el hijo de la criada», segundo matrimonio del señor de la casa. Sus vicisitudes personales se reflejan en sus escritos, casi siempre autobiográficos. Y también, naturalmente, en su obra teatral, pero de forma menos directa, porque Strindberg logra en ella objetivar sus experiencias, para alcanzar el sentido de la vida, con sus tormentos, sus contrastes y su misterio.

Toda su dramaturgia sigue una misma dirección: el análisis de las relaciones que se establecen en un grupo humano, en una familia, en una casa, en una comunidad. Odio y amor, atracción y repulsión, dar y tener, comunicación e imposibilidad de comunicar, búsqueda de lo divino y del límite de clase, estados de sueño o de locura. Se pasa de un naturalismo crudo a un simbolismo aéreo, del análisis social a los fantasmas del subconsciente, sin que el proceso pierda nada de su poder escénico. La encuesta de Strindberg resume y asimila todo el análisis del comportamiento, tal como se había desarrollado en Europa después de la revolución francesa, y va mucho más lejos, proyectándose en el siglo XX. Por esto, hoy día se está empezando a descubrir toda la actualidad y toda la fecundidad de sus dramas, de sus formas, de sus métodos de interrogación al subconsciente, y como eslabón indispensable, también, para comprender la evolución del espíritu burgués, en el intento de realizar sus ideales.

En «La señorita Julia» —una de sus obras más conocidas—, su observación del mundo se concentra sobre las relaciones entre clases sociales, en las personas de un criado y su ama, una joven condesa, a la que traicionan sus instintos. Strindberg funde, en una misma tensión, el sentimiento de inferioridad social, que engendra odio y venganza, y esa llamada irresistible de los sentidos tal como se manifiesta en Suecia la noche de San Juan.

Siguiendo fielmente a Strindberg, pero aderezándolo con otros elementos heterogéneos, en un intento de que la obra no sea solamente un esquema psicológico, Adolfo Marsillach ha montado, en el teatro Moratín, de Madrid, una versión libre de Lorenzo López Sancho, y ofrece la posibilidad de que el público actual conozca esta muestra del mejor teatro sueco y, además, goce con la sorprendente interpretación de Amparo Sotér Leal, Charo Soriano y Julio Núñez. Algo muy importante en los tiempos teatrales que corren.

Ricardo
DÍAZ-DELGADO



co y milita en las filas del Partido Comunista Americano: Elia Kazan. Al año siguiente, 1946, otra película social, **Los mejores años de nuestra vida**, del voluble William Wyler, gana siete oscars, y en 1947 se consagra con tres oscars al cine izquierdista de Hollywood, en la persona de Kazan y su película **La barrera invisible**. En 1948, cinco oscars pura, y estrictamente artísticos para una película europea, **Hamlet**, de Laurence Olivier, pero también dos oscars al director e intérprete de **El tesoro de sierra madre**, John y Walter Huston, el primero de los cuales representaba también a esta rama intelectual e izquierdista del cine de Hollywood. Por último, en 1949, tres oscars a una película claramente definida políticamente en su denuncia de la política americana: **El político** (All the king's men) de Robert Rossen.

Estos eran los años del apogeo del «new deal» democrático del presidente Roosevelt y de Truman. Eran años de esplendor del liberalismo; en su más amplio sentido, supusieron la época más ambiciosa y progresiva del cine americano de la mano de los directores de la llamada «generación perdida». Generación que se perderá o será destruida en los años cincuenta por el recrudescimiento de la represión que la derecha americana iniciará en el mundo del cine implantando la política del terror a través del Comité de Actividades Antiamericanas, por el que desfilaron todos los ligeramente sopechosos de anticonformismo y del que se depuró por completo al cine americano de toda su vitalidad. Es sintomático ver, cómo estos tres directores laureados por el oscar de los últimos años cuarenta, tuvieron que soportar graves acusaciones y optaron por tres soluciones muy distintas: Elia Kazan claudicó de sus ideales críticos, Robert Rossen fue a parar a la cárcel, y John Huston tuvo que exiliarse a Europa. Tres posturas, tres actitudes entre las que tuvieron que elegir todos y cada uno de los cineastas americanos de aquellos años.

El Oscar de estos años dejó de ser la consagración del cine conformista y se convirtió, diplomáticamente, en el premio de los nuevos intelectuales izquierdistas de Hollywood. Quizás fue sólo la consagración de una situación ya hecha y forzosa de reconocer.

Sixto Iragui

la descentralización de la cultura



La elección para la Academia Española de la lengua de Miguel Delibes como nuevo académico es una buena noticia dentro de nuestro campo cultural. Con él, entra en la Academia el aire fresco del escritor independiente, que ha de rejuvenecer las añejas paredes de ese edificio destinado a la defensa de la lengua española, que aparece hoy lejano y extraño de la vitalidad que va encontrando la actividad cultural en España, a pesar de todas las zancadillas y todas las obstrucciones para el desarrollo del pensamiento libre que hoy rodean a todo el que intente sobrepasar por encima de sí mismo el entorno vanal y vacío que le rodea y vigila. Por eso, hombres como Delibes, de mentalidad amplia, abiertos a las inquietudes de nuestro tiempo, tienen una gran tarea a realizar; sacar a ese organismo de la burocratización y de la inercia por la que suele estar dominado.

LA POLITICA, A LA ACADEMIA

La política que está siempre entre los humanos y sus diversidades, tenía que estar necesariamente en la Academia. En ella, después de la guerra, el dominio ideológico, la mayoría estaba del lado de la literatura tradicional, sin garra, descriptiva de las cosas bellas de la vida, pero lejana de los problemas y de las circunstancias vitales del pueblo, y de la problemática de fondo española. Eran los años de lo épico, del transcendentalismo de lo español, pero eran también los años del cerco, del hambre, de los estómagos vacíos, y de los sueldos risibles. Lo que por aquellos años se escribía en España no representaba, como casi tampoco representa hoy, el sentir de los españoles, sus problemas y la vida sumida de éstos en el drama eterno de la pugna española.

Pero España crecía, el tiempo pasaba, y pronto a los españoles el estrecho traje que les habían im-

36
"Esfuerzo Común"
Zaragoza, mayo 73

EF. oxen, arboras

puesto iba a resultarles sofocante; muy corto para los escritores deseosos de rebasar aquel marco reducido de ideas de los años de la postguerra, para hablar y escribir de las cosas y problemas que veían a su alrededor. Por eso, si un mérito tienen los libros de Delibes, es, sin duda, ese: que, mejor o peor contruidos, blandos o duros en su lenguaje, en ellos viven las gentes, las personas normales que habitan este mundo nuestro, con toda su experiencia vital auestas, y además, en ellas late la vida con sus alegrías, con sus tristezas, en ese pozo sin fondo de la humanidad del cual absorbe la novela fundamento para caminar, para de esa forma servir de vía de expresión de los problemas de los hombres y de las encrucijadas de la humanidad.

EL PROTAGONISMO DE LA PROVINCIA

Con Delibes entra también en la Academia la Provincia española en ese Madrid que se regodea tantas veces en su narcisismo, que parece decirle entre guiños extraños a las provincias que le rodean que si alguien quiere hacer algo que merezca la pena tiene que vivir en sus calles atiborradas de coches y respirar el aire viciado que las cubre. Hay que saltarse esos exclusivismos y dar un poco en las alturas, si pensamos en una España futura, donde las regiones se rijan por sí mismas en lo primordial; necesariamente tenemos que pensar en unas provincias con una vida cultural y política intensa, que una a cada provincia en la unidad superior de la nación española.

Delibes es también para la Academia una mente profunda, clara,



diáfananamente inmersa en la problemática del momento; para la cual ha impulsado desde «El Norte de Castilla» y en sus libros una mayor comprensión entre los hombres. Con él, la Academia da un paso más en el camino de ir insertándose en un dominio y perfeccionamiento del lenguaje, y en la dirección de la acción callada, silenciosa, pero universal de unos escritores libres de fijaciones infantiles de su pasado, y superadores de resabios clasistas.

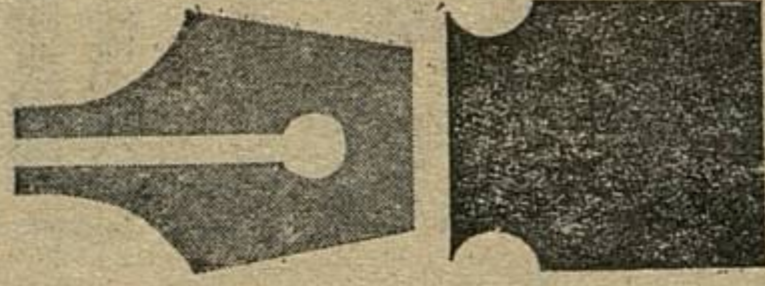
EL PERFECCIONAMIENTO DEL LENGUAJE

Un medio interesante de que el lector adquiriera por sí mismo, sin esforzarse, un buen aprendizaje idiomático, es sin duda la lectura diaria. En las obras de los grandes clásicos: Cervantes, Galdós, Baroja, Valle, ..., se capta fácilmente, en bellas construcciones en la narración y en el diálogo, un gran arte, un gran logro humano, el arte de construir y reflejar la palabra humana libre de impurezas en la obra escrita. Esa labor de embelle-

cimiento y enriquecimiento del lenguaje que los escritores han ido realizando casi sin proponérselo, pues su idea fundamental es el texto claro y expresivo, es indescriptible por su amplitud, por su importancia, superior sin duda a la del profesor que estudia en su laboratorio las complejidades del lenguaje, cuya prosa personal no pasa de ser un seco repetir de conceptos y palabras intelectualizadas por las muchas lecturas, sintácticamente correcta, pero carentes de brillo, secas, lejanas de la buena prosa. Cabe esperar que la llegada de escritores de buen fuste, de verdaderos trabajadores del idioma a la Academia tiene que introducir nuevos afanes a esa añeja institución para la mayoría de los españoles desconocida y distante. En ella, en la Academia, los escritores y los profesores al cuidado de la lengua tienen que estar equilibrados; el profesor al cuidado del uso correcto de las reglas generales de la lengua; y el escritor, realizando una función especialísima: la que Delibes se imponía a sí mismo: «Acarrear lenguaje popular y rural esencialmente» (Mundo, 3-3-1973). Confrontando en una palabra la calle, el habla del pueblo, con las preocupaciones de las élites.

Sin empequeñecimientos ni endiosamientos, hay que insistir en la labor callada en ese terreno del escritor. La Academia debe ser cada vez más un órgano vivo, removeedor de inquietudes, con una importante misión que cumplir: el cuidado de ese medio de expresión y comunicación fundamental para los humanos que es el lenguaje, patrimonio de todos los hombres, agudamente proyectado en una de sus más importantes y fundamentales dimensiones en la palabra escrita que el escritor modela al paso firme de su mano.

UN NOMBRE



MIGUEL DELIBES

Entre el ruralismo y la civilización

Al poco tiempo de que le eligieran académico me sorprendieron unas declaraciones de Miguel Delibes. Decía que no le habían votado los carcas de la Academia. Y me sorprendieron porque parecía desprenderse de ellas una cierta acritud muy poco acorde con la idea que del novelista vallisoletano tenía formada. Que el desarrollo de la votación solamente hubiese arrojado un voto de diferencia a su favor no me parecía motivo suficiente para tal exabrupto, sobre todo en un hombre que nunca ha mostrado ni siquiera un prudente entusiasmo por sentarse en el sillón de los inmortales. Puesto a elegir honores y prebendas, Delibes nunca desdeñará las clases en la Escuela de Comercio, el "Norte de Castilla", los fines de semana con la escopeta al hombro campo a través o con la caña en la ribera de un río truchero. Por otra

mitivas, por los seres elementales, no obedece a capricho. Para mí la novela es el hombre, y el hombre en sus reacciones auténticas, espontáneas, sin mixtificar, no se da ya, a estas alturas de civilización, sino en el pueblo."

Le he planteado que, a mi entender, el hombre rural no está tan "limpio" como él parece defender, y que es un ser limitado e incompleto. La ignorancia limita y no da, como contrapartida, esa pureza que Delibes parece asignar en exclusiva al hombre del campo. Esto ya habría bastado para gastar la hora de charla, pero, obviamente, Miguel Delibes tiene otras cosas de que hablar.

EL AUTOR Y LA CRÍTICA

—Ultimamente la crítica ha pasado de considerarte casi por unanimidad el mejor novelista español, a poner en

otro suyo dedicado con mucha admiración. De manera que en qué momento dejó de admirar mis novelas no te lo puedo decir. Lo que yo no voy a hacer es combatir sus criterios. Soy un hombre lo suficientemente liberal para admitir que lo que a otros críticos les gusta no le guste a García Viñó. Está en su perfecto derecho a negar a mis obras la trascendencia que otros les dan. A esto, naturalmente, nos exponemos cuando hacemos una obra, sea pictórica, literaria etc.

EL LENGUAJE Y EL RURALISMO

—A veces, leyéndote, se tiene la impresión de que el lenguaje está por encima de lo que expresa. Es decir: que hay una gran riqueza verbal para decir, a veces, pocas cosas.

—Esto que, en principio,

"Para mí, la novela es el hombre"
"Nunca hay que olvidar que la vanguardia deben formarla unos pocos"
"No he llegado al panteísmo en mi literatura"

coincidir veinticinco años más tarde con los autores del "Manifiesto de Roma", que son hoy día los más avanzados socialmente. Estos hombres vienen a preconizar el retorno a la vida en pequeñas comunidades, donde el hombre vuelva a trabajar con sus manos. Lo que por entonces yo intuía, hoy adopta una exposición científica, a mi forma de ver admirable. Ahora bien, estoy de acuerdo contigo en esas limitaciones que has apuntado. El mundo rural está pereciendo por abandono. Hoy día en el campo no existe más estímulo que la televisión, pero hace diez años, ni esto. No quedaba más recurso que el sexo y el vino. A propósito de esto, recuerdo que hace unos diez años hablé con el entonces ministro de Obras Públicas, Vigón. Quedó tan impresionado por los relatos que le hice de la vida que llevaban los jóvenes y los niños en las aldeas de Castilla, que se propuso llevar al Consejo de Ministros un plan social para los pueblos de la Tierra de Campos. Es decir, hasta aquí de acuerdo contigo. Ahora, lo que dices acerca de que si yo he visto en la vida rural excesiva virtud y excesiva maldad en la vida ciudadana, si no me equivoco, lo puso en circulación Torrente Ballester. Dijo que para mí llegaba un punto en el que parecía que la virtud estaba en el campo y el pecado en la ciudad. Yo no puedo afirmar esto, por supuesto, pero sí puedo decirte que el pecado del hombre rural es más discernible porque viene impuesto por la necesidad y la falta de estímulos, mientras el de la gran ciudad lo provoca el refinamiento.

—Quizá esta postura se asienta más en un bucolismo ideal que en el aspecto sociológico y conflictivo de los pueblos.

—Realmente yo no he sido un sociólogo. Es decir, únicamente he tratado el tema de Castilla como un novelista. Pero en "Las ratas" y en "Viejas historias de Castilla la Vieja" sí he planteado este problema social con bastante rotundidad. En "Las ratas" se ve un puñado de hombres viviendo, frente a un abandono oficial y ante la veledad de la naturaleza. Nuestra tierra sólo permite ser trabajada un año, y al siguiente ha de descansar. De manera que el propietario de cien hectáreas en Castilla, cifra que suena muy bien, es un pobre; apenas saca el valor de su trabajo de esas

cinuenta hectáreas que puede trabajar. Así la situación rural de Castilla es muy ingrata y problemática, a pesar de que algunas zonas periféricas identifiquen el centralismo de Madrid con la realidad castellana.

El tono es monocorde, inalterable. No diría de campesino, pero sí de hombre al que el silencio de la naturaleza ha uniformado la voz. Sonará bien en la Academia esta recia voz cuando haya que defender el habla de nuestros viejos pueblos.

EL TEMA DE LA ACADEMIA

—La Academia, Delibes. La votación fue reñida, y tu juicio para quienes no te votaron no fue excesivamente benevolente. Dijiste algo de carcas, y algunos les ha molestado. Antiguos y poco liberales censores te han dado el voto...

—Aquella expresión no la utilicé yo. Espontáneamente no suelo utilizar la palabra carca. Yo fui preguntado sobre la base de esta palabra. Yo te diría que, en términos generales y de los que conozco que me han votado, los hay de diferentes matices. Creo, sin embargo, que han predominado los pertenecientes al ala liberal de la Academia. Por el contrario, en general, y salvando también algunas excepciones, no me han votado los menos liberales. Esta era la matización que yo quería y que creí necesario hacer. Por lo demás, si dices que fueron o no fueron, yo no sé. El término liberal lo utilizo refiriéndome al más inmediato presente.

EL NOVELISTA Y EL PAIS

En la actualidad Miguel Delibes sigue vinculado al "Norte de Castilla" como mediador entre el Consejo y Redacción. Acerca de su puesto de trabajo cree conveniente hacer una matización. En este afán por matizar se le evidencia, quizá, su preocupación por la exactitud de la expresión.

—No soy consejero delegado, sino delegado del Consejo. Parece una diferencia sin importancia, pero la tiene. Mis relaciones con la Administración? Bueno, bien, en razón de que el cargo ya no tiene la responsabilidad de la dirección. Hoy día, para ejercer la labor de dirección, se necesitan unos nervios bien templados, una agilidad mental fuera de lugar, una visión casi profética de

lo que puede molestar o no puede molestar. En fin, gracias a este artículo segundo de la ley de Prensa, siempre bailamos un poco en la cuerda floja. Convendría precisar sus límites.

—¿Cómo ves el panorama político del país?

—Recientemente, alguien decía que el afán de resistir a una apertura política provocaba más conflictos que provocaría la propia apertura. Yo lo creo así. Creo que estas tensiones, esta tirantez, esta actitud conflictiva que se observa en la mayor parte de los estamentos del país, podría suprimirse con un mayor margen de libertad.

—¿Y el panorama novelístico? ¿Puede haber una interdependencia?

—El momento actual de nuestra novela lo veo vacilante e indeciso. Desde la guerra, se han sucedido una serie de corrientes muy estimulables, desde el grupo inicial que abrió marcha en el cuarenta y tantos, con una actitud un tanto anárquica frente a la forma, hasta otra corriente para mí muy importante: la de los objetivistas. Esta corriente, por unas cosas u otras ha quedado casi en silencio excepto Fernández Santos que, de año en año, nos está dando libros excelentes. El pobre Aldecoa murió, y Sánchez Ferlosio, que si quisiera podría ser el gran novelista que España necesita, no se pronuncia. Después vino el grupo social-realista, Ferrer, García Hortelano, etc., justo en el momento en que la Prensa estaba más condicionada, y cumplió una buena misión. Por último, ha irrumpido una corriente, experimentalista. Que haya una novela de vanguardia me parece bien, aunque yo, ni por mi edad ni por mi manera de ser, encaje en la novela experimental. Lo que nunca hay que olvidar es que la vanguardia deben formarla unos pocos. El gran bloque de novelistas, que da fisonomía a la novela de un país, ha de ir detrás de la vanguardia. Temo que, de pronto, todos estamos queriendo convertirnos en vanguardistas.

Mañana estará pacientemente con sus aparejos de pescar junto a la ribera prometida de un río. Mientras, los ojos se le irán inundando de ese paisaje castellano que tanto ama. De ese campo castellano históricamente condenado a la injusticia y al olvido.

Francisco GIL



parte, y hablo del novelista en la misma medida que hablo del hombre, si forma y fondo son inseparables, como él no tiene inconveniente en defender, resulta difícil imaginarle en esa línea de rompimiento frontera del orden y del conflicto. Ciertamente que tuvo un incidente que le obligó, allá por el año sesenta y seis, a abandonar la dirección del "Norte de Castilla". Pero aun así es más comprensible situarle en la estética de la honradez que en la ética de la revolución. El recuerdo de aquel suceso y sus motivaciones me ha dado pie para preguntarle por su situación actual respecto a la Administración. Miguel Delibes no elude responder ningún tema, y posiblemente pudiera escuchar las mayores acusaciones sin aparente alteración. Tiene una mirada profunda de aséptica iluminada y humanismo y me parece una perfecta síntesis de ruralismo y cultura. Encarna al castellano antañón, versado en letras y sensible. A partir de esta síntesis se puede entender su idealización del hombre rural, del que Delibes ha escrito:

"En lo que atañe a mi preferencia por las gentes pri-

ta, y hablo del novelista en la misma medida que hablo del hombre, si forma y fondo son inseparables, como él no tiene inconveniente en defender, resulta difícil imaginarle en esa línea de rompimiento frontera del orden y del conflicto. Ciertamente que tuvo un incidente que le obligó, allá por el año sesenta y seis, a abandonar la dirección del "Norte de Castilla". Pero aun así es más comprensible situarle en la estética de la honradez que en la ética de la revolución. El recuerdo de aquel suceso y sus motivaciones me ha dado pie para preguntarle por su situación actual respecto a la Administración. Miguel Delibes no elude responder ningún tema, y posiblemente pudiera escuchar las mayores acusaciones sin aparente alteración. Tiene una mirada profunda de aséptica iluminada y humanismo y me parece una perfecta síntesis de ruralismo y cultura. Encarna al castellano antañón, versado en letras y sensible. A partir de esta síntesis se puede entender su idealización del hombre rural, del que Delibes ha escrito:

—Donde la crítica encuentro que se ha dividido ha sido en mi última novela, "Parábola del naufrago". La crítica más madura, la que siempre defendió mi postura literaria, ha manifestado que este libro era una equivocación, mientras que la crítica joven ha sido la que más me ha alentado por esta vía de experimentación. Ahora bien, quiero hacerte saber que mi actitud al hacer esta novela no fue la de escribir una novela experimental. Ha sido, sencillamente, que el desarrollo del argumento me exigía unos procedimientos distintos. Es lo que siempre he sostenido, que la técnica baila un poco al son del tema que quiere desarrollar.

—García Viñó no es "la crítica madura", y en su estudio "Novela española actual" la novelística tuya no sale muy favorecida.

—Sí, pero es un caso al margen. Como representativo de una corriente adversa es un caso particular. En realidad, la actitud de Viñó nunca la he entendido bien, porque pocos días antes de publicar este libro recibía yo

podíamos llamar defecto, me lo señalaron algunos críticos con motivo de "Las ratas", que, como sabes, es una novela rural de ambiente castellano. No es que yo busque el preciosismo de la palabra, sino que el medio en que vivo lo conozco bastante bien. En vez de hablar de un pájaro hablo de una urraca o de un engañoso pastor, y en vez de hablar de un árbol hablo de un olmo o de una encina. Yo conozco un gran número de pájaros y un número no excesivo de árboles y de plantas, pero, indudablemente, superior al que tienen aquellos que no están en contacto con el campo. Es natural entonces que este lenguaje sorprenda, pero yo creo que en "Las ratas" ha habido un intento de decir con precisión lo que quería decir, sobre todo acerca del mundo animal, de la naturaleza...

—¿No hay un exceso de mitificación del ruralismo...?

—No he llegado al panteísmo en mi literatura. Pienso que lo que en 1950, al juzgarse la actitud de Daniel "El Mochuelo", pudo tomarse por reaccionarismo por negarse a marchar del pueblo para progresar, viene a

UXO

Periódico Semanal de Información

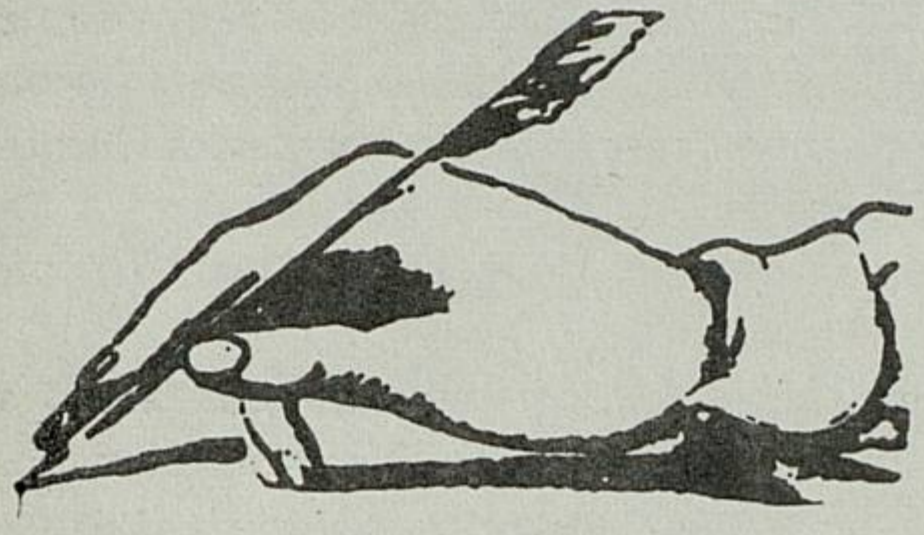
Direc. Ac: M. Ferrer - Edita Excmo. Ayuntamiento - Depósito Legal CS. n.º 182-1966
 Redac. y Adm. P. Caudillo, 1 Ejemplar: 3 pesetas.
 AÑO VI - Vall de Uxó, 29 de Mayo de 1.973 - Núm. 294

**MIGUEL
DELIBES**

EN

LA

ACADEMIA



La noticia literaria más importante de esta temporada ha sido el ingreso de MIGUEL DELIBES en la Academia Española de la Lengua.

Por catorce votos contra trece. Parece increíble que en el seno de una corporación como la Academia, dividida como tantas cosas en España, el buen sentido se haya impuesto por un solo voto. Porque Delibes debía haber ingresado hace mucho tiempo.

Max Aub, en un interesante relato publicado hace bastantes años, describía la Academia en la situación imaginaria de que no hubiera tenido lugar la guerra española; en consecuencia, entre la lista de académicos estaban los nombres de García Lorca, Miguel Hernández, etc. Y allí estaba ya el nombre de Delibes.

Nacido en Valladolid, donde reside habitualmente, ha ejercido diversas actividades intelectuales, entre ellas las de Catedrático de Derecho Mercantil, periodista y Director de "El Norte de Castilla".

La obra literaria del nuevo académico es abundante y está compuesta principalmente de novelas, relatos cortos y algunos libros de viajes, como "La primavera de Praga", o de confesiones propias, como el diario "Un año de mi vida".

A diferencia de algunos novelistas, que publicaron una primera gran novela y después han venido descendiendo en calidad, Miguel Delibes ha mantenido una altura considerable, con regularidad, a través de toda su producción. Empezando por "La sombra del ciprés es alargada", que obtuvo el Premio Nadal en 1947, las obras cumbres de su carrera literaria son, a mi juicio, "El Camino", "Mi idolatrado hijo Sisí", "Diario de un cazador", "Diario de un emigrante", "La hoja roja", "Las ratas", "Cinco horas con Mario" y "La parábola del naufrago".

Sobre su obra se han realizado numerosos estudios y tesis doctorales, tanto en España como en el Extranjero, siendo en la actualidad uno de los escritores españoles más conocidos y admirados en el mundo.

Delibes se expresa en el más puro idioma castellano, recogiendo palabras y expresiones populares, fruto de un contacto continuo con las gentes de Castilla. Su estilo es cuidado y al mismo tiempo sencillo y sobrio, en la línea de los mejores clásicos de la lengua. Y sus novelas están llenas de humorismo y de un sentido crítico que alcanza su momento culminante, para mi gusto, en sus últimas obras "Cinco horas con Mario" y "La parábola del naufrago".

De todo ello se deduce el doble aspecto de Miguel Delibes, como hombre ligado a la tierra, que recoge la manera de ser y de expresarse de sus gentes con gran realismo; y al mismo tiempo como intelectual que analiza y critica la realidad en que vive.

En "La caza de la perdiz roja", Delibes, gran aficionado a este deporte, describe su diálogo con un cazador de perdices, Juan Gualberto, mientras ambos van juntos por el campo. En algunos momentos, Delibes recuerda y cita a su compañero algunas ideas de Ortega y Gasset sobre la caza, hasta que, tras una de dichas citas, Juan Gualberto, pregunta:

- ¿Era ese señor una buena escopeta?

Y el autor contesta:

- Era una buena pluma.

Pues bien, observando los dos aspectos de nuestro autor, de hombre ligado a la tierra y de intelectual, podríamos decir que Miguel Delibes es una buena escopeta y al mismo tiempo es una buena pluma.



FRANCISCO LAPUERTA

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

*"Familia cristiana"
Junio 73*

MIGUEL DELIBES EN VALLADOLID

A lo mejor un día de éstos, cuando el aire esté más fresco y libre, Miguel Delibes va y se sienta y comienza a escribir un libro sobre periodismo, que también es lo suyo. Un libro hacia atrás, hacia los recuerdos que ni son ya frescos ni están aún dormidos. Seríamos bastantes los que le agradeceríamos esto. Y calculamos que no se trataría necesariamente de un ensayo, sino más bien de lo que a Delibes le es más propio: una novela. Donde habría personajes de bulto, con pies de plomo, atados a esta tierra y a esta circunstancia. Donde se reflejaría el buen humor del escritor. Un buen humor que estaría hecho a partes iguales de cincuenta centavos de amor y de otros cincuenta de ironía.

— Se es novelista como se es pintor o se es escultor: por vocación. Siempre he defendido que el artista es uno solo aunque sean distintas las vertientes por las que vuelque su arte. Ahí está el caso de García Lorca que completaba su mundo poético con sus dibujos. O el caso de Alberti que hace lo mismo. O, en el otro extremo, Solana: era pintor, pero para completar sus cuadros y para realizarse totalmente, echaba mano de la pluma. Yo soy novelista, pero pude haber sido pintor o dibujante o ilustrador porque para esto sentí en el arte la primera llamada.

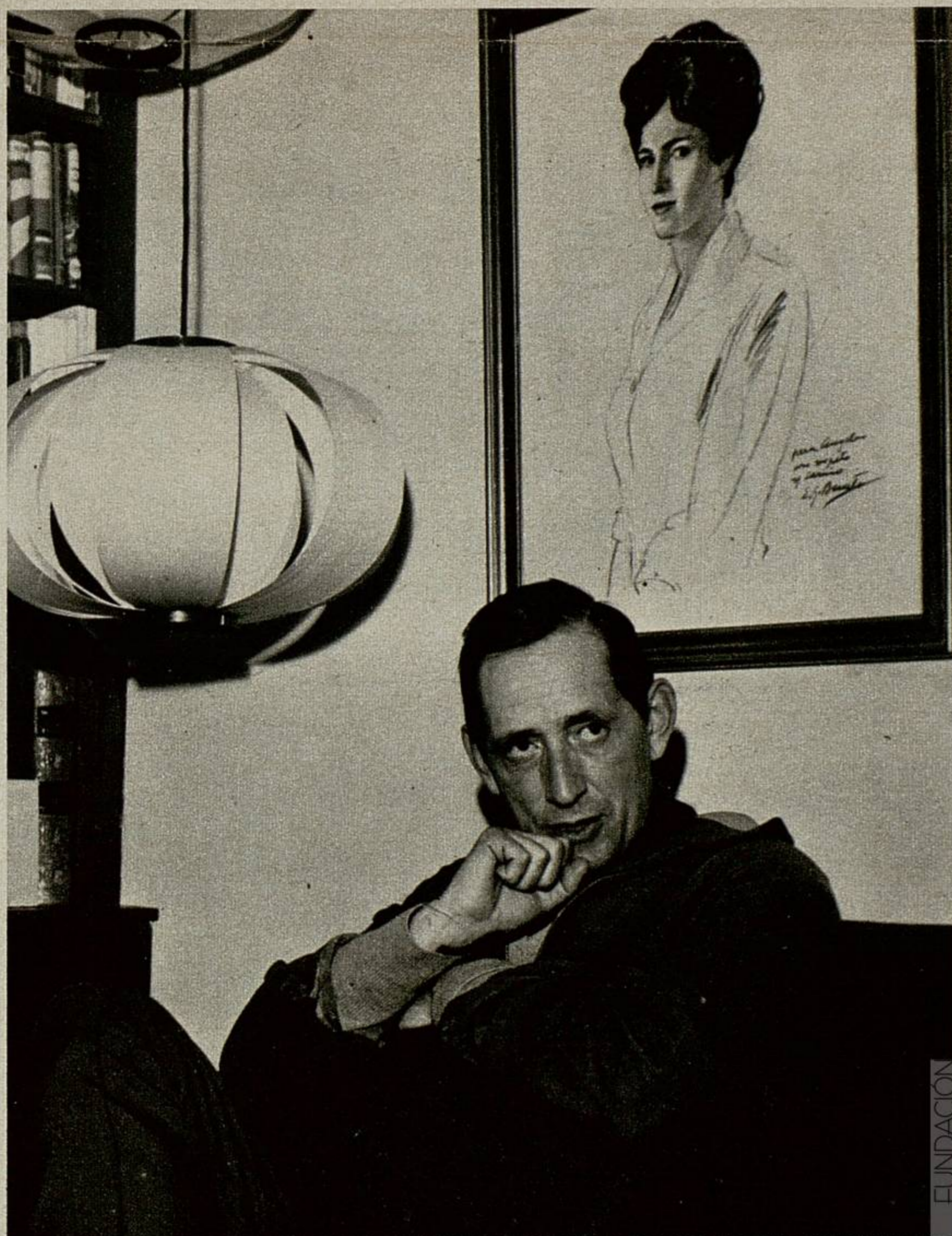
Que no prosperó. Uno no sabe si para bien o para mal, porque no se puede ser profeta cuando se tropieza con un ingenio y una libertad tan hermosos y libres como los que se dan en Delibes. Es un novelista y está bien que lo sea, porque ha creado un mundo propio, porque tiene ya una obra coherente y preocupada. A su padre no le hizo demasiada gracia que su hijo perdiera el tiempo «haciendo borratajos», pintando caricaturas de profesores «que se celebraban mucho, pero que no se podían tomar en serio por el momento».

Le digo a Delibes que, sin embargo, no es esto lo que dice la guía de teléfonos de Valladolid. Uno coge la guía y se encuentra con que a Miguel Delibes se lo empadrona como «Catedrático» que vive en el Paseo de Zorrilla número 7.

— Bueno, yo estoy orgulloso de haber logrado una cátedra de Derecho Mercantil. El tribunal en que gané la oposición estaba presidido por Don Joaquín Garrigues, que era autor de un texto que yo me sabía de memoria y al que le estoy muy agradecido porque me enseñó a escribir: era un libro que valoraba las palabras, que buscaba el sentido exacto de un adjetivo y que

usaba la metáfora con mucha medida pero con una gran dignidad y una fuerza expresiva.

Divertir es una de las palabras claves de Miguel Delibes. La usa con más frecuencia de la que acaso él mismo ha sospechado. Y a uno le encanta su modo de pronunciarla. Porque es como si la paladeara, como si llegara a una confesión personal e íntima de lo importante que es para él eso de que le diviertan las cosas: el libro que escribe, los hijos que tiene, el campo que pasea o las largas horas en que pone a prueba su paciencia de pescador a la orilla del río. Nunca se ha fijado a sí mismo meta alguna o techo que tocar. Ni cuan-





**«Soy novelista como pude haber sido pintor.
El creador nunca tiene una sola forma expresiva».
«Lo que cuenta ante los hijos no es el sermón,
sino la honestidad y el ejemplo».**

do concursó al Nadal y lo ganó ni cuando ahora aceptó que su nombre fuera propuesto a la Academia para ser también «el último de los elegidos», que ya es ironía.

— Yo concursé al Nadal porque un premio era la única forma posible de que un novelista español se diera a conocer. Eran los años en que en España sólo se editaba a Lajos Zilhaij, a las hermanas Bronte y a la autora de «Lo que el viento se llevó». Novelistas españoles, sólo tres o cuatro. El premio resultaba así una especie de oposición similar a la que ya había hecho para la cátedra. Oposité con *La sombra del ciprés es alargada*. Y ante mi sorpresa —sorpresa que no acaba de desapare-

cer año tras año—, me lo dieron.

El ciprés fue la primera chapuzada de Delibes en el mundo de la novela.

— Y como si me hubieran lanzado al agua, no me ha quedado más remedio que nadar. Hasta llegar a la Academia, cosa en la que nunca soñé. Lo que ocurre es que hace unos meses unos cuantos académicos me sugirieron la idea de presentarme. Me tomé unos días de reflexión, lo consulté con mis amigos, con mi mujer y dije que era para mí un honor. Me dieron su confianza y aquí me tienen.

— ¿Con muchas frustraciones?

— Todo novelista —todo creador— me parece a mí que vive en un estado constante de frustración.

Puedo decir que cuando me preguntan cuál es la novela mía que considero más lograda, respondo que ninguna. Porque en ninguna novela he logrado decir todo aquello que pensaba o que quería haber dicho. Hay algunas novelas que se identifican más con mi manera de ser o de pensar, pero la sensación mía es siempre la de insatisfacción radical.

— Con muchos miedos, naturalmente.

— Con muchos miedos. Son tantos, que necesité escribir un libro para decírmelos a mí mismo. En *La parábola de un naufrago* tienes la explicación de mis miedos y de las amenazas que siento moverse en torno a mí. Amenazas que crecen cada día porque veo que el progreso del hombre lleva una dirección equivocada. Nos estamos devorando vivos, nos estamos comiendo el planeta. Y además este poder de la organización me abruma. Los gobiernos autocráticos también. El miedo a la conflagración mundial, lo mismo.

Me doy cuenta de que Miguel Delibes no quiere asustarse, ni ponerse tétrico ante mí. No tendría objeto. Está hablando con el corazón en la mano. Y el cigarrillo de «ideales» que ha liado hace un momento se le ha quedado frío entre los dedos. Me digo si no se le han muerto con él las pocas esperanzas que le caben en el alma.

— No lo sé. No las veo florecer con demasiada fuerza. Confío en que llegue un día en que el hombre se convenza a sí mismo de que es un ente solidario y de que no ha nacido para aplastar a otro hombre o para decidir su destino.

— ¿Qué pasa en su vida con la alegría y con el dolor?

— Pues pasa que cada hora tiene su afán y que entonces es difícil decir cuál ha sido mi alegría más intensa o mi dolor más lacerante. Las alegrías infantiles, por ejemplo, no pueden desdeñarse. Ni los pequeños dolores. Las cosas que nos hacen sufrir de chicos tienen la misma intensidad que las cosas más graves y problemáticas que nos hacen sufrir de adultos. ¡El matrimonio fue una gran alegría! ¡Y el nacimiento de los hijos! Y el Nadal, y la cátedra... Pero luego, este sentimiento de la insolidaridad humana y esta inclinación del hombre hacia las cosas más que hacia sus semejantes, es una obsesión que me persigue desde niño, como me persigue la obsesión de la muerte. Mis dolores y mis terrores de siempre no han hecho

más que multiplicar las cabezas de esos monstruos que me cercan.

«Mis dolores y mis terrores de siempre...» Los del protagonista de *El ciprés*, los del muchachero de *El camino*, los del niño de *Las ratas*. Delibes ha llevado muchas veces a sus libros su propio corazón desnudo. Y su propia casa. Y sus propios olfateos e instintos. Todo tiene vida en él. Le pregunto por ella, por la que sigue recordando aún desde aquellos lejanos años en que era un niño:

— Me parece que la casa de un hombre de cincuenta años ha cambiado mucho. No es la misma la que vivieron de niños que la que tienen hoy como padres. Y no hablo por la mía, en la que no existen conflictos de generaciones porque mis hijos son muy inteligentes y porque nosotros hemos sabido crear un mundo de aficiones y temas comunes. Mi casa de hace muchos años la recuerdo bajo la autoridad evidente del padre y bajo la sensación de una sumisión y un trabajo excesivo de la madre. Gran armonía entre los ocho hermanos. Pero creo que esta organización patriarcal ha cambiado de signo.

Siete hijos hay —o hubo— en casa de Miguel Delibes. Algunos han salido ya a su tarea personal en la vida. La más pequeña contesta aún al teléfono con una temblorosa y dulce voz de pocos años.

— Personalmente no soy amigo del sermón o de la prédica a los chicos. Me parece un mal sistema. No lo comparto ni siquiera en lo referente a la educación sexual. La sensibilidad de los hijos no es la misma y no se les puede aplicar a todos el mismo baremo. El sermón, la regañina o la apelación a los esfuerzos que hacen el padre o la madre para sacarlos a flote, me parecen garambinas y una ilustre y contraproducente pérdida de tiempo. Lo que cuenta ante todo para los hijos es la honestidad en el trabajo y el ejemplo ante la vida. Hay que estar cerca de ellos sin que se den cuenta, pero que sepan que en los momentos difíciles pueden contar con nosotros.

Nunca ha pretendido ser «amigo» de sus hijos. Miguel Delibes lo es de verdad porque con ellos se ha preocupado de las mismas cosas, porque ha reído con ellos sobre las mismas cosas y porque también se han condolido juntos cuando ha habido que condolerse. Ha logrado —«de manera insensible y sin forzar la nota»— que los



«Espero que llegue un día en que el hombre se descubra a sí mismo como un ente solidario que no ha nacido para aplastar a los demás».

hijos se hicieran solidarios de las aficiones del padre.

— La pasión del campo, por ejemplo. Ha sido una pasión innata en mí que ha cuajado en mis hijos. Al elegir carrera han pensado en ella: los dos mayores son biólogos. El mayor está en el coto de Doñana y mi hija Angeles trabaja en el Laboratorio de la Escuela de Ingenieros Agrónomos en estudios sobre el trigo. El tercero se ha dedicado a la Arqueología y se pasa muchas horas en el campo cavando y buscando cosas. Los ocios también los consumimos juntos. Pescar truchas o cazar perdices lo hago inevitablemente con alguno de mis hijos.

Da gusto oírle hablar. Se lo nota honrado en sus palabras, verdadero en su tono, iluminado un poco por el cercano recuerdo. Pero este campo que Delibes patea o esa orilla de río en que se le duermen las horas me parecen un poco el rincón de las evasiones.

— Puede ser, sin duda. Y es que no me gusta el mundo en que vivimos. Le hemos dado al progreso un sentido erróneo y eso es grave. Ahondar la distancia entre hombre y hombre no es progreso, sino regreso. La competencia por poseer más y mejores cosas puede conducir a la destrucción del mundo.

— ¿Y qué puede hacerse entonces?

— Pues volver los ojos a lo estable, a lo permanente. Despertar el amor a la naturaleza, sin prescindir de la técnica, pero sí reduciéndola a sus justos límites y reemprendiendo tareas —concinar, caminar con nuestros pies— que hoy están poco menos que anticuadas.

Delibes es un gran creyente, un hombre preocupado por el tema de su fe, de sus responsabilidades espiritualistas. «Dios es para mí una necesidad», me dice.

— Admito mi fe, siento que es buena, que me sirve para vivir y convivir. La máxima de Cristo «amaos los unos a los otros» y el sentido profundamente humano del Evangelio me valdrían siempre, aunque Cristo no fuera Dios. No creo que se haya logrado una constitución de paz más armoniosa que la propuesta por el Evangelio. Y por otro lado me resisto a creer que un ser inteligente como es el hombre, con su ansia de inmortalidad, se reduzca a un puro fenómeno físico dentro de un tubo de carne.

Angeles, su mujer, no estaba hoy cuando hablamos con Delibes. Pero le he recordado a Miguel una dedicatoria: «A Angeles, mi equilibrio». La escribió Delibes en tiempo de desconcierto. «Un tiempo que soporté gracias a ella: a su ayuda, a sus atenciones, a su energía y a su callada eficacia. Critica mis libros, me acompaña en mis viajes, me resuelve los problemas del idioma en el extranjero y me ha dado siete hijos sanos por dentro y por fuera. Sería injusto si un día le reprochara algo a la que ha sido y es mi compañera».

— ¿Eso es el amor?

— Es eso.

— ¿Y la convivencia?

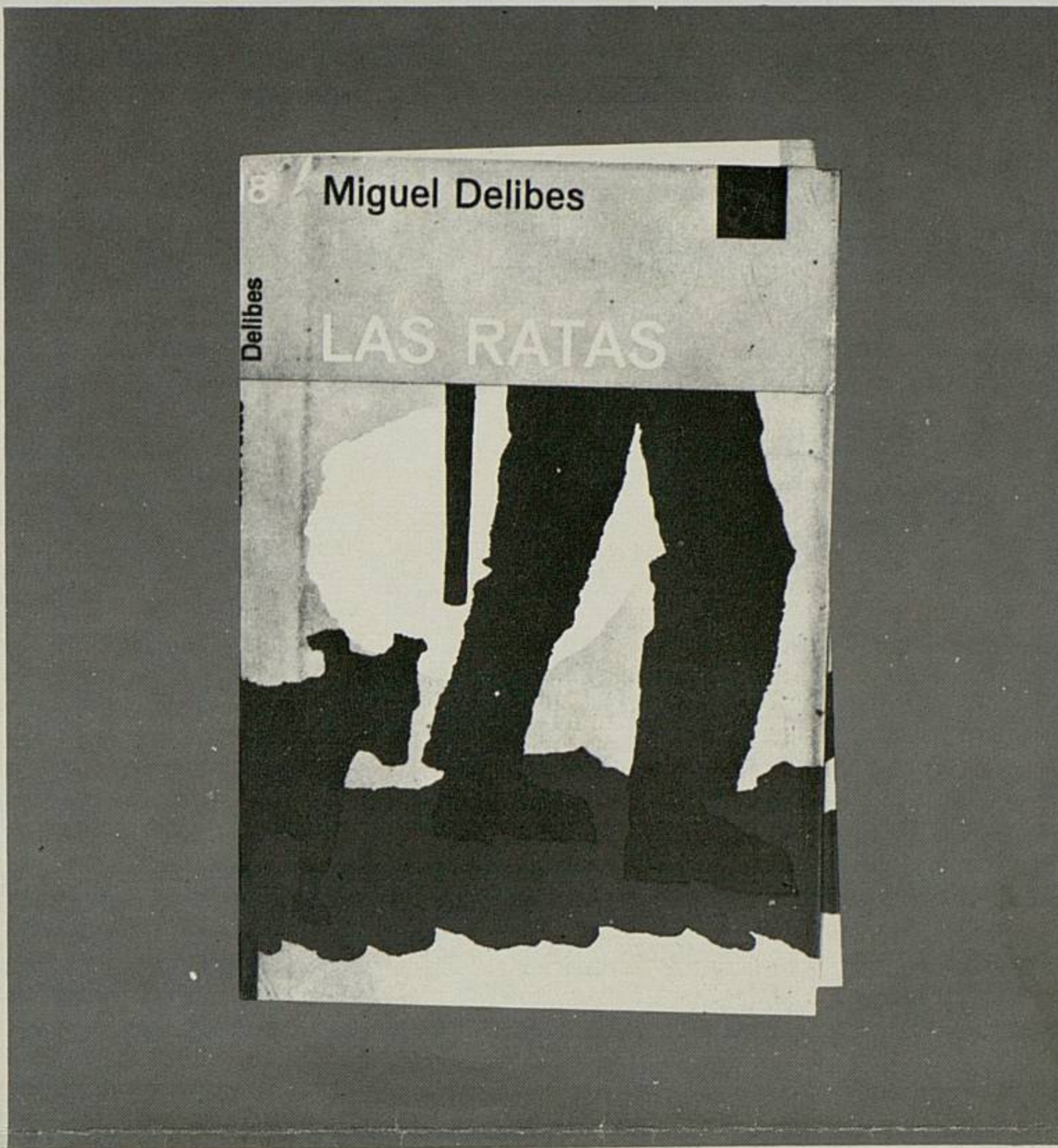
— Esa cosa que sabemos utilizar tan poco los españoles. El mal de nuestro país proviene de nuestra absoluta falta de sentido cívico. Hay que aprender a convivir, aprender a perder tanto en el juego como en la política, aprender a estar al lado de otros.

Delibes cree que el día que esto sea un hecho, habremos mejorado mucho el aire que nos rodea. Que será ese aire más fresco y más libre en el que a lo mejor, una tarde, a la vuelta de la caza o de la pesca, él va y se sienta a escribir una novela, otra novela, que sería como todas las suyas: un trozo de verdad y de vida.

E. Teófilo GIL DE MURO

Biblioteca Básica

**Miguel Delibes,
profundo conocedor del hombre**



Se ha escrito ya mucho sobre Miguel Delibes, y no siempre con la perspectiva suficiente: aún tiene mucho que aportar a la narrativa española para poder juzgarle. Ocurre, sin embargo, que ocupa ya un puesto destacado en la historia de la literatura española contemporánea —cualquier manual le dedica un espacio preferente—, por lo que resulta inevitable que sea blanco de contradicciones. Estimamos que a Delibes no se le puede juzgar todavía, a diferencia de lo que ocurre con la mayoría de autores de su generación, porque su estilo es más que literatura: es todo un mundo de creación humana.

Decimos esto porque algunos críticos han situado a Delibes como novelista en el grupo generacional de la posguerra, en el grupo afectado por la guerra española, entre Cela, Agustí y Carmen Laforet. Más acertado nos parece el comentario de Buckley, para quien Delibes figura entre los autores que oscilan entre el subjetivismo y el objetivismo, ocupándose del hombre como individuo más que del hombre en la sociedad. Delibes, en esta opinión, busca aquellos rasgos que hacen de cada persona un ser único, irrepetible; expresa la singularidad de cada uno de sus personajes al dotarles de

tres cualidades esenciales: un nombre, una manía y un camino.

«La precisión, riqueza y naturalidad de la prosa, un profundo conocimiento del medio humano y del entorno geográfico de los pueblos de la Meseta, la capacidad inventiva o de registro de anécdotas que resumen la cotidianidad reiterativa e intemporal, la combinación de distanciamiento irónico y simpatía profunda hacia el mundo campesino se funden en las prodigiosas estampas contenidas en **Viejas historias de Castilla la Vieja**».

Nació en Valladolid el 17 de octubre de 1920. Tras realizar los primeros estudios en su ciudad natal, obtiene luego los títulos de intendente mercantil y doctor en Derecho. Desde 1944 es catedrático de Derecho Mercantil y luego de Historia de la Cultura en la Escuela de Comercio de Valladolid, cátedra que desempeña actualmente y a la que asisten numerosos oyentes. Periodista, entra en la redacción de «El Norte de Castilla», de Valladolid, diario del que ha sido director. Como novelista se dio a conocer en 1948 con la publicación de **La sombra del ciprés es alargada**, que ganó el premio Eugenio Nadal de 1947. En 1955 obtuvo el premio Nacional de Literatura por su **Diario de un cazador**.

Ha obtenido otros numerosos premios, entre los que podemos citar:

El «Fastenrath», con **Siestas con viento Sur** (1957); el «Juan March», con **La hoja rota** (1959), y el de la crítica, con **Las ratas** (1963).

A fin de promocionar la lectura de dos de las más importantes obras de Miguel Delibes, ROMBO sorteará entre todos aquellos lectores que remitan este cupón, 100 ejemplares de cada uno de los siguientes títulos.

- Las ratas
- Viejas historias de Castilla la Vieja

(Rogamos señale con una X el libro elegido)

D. _____

Domicilio _____

Ciudad _____ Distrito _____

Revista ROMBO - Apartado 262 - MADRID



"Vinculo"
Patricia Mallorca

MIGUEL DELIBES

NUEVO ACADEMICO



En agosto de 1966 escribíamos en «VINCULO»:

«Delibes», consagrado ya, es hoy uno de los valores más firmes de nuestras Letras. De su juventud cabe esperar todavía mucho más. Para nosotros, Miguel Delibes, el famoso escritor, seguirá siendo un Antiguo Alumno Lasaliano. Eso nos anima y nos enorgullece».

Los vaticinios se han cumplido.

Cuando el presentador de TVE, Federico Gallo, dijo al Señor Delibes: «Esta es su vida», estaba presente el Hermano José María F. Yáñez. Había sido su profesor de literatura, en el Colegio La Salle de Valladolid, su ciudad natal. Y fue precisamente allí, en aquellos modestos Concursos colegiales, donde se manifestó su vocación de escritor. Luego vinieron otros certámenes de mayor envergadura. Y por fin, la fama: Premios Nadal (1947), Nacional de Literatura (1955), Fastenhrat, etc.

Es decir, los premios más importantes que se puedan conceder a un escritor español. Tiene más de veinte libros en su haber: «La sombra del ciprés es alargada», «El camino», «La Hoja Roja», «Diario de un cazador», ...

Y ahora el novelista vallisoletano, a sus 52 años, el 1.º de febrero fue elegido académico de número de la Real Academia de la Lengua. El otro candidato, José García Nieto estaba, sin embargo, patrocinado por los académicos: Guillermo Díaz-Plaja, Camilo José Cela y José M.ª Pemán. ¡Casi nada!

Don Gaspar Sabater Serra, Educador y conocido publicista, ha sido nombrado

Delegado Provincial de la Familia, cargo que ocupó D. Gabriel Tous Amorós hasta su elección como Procurador en Cortes por representación familiar. Al reiterarle nuestra felicitación, gustosos subrayamos las palabras que en el acto de toma de posesión pronunció: «Estaré siempre al servicio de la comunidad, dijo, con ilusión, entrega y esperanza». Bonito programa para conseguir «que se potencialicen las Asociaciones familiares, a fin de que hagan sentir, con su presencia, las justas pretensiones de la entrañable familia balear», como dijo el Sr. Gobernador Civil, D. Enrique Ramos Fernández.

Don José Mascaró Pasarius, académico correspondiente de la Real Academia Española de la Historia, ha sido nombrado por el Ministro de Educación y Ciencia, Consejero Insular de Bellas Artes, en Menorca. Nombramiento muy acertado, por numerosos motivos que no es del caso recordar a nuestros lectores.

Don Antonio Pizá, Redactor Jefe de «Baleares», ha conseguido el Premio «Pastoret de Plata 1972», instituido por «Hoja del Lunes» y patrocinado por la



FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES
Miguel Delibes

PORTICO



Miguel Delibes en la Academia

Hace unos meses y desde hace unos cuantos años éramos muchos los que nos preguntábamos que por qué no y que cuándo iba a ser posible. Miguel Delibes, novelista español en Valladolid, francotirador literario en la remota provincia, hombre de probada independencia, reeditor de muchas obras espléndidas que pasaron desapercibidas en un primer momento, fabulador de excepcional categoría, mundo propio y mundo aparte, viajero sin cansancio, cazador de toda pieza... Nos daba coraje pensar que se olvidaran de él y que los corrillos de la Corte no lo tuvieran en cuenta porque, en definitiva, desde lejos apenas si pueden crearse y mantenerse los inevitables compromisos. La Academia lo necesitaba como se puede necesitar de vez en cuando una joven madurez, una audacia con sentido y una loable capacidad creadora. No parece que por el momento haya que lamentar demasiado —como lo han hecho con intención aquellos a quienes Delibes les resulta poco grato por extrañas razones políticas— el hecho de que "Garcilaso" se haya quedado a las puertas. Palabra por palabra, la poesía de otros tiempos tiene en la docta corporación representantes auténticos. La novela de hoy y el periodismo de siempre no estaban tan abundados de genuinos intérpretes.

¿Qué puede llevar al caserón de la Academia este hombre admirable de Valladolid? Uno cree pronto y bien que lo que Delibes va a llevar a la Academia va a ser su propio talante creador. Es hombre incontaminado, que no es poco. Su pureza de idioma y su ausencia de viejas influencias, su cotidiano vivir al aire y presión de las cosas más vivas, su manera peculiar de situarlas en el marco temporal en que se convierten en cosas y angustias de unas gentes para las que el sol sale cada día con temblorosa incertidumbre. No es fácil

PORTICO

decir siempre la verdad, y Delibes lo ha hecho. No es fácil levantar cada mañana la parábola de los naufragos en nuestro mundo. Ni abrir caminos en los que, a lo mejor, lo que importa es no avanzar, sino quedarse. Se necesita ser humilde, no saber demasiadas cosas, estar siempre dispuesto a aprender —también en el idioma— las cuatro o cinco verdades que se ignoran siempre. *“El mundo necesita voces que llamen al pan, pan, y al vino, vino”*, dijo Delibes hace rato. Y con este vino y este pan bajo el brazo se vendrá ahora desde la paramera de Valladolid para ponerlos sobre la mesa —tantas veces escuálida— de los eufemismos de la Academia.

Las hojas en que él ha escrito han sido siempre hojas rojas, perdices libres, campos y cipreses de sombras alargadas y fantasmales, horas de coloquio personal, diarios de cazadores con perrita y bicicleta, trémulas amanecidas de ciudad estrecha y maloliente, ratas de civilización, *“islas de experiencias y conocimientos que van reduciéndose en tanto aumenta el océano de nebulosidades que las envuelven”*. Con ellas llegará humildemente hasta el laboratorio en que la lengua se limpia y se hace sangre menos impura. El pecado de soberbia —también al escribir— es el menos explicable de todos los pecados. Y sólo la gente de los pueblos es capaz de enseñar esto a los que se atrofian con peligro en la vanidad de las grandes y oficiales concentraciones de la cultura.

Hizo de todo: un periodismo a sueldo, unas cátedras de derecho mercantil, unas caricaturas intencionadas, unos milagrillos de Navidad, la primera novela sobre la muerte-herencia-de-postguerra, la novela ciudadana del pequeño egoísmo, el relato del campo que se hundía, el de las ambiciones y logros que no prosperaban. Lo hizo, además, con el mejor castellano que se ha manejado en nuestro tiempo: un castellano de tierra adentro, un castellano sin tiznes anglosajones, un castellano novísimo de puro viejo. Y lo hizo con candor y con ingenuidad: *“un candor y una buena voluntad que son cualidades en acelerada decadencia en el mundo de nuestros días”*. Nunca ha ido en búsqueda del tiempo, como con prisas de que no llegara. Delibes es de esa rara casta de filósofos que cree que *“el verdadero descanso consiste en permitir que el tiempo venga a buscarnos en lugar de luchar contra él”*.

Nunca ha sido hombre precipitado. Tampoco ahora, cuando la Academia podía estar esperándolo. Lo que le ha preocupado más, lo que le ha preocupado siempre es la aventura de recuperar cada mañana su propio albedrío, su facultad de decisión: *“volver a tostar el pan con nuestras propias manos y volver a descender las escaleras con nuestros propios pies”*. Porque el único camino libre es el de saber marcharse a casa sin ira ni frustraciones cuando a alguien no se le deja seguir el camino que previamente se había trazado.

Claro que para eso se necesita poseer de antemano un mundo interior lo suficientemente rico como para que nos baste y nos sobre en esas largas horas de la soledad y de la espera. Un mundo que, como en Delibes, escritor de raza, esté siempre a punto para convertirse en fábula infinita, en moral sin sermón, en personajes sin mensaje, en hombres que viven, sueñan, sufren, aman y se ríen, porque para eso son también individuos con una sabia dosis de humorismo.

EDUARDO T. GIL DE MURO



Entrevista:
Manuel GOMEZ ORTIZ

MIGUEL DELIBES, UN CAZADOR EN LA ACADEMIA

- «La lectura de Zane Grey me inclinó a novelar la naturaleza» • «El despertar a la literatura se lo debo al Derecho Mercantil» • «La muerte sigue siendo mi gran preocupación»
- «Los premios que fueron la cuna de la novela de posguerra pueden convertirse en su sepultura» • «La Academia creo que no tiene buena Prensa por desconocimiento».

Lo que más me ha sorprendido de Miguel Delibes es su sonrisa. No me la esperaba —quizá sin ningún fundamento— de este adusto castellano amante de la naturaleza. Descubre sus dientes y templea su mirada con inteligente hombría, sin remilgos —que le son ajenos— ni durezas.

Aunque es lunes y viene del periódico —«El Norte de Castilla»— y va a la cátedra —“Historia de la Cultura” de la “Escuela de Comercio”—, lleva cazadora. Me recibe, con sosiego, en la sencilla sala de estar de su casa vallisoletana —Paseo de Zorrilla, 5, 3.º derecha—, liando un cigarrillo, ese mester casi en deduso. En la calle, febrerillo sopla un frío que corta entusiasmos.

—Uno de tus presentadores para el sillón de la Academia de la Lengua, que has conseguido, ha sido el poeta Vicente Aleixandre. Poesía no has escrito nunca, que yo recuerde, ¿no?

—No, nunca. Yo pienso que debió haber un grupo que decidió mi candidatura y, luego, tres me presentaron, que, como sabes, fueron: junto a Aleixandre, Julián Marías y Zunzunegui.

—Sí, y, concretamente, Zunzunegui, apoyándote, ha extrañado, porque vuestras narrativas van por caminos muy distintos.

—Entre Zunzunegui y yo existe una distancia de años, que ha de traducirse en unos diferentes conceptos de la novela, en la técnica, no en la temática. Su obra la encuentro muy galdosiana.

—¿La conoces?

—Sí, y no me parece que haya elegido mal maestro. Pero los que hemos venido a la novela después de la guerra nos sentimos muy desligados de la tradición del XIX.

—¿Cuáles fueron, entonces, tus lecturas de joven, adolescente, niño?

—Del 1936 —ese año tenía yo quince— al 1950, padecí una laguna de lecturas de contemporáneos, por razones obvias y que no es preciso explicar. Me volqué, por ejemplo, como sustitutivo en Zane Grey, con su Oeste dignificado, su aire abierto, de campo, y estos libros me inclinaron a novelar la naturaleza, que no a vivir la naturaleza, que es una tendencia innata en mí.

—¿Y Verne?

—Algo leí, pero sus relatos en los que hay cálculos y cosas así no me interesaban, me echaban para atrás. De niño, me alimentaba de los tebeos de la época.

—¿Tú ibas, desde siempre, para escritor?

—No, en absoluto. Fíjate que, si mi novia me pedía como regalo un

libro, yo no me consideraba cumplido.

—La primera forma de expresión en ti fue, pues, el dibujo, ¿no?

—Exactamente, ya en el colegio, hacía las caricaturas de profesores y compañeros. No era bueno, pero sí mejor que el resto de la clase. Pero soñar que mi padre me pusiera un profesor de dibujo era una utopía, aunque en la guerra sí recibí unas clases de escultura y modelado. Había en mí una tendencia a expresarme de alguna manera. Y como dibujante empecé en el periódico. En cambio, el despertar a la literatura se lo debo —ya lo he dicho otras veces— al curso de Derecho Mercantil que daba el profesor Joaquín Garrigues, aunque parezca raro, por la materia, pero es que Garrigues utilizaba un magnífico lenguaje, que me atrajo.

—En definitiva, tenías cosas que decir y, al fin, elegiste la literatura para expresarte.

—Parece que sí tenía cosas que decir, aunque algunos críticos, cuando se publicó «La sombra del ciprés es alargada», estimaron, creo que equivocadamente, que un niño —el protagonista— no podía pensar esas cosas, y lo cierto es que esas cosas las pensaba yo de niño. Lo que pasaba es que, en

esta mi primera novela, no sabía expresarme bien.

—**¿Y qué hay de esa insistencia en la infancia en tus libros?**

—El hombre que se es, ha estado en el niño que fue. Desde mi infancia han destacado en mí dos vertientes: pesimista —ligada al presentimiento de la muerte— y optimista.

Este alto y flaco hidalgo guarda un horno de ternura, que no enmascara en su narrativa, ni en su charla.

—**El alejamiento de la capital de España —meta perseguida por todos los que buscan el triunfo—, ¿te ha perjudicado o favorecido?**

—En un terreno práctico, me ha perjudicado, porque no he estado cerca de los grandes centros culturales, las grandes emisoras de radio y televisión, etc. Desde el punto de vista de la creación, me ha favorecido, porque he gozado de soledad y calma. Con todo, el aislamiento, digamos que hasta el 60, se podía mantener; luego, con la facilidad de comunicaciones, se ha ido abajo, en buena parte, porque vienen aquí, a Valladolid, a buscarme.

—**¿Y qué vas a hacer; retirarte más lejos?**

—Mi ilusión sería vivir en Sedano, pero no puedo olvidarme de mi mujer y de mis siete hijos, especialmente, que podrían resultar perjudicados. Ya veremos cuándo puede ser.

—**¿Esta actitud tuya encierra algo de soberbia? Vamos a ver, algo así: "Yo no busco a nadie; que vengan aquí, al provinciano."**

—Soberbia, no. Es una predisposición a la hurañía, desde chico. Tengo muchos amigos; íntimos, muy pocos. La vida ajetreada no me divierte. Hablar por hablar, me fatiga.

Se sienta en el sillón, como un hombre de pueblo, sin repantingarse.

—**¿Y ese presentimiento de la muerte de que me hablabas se convierte en obsesión?**

—Fue obsesión en mi infancia y creo que en buena parte me liberé de ella con «El ciprés». Esto no quita que la muerte siga siendo mi gran preocupación.

—**¿No eres tú un hombre de fe?**

—Sí, pero presumo que haré un mal moribundo. He visto morir a muchas personas de mi familia y esos días me aterran. Creo que es una cuestión de imaginación.

Los muebles de esta estancia no son de sociedad de superlujo.

—Si no llego a ganar el Nadal o a quedar en un puesto destacado, no habría escrito más, seguramente.

—**Aquellos eran otros tiempos y la función de los premios —entonces, el Nadal en solitario— era otra, ¿no te parece?**

—Claro que eran otros tiempos; se publicaban dos o tres novelas al año. Presentarse al concurso era la única posibilidad para conseguir ver impresa tu novela. Hoy las dificultades son muchas menos.

—**¿Y los premios, entonces, ya...?**

—Pues, los premios, que fueron la cuna de la novela de postguerra, pueden convertirse en su sepultura.

—**¿Y la "nueva novela" que se ha lanzado?**

—Me parece —he leído alguna— que sus autores poseen unas cualidades excelentes como escritores, pero más de uno se va de lo que entiendo por novela —un hombre, un paisaje, una pasión, que engranados en un tema dan una historia— y derivan hacia el ensayo y la poesía. Las hay —como en el "nouveau roman"— muy bien escritas, pero que no son novelas, no cuentan una historia. Ahora, es posible que en el futuro la gente exija este género y rechace la novela, que cumplió una misión en el siglo XIX. Puede suceder, pero no ha llegado el momento.

—**Por otra parte, hoy los jóvenes leen más que nunca, ¿no te parece?**

—A los jóvenes de antes no le interesaban más que las chicas. Hoy leen mucho y de todo: novela, biología, psicología, economía. A los jóvenes inquietos de hoy los encuentro con una cultura, a los veinte y pocos años, cien codos superior a la que tuvimos nosotros. Se puede sostener con ellos una conversación sobre los más diversos temas y se expresan como especialistas en las distintas materias.

—**Tu generación —y la nuestra a quince años de distancia— ¿ha leído con desorden?**

—Totalmente. No había guías ni editoriales con un fondo y unos precios adecuados a los más diversos gustos y parcelas y a los bolsillos modestos.

En unos anaqueles hay, entre otros libros, gruesas tesis sobre la obra de Delibes.

—**¿Tienes receptor de televisión?**

—No. Lo tuve un año que me partí una pierna, pero vi que mis hijos chicos se interesaban demasiado y perdían tiempo. Decidí que la volvería a traer cuando sepan seleccionar y dosificar los espacios; cuando tengan algunos años más, los menores.

—**¿Qué es lo que más te duele de la sociedad de consumo?**

—Que el hombre no está preparado para afrontarla; por regla general el intelectual vive dignamente, por el simple hecho de saber seleccionar.

—**Y para acabar, volvamos al principio, señor académico flamante. ¿La Academia es quizá hoy un viejo invento momificado?**

—La Academia creo que no tiene buena Prensa por desconocimiento. Todavía no he ido, pero he hablado con algunos académicos y trabajan mucho. En todo caso, pienso que hay dos tipos de académicos: el filólogo y el creador. El primero cumple una tarea más concreta, más técnica, y el segundo se ha de conformar con acarrear lenguaje.

—**Y eso harás, ¿no?**

—Creo, claro, que soy de los segundos.

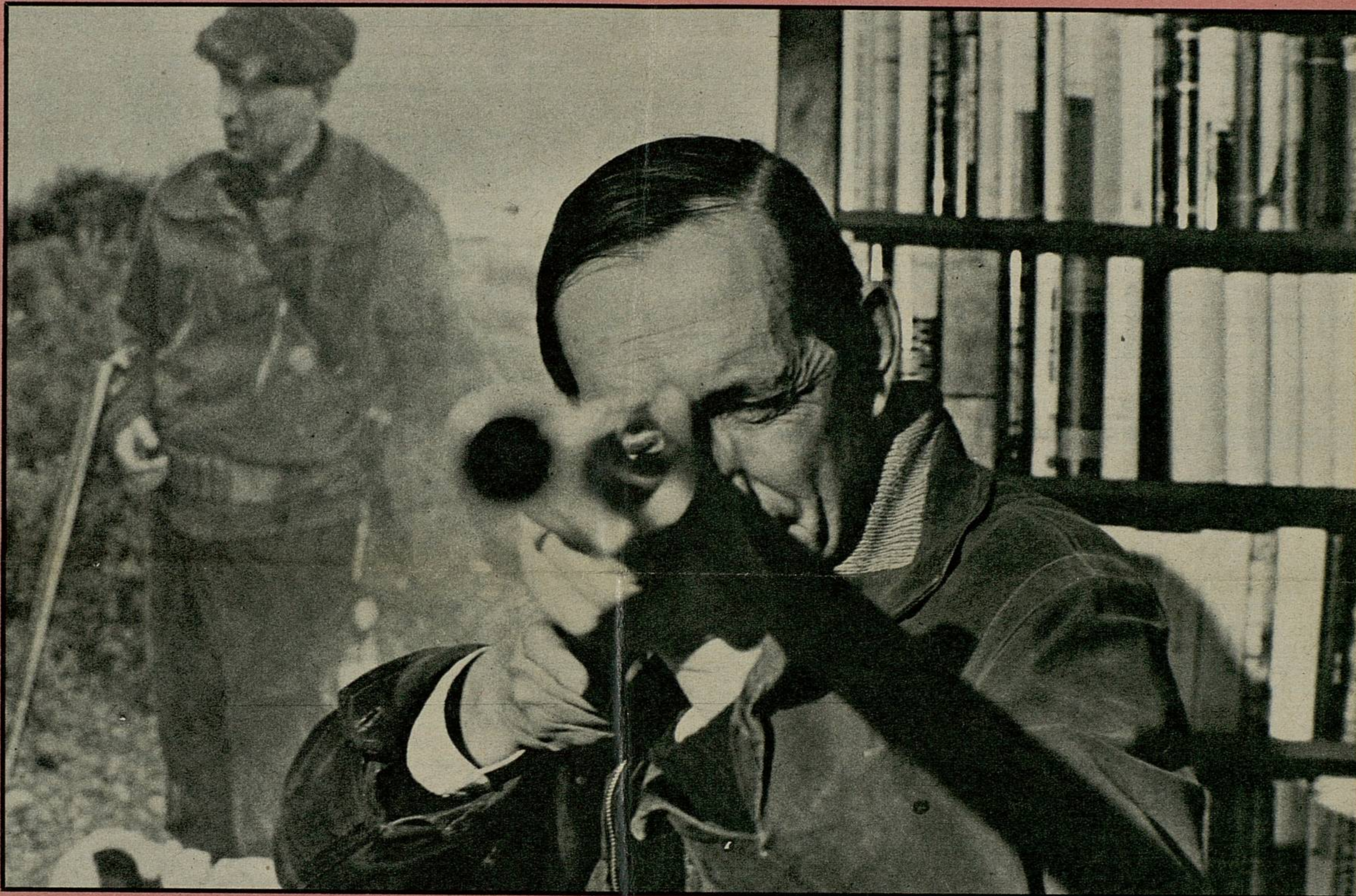
En la calle ya —Delibes para la Escuela de Comercio, yo para la estación— caminamos unos minutos juntos. Salvamos semáforos, pasos de cebra...

—Nos están invadiendo los coches.

Hombre de campo, del campo; consejero-delegado —anteriormente director— de «El Norte de Castilla»; profesor, académico, escritor-cazador o cazador-escritor. Un hombre de Castilla que sonrío masculinamente.

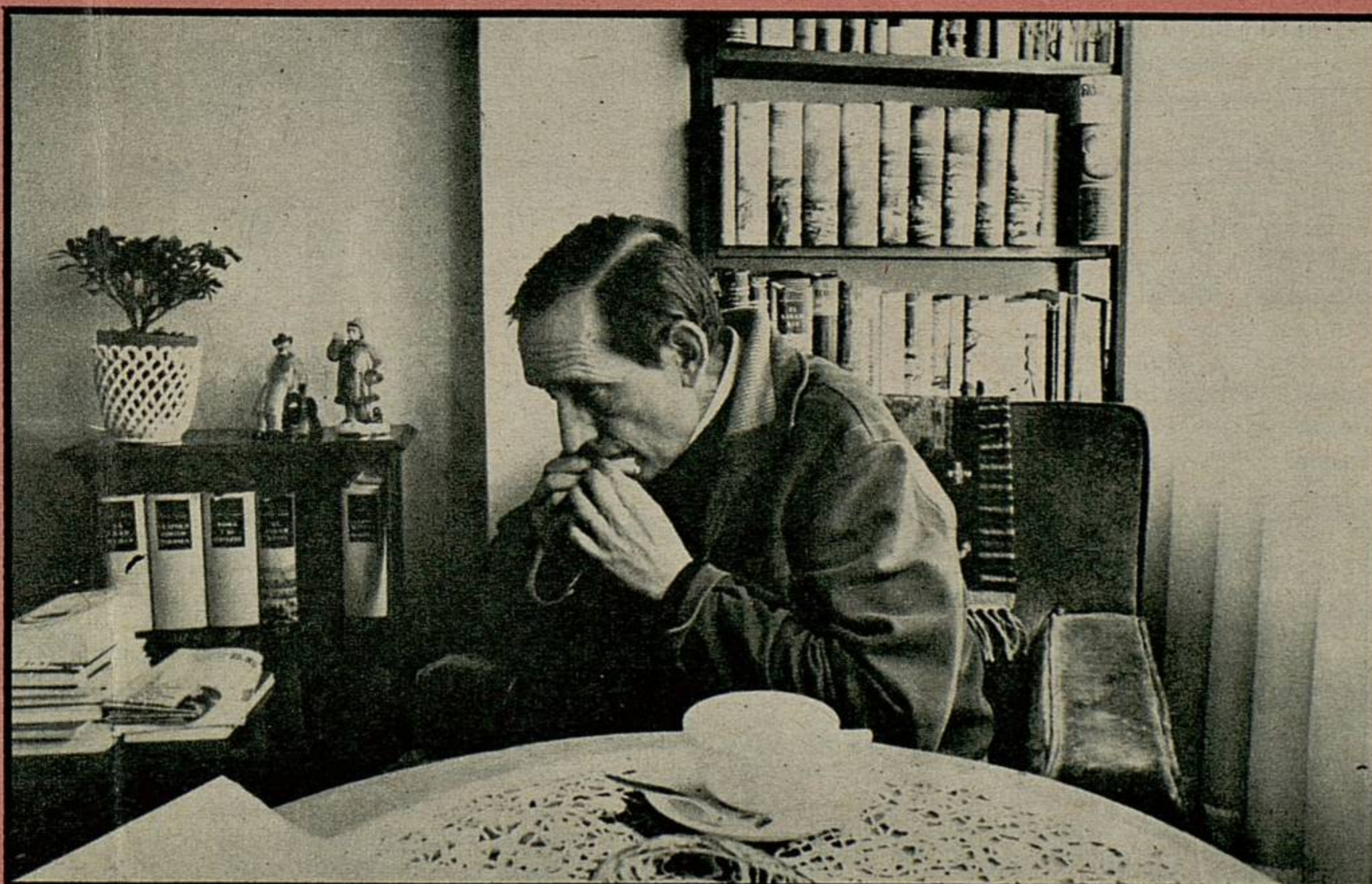
UN CAZADOR QUE HA ESCRITO 23 LIBROS
TIENE YA UN SILLON EN LA REAL ACADEMIA

MIGUEL DELIBES



Veinticuatro horas después de haber sido elegido miembro de la Real Academia de la Lengua, hemos ido a verle a su casa de Valladolid, donde se amontonan las escopetas y los libros. Tiene un paso silencioso y así ha entrado en el recinto de los inmortales. Sólo tiene cincuenta y dos años y vive en la duda permanente de si lo que hace es bueno o es malo; pero su objetivo es ser fiel a su propio compromiso. Quisiera acabar con la insolidaridad de los hombres y encontrar la humanidad que el mundo ha perdido.

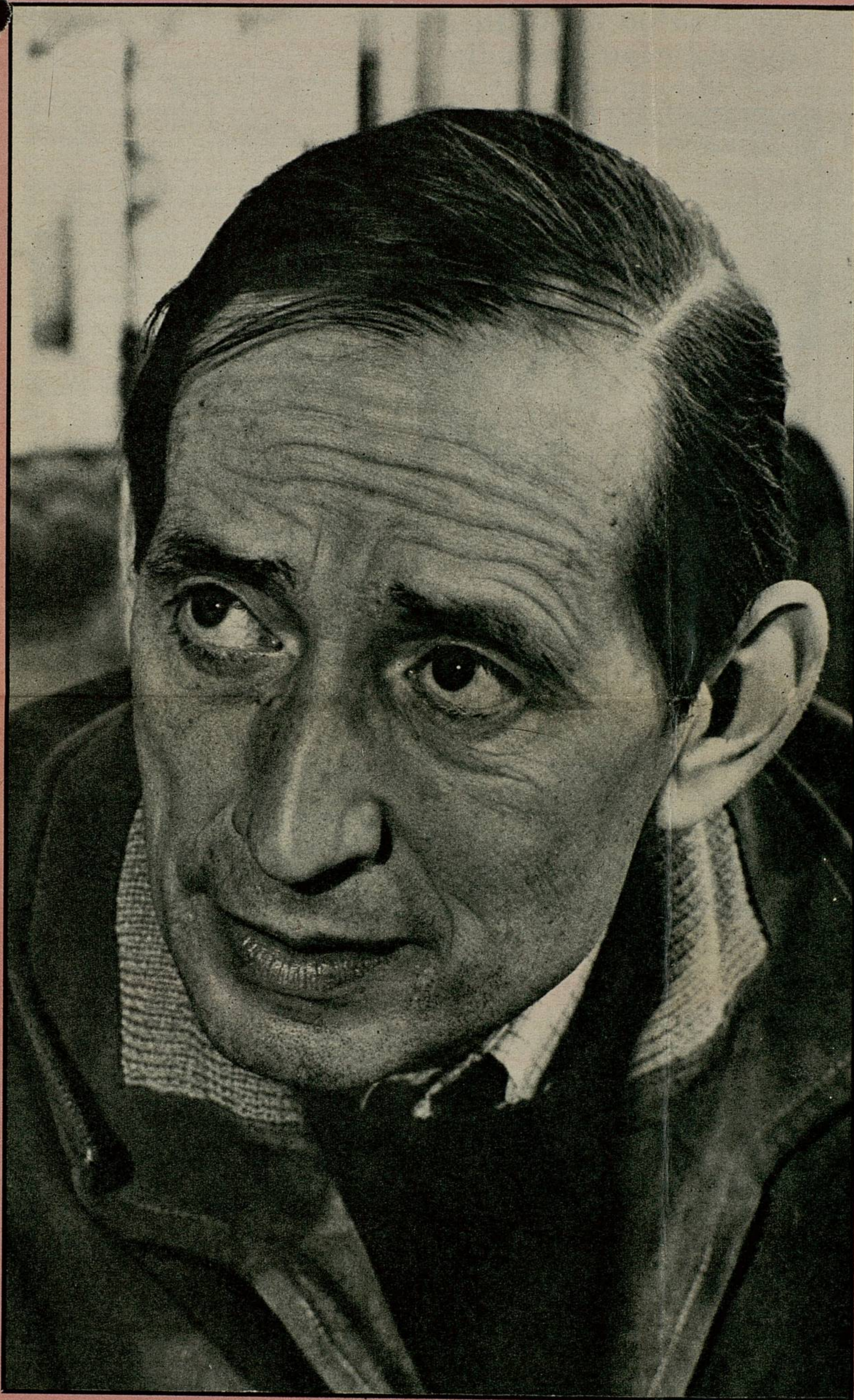
**Fue caricaturista,
es catedrático y periodista,
padre de familia numerosa y...
un fumador que sigue
liando sus cigarrillos.**



"Actualidad la pañola"

EQUIPO VOLANTE

Texto: JOSE ANTONIO VALVERDE
Fotos: ROGELIO LEAL



Tres gestos que reflejan la personalidad de Miguel Delibes, cazador y escritor de la tierra y el paisaje de Castilla. No ha renunciado a la costumbre de liar sus cigarrillos.

HUBIERA preferido salir al campo y pisar sobre los abrojos y pedregales. Y allí, en un descampado de Castilla, encontrar la calma. Y agotarse de caminar y de hablar. Y pararse cada poco en un camino. Y sentir frío... Y luego trasponer la puerta del hogar y buscar el rincón de la mesa camilla. Y palpar el paño del tapete... Y hablar por hablar, viendo cómo se empañaban los cristales de la ventana.

Pero había agitación festiva, un acontecimiento que celebrar. Y amables visitas... Como la de Vela Zanetti, el pintor de Milagros, que decía cosas así: «En mi pueblo, los pétalos de las flores se mueren ya por su peso». Y él, el hombre, el escritor, el nuevo académico, venía de dar clase en la Escuela de Comercio. Como todos los días... Sin corbata. Con la cazadora que sale en todas las fotos. Le gustan las cazadoras y las zamarras de cuero, las botas de media caña y los calcetines de lana.

Uno ha llegado hasta él íntimamente convencido de que se trata de un personaje puro. Un personaje tan puro o tan auténtico, que pertenece a otra época. Esa época en la que él dice, sin deseo, que se reverenciaba al escritor.

Nada es ficticio. Aquí, a su espalda, a su derecha, enfrente, está su mundo: los libros y los artefactos de caza. Y se oyen también los ruidos de la cocina. Luego avanza la conversación. Y habla con pureza de su miedo, porque es un hombre que siente miedo. Habla de su soledad, porque siente la soledad. Y de su nostalgia, porque tiene también nostalgias. Y habla de sus personajes, porque los lleva dentro, como enanitos microscópicos que habitan su alma.

LA INSATISFACCION

Nos pusimos en un rincón. Creo que es el mismo rincón de siempre. Ama sus pequeñas cosas. Es un ser rutinario, y por eso, fiel. Debió de hacer los mismos gestos que hizo ayer, los mismos de anteaer y de hace un año. Yo lamentó haberme ocupado de anotar sus respuestas y no atender sus movimientos, sus ideas incluso.

Primero dijo que era un cazador que escribe y no un escritor que caza. Y luego, ya no sé en qué momento...

—Vivo en una perpetua zozobra. Nunca estoy seguro de que valga la pena lo que hago.

La inseguridad, la insatisfacción. Y una absoluta modestia.

—Pero en el fondo, señor Delibes, cuando uno escribe, piensa que es mejor, y si no, no se escribe.

—Si tuviera que escribir todo lo que ya tengo escrito, lo haría de distinta manera. Y eso quiere decir que no me gusta.

Yo no sé si romperá muchas cuartillas cuando se pone a escribir. Lo que sí se plantea en una novela, cuando lleva ya escritos más de cien folios, es si merece o no la pena seguirla, si habrá acertado en el tema, si habrá sabido elegir el mejor planteamiento, si habrá dejado salir ese duende que luego toma cuerpo de personaje, que camina, que habla y que piensa. Le persigue la incertidumbre. Otra vez «si merece la pena...».

—Hay períodos de seca, no por no tener nada que decir, sino porque piensas que no merece la pena.

—Y ese mal, ¿cómo se combate?

—Se combate con asiduidad. Trabajar sin entusiasmo es sinónimo de fracaso.

Y él no es precisamente un fracasado. Pero uno quisiera saber qué siente este escritor, que huye de la gran ciudad, de la multitud, de la vida social, de las rígidas estructuras, de todo cuanto constriñe su íntima libertad y su deseo de creación; qué siente tras ese nombramiento para ocupar el sillón vacante de un académico, Julio Guillén, para entrar en «la nómina de los inmortales», como el lo dice:

—Es un alto honor lo que representa, como es natural. Pero, sinceramente, nunca me había planteado esto como aspiración. Es decir, yo pensaba que si algún día estaba maduro para ello, la oportunidad llegaría...

—Y esto, ¿a qué obliga?

—Yo no sé todavía; aún no soy académico ni he llegado a aquella honorable oficina. Yo soy un escritor intuitivo, con una muy frágil base gramatical. A mí eso de los prefijos y los sufi-

(Sigue en la página 76)



MIGUEL DELIBES
LUNA

(Viene de la página 75)

jos me desconcierta. Pero yo pienso que hay dos tipos de académicos: el escritor creador, que aporta lenguaje, y el sabio lingüista, que lo destripa y estudia.

PERIODISTA

El se siente periodista. «Soy periodista», me ha dicho con fruición. Y en los últimos días lo ha repetido asiduamente.

—Yo entré en «El Norte de Castilla» haciendo caricaturas; luego me dieron el carnet. Fui redactor, fui subdirector y después director. Hasta que dejé de serlo en tiempo de Fraga. Ahora soy delegado del Consejo y me ocupo de algo así como de la línea editorial.

La polémica del periodismo y la literatura es ya una vieja cuestión. Miguel Delibes dice que el periodismo le ha enseñado a hacer literatura, a encontrar el ángulo noticiable de las cosas, a ser más conciso, a saber retratar mejor a un personaje o una situación, «cuando se tiene sensibilidad —resalta— para poderlo hacer».

En más de una ocasión ha hecho referencia a los intelectuales. «Los intelectuales dicen...», «Los intelectuales son...», «Los intelectuales piensan...».

—¿No es Delibes un intelectual?... ¿No presenta además los mismos síntomas, ese replegamiento en su propio mundo, esa huida?...

—No. Yo no soy un intelectual. Los intelectuales manejan ideas. Yo manejo hechos, realidades, personajes, historias; en definitiva, testifico o estoy levantando acta notarial de un tiempo que se va.

—¿Un tiempo que se va?

—Sí, esos personajes en los que parece que yo me he recreado, que son tipos límites, como el cazador, o el tío ratero, o la criada analfabeta, o el viejo jubilado, hasta esa pobre mujer que es la Menchu... son personajes de una situación que desaparece.

—¿Realmente desaparece?...

—Confío en que desaparezca.

LA FAMILIA

Le dije que hubiera preferido otra cosa. Quizá haber visto un atardecer en Sedano, ese pueblecito burgalés donde tiene una pequeña casita, donde se retira para cazar, escribir y descansar. Seguro que allí también tiene su rincón, el rincón de todos los domingos, cuando regresa del monte. Insistí en que así era imposible conocerle, calar en su intimidad. No me respondió. Es celoso de su intimidad. No quiere dejar que nadie penetre; no entiende tampoco por qué.

—Pero Miguel Delibes vive con una larga familia: siete hijos y una mujer. Y está dedicado a la familia... ¿Cómo puede vivir en completa soledad?

—Sí, yo tengo una familia numerosa muy unida y provengo de otra familia numerosa muy unida —éramos ocho hermanos—, pero la soledad es algo que aparece dentro del individuo. Me preocupa, sin embargo, más la insolidaridad creciente que veo en el mundo. Mis personajes hablan de ello.

—Y también hablan y se preocupan por la muerte...

—Precisamente una de las consecuencias de la soledad es el drama final: la muerte, drama que tiene que afrontarlo uno solo. Y esto ha pesado en mí toda la vida.

Después ha dicho que ésta es su lucha, la lucha contra la incomunicación, contra el poder de la gran organización, contra la amenaza atómica, que hace que cada vez el hombre se sienta más solo.

—Mi lucha por un mundo más solidario, más humano, es constante.

—¿Y en qué momento se cansa un hombre de luchar, señor Delibes?

—Esa es una situación a la que no he llegado, y no puedo predecirlo. Pero pienso que las posibilidades de lucha de un hombre alineado en un partido son mayores que las del que hace la guerra por su cuenta. Dentro del partido encuentras apoyo...

LA NATURALEZA

Sólo quería hacerle hablar más. Por eso le hablé de una cierta incongruencia: la de querer unirse por una parte a los que tienen que luchar

"Hay dos tipos de académicos: el escritor creador y el sabio lingüista que destripa y estudia el lenguaje".



"Soy un cazador que escribe..." dice. Y cada domingo busca la soledad del monte, en pos de la perdiz roja, que configura al mismo paisaje castellano. Le horroriza la gran ciudad, por el bullicio de personas y de automóviles.

contra la insolidaridad, contra el temor, y la de querer zafarse de muchas realidades huyendo al monte, en busca siempre de una víctima que deja su vida en la recta muerta de un cañón.

—Yo tengo propensión a refugiarme en el campo. La Naturaleza ofrecía una situación estable hasta hace poco.

—¿Ya no?

—Pues, mire: también esto ha cambiado. La mecanización y todos los demás etcéteras llevan el artificio a la Naturaleza, y si se fija en una de mis últimas novelas, «La parábola del naufrago», el campo deja de ser un lugar idílico para erigirse en tema de auténtica pesadilla: la rebelión de un seto. La Naturaleza ha sufrido un duro golpe...

Y aquí me sentí sorprendido. No podía desligar el pensamiento del escritor del pensamiento del cazador. O aquella primera cita, «soy un cazador que escribe», era una verdad de mayor profundidad. Porque hablé del drama que suponía «la decadencia alarmante de la perdiz roja». Y yo le dije:

—¿Pero realmente es tan importante eso, señor Delibes?

—Pues... sí, es importante. No concibo el campo castellano sin la perdiz roja. También desaparecen otras cosas, como los insectos, por ejemplo. El problema de la perdiz roja, sin duda, es un síntoma. Hablo fundamentalmente de la eliminación de los animales. Eso nos enfrenta a un mundo distinto. Y a mí me espeluzna.

Su hijo Miguel, el mayor, que es biólogo, como el segundo, ha llamado por teléfono. Y se ha levantado del asiento de siempre y ha ido casi volando hasta el pasillo. «Estábamos extrañados de que no llamara —me dice su esposa, Angeles—. Está en el Coto de Doñana y aún no se había puesto en contacto; ya pensábamos que estaría, si no, en camino. Miguel, contrariamente a otros hombres que dicen que están absorbidos por su trabajo, por su tarea, vive pendiente de su familia, todo lo cuida, lo mimaba. ¿Lo ve?... Ha llamado su hijo y abandona todo, cuando antes había eludido lo demás».

LA ESPOSA

Angeles, de quien no habíamos hablado, es ese personaje femenino que está detrás de la obra de un hombre. Ella está pendiente de cuanto dice. Y ella es capaz de advertirle, sin que nadie más lo perciba, de algo que no debe omitir o de algo que debe callar. También cuida de tenerle el cenicero a punto o de respetarle el momento de creación.

—A veces, cuando está escribiendo aquí, en el despacho, no hacemos más que pasar. ¡Como somos tantos!... Y entra uno y le pide un bolígrafo. Y entra otro y le pide un papel. Y entro yo y le hago una pregunta. Y no se irrita. Se cogió un apartamento para escribir con mayor soledad. Y dijo que no podía: necesitaba sentirnos a todos, con nuestro alboroto, detrás; necesitaba oír nuestras voces en el pasillo, incluso los ruidos de la cocina...

En Valladolid hacía frío. Televisión Española, con sus cámaras, iba a llegar. La casita de Sedano está cerrada entre semana. Se van los domingos. Y luego, cuando regresa, Delibes pide sus zapatillas y vuelve a su rincón. Volvió también al mismo rincón después de hablar con su hijo. Y quedaba detrás el tema trascendental de la perdiz roja de Castilla.

—Pero, ¿cuáles son las cosas fundamentales en la vida, señor Delibes?

Lo piensa un poco. Más. Por fin saca sus piadosos cigarrillos. Envuelve los gestos con una excesiva lentitud. Lo va liando poco a poco, hasta que lleva el papelillo de fumar al extremo de su lengua. Y contesta:

—La religión, la familia, el trabajo, la comunicación.

Y espero a que diga algo más.

—Aunque algunas de estas cosas, por lo que veo, están pasadas de moda.

SU PENSAMIENTO

Luego volví a hablarle de su pensamiento. Tenía que hacerlo. Porque hay que forzarle las respuestas, especialmente si lo que uno trata es de que hable esa parte del escritor que los fines de semana marcha a cazar.

—No tengo una idea política definida; no

Lo que quiere: su casa, su familia y sus libros. Ella es Angeles, la esposa, ese personaje que detrás, en la sombra, le apoya y le sostiene.



como integrante de grupo con un programa. Yo estoy movido por la libertad y la justicia. Mi drama estriba en que ahí donde veo triunfar la libertad veo florecer la injusticia. Y donde el concepto justicia se aproxima más a lo que yo deseo, faltan las libertades más elementales.

—Pero, ¿será posible alguna vez conjugar dos cosas así, libertad y justicia, señor Delibes?

—Es posible. Y es lo que tenemos que buscar, a costa de lo que sea.

—¿Qué significa exactamente «a costa de lo que sea»?

—A costa de que los autócratas declinen su ambición de mando y, por otro lado, que los privilegiados y poderosos se avengan a reducir sus privilegios.

Tiene cincuenta y dos años. Ha escrito veintitrés libros. Y sabe que ahora precisamente está empezando. A pesar de su íntimo drama, que es la muerte. A pesar de su íntimo placer y ocupación, que es la caza. Y a pesar también de que acaba de recibir la consagración al ser elegido en la Real Academia de la Lengua por catorce votos, contra los trece de José García Nieto.

—Pero, ¿cuál es su sueño ahora?

—Hacer mejor las cosas. Más que por la gente, por el compromiso con uno mismo.

Le dije que si la Historia es siempre justa con los hombres que quieren hacer las cosas mejor...

—Nadie con talento —contestó— pasará ignorado. Puede pasar ignorada su vida, pero al final se le reconoce su talento.

SUS LIBROS

Sin embargo, cuando escribe, desde su propia soledad, a kilómetros del epicentro donde tam-

bién se «cucen» las decisiones políticas de la vida literaria, de donde quizá no se ha caído en lo importante que puede ser la desaparición de la perdiz roja, cuando escribe así, digo, no está pensando en la audiencia ni en el aplauso. Está sólo queriendo ser fiel.

—Entonces se piensa (yo pienso) en que el reconocimiento será hecho un día, no importa la audiencia. Yo, además, tengo la creencia de que lo que escribo no es bueno. Ahora me confunde el eco que lo que yo hago puede despertar en la gente que me lee y, sobre todo, en los que me estudian. Por ejemplo, hay seis tesis doctorales sobre mi obra y más de cincuenta tesinas de doctorado de diversas partes del mundo. Esto no te enorgullece: te hace pensar.

A veces se siente sorprendido de las cifras de venta. Como se sorprendía Pío Baroja cuando Miguel Delibes le decía que se habían vendido cinco mil libros de la primera edición de «La sombra del ciprés es alargada». Don Pío no se lo creía, «Eso son cuentos chinos...», le respondió. «Pero si me ha liquidado el editor...».

Y ahora, Delibes se sorprende mucho más. Por ejemplo, cuando supo que de la reedición de una de sus novelas por la Biblioteca RTV se vendieron un millón cien mil ejemplares.

—Me costaba creerlo. Pero así me han liquidado. Esos libros sólo dejaban una peseta, pero como yo tenía cedidos los derechos a otra editorial, nos correspondía a cada uno el cincuenta por ciento. Me liquidaron casi seiscientos mil pesetas.

Todo lo dice con la misma sencillez, con la misma modestia. El hombre no tiene por qué alterarse. El se altera pocas veces. Cuando su cañón apunta a la perdiz, su pulso no tiembla. Jamás se había planteado que la caza fuera un síntoma menor de violencia hasta que «precisamente un intelectual», dice él, se lo advirtió.

Entonces buscó un razonamiento que le justificara. Si no lo hubiera encontrado, quizá Delibes hubiera dejado de ser cazador. Y entonces Delibes no sería Delibes. Entendió que se cometía el mismo acto de crueldad llevando una ternera al matadero que disparando sobre una perdiz. Entendió, además, que el mundo animal está precisamente para que el hombre se sirva de él.

En toda nuestra conversación se había tomado un té y había liado dos cigarrillos. Yo creo que en ningún momento fue consciente de que sólo veinticuatro horas antes había sido elegido académico de la Lengua. Lo primero que hizo, al conocer la noticia, fue celebrarlo con sus hijos. Los pequeños «sabían» que iba a ser él el elegido. Por eso aquella tarde, ante la promesa de una cena para celebrarlo, se negaron a merendar. Y la madre, Angeles, dijo: «Pero si a lo mejor no sale vuestro padre...». Y sí salió. Lo decían los chicos. Y luego lo celebraron. Al llegar al restaurante, preguntaron: «¿Se puede pedir centollo?...». Y claro que pidieron centollo.

No se levanta de su silla, de su rincón, hasta que considera que hemos terminado la entrevista. Por eso, finalmente, le pregunto:

—¿Qué es más importante para un escritor, para un escritor académico ya: escribir bien o decir las cosas que hay que decir?

—Yo siempre he hablado de dos fines: uno, el ético, y otro, el estético. El no cumplir alguno de ellos me haría sentirme frustrado.

Y no es un hombre frustrado. Este próximo domingo, como uno más, cogerá su escopeta y marchará al monte a cazar. Al regreso, volverá a ponerse las zapatillas y a instalarse en su rincón. Tras las risas juveniles de su casa, tras el alboroto, estará siempre su íntima soledad, también su miedo, su comedia ambición y... su desgarrada fidelidad.

J. A. V.



MIGUEL DELIBES, ACADEMICO



El escritor y periodista don Miguel Delibes que ayer resultó elegido para ocupar el sillón "E" de la Real Academia Española de la Lengua. Miguel Delibes, vallisoletano, es autor de numerosas novelas y está en posesión de varios premios literarios.

Servicios

NUEVA LEY BASICA DEL TRABAJO

«EL Gobierno está ultimando la elaboración de una Ley Básica del Trabajo con la que se pretende actualizar toda la legislación laboral española y tiene prácticamente terminado, también, otro anteproyecto de ley que regulará los convenios y conflictos colectivos», ha declarado el ministro de Trabajo al hacer un balance de la política laboral de su departamento en el trienio 1970-72.

Dijo el ministro que el Gobierno, en su primera reunión del 1 de noviembre de 1969, hizo una declaración que en materia social afirmaba «el propósito de acentuar su política social a todos los niveles, procurando el perfeccionamiento de las relaciones laborales y de la Seguridad Social, sostener el nivel de empleo, asegurar un salario justo a los trabajadores y mantener su poder adquisitivo, así como procurar una más equitativa distribución de la renta conforme a las exigencias de la justicia social». En relación con la participación de los sueldos y salarios en la renta nacional, las estadísticas muestran un aumento de más del 3 por ciento

desde 1969 y en los últimos años el salario mínimo interprofesional ha crecido, en términos monetarios, por encima del aumento del nivel de vida. Al referirse a la situación de empleo, el ministro señaló que en ningún momento ha funcionado la señal de alerta del Plan de Desarrollo y que, a finales de diciembre, el índice de paro —1,58 por ciento— era uno de los más bajos de los últimos años. Este descenso ha repercutido en la emigración exterior, que bajó en un 18 por ciento la de ultramar y en un 8 por ciento la de Europa. Durante el año 1972 se aprobaron 1.675 convenios colectivos que afectaron a casi cuatro millones de trabajadores y se dictaron 125 normas de obligado cumplimiento.

La evolución de los conflictos colectivos en estos tres años ha seguido una tendencia decreciente, pasando de 1.595, hace dos años, a 656 en el pasado, siendo los trabajadores afectados 460.902 y 180.578, respectivamente.

Durante este mismo período, el Ministerio ha aprobado varias dis-

El ministro de Obras Públicas, don Gonzalo Fernández de la Mora, ha recibido la «F» de famoso otorgada por el grupo de periodistas que integran «La Tertulia». En la fotografía, el marqués de Lozoya impone la medalla al ministro de Obras Públicas. Tras ellos aparecen, de izquierda a derecha, don Tomás García Rebull, capitán general de la Región Central; don Jesús Suevos y don Ezequiel Puig y Maestro-Amado.



Foto: Gonzalo Cruz

DELIBES: El cazador cazado

49

MD

EL más formidable provinciano que le queda a España y el último, tal vez, de los provincianos es este Miguel Delibes que hoy llega a la Academia sin disparar un solo tiro de la mano de tan buenos padrinos como pueden serlo Juan Antonio Zunzunegui, Julián Marías y Vicente Aleixandre. Su contrincante, José García Nieto, a quien apadrinaban Camilo José Cela, Guillermo Díaz Plaja y José María Pemán, perdió ante Delibes por un solo voto. Catorce contra trece; la próxima vez será.

Desde Tubinga, Alemania, vino volando Antonio Tovar para emitir su voto. Delibes no se movió de Valladolid. «Rara vez me alejo de estos andurriales, constantes como la infancia, la muerte, la naturaleza y el prójimo.» Y así

MIGUEL DELIBES
FUNDACIÓN

Servicios Especiales

DELIBES

es. Delibes nació en Valladolid, un día de octubre, hace 52 años, poco después de que se levantara la veda. La escopeta es un pretexto más que una vocación, y más que diversión es una forma de trabajo para Miguel Delibes. Esa forma de trabajo que consiste en vagabundear para dejar impresos en su oído y en su retina, sobre todo en su oído, los ecos de un mundo que se apaga y que aunque parezca cenital es al mismo tiempo eterno: los pueblos, el campo, los lugares... Miguel Delibes, catedrático, periodista, escritor, es sobre todo el gran cantor de Castilla la Vieja y de sus gentes. Su lenguaje rudo, prosaico, tomado de la naturaleza, sin desbatar, es de una inconmensurable riqueza y con Delibes la Academia hace una de las adquisiciones más importantes de estos últimos años.

Ese lenguaje no le impide un profundo lirismo, aunque obre a veces a manera de antifaz. El antifaz con que oculta su vida privada, su vida íntima. De Delibes apenas se puede contar nada que él no haya querido contar.

En el cazador, en el campesino e incluso en el hombre de la ciudad, en el hombre preso por el engranaje industrial que es el tema de una de sus últimas novelas de aroma kafkiano y de desenlace casi ficcional, Delibes ve, sobre todo, al hombre y más que al hombre al español, a ese español que ha tenido que aprender «a palos» el lenguaje con la naturaleza y el trato con el prójimo. A Delibes le interesa el prójimo, cosa bastante explicable en un novelista, pero le interesa de forma tan pasional que su propio yo —el del escritor— acaba por perderse y es preciso buscarle en comunión, no tal vez con ese prójimo, sino con la misma naturaleza de la que parece (grande, bien carpintado, sincero y socarrón) un pedazo que no ha logrado romper el cordón umbilical. Al novelista le interesa, sobre todo, el español a secas, el castellano de raíz seca, desnuda, que ha conformado al resto de la península casi sin proponérselo, a fuerza de interioridad.

Por eso cuando Delibes sale de viaje es un Delibes a medias. Delibes viaja porque le hace falta perspectiva, aire, porque es un catedrático, un periodista (durante muchos años dirigió «El Norte de Castilla») y un hombre de mundo. Delibes viaja, pero no se entrega. Sus relatos de viaje —Estados Unidos, Europa— serán episódicos, algunos incluso divertidos como el de ese do-



lor de muelas que le sirve para analizar un sistema, en Praga; pero en el fondo añora, está impaciente por volver ya a la soledad de sus campos, a la libertad sin compromisos, al continuo monólogo interior en que están escritos algunos de sus libros o a ese diálogo hispido en que unas vidas toscas (si hay una vida tosca) se revela como a golpes de hacha o de pedernal.

Tal vez por ello, por esa vida que no se gasta, tal vez todo ello le haya permitido llegar a la Academia intacto. Delibes no es una «vieja gloria», y no lo es no sólo por los años sino por esa capacidad de recreación que ha tomado algo de la infatigabilidad con que la naturaleza se renueva. Entre el cardenal, el duque y las viejas glorias le hacía falta a la Academia este provinciano que se busca sus propias piezas sin necesidad de ojeo y que, como el matacán, escapa siempre a los galgos.

Delibes es el castellano universal, el cristiano viejo que no gusta de derramar lágrimas inútiles y que llama al vino, vino, y al pan, pan. Pero es también el hombre de infinita ternura que esconde su ternura bajo los pliegues de un antifaz. De Delibes pueden esperarse todavía muchas cosas, aunque su obra esté ya consagrada porque es un hombre que madruga como buen cazador. Le llega el tiempo para todo, para escribir novelas, para tener hijos, para dirigir un periódico, para cazar y para cartarnos con extraña habilidad los límites extremos de la supervivencia, como la de esos cazadores que en una sociedad de consumo, ahogados por el silencio del seco matorral, se las combinan para vivir de ratas vivas o en escabeche y les sobran momentos para sentir por un niño desvalido un poco de piedad.

2

Extracto del Vol. II — SISTEMA ENDOCRINO Y ORGANOS GENITALES. Su importancia y su funcionamiento. Cómo evitar las enfermedades venéreas. Métodos de prevención sistemática. La próstata. Cáncer de útero. Hemorragias, etc.

DE VENTA EN
LIBRERIAS

Formato 17,5 x 27 cms. Magníficas ilustraciones a todo color. Encuadernado en tela con estampaciones en oro y sobrecubierta plastificada.

BOLETIN DE PEDIDO — RECORTE Y ENVIE HOY MISMO ESTE CUPON

Sirvame remitirme los volúmenes de EL LIBRO DE LA SALUD en las condiciones que indico a continuación:

Volumen 1 AL CONTADO A CREDITO

Volumen 2 AL CONTADO A CREDITO

Indique con una las condiciones que le interesen.

Precio de cada volumen al contado, libre de gastos de envío: 375 pts.

Precio de cada volumen a crédito con gastos de envío incluidos:

Un primer plazo de 185 pts. al recibo del libro y dos plazos de 125 pts. cada uno

Nombre.

Profesión.

Domicilio.

Población.

ediciones zeus s.a. borrell, 164
barcelona/15

"Salvado helico"

50

AMD, 103, 22, 4



MIGUEL DELIBES, NUEVO ACADEMICO DE LA LENGUA

Miguel Delibes, uno de nuestros más grandes escritores contemporáneos, ha sido elegido miembro de la Real Academia de la Lengua, en la reciente sesión del pasado día 1, bajo la presidencia de Dámaso Alonso.



Delibes consiguió la fama con «La sombra del ciprés es alargada», Premio Nadal 1948. Posteriormente se ha hecho acreedor de otros importantes premios: Nacional de Literatura, «Miguel de Cervantes», 1956, Fansterrath 1959, Premio de la Crítica 1963, etcétera. Es periodista, abogado y profesor de Comercio. Durante muchos años dirigió el diario vallisoletano «El Norte de Castilla» del que actualmente es consejero delegado.

La elección que dio el sillón académico se produjo a la tercera votación cuyo escrutinio registró un total de catorce votos a su favor, por tres obtenidos por el otro candidato, el gran poeta José García Nieto.

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

Miguel Delibes



"CON DELIBES ENTRA EN LA ACADEMIA UN IMPULSO CREADOR"

MANUEL CEREZALES

Crítico literario

1 ¿Qué juicio le merece la elección de Delibes como académico de la Lengua?

—La elección de Miguel Delibes para la Real Academia de la Lengua, no por esperada, dejará de causar viva y grata impresión. Hace años que viene siendo uno de los más calificados candidatos sin que él por su parte —estoy seguro de lo que digo— haya ejercido ninguna clase de presiones para forzar su ingreso en el recinto de los "inmortales".

2 ¿Cuál es el significado literario de esta incorporación?

—Con Delibes entra en la Academia uno de nuestros primeros novelistas y prosista excelente. Pertenece a una promoción de narradores que, seguramente, se sentirán dignamente representados por el escritor de

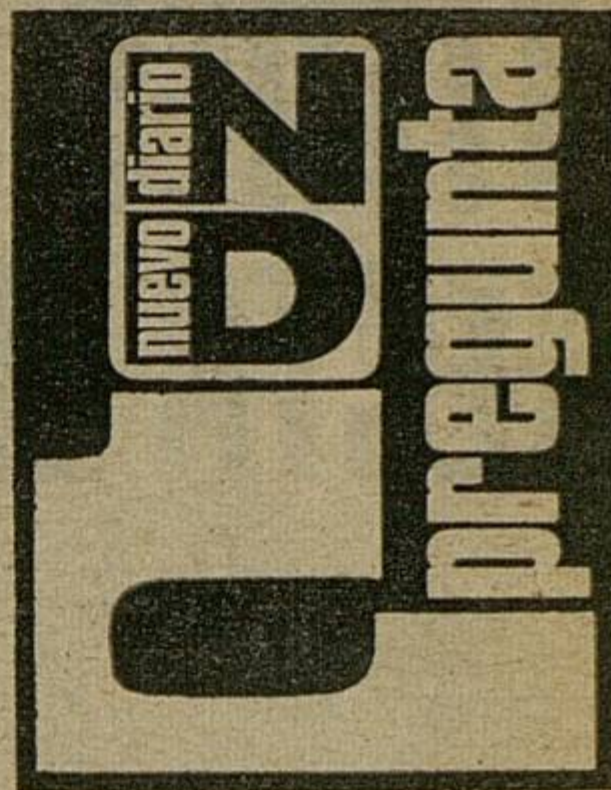


Manuel Cerezales.



Miguel Delibes.

Valladolid en el momento de recibir la consagración académica. Delibes posee, como todos los novelistas de clase el don de contar, de captar el interés de sus lectores. Ha cultivado amorosamente la lengua, armo-



nizando la expresión culta con el habla popular, y ha empleado con destreza las técnicas narrativas tradicionales y las fórmulas nuevas y más avanzadas sin caer en estériles deformaciones.

3 ¿Es Delibes un escritor "consagrado"?

—Llega Delibes a la Academia en un momento de plenitud. Sus dos últimas novelas, "Cinco horas con Mario" y "La parábola del naufrago", suponen un intento de renovación, un esfuerzo considerable, realizado, a mi juicio, con éxito total, por actualizar su obra y abrir nuevos horizontes. En este sentido, con Delibes entra en la Academia, no una vieja gloria de las letras, sino un impulsor creador, una savia todavía joven, cuya aportación a las tareas de la Academia Española puede ser muy valiosa y fecunda.



media
columna

Joan Teixidor

la **S**emana
literaria

Pere Gimferrer



Miguel Delibes

Este comienzo de año nos trae la buena nueva de la entrada de Miguel Delibes en la Real Academia Española. Representa un reconocimiento de méritos que no nos puede parecer más justo frente a una obra que ha ido creciendo en estos últimos años con una seguridad pasmosa. Delibes entra joven en la Academia pero con una gran madurez en su trabajo.

Precisamente se cumplen también ahora los veinticinco años de que su primera novela, «La sombra del ciprés es alargada», consiguiera el Premio Nadal. Recuerdo que me tocó en suerte el lote de obras en que figuraba la suya y, así, tuve el honor de poder señalarla a mis compañeros de jurado. En este oficio siempre pesado y un poco triste de jurado a veces se producen ocasiones agradables como ésta. Cuando se habla sistemáticamente mal de los premios debería pensarse que también pueden dar buenos frutos. En este caso no hay lugar a dudas.

Es muy difícil creer en el autor de una sola obra, como es difícil creer en el pintor de un solo cuadro. La obra puede ser más o menos extensa pero exige fatalmente una continuidad y una historia. Este es el caso de Delibes, que ha ido ampliando sucesivamente sus posibilidades expresivas, los resortes de su estilo, su temática y sus intenciones. Cada nuevo libro ha sido una sorpresa. Y esto sin piruetas, sin saltos bruscos, tan sólo con una responsabilidad creciente, con una consciencia ejemplar de escritor y una gran fidelidad a sí mismo. Porque lo admirable en Delibes es precisamente el natural arraigo de todas sus páginas, esta Castilla de trasfondo, tan sobria y digna, tan desmitificada y por eso mismo más verdadera. Se me confunden las zancadas del cazador y la andadura espiritual de la obra. Todo es uno en este hombre que pisa siempre su tierra con inalterable amor.

Delibes, en la Academia



Miguel Delibes con José Pla.

Contra viento y marea, la institución que en 1726 alumbraba el *Diccionario de autoridades* ha mantenido, entre azares y avatares, su continuidad, su prestigio moral y su representatividad, no ya tan sólo de la literatura peninsular escrita en castellano, sino incluso de la literatura en lengua castellana de ambas orillas del océano. Juegos de intereses o conveniencias personales por un lado, percances políticos por otro,

podieron en diversas coyunturas hacer temer por su futuro. Muy oportunamente Miguel Delibes —cuya reciente elección como académico de número es ocasión de las presentes líneas— ha podido traer a colación el imaginario discurso de recepción de Max Aub en la Academia. Aub hablaba, en aquel documento, a una imaginaria academia de un país sin contienda civil, sin muertes ni exilios. El texto era un divertimento, y también una invitación a la reflexión. Como lo es, en otro orden, el hecho de que haya sido precisa una votación que se ha calificado de reñida para decidir entre Miguel Delibes y un candidato como José García Nieto. No sólo la superior importancia de Delibes en el desarrollo de la literatura castellana de posguerra se halla fuera de duda, sino que al alcance de los menos avisados estaba que, puestos a proponer a un poeta cuya edad ande entre la de los candidatos que entraban en baza, antes, mucho antes que en García Nieto hubiera debido pensarse en Ridruejo, en Bousño o en José Hierro. La elección de Delibes es, pues, doblemente satisfactoria: porque recae en un autor cuya obra posee sobrados títulos para ello y porque concurren en ella los caracteres de normalidad que debiera en todo momento revestir la presencia de los escritores en la Academia.

En su actual composición, lo más de la Academia puede dividirse en dos vertientes: los eruditos, estudiosos y filólogos, de un lado, y los escritores de creación, de otro. En una y otra vertiente —pero sobre todo en la última— ha habido y hay ausencias lamentables, con frecuencia imposibles, en su momento, de evitar. Faltan nombres, bien es verdad. ¿Me será lícito añadir que también, posiblemente, sobre alguno, y no siempre de los de elección menos reciente? Por lo que toca a los escritores, parece claro que el papel de la Academia es reunir a los realmente más sobresalientes en cada campo. ¿Quién duda de que Aleixandre, Gerardo Diego, Luis Rosales o Buero Vallejo poseen esta representatividad? ¿Quién de que el ideal hacia el que debe tenderse es el de que todos los escritores que se incorporen sean tan significativos como los que acabo de citar? Sobre que, si no ando equivocado, era particularmente en el campo de la prosa narrativa donde más se hacía sentir esta necesidad de hacerse con nuevos nombres de valía real. La elección de Delibes no puede, en consecuencia, ser un hecho más positivo. Una representación realmente satisfactoria de la narrativa en la Academia debía contar con Delibes, y deberá contar en su día —limitándonos a los que residen en el país— con Torrente Ballester, con Sánchez Ferlosio, con Juan Benet y con Cunquero. No ignoro las diferencias de todo orden que separan estos nombres: señalo que, como Delibes, ellos son, cada uno en su zona estética, real representación de la narrativa que se escribe en el ámbito lingüístico que se ha fijado la Academia, ocioso sería, por lo demás, el intento de presentar aquí y ahora a Delibes. No lo necesita, ni como narrador, ni como ensayista, ni como cronista y viajero. Recordaré, con mucho, que tras los inicios prometedores, pero aún relativamente primerizos, de *La sombra del ciprés es alargada* (1948), el escritor vallisoletano iniciaría su etapa de madurez en *El camino* (1950), que, rompiendo el fuego —y otro fuego— casi sin más antecedente que, en la década anterior, el muy diverso de Cela, rescataba de su letargo a la narrativa en castellano de la posguerra. Culminaría esta pri-

**MIGUEL
DELIBES**
elegido miembro
de la
**Real Academia
Española**



Libros publicados:

**LA SOMBRA DEL CIPRES
ES ALARGADA**
(Premio Nadal 1947)

**AUN ES DE DIA
EL CAMINO
MI IDOLATRADO
HIJO SISI**

**DIARIO DE UN
CAZADOR**

**SIESTAS CON VIENTO
SUR**

**DIARIO DE UN
EMIGRANTE**

**LA HOJA ROJA
POR ESOS MUNDOS
LAS RATAS**

**CINCO HORAS CON
MARIO**

**VIVIR AL DIA
PARABOLA DEL
NAUFRAGO**

**CON LA ESCOPETA
AL HOMBRO**

**UN AÑO DE MI VIDA
EL LIBRO DE LA
CAZA MENOR**

USA Y YO

Editados por Ediciones
Destino - Barcelona

mera etapa, a lo que entiendo, con el tan celebrado *Diario de un cazador* (1955) —ilustrativo además de una de las temáticas más características del escritor— y con *Las ratas*, que en 1963 le valiera el premio de la Crítica. Conciso, escueto y antirretórico, el estilo de Delibes, en esta su primera manera, llegaba en *Las ratas* a su más cabal perfección: un lenguaje lacónico y tenso, reverberante diríase, hecho del habla cotidiana y rural de Castilla la Vieja, caracterizado por la parquedad de cláusulas, la contención, el cálculo idiomático estricto, la economía de elementos.

El Delibes viajero y cronista de su tierra, cazador y a las veces andariego, mostraba sus dotes en *La caza de la perdiz roja* (1963), *El libro de la caza menor* (1964) o *Viejas historias de Castilla la Vieja* (1964), y, todavía en 1972, acaba de darnos un volumen sobre *La caza en España*. Cronista, también, de otros ámbitos, desde *Europa: parada y fonda* (1963), a *USA y yo* (1966), o *La primavera de Praga* (1968). Más las notas de dietario reunidas en *Un año de mi vida* (1972). Pero, en todo ello, lo sustancial, no lo olvidemos, seguía siendo —a modo de esqueleto o eje vertebrador— la obra novelesca. Y ésta, tras la plenitud conseguida en *Las ratas*, se mostró capaz de replanteamiento, y aun de cambio radical.

El Delibes de *La hoja roja* había tomado por tema la etapa final de la vida; el de *Cinco horas con Mario* (1967) empezaba, en rigor, tras la muerte del protagonista, para desde esta perspectiva reasumir una problemática civil y moral que atañía tanto a la condición del personaje como el examen de conciencia de su generación en el contexto del país. Quienes, a propósito de *El camino* o *Las ratas*, pudieran haber pensado en Delibes principalmente como un novelista rural —y aun a riesgo de que los libros de caza pudieran haberles abonado esta óptica— hallaron ocasión de rectificar su punto de mira. La trayectoria inmediata del escritor lo confirmaba: si en *Con la escopeta al hombro* volvía por sus fueros el Delibes cazador, *Parábola del naufrago* (1969) extremó la tendencia perceptible en *Cinco horas con Mario*. Se iniciaba, en cierto modo, otro Delibes, que no excluía al anterior: lo ampliaba. A la etapa realista seguía, en lo narrativo, la etapa experimental. Dicha evolución es por demás característica, no digo ya de la generación de Delibes, sino de la narrativa peninsular de posguerra: al Torrente Ballester de *Los gozos y las sombras* sucede el de *La saga/fuga de J.B.* (Este proceso se dio también, y muy frecuentemente, en el pasado: sólo el espejismo nivelador de la distancia nos impide percibir el abismo que media, por ejemplo, entre el Galdós novelista de tesis de *Doña Perfecta*, y el Galdós tolstoiiano de *Nazarín* o *Misericordia*.) La trayectoria de Delibes no ha concluido: ya en *Un año de mi vida* pueden hallarse referencias a una nueva novela, *Las guerras de mis antepasados* (cito el título que, por lo demás, imagino debe considerarse provisional, de memoria). Stendhal aprendía estilo relejendo el Código Civil; Delibes, hoy catedrático de Historia del Comercio, descubrió las posibilidades del decir literario en uno de nuestros textos más notorios de Derecho Mercantil, consultado en su primera juventud. A esta «voluntad de estilo» ha permanecido fiel. ¿Será arriesgado atribuir a tal aprendizaje, y a la actitud que él denota —antagónica a la usual entre quienes, rara vez con éxito, pretenden escribir en prosa— una parte no pequeña de sus posteriores y notorias cualidades de escritor?

**Letras
catalanas**

Pere Gimferrer

Josep Pla y la novela

Las páginas prologables de *Aigua de mar* nos recordaban la vocación inicial de narrador de Josep Pla. Sería un error creer que esta vocación no ha hallado ocasión de desplegarse. Cierto, la magnitud e importancia de la obra del Pla memorialista pueden haber hecho que algunos dejen en cierto modo de lado este otro aspecto de su producción. Pero si *El carrer estret* y *La vida amarga* —dos títulos modélicos, definitivos en su género— no han retenido siempre la atención de los estudiosos de nuestra narrativa de modo tan repetido como los libros de viajes, memorias o dietarios de Pla que han interesado unánimemente a la opinión, ello sólo significa, tal vez, que en este país es difícil escapar a las clasificaciones establecidas. Sin duda que, en otras circunstancias, la obra narrativa de Pla hubiera podido ser considerablemente más extensa. ¿Significa ello que debemos desatender la muy valiosa y significativa que a pesar de todo ha podido legarnos?

Album de Fontclara (1), último volumen aparecido de la *Obra completa* de Pla, reúne dos novelas. Aunque su acción sea independiente, se trata de las dos partes de una obra unitaria: un díptico, el díptico de Fontclara, una pequeña población catalana. En las líneas que, según su costumbre, presentan el volumen, Pla centra la atención y el propósito de estos relatos en la descripción de un concreto estamento social catalán: los comerciantes, o, para decirlo con mayor precisión, los tenderos, esto es, los «botiguers». Pero acaso sea aún más exacto, siempre ateniéndonos a las palabras de Pla, fijarse en la definición que, al término de dicho prólogo, nos da el escritor de cada una de las obras: «En la primera, titulada *L'herència*, he tractat de descriure una petita ciutat de mercat en un moment de calma. En la segona, *Nocturn de primavera*, he tractat de presentar aquesta mateixa societat en un remolí de moviment». Es, si no yerro, la ciudad comercial, y no única ni propiamente los comerciantes, el eje del díptico de Pla. Una lectura atenta de las obras confirmará esta impresión: la comparsa de tenderos locales es

muy numerosa, y sirve de segundo plano o telón de fondo; pero los protagonistas —un rentista, un banquero, un notario, un médico, un veterinario— suelen pertenecer a otros estamentos.

Escritas en diferentes épocas de la vida de Pla —*Nocturn de primavera* es obra que, aunque no tan conocida como debiera, había sido publicada con anterioridad, por más que la redacción actual contenga gran número de retoques y correcciones; *L'herència*, en cambio, es de composición reciente—, las novelas muestran también planteamientos técnicos distintos y disecionan zonas diversas del microcosmos de Fontclara. Las une, sobre la común referencia geográfica, la reaparición de algunos personajes, y señaladamente del doctor Torrent, que actúa en ambas a modo de hilo conductor. Tienen en común la consciente ausencia de acción novelesca, de progresión narrativa en el sentido habitual; pero los caminos elegidos para ello son distintos. En *L'herència*, que transcurre a lo largo de un periodo de tiempo dilatado, Pla se convierte en cronista minucioso de una trama voluntariamente insignificante, trivial como la vida diaria, absolutamente carente de imaginación, de sus personajes; *Nocturn de primavera*, en cambio, opta por la concentración en el espacio y en el tiempo: es el relato de una *soirée*, entre los elementos respetables de Fontclara, transcrita con una meticulosidad que remite a las inacabables veladas proustianas. (Se trata, de hecho, de una especie de aplicación deliberadamente degradada —y, por ende, apta para usos irónicos— de los procedimientos de Proust.) *L'herència* no termina, en rigor (y no termina porque, de hecho, apenas empieza, porque carece a sabiendas de peripecia novelesca); simplemente se interrumpe. La frase final —«I així anàrem fent, sense pena ni glòria, però com els altres»—, por lo mismo que sería aplicable a las docientas páginas que la preceden, opera como una elipsis: la novela hubiera podido doblar su extensión; no era necesario, pues con lo escrito ya se cumplía el propósito de Pla. *Nocturn de primavera* sí termina; pero termina de modo caricaturesco o arbitrario, con un percance absurdo, metafóricamente evidente de la irrisoria precariedad del mundo descrito, de su fragilidad y futilidad.

La descripción anterior quería evidenciar el escaso margen de azar o improvisación que presenta este díptico de Pla. No faltará, supongo, quien se acoja al socorrido y siempre tentador tópico de atribuir las peculiaridades de la estructura de ambas obras a una presunta falta de familiaridad de Pla con el arte de novela; espero haber mostrado, por el contrario, que el plan de estas novelas obedece a un propósito del todo meditado y coherente y que requeriría, por cierto, no poco oficio para ser llevado a cabo. Rechazando, en el plano de la narración, los prestigios de la intriga y la peripecia dramática, Pla sigue fiel a la línea antirretórica de despojamiento, de renuncia a los efectos, que caracteriza desde siempre su estilo.

En esta perspectiva —y aunque *Nocturn de primavera* sea una obra espléndida, ciertamente menos conocida hasta hoy de lo que sus méritos requieren— es sin duda *L'herència* la novela que de modo más radical lleva a sus últimas consecuencias la actitud de Pla. La acción es anodina o inocua; los personajes, de una infalible mediocridad espiritual; sus móviles, invariablemente sórdidos, pequeños y mezquinos. La impasibilidad constante del relato —que extrema el comportamiento y la ausencia de subrayados es-

LA CAZA ENTRA EN LA ACADEMIA

Con Miguel Delibes dicen que entra la caza en la Academia de la Lengua. Pero la caza tiene un antiguo y vario abolengo literario. Desde la salida a caza marinera del conde Arnaldos, la mañana de San Juan, que luego se trunca con el misterio de la canción viajera. O el estrépito de caza que recorre las Soledades de Góngora, vestidas de lujo fascinante y difícil, con el tropel de la jauría por el bosque; o la persecución del extraño dragón herido por la gentil diana, y que traspasa el agua azul con el espejío de su sangre. Hasta la aventura de la caza del oso, «peñas arriba», de Pareda, en las altas solemnidades de la montaña santanderina.

La que Miguel Delibes lleva a la Academia es la caza por las tierras de Castilla la Vieja. Campos grises de matojos y rastrojos, con cardos mayestáticos en los ribazos; lejos, la torre cenicienta cobijando las casas de adobe. Tierra de barbechos, de majuelos y bacillares, bajo un sol de justicia, con escarchas arrebatadamente blancas; o parvas o colinas y tesoros rabiosamente dorados. La tierra labrantía entre Vallado-

lid y Zamora, donde se otea la perdiz con reclamo, el conejo o la avutarda; con galgos, o perros de finísimo olfato para levantar la liebre olorosa a campo recio, que cobran alegremente los hombres curtidos en el surco, o los domingueros de la ciudad, como el bedel de Instituto de «Diario de un cazador».

De estos campos habló preciosamente el Papa Pío XII al saludar en Roma a peregrinos zamoranos: «Viejas tierras de León y Castilla, rubias en verano, pardas en otoño, y prodigiosamente verdes en primavera...». Lo recuerda una vuelta a la lectura del nuevo académico Miguel Delibes. También él, en «Viejas historias de Castilla la Vieja», hace ver a Isidoro, el emigrante, las tierras de su pueblo «...como el mar, un mar gris y violáceo en invierno, un mar verde en primavera, un mar amarillo en verano, y un mar ocre en otoño». Lo curioso es que quien inspiró a Pío XII esa visión finísima y franciscana de los campos de Castilla fue un religioso que, de niño, salía a cazar con su padre por esas tierras mismas que Miguel Delibes ha reco-

rrido personalmente como buen cazador de raza, con polainas, escopeta y canana.

Un hispanista de Irlanda ha estudiado a lo largo de una tesis a «Miguel Delibes como autor católico». Cuando ahora se lo recordaron, Delibes, en un simpático esguince de buen sentido castellano, respondió que «no hay que confundir», que él es un católico que escribe novelas. Así de sencillo y de elegante. El mismo talento de discreción religiosa de aquel capítulo, por ejemplo, de su libro de viajes «USA y yo» sobre la religiosidad en Estados Unidos. O la emoción contenida con que sorprende finísimamente, según va llegando a Fátima, el sabor delicioso y popular de la fragante historia del milagro, o el contenido desencanto ante la árida explanada y la ausencia de la encina del prodigio.

Y es este alre campero de caza por el campo castellano que él lleva a la Academia, el que respiran algunas de sus más logradas páginas de escritor de talante católico. Con lenguaje fresco y fragante de campo abierto, habla el cura tío del emigrante de «Viejas historias de

Castilla la Vieja», don Remigio, de su vocación: aquel tiro de escopeta «a la pechuga del macho de perdiz». Capítulo de antología del hablar delicioso y auténtico del pueblo es el de «Diario de un cazador», cuando don Froilán, el párroco, «se lía a hablarle de los cazadores» a Pepe, el cazador moribundo porque se le disparó la escopeta, y rebelde a la última llamada de la gracia. El habla sencilla y popular, terruñera y vulgar en su más alto sentido, pero de maravilloso frescor, expresivo y delicioso, aprendido directamente de la gracia del pueblo. El mismo, casi, que observó y asimiló cálidamente el vasco Unamuno, por tierras no lejanas, pero hermanas al fin, de las de Miguel Delibes.

Claro que es éste un ángulo unilateral y breve de la obra de Delibes, inquieta, variada y ya numerosa a pesar de su juventud; que, encerrada en estos límites, quedaría empuñada. Pero es interesante este matiz sobre todo hoy, cuando el lenguaje religioso se hincha en una palabrática tan campanuda y etérea, con expresiones pretenciosas y opacas, de un género epiceno, que no se

Por Victoriano RIVAS ANDRÉS

sabe qué pretenden decir, o qué quieren disparar. Precisamente hoy, cuando la expresión clara, inteligente y matizada sería tan necesaria para un tiempo de cambio; y desde luego siempre propia de una lengua apostólica a la que el Señor dijo cristalinamente: «Vosotros sois la luz...».

La Iglesia, al avanzar, peregrina en la tierra, según se enriquece a sí misma con inquietudes nuevas, enriquece a su vez la lengua con expresiones inéditas. La autoridad señera de Rafael Lapesa se dignó saludar algunos de estos vocablos que van naciendo, en la contestación al discurso de ingreso en la Academia del —entonces— cardenal de Toledo; de manera que, al menos en este aspecto, el breve saludo del profesor Lapesa cobra tanto y más alto interés que la disertación del beneficiario. Y estos días empieza a conquistar los escaparates de librería el nuevo y apretado

tomo de escritos pastorales del actual Primado de España, escritor de vocación y de fibra desde sus años estudiantiles: páginas radiantes de luminosidad, de propiedad elegante y de reciedumbre literaria, aprendidas acaso en sus tierras natales, también la ancha llanura vallisoletana de Villanueva o La Mudarra, por donde otean la perdiz o persiguen la liebre los cazadores de Miguel Delibes.

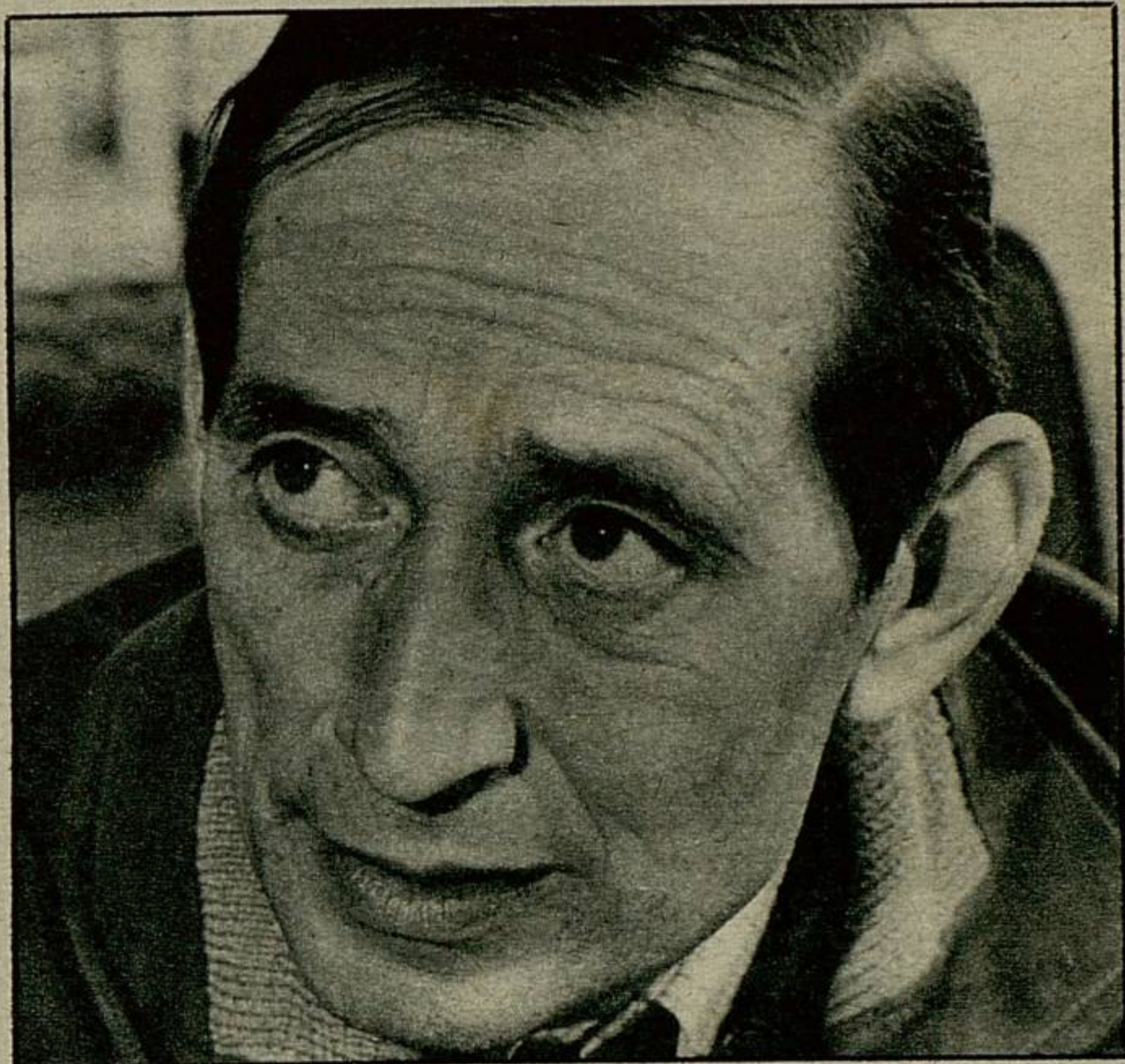
Con la caza por los campos de Castilla la Vieja acaso entra también en la Academia un nuevo temblor de la emoción religiosa: la de don Remigio, que se decide a hacerse cura porque no se le dispara la escopeta, escondido «entre un tolo con cuatro jaras»; la de don Froilán, junto al lecho de Pepe el moribundo: «Y por descontentado, allí nadie te va a ir con monsergas de que si la licencia, el permiso de armas, la guía o la historia. ¿Comprendes, hijo?».



cronica

de 15 días

Por



● En la Academia de Bellas Artes hay un sillón vacío. Hace quince días ocurría lo mismo en la de la Lengua. Se lo disputaron, como es sabido, un poeta, José García Nieto, y un prosista, Miguel Delibes. Por un solo voto (para los efectos vale tanto como un resultado por aclamación, si quiera para el postergado suponga una derrota dignísima), el honor de sentarse entre los «inmortales» le ha correspondido al novelista vallisoletano. Miguel Delibes, que ahora tiene cincuenta y dos años, hizo su entrada en la república de las letras, ya va para cinco lustros, por la puerta grande, es decir, por la que salen los maestros de los ruidos después de haber alcanzado un triunfo resonante. Delibes presentó su primera novela, «La sombra del ciprés es alargada», al Premio Nadal, y cortó las orejas y el rabo. Al cruzar aquella simbólica puerta grande, no salía en triunfo, entraba triunfador en el campo de las letras.

Delibes académico



«Sr. Director de DESTINO:

Con alegría y casi con sorpresa vimos el nombramiento tan justificado del novelista Miguel Delibes como académico de la Lengua Española. Y mucho nos alegró ver que alguna vez se hacía justicia.

No vamos a contar aquí los méritos del escritor castellano, ya que son de todos conocidos, desde "La sombra del ciprés es alargada", tan superada después en su obra posterior. Pero si alguien hace años debía estar en la Academia era el recientemente nombrado. Como deberían estar, también hace ya años, los otros dos autores que, con Delibes, tal vez escriban el mejor castellano del momento. Nos referimos a Francisco García Pavón y a Alvaro Cunqueiro, ambos bien conocidos de los lectores de DESTINO; por eso no hace falta contar sus méritos, ya que son de todos bien reconocidos.

Igualmente después de "La saga/fuga de J.B.", de Gonzalo Torrente Ballester, también habría que contar con este extraordinario y renacido escritor.

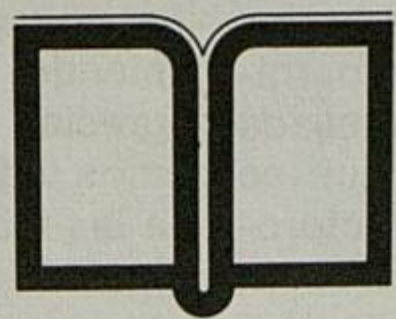
Y qué diríamos de don José Pla, que si es el primer escritor en catalán, en castellano es también considerable, o así lo consideramos los que, por desgracia, no leemos en catalán.

En cambio vemos en la Academia poetas de segunda fila, autores de comedias, seguidores mediocres del olvidado Benavente, en fin, no vamos a señalar a nadie, haría feo.

Perdone, señor Director, esta carta, que no sé si es oportuna, pero que seguro refleja el pensamiento de mucha gente.»

L. G. de la R.
(Valencia)

LAS LETRAS



DE LIBROS ABIERTOS

por Enrique Badosa

Elecciones académicas


Había que ocupar una plaza vacante, en la Real Academia Española de la Lengua. El sillón que lleva la letra "E". Como siempre, meses antes de la elección se barajaron nombres. Dos nombres sonaban mucho: el del novelista Miguel Delibes y el del poeta José García Nieto. El día uno de febrero, reunión de los académicos de número, en un total de veintisiete. Después de tres votaciones, resulta elegido el autor de *Cinco horas con Mario*. Enhorabuena.

Es evidente la calidad de Miguel Delibes como narrador. Evidente, asimismo, la calidad del idioma que maneja con tanta precisión como arte. La elección, pues, perfectamente plausible. Contamos con un nuevo académico que a la vez resulta ser un artista y en cierto modo un filólogo: por cuanto en su obra hay, como bien se ha señalado, una intención recuperadora de lenguaje. De ese lenguaje vivo de los campos de Castilla. De ese lenguaje que tanto se va perdiendo, que en las ciudades apenas si se reconoce ya. Como todo escritor nato, con vocación de amor a la palabra, Miguel Delibes no sólo nos ofrece una obra creacional que tantos títulos le vale ya. También nos ofrece esta busca, y por cierto nada pedante, nada "académica"... de una realidad lingüística que bien vale la pena conservar.

Me congratulo de la elección de Miguel Delibes. Me hubiera congratulado también la de José García Nieto, poeta de bien conocida facundia y calidad, uno de los más destacados de su generación. De lo que no me congratulo es de que se haga pública la elección de un académico como si se tratara de un concurso literario, o televisual.

Cuando un escritor aspira a un premio, ya sabe que al presentar su obra a un jurado su aspiración se hará manifiesta. Puede ganar o no ganar. Quedarse en finalista o ni siquiera en colocado, y esto a pesar de que se trate de un escritor prestigioso. Siempre, pues, corre el riesgo de no quedar muy bien ante el público. Los candidatos a un sillón académico son presentados por académicos de número, y luego estos candidatos han de llevar a cabo unas visitas, que si no son de rigor son de cortesía, para pedir el voto a los electores.

Aunque todo esto no tiene un carácter público, llega a trascender. En el mundillo literario, se sabe más o menos si Fulanito de Tal le pedirá el voto a Menganito de Cual o no, y si Menganito se lo dará o se lo negará... Sin embargo, toda esta ceremonia no es un acto como un concurso literario. En consecuencia, me parece que lo más adecuado sería mantener en rigurosísimo secreto las votaciones que deciden si uno llega al sillón, o no.

En el caso que comento, resulta un poco chocante que sólo por un voto un escritor pase o no pase a la categoría de "inmortal", como hay quien gusta llamar a los académicos hispánicos, al gálico modo. ¿Qué un sillón puede decidirse lo mismo por un voto, que por varios a favor, que por unanimidad? Cuando la decisión depende de un voto solo, y así se hace saber, se tiene la impresión de que algo no marcha. Como si las elecciones académicas se banalizaran, como si nos hallásemos ante uno de esos programas de televisión, que gustan y divierten tanto..., ¡ay!, al teleadicto.



Miguel Delibes

No acuso a nadie. Imagino lo difícil de guardar un secreto como el de las votaciones académicas. No sé si los estatutos de esa corporación prevén que las votaciones han de mantenerse en secreto. Tampoco acuso al periodista que después de todo no hizo más que informar y dar color a la noticia. Sin embargo, el hecho no resulta grato. Más de cuatro hemos reaccionado igual, en esta ocasión en que sólo por un voto... Y quiero insistir en que en esto no implico a dos escritores cuya obra y cuya amistad estimo.

A la Academia le convienen autores de fama, autores leídos, hasta donde lo son los literatos españoles en su país, el nuestro. Si una gran parte de sillones estuviese ocupada por autores de nombradía, la Academia tendría más autoridad ante el pueblo. Lo que sucede, lo sé, lo sé..., es que siempre resulta más popular —también hasta donde lo sea un autor español— un novelista que un poeta, por grande que sea la calidad de éste.

Con todo esto, no le regateo mérito y plácemes a Miguel Delibes, flamante académico de la Lengua. □

LOS LIBROS DE LA SEMANA

por Pedro Sánchez Paredes

AL FILO DE LA VIDA (I)

Siempre he sentido desconfianza hacia los libros que recopilan diversos textos periodísticos, dispersos en publicaciones y aparecidos en diversas fechas. La mayor parte de esos libros adolecen de una falta de unidad y de una irregularidad de estilo que convierten la lectura en una empresa fatigosa. En general, constituyen artificiosas amalgamas literarias caracterizadas por su incapacidad para despertar nuestro interés, aunque sea solamente en algunas de sus páginas. Sin embargo, hay excepciones que confirman esa general y fatídica regla. Y de vez en cuando, aparece algún libro de este género que merece su publicación realmente. El libro de Luis Gonzaga

Manegat titulado *Al filo de la vida* es, afortunadamente para los lectores, una de esas excepciones.

Los artículos que componen esta antología —preparada y prologada con amor y sin énfasis por el hijo del autor, Julio Manegat— están escritos en una prosa tranquila, segura de sí misma, entrañable, sobre la que el tiempo parece remansarse y convertirse en silencio y en música. Tienen todos ellos la fragancia inolvidable de un tiempo pasado en que el hombre no había perdido todavía la facultad de profundizar en los sucesos cotidianos y de contemplar rítmicamente las cosas sencillas y aparentemente sin ninguna trascendencia.

Los temas tratados, no obstante, aunque cotidianos y elaborados con elegante sencillez, constituyen un amplio recorrido de los proble-

mas más agudos y angustiosos de nuestro tiempo. Luis Gonzaga Manegat, haciendo gala de una sensibilidad que no cae jamás en la sensiblería y de una religiosidad auténtica que se manifiesta sin retóricas vanas, sin recurrir jamás a tópicos y convencionalismos superficiales y, sobre todo, sin incurrir en ningún momento en dogmatismos y en intransigencias, ejerce un periodismo ameno, ágil y profundo.

En la primera parte del libro, el innato amor del autor a todo lo humano se particulariza y concreta en torno a Barcelona. Una Barcelona inolvidable que ya pertenece al pasado pero que nunca perderá su encanto, casi místico, en la memoria de todos los hombres y mujeres que se sientan inclinados a historiar la belleza. Una Barcelona milenaria, medieval y moderna, cargada de historia, llena de leyendas, de tradiciones y costumbres sobre las que parece soplar una inefable brisa de eternidad, de sosiego, de poesía y de milagro. Luis Gonzaga Manegat nos relata la pequeña y la gran historia de las calles, de las plazas, de los parques y de los más recoletos e inconnocidos rincones de la capital catalana, con su rico y pintoresco anecdotario, sus personajes desaparecidos y su paisaje transformado por la irrefrenable expansión urbanística de la gran urbe. Por su nostálgica tersura, nos lla-

gat, en que construir los belenes de Navidad era un arte familiar y una ocasión de deleite colectivo, y recorrerlos una buena ocasión para estrechar lazos de amor, de amistad y de comprensión entre todos los hombres de buena voluntad.

Las otras cuatro partes del libro constituyen precisamente un claro testimonio del amor, del perdido arte de la amistad y de la comprensión y buena voluntad del autor ante todas las realidades de la vida y de la sociedad humana. El autor se siente unido en sus escritos a todos los hombres que habitan el planeta. Sonríe en sus sonrisas. Lloro en sus lágrimas. Sufrimientos y sus angustias como si fueran propias. Se siente dominado por el dolor de saber que, en todas las ciudades de la tierra, hay seres humanos capaces de contemplar el cielo pero esencialmente incapaces de vislumbrar una sola estrella, una sola aurora, un solo milagro. Por ello, como en una sosegada meditación acerca de las realidades de nuestra época, como en un sincero diálogo consigo mismo en el que participaron miles de lectores que tuvieron noticia anticipada de *Al filo de la vida* en las páginas de *Noticiero Universal* de Barcelona, como en una oración íntima y cotidiana, se constituye en defensor incansable de los hambrientos, de los miserables, de los olvidados. Y en implacable denunciador de injusticias, de arbitrariedades y de ignominias universales. Pero el aspecto más hermoso de su obra periodística es que realiza esa empresa, día a día, sin concesiones al reposo, sin desfallecimientos y, lo que es más importante para definir su personalidad humana, manteniendo siempre viva su fe y su esperanza en el hombre.

DIFUNTOS BAJO LOS ALMENDROS EN FLOR (II)

Treinta y dos relatos componen este libro de Baltasar Porcel. No se trata, sin embargo, de un libro de relatos. Porque, a través de una técnica levemente contrapuntística desarrollada con habilidad en el espacio y en el tiempo, el autor nos ofrece la historia de un pueblecito mallorquín poblado por seres humanos de carne y de sangre, quintaesenciados mediante una poderosa capacidad de reinención de la realidad que los arranca del paisaje y, sin necesidad de convertirlos en símbolos, les confiere una sublime entidad de seres imaginarios. Los personajes viven vidas cotidianas que Baltasar Porcel potencia con su lenguaje y con su fantasía. Ninguno de ellos nos es presentado de una forma autónoma que propicie su desvinculación del libro, cuyo carácter unitario es evidente. La unidad viene determinada por el escenario geográfico común a to-

dos ellos, salvo en algunas transitorias incursiones por otras latitudes, por su también común condición de muertos, cuya existencia sigue milagrosamente viva en el recuerdo del narrador, y por las leves tangencialidades internarrativas inherentes a una encrucijada de trayectorias biográficas que se determinan y se delimitan recíprocamente como consecuencia de su forzosa convivencia.

Se trata de una galería de tipos inolvidables. La magistral sumariedad con que aparecen ante nuestros ojos intensifica su presencia física y nos introduce, sin necesidad de inexactitudes introspectivas ni de forzados análisis psicológicos, en sus realidades anímicas. Baltasar Porcel nos dice, mediante una simple exposición de actos externos, mucho más de lo que puede decirse recurriendo a los habituales convencionalismos freudianos o gurvitchianos. Tras la lectura de cada pasaje, nos damos cuenta de que hemos penetrado un poco más en ellos. O que ellos han penetrado en nosotros con sus pequeños pero absolutos dramatismos existenciales que, aunque descritos por el autor, en el marco de una horizontalidad deliberadamente grotesca y desenfadada, en un lenguaje sencillo y, al mismo tiempo, originalmente barroco, alcanzan siempre su virtual catástasis propiciadora de nuestra emoción estética.



Son, sin duda alguna, personajes vivos y palpantes. Sus historias, relatadas con una increíble agilidad que obliga al lector a visualizar inmediatamente lo narrado, a recrearlo en su imaginación y a vivirlo, quedan revitalizadas mediante la alquimia de la palabra. Porque, en virtud de mágicas intensidades imaginativas refrenadas al ser descritas, Baltasar Porcel consigue que el lector aprehenda como algo suyo, como algo presenciado desde muy cerca, como

(II) DIFUNTOS BAJO LOS ALMENDROS EN FLOR, de Baltasar Porcel. Ediciones Destino. 1972. 201. pág.

algo vivido en el aliento, en el pulso, en la respiración y en los latidos de los personajes que las viven, esas existencias siempre desgarradas por pequeños relámpagos de tinieblas que son resplandor solamente para los que, gracias a ese milagro que llamamos vida, son capaces de elevarse a las más altas cumbres de sí mismos. Algunas criaturas porcelianas nos parecen especialmente humanas y, en consecuencia, muy cercanas a todo lo divino asequible a los ciegos pobladores de nuestro intolerante planeta. Montserrateta Garí, víctima hasta la vejez del absolutismo de los anatemas sociales por haber inocentemente obedecido, en los primeros albores de su adolescencia, los inexorables condicionamientos de una fisiología que no hemos inventado los hombres sino que nos ha sido impuesta por la naturaleza. La homicida Joana Bernadí, inventora de fantasmas que acaban volviéndose contra ella. Don Simó Vidal i Vidal, que vive la tragedia —tan frecuente en nuestro tiempo y en todos los tiempos— de creer que la palabra no necesita significar nada para significarlo todo. Bonaventura Ensenyat, que descubre que la mayor profundidad se alcanza en el silencio y que crea una extensa obra sin palabras, tal vez con el propósito de no incurrir en contradicciones ni provocar exégesis inexactas, aunque el narrador se incline a creer que fue sólo para fingir ante sus conciudadanos una sabiduría que no poseía. Los endemoniados Lou Tortella y Sor Anatolia del Santísimo Sacramento del Altar, ambos situados en un mundo donde, a pesar de todas las apariencias, es imposible imaginar la presencia del demonio. El mudo Martorell, bestialmente sabio, estremecedoramente humano. El anarquista Brauli Castell, que desaparece de la historia sin dejar rastro como si sus ideales estuvieran hechos de humo, de niebla y de sueño.

Baltasar Porcel es un gran narrador. Y en este libro al menos, lo es sin necesidad de recurrir a ningún procedimiento de vanguardia. Al margen de las actuales tendencias narrativas, Baltasar Porcel aspira a ser tan sólo Baltasar Porcel. Y consigue la originalidad sin abandonar las formas convencionales de la novelística. Sabe ordenar los elementos del relato con una lógica nitidez que elude todo intento de babelización del contenido. Su obra es profunda precisamente por no haber sido puesta al servicio de supuestas profundidades. El juego con el tiempo y con los recuerdos no oscurece, en ningún momento, la comprensión. Ni induce a confusión. Ni postula una relectura ordenadora del material fabulado. Y sin embargo, la relectura se impone como consecuencia de la calidad intrínseca de los relatos y del placer estético que éstos proporcionan desde la primera hasta la última página de la obra.



man la atención especialmente las poéticas evocaciones de la Barcelona de principios de siglo, cuando las gentes recorrían las calles parsimoniosamente y, de vez en cuando, se detenían para contemplar el cielo, porque no habían sido todavía esclavizadas por la irracional y mecánica tiranía de los relojes ni por los guiños neuróticos de los semáforos y de los incansables anuncios luminosos. Un bello testimonio de una época, viva en el recuerdo de Luis Gonzaga Mane-

(I) AL FILO DE LA VIDA, de Luis G. Manegat. Ediciones Marte. 1972. 306 pág.

“Soy un cazador que escribe, no un escritor que caza”

“Este es un pueblo de mucho ingenio, mucha gramática parda y poca educación cívica”

y II

DELIBES me ha dicho, “soy un cazador que escribe, no un escritor que caza”. Miguel, con la caza, regresa un poco al paleolítico, expresión de Ortega que el autor de “La hoja roja” ha glosado felizmente. ¿Qué es entonces cazar para Delibes?

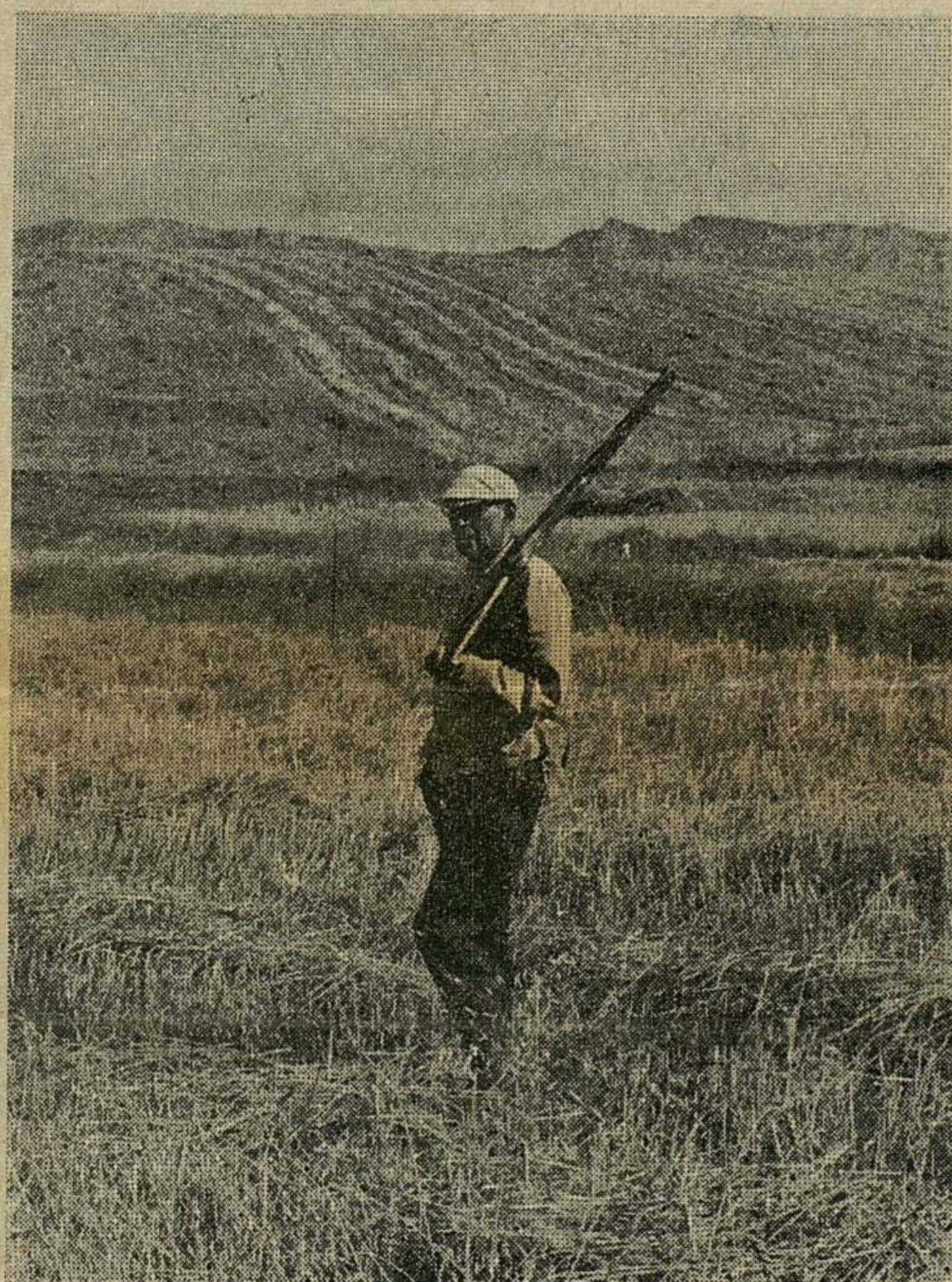
—Después de la guerra, me ha dicho, se ha puesto de moda la caza, no sólo por la revolución de los transportes. Ha habido un desvirtuamiento de la caza. El tío que tira se cree que caza y no caza. Cazar es buscar, es levantar, es sudar, es matar, es cobrar, todo tú. Ahora, si buscas un señor para que te levante y te envíe la caza, otro para que te la cobre y te localice el sitio y tú sólo tienes que apretar el gatillo, tú me dirás dónde está la emoción en el ojo.

He cazado con Delibes, lo cual es por encima de todo un ejercicio de sentido del humor y de conocimiento del campo y los pájaros. Cuando paramos en una vauada para comer un taco de jamón y beber un trago de la bota, el novelista protesta con voz dolida contra el envilecimiento de la caza. Porque la tecnología viene a matar a veces la pequeña epopeya del cazador:

“Se ha puesto de moda cazar en «jeep» y con rifles del 22 que no hacen ruido, con los que en tiempo de veda salen a cazar perdices. Conozco a mucho imbécil que se ha comprado el rifle del 22. Entre los señoritos del «jeep» y los furtivos lo echan todo a perder. Este es un pueblo de mucho ingenio, mucha gramática parda y poca educación cívica y el ingenio se aguza para destruir la caza. Sin ir más lejos, el otro día se nos arrancó una liebre y claro, no la tiramos, porque no estaba abierta la veda de la liebre. Uno que iba con nosotros dijo: «¿Por qué no la matas?». Pero no sólo no quedas como un deportista, sino que te llaman idiota. «Otro la matará», añadió el tío. Ya sé que la matará, pero si es en su momento bien matada está».

En el terreno de la sociología de la caza, Delibes añade:

“Entre los tipos típicos de cazador está el furtivo, que hace profesión de la caza. Esta además, el cazador, cazador que para una codorniz está una hora o más en el rastrojo. Después tienes al de la película de Saura, «La caza», que no es representativo, pero que se da... Además, el cazador de guante blanco que no se mancha, no suda, tiene quien sude por él y se manche por él. Luego está el señor que ha puesto la caza por disculpa para buscar asesorías, ayudas, para buscarse un padrino. Yo



EN BUSCA DE LA PERDIZ ROJA

soy un cazador por vocación, mamá me dice. Mi padre también lo fue y muy bueno. El año que murió tenía 81 años, subía las laderas más empinadas, le temblaban las piernas al llegar y bebía vino de bota.

Pueblos de Castilla

Ahí está Lorenzo, el del «Diario de un cazador» como prototipo, por su elegancia natural, su lenguaje vivo, su honda humanidad, del resto de los personajes adultos que crea el autor. «Diario de un cazador» se sitúa como ciclo vital entre «El camino» y «La hoja roja».

“Todo lo de Lorenzo es verdad, me dice Delibes. Lo que no le ha pasado a él le ha pasado a alguno de mis amigos. Es gracioso, «Diario de un cazador» se ha traducido al alemán y francamente, no concibo a Lorenzo hablando en alemán. En los Estados Unidos, según vi en mi última visita, ponen muy buena voluntad, pero no entienden el sentido del habla popular de Castilla. Una chica francesa ha hecho una tesis sobre la vida de la naturaleza en mi obra. Es un libro divertido porque hace recuento de las variedades de pájaros y ratas, de los árboles, de las puestas de sol, pero no tiene valor interpretativo. Muchos de los jóvenes novelistas rusos son cazadores. Huyen de la ciudad para refugiarse en los ríos y en el campo, este amor a la tierra les viene de muy atrás.

Pero no es la caza en Delibes sólo una actitud folklórica o deportiva, sino el vehículo de conocimiento de una geografía concreta y de una circunstancia. El novelista es testigo del hondo trauma de la emigración; Castilla se despuebla:

“Pueblos que yo vi hace años con treinta vecinos tienen hoy cuatro tan sólo o no tienen ninguno. Los números dan una falsa sensación a veces. Dicen que el 7 por 100 de la población de Estados Unidos es campesina, en España el porcentaje es de un 30 por 100. Sin embargo, la agricultura norteamericana es próspera. Pero hay que ver cuál es la población campesina española. No hay más que darse una vuelta por los pueblos. Son niños y viejos de ochenta años. Los que se van vuelven al pueblo algún verano, pero nunca para quedarse. El otro día hacía una pregunta a uno de Cam-

pasero, provincia de Valladolid, que se había ido a la industria a Barcelona: «¿Viene a quedarse?». «No. No vendría yo, respondió, ni aunque me diesen el jamón gratis».

Miguel confiesa, y nos cuesta creerle, que ya empieza a notar los años cuando las perdices salen en el quinto pino. Sufrió un resbalón cuando cazaba y la fractura le tuvo en el dique seco durante varios meses. Delibes lo pasó mal. En cuanto pudo se le vio en las lindes del cazadero, con añoranza. «Hasta hace muy poco jugaba de portero con el Sedano C. de F. Ahora ya me he retirado... salidas de puño, despejes, todavía paro algunos penaltys».

Delibes ha escrito cientos de crónicas de fútbol. Pero dice que también se ha corrompido el fútbol por el dinero y ha perdido afición. Va al cine y escribe de cine. Escribe. Da clases. No se ha fosilizado ni ética ni estéticamente.

Parábola del naufrago

Su última novela, por ahora, «Parábola del naufrago» supera el ámbito pequeño-burgués de «Cinco horas con Mario» para dar al relato una dimensión más ambiciosa y trascendente. Es un grito contra la numerización del individuo. Jacinto San José, el protagonista, es un hombre que ve cómo fatalmente la superestructura política y la infraestructura burocrática, le reducen a la nada, hasta al

fin aniquilarle. Es un Delibes menos telúrico que en obras anteriores, más abstracto, más hermético también. Deja un poco su «hinterland» espiritual, Castilla, y su lenguaje habitual para experimentar en una línea más filosófica: desesperada. ¿Más nihilista? Delibes opina que no; me dice:

—«Parábola del naufrago» encierra o pretende encerrar al menos, una advertencia para evitar nos el ser convertidos en borregos como Jacinto San José. No es un libro nihilista, por tanto, como alguien ha sugerido, aunque su eficacia nos llegue de rebote. Si yo no he tenido piedad de Jacinto San José, personaje de ficción, es precisamente por la piedad que me inspiran los seres de carne y hueso, susceptibles de escarmentar en cabeza ajena.

¿En qué vía ha entrado Miguel Delibes como novelista? Sé que intentó una novela con protagonistas infantiles y más tarde, la pequeña tragedia de dos ancianos abandonados por la emigración en una aldea de Castilla. Pero su próxima obra vuelve a la temática de la guerra civil, sobre la que tanto ha reflexionado el autor. Hasta ahora hemos visto la melancolía y la tristura en «La hoja roja», el humor y la parla popular de los cazadores del «Diario», los condicionamientos burgueses, el pesimismo en «Mi idolatrado hijo Sissi», la denuncia en «Las ratas», el diagnóstico de la adolescencia en libertad en «El camino», el lúcido monólogo de «Cinco horas con Mario» como expresión de un «cristiano impaciente».

Vuelve al tema de la guerra civil, o a la nostalgia de sus años de estudiante, cuando la tragedia estaba aún viva. Me recuerda aquella época:

“Tenía novia y nos queríamos y en ese trance nada nos importaba ir al café y pedir una caña «para dos». Los cinco días restantes de la semana paseábamos y, si hacía mucho frío, nos arimábamos como los niños de las novelas de Dickens, a los respiradores de la calefacción del café del Norte. En cambio, en el buen tiempo, nos sentábamos en un banco del Campo Grande a tomar el sol, como marqueses. Fue una buena época y una buena prueba aquello, créeme, porque todo lo que alcanzamos después nos parece un regalo».

Pregunto a Delibes, en qué medida cree que la guerra civil interesa a los jóvenes españoles:

«Volvemos a lo de siempre, me responde. A los muchachos preocupados, que hay muchos, les interesa no sólo la guerra civil, sino «las» guerras civiles. Lo que ya constituye otro problema es la justicia o la injusticia de que les alcancen sus salpicaduras. De los españoles se ha repetido que somos ingobernables e incapaces de convivencia, pero con los menores de 40 años, que yo sepa, esto no se ha demostrado. ¿Qué oportunidades les hemos dado de participar en la marcha del país?»

Manuel Leguineche.

Miguel Delibes, del campo a la Academia

- ★ "Me levanto en catedrático, almuerzo en escritor y ceno en periodista"
- ★ "La familia y la naturaleza, mis dos grandes preocupaciones"
- ★ "Cada vez son más frecuentes en mí las "llamadas" del campo"



I

MIGUEL Delibes, el nuevo académico de la Lengua, con la boina calada y un pitillo de "caldo de gallina" entre los dedos me hablaba hace una docena de años en Valladolid de la necesidad de volver a la naturaleza. Ahora que está de moda la revaluación del campo y que abominamos del monóxido de carbono me vienen a la memoria estas conversaciones con Delibes. Era ya, en su defensa del entorno rural y de la pureza del ambiente, un precursor. Se retiraba, el catedrático, novelista, cazador, a su reducto de Sedano, en Burgos, y recuerdo que me dijo una tarde: "Incluso Valladolid me incomoda ya con los primeros semáforos."



Miguel Delibes: el campo de la ancha Castilla

En Sedano encontraba Delibes esa paz espiritual que empezaba a faltarle en la ciudad. "Es un pueblecito de Burgos, me decía, donde las manzanas no tienen coque y los conejos no enferman de mixomatosis". Allí se retira Miguel con su esposa Angeles y sus siete hijos. Las puertas permanecen abiertas porque nunca falta el amigo en peregrinación o la licenciada en Letras que prepara una tesis sobre el novelista castellano. Hablamos de Angeles: "A mi mujer le dediqué un libro diciendo que era mi equilibrio. Hoy, al cabo de los años no puedo hacer sino confirmarlo. Los escritores, los artistas en general solemos tener un temperamento difícil. Hay que pensar que si algo no ha estallado en mi casa desde hace años se debe seguramente al tacto y a la mano izquierda de mi mujer".

Los hitos

Los hijos. Su preocupación fundamental. "En mi generación continúa habiendo padres que, cuando les sale un hijo listillo, no ven para él otra carrera con-

gruente que la de ingeniero. O que, por el contrario, consideran la de Letras como una carrera apta para minusválidos. Tú has leído "Cinco horas con Mario", ¿verdad? Bueno, pues los Menchus y las Menchus todavía están en mi generación a la orden del día. Una pena".

La pasión de Miguel por el campo y la biología ha empujado a sus hijos en esta dirección. Así, Miguel, el mayor, es licenciado en Biológicas, lo mismo que Angeles. Germán es arqueólogo. Elisa estudia Filosofía y Letras. Juan estudia bachillerato, aunque su padre le ve enfocado también hacia Biológicas. "Distingue como nadie un serín de un verdorón y un porrón de un rabudo". Los dos pequeños, Adolfo y Camino sienten inclinación hacia las Letras.

"Me gustaría que alguno de mis hijos fuera músico, pero dado mi pésimo oído, no cabe duda de que si esto se produjera sería un don de la Providencia".

Sin embargo, Delibes, el de "Copelia", era pariente del novelista: "Mi abuelo era francés. De Toulouse. Y vino a España

con ocasión del tendido del ferrocarril Reinosa - Santander. Al llegar a Molledo - Portolín tuvieron que perforar un túnel muy largo, tan largo que a mi abuelo Federico le dió tiempo a enamorarse de mi abuela, andarse unos meses de novios y casarse con ella. Mi abuelo debía ser un hombre de carácter especial, porque no volvió a Francia ni hablaba de sus parientes. Tan sólo se sabe, porque mi padre se lo oyó decir, que era pariente del compositor Leo Delibes".

Para conquistar Madrid

Como un "leit motiv", la naturaleza, la caza, la pesca vuelven siempre a la conversación. Delibes en Madrid, cuando viene se siente desorientado, perdido. Sorrea con dificultad las avalanchas de coches y está claro que la gran ciudad le desborda. Me dice:

"Si, me gusta el aislamiento y la vida provinciana. Para conquistar Madrid nunca consideré necesaria la presencia física. Algunos me han afeado que mis novelas son poco trascendentes porque trato ambientes provincianos. Yo no creo que la trascendencia y la universalidad de una obra exijan una densidad de población determinada. La misión del novelista es anotar fragmentos de un mundo pequeño o grande y acertar a recrearlo. Si uno acierta, la novela tendrá trascendencia, aunque sus protagonistas sean pobres gentes y el ambiente donde se desenvuelven cuatro mezquinas casas de adobe".

La Naturaleza: "Con los hijos

y la familia, mi otra gran preocupación es la Naturaleza. No puedo dejar una semana sin ponerme en contacto con ella. En este sentido cualquier disculpa es buena. Cazar perdices, pescar truchas, capturar cangrejos, bañarme en el río o en el mar. Mi mujer se lamenta de que cada día son más frecuentes en mí las "llamadas" del campo. Pero la verdad es que yo no sabría vivir sin estas escapadas periódicas".

No es lo que se dice un hombre de mundo: "Las grandes reuniones no me gustan. Me agrada el cambio de impresiones con un matrimonio amigo; pero siempre que la reunión pase de la media docena de personas, la plática me aburre. No creo que sea un hurón pero lo que no soy con seguridad es lo que se llama un hombre de mundo. En todo caso pienso que ni nuestra paz ni el mundo van a arreglarse en las grandes tertulias".

El mercantil

Estudió Derecho y Comercio al mismo tiempo: "A los veinte años ingresé como caricaturista en "El Norte de Castilla". En el periódico gané mis primeros dineros. Expuse mis caricaturas y dibujé tar-

jetas de felicitación para Navidad. Luego entré en el Banco Castellano. Estuve medio año aprendiendo la técnica bancaria y a continuación hice oposiciones a cátedras de Derecho Mercantil. Las gané en 1944. Seguí en el periódico, entré en la Escuela de Comercio como profesor de Historia de la Cultura e Historia del Comercio".

Delibes recuerda con frecuencia el libro de Mercantil de Garrigues, que le ha servido, junto a la técnica periodística, de gimnasia y disciplina del lenguaje. Como periodista es sensible y honesto. Trabajé junto a él tres años en Valladolid. Ha estado siempre empeñado en una justa lucha por la defensa de los intereses del campo, de la Tierra de Campos. Escribe sus artículos a mano, con pluma de punta gruesa, sobre papel prensa. "Diariamente tengo que desacomodar la cabeza por lo menos tres veces. Me levanto en catedrático, como en escritor y ceno en periodista". La labor del catedrático le parece ingrata:

"Unas veces encuentro la compensación en esos tres o cuatro alumnos interesados en la materia. Pero en cualquier caso entiendo que el fracaso en la enseñanza no proviene tanto de la falta de interés de los alumnos como de las graves crisis de la didáctica".

También en este sentido, Delibes, al referirse a la función y circunstancia del catedrático percibió con varios años de adelanto, la crisis de la Universidad, cristalizada en los años 60. El ha sido autor de algún libro de texto, como sus novelas, despojado de polvo y paja.

Viajes

"Hay algunos profesores, me ha dicho, que al hacer un libro de texto persiguen antes que el que sus alumnos aprendan, el alcanzar un lucimiento personal. No quieren darse cuenta de que las más de las veces estos libros no llegan a los alumnos porque la retórica los ahoga".

Ha viajado mucho. Por Africa, Europa y América. Escribe y describe sus viajes con agilidad y sentido común. Tiene una gran capacidad de sorpresa, como conviene a un castellano viejo, y reflexiona con ironía y excentricismo dos de sus más definitivas características en U. S. A., sobre la civilización del automóvil. Su sentido de la justicia le juega una mala pasada en Praga. Es un hombre Miguel Delibes sujeto a las alternativas sociológicas y morales de nuestro tiempo. Es pesimista a veces, esperanzado, crítico. De una lucidez apabullante. Es el último novelista de Castilla. Desde que ganó el Nadal con "La sombra del ciprés es alargada", (15.000 pesetas y el despertar de una vocación, "sin el Nadal no hubiera sido escritor"), patea los campos de Castilla con la escopeta al hombro.

Así nació, por ejemplo, "Las ratas". "Conoci, me ha dicho, a un tipo que cazaba ratas en el cauce de un arroyo. He partido de este hombre para trazar un cuadro de la vida de los hombres de Castilla".

Manuel Leguineche.

VOTACION REÑIDA

59

Madrid (De nuestra Redacción -S-).—Eran las 8,10 de la noche cuando el novelista Zunzunegui salió del salón de Juntas de la Real Academia Española. «Delibes ha ganado», dijo. Después se dirigió al teléfono para llamar a la esposa del novelista, que se encontraba en Madrid.

«Sí, a la tercera votación, por 14-13», le oímos decir.

Parte del misterio había quedado desvelado. La reunión comenzó a las siete de la tarde, con la asistencia de 27 académicos dispuestos a cubrir la vacante X de de la «E», cuyo último ocupante fuera Guillén...

Los aspirantes sólo eran dos: Miguel Delibes y José García Nieto. Al novelista lo presentaban Zunzunegui, Julián Marías y Aleixandre; al poeta, Pemán, Gerardo Diego y Camilo José Cela.

La verdad es que el ambiente era menos concurrido que en ocasiones similares. Media docena de conserjes y porteros y otra media docena de periodistas. En los corrillos, realmente, no se veía una decisión clara. Zunzunegui, mientras iba hacia el teléfono y mientras regresaba al salón de Juntas, manifestó que había habido tres votaciones: 13-13 (un voto en blanco), la primera; 14-13, a favor de Delibes, en la segunda. Este voto de margen no bastaba en la segunda votación. Hubo necesidad de la tercera: 14-13. El novelista y periodista conseguía el sillón académico.

En medio de las carreras del momento, logramos llegar hasta Zunzunegui:

—Señor Zuzunegui, ¿cómo ha sido?

—Muy reñido y muy difícil, como correspondía a dos grandes escritores, como García Nieto y Delibes.

—¿Qué opina respecto a la elección?

—Que ha sido elegido un gran escritor.



EL NOTICIERO UNIVERSAL

MIGUEL DELIBES, ELEGIDO ACADEMICO DE LA ESPAÑOLA

Por un voto sobre García Nieto



Madrid, 2. — El novelista vallisoletano don Miguel Delibes fue elegido miembro de número de la Real Academia de la Lengua. En la tercera votación efectuada en el transcurso de una sesión ordinaria de la Academia, el señor Delibes obtuvo catorce votos, frente a trece el otro candidato, don José García Nieto.

Don Miguel Delibes Setien, de 52 años de edad, nació en Valladolid

y ha residido siempre en esta ciudad castellana. Es licenciado en Derecho, intendente mercantil y periodista. Actualmente desempeña la cátedra de historia del comercio en la Escuela de Comercio de Valladolid, y es consejero-delegado del periódico local "El Norte de Castilla" del cual fue director durante varios años.

En el aspecto literario, obtuvo el premio "Nadal" con su novela "La sombra del ciprés es alargada". Su producción literaria comprende más de veinte títulos, entre los cuales figuran "Las ratas", "Diario de un cazador", "Mi idolatrado hijo Sisi", "El camino", "La hoja roja", y "La primavera de Praga". Ha conseguido también el premio "Fastenrath", que otorga la Real Academia Española.

Muy aficionado a la pesca y la caza, Miguel Delibes está casado con doña Angeles de Castro desde 1946 y tiene ocho hijos. Sus novelas han sido traducidas en casi todos los países de Europa occidental y Estados Unidos. Es miembro de la Comunidad Europea de Escritores y de la Comunidad Europea de Cultura.

Don Miguel Delibes ocupará el sillón "E" de la Academia, vacante desde la muerte de don Julio Guillén. — Europa Press.

UN "NADAL" EN LA ACADEMIA

Después de una reñidísima votación —por un sólo voto de diferencia sobre José García Nieto, el poeta de la juventud creadora y del «garcilasismo»— ha sido elegido miembro de la Real Academia de la Lengua Miguel Delibes. Con él, un «Nadal» barcelonés (premio conseguido con su obra «La sombra del ciprés es alargada», que lo proyectó en la vida literaria) se sienta en un sillón académico.

En esta ocasión las candidaturas no se ventilaban entre estudiosos o técnicos del lenguaje, como las que llevaron a la docta entidad de «limpia fija y da esplendor» a Lapesa o a Alarcos. El pugna se media entre dos auténticos creadores literarios; utilizadores de palabras vivas, cuyo manejo las dejan redondas y relucientes como monedas; García Nieto, «Premio Ciudad de Barcelona» de poesía, con su palabra dulce e intimista, de buena tradición céltica; y Miguel Delibes, un verdadero «caso» de inquietud fabuladora. Ya sus disciplinas son plurales; profesor de la Escuela de Comercio, periodista, abogado, caricaturista, novelador de prodigio, aunque él guste señalar, con cierta coquetería, que no es más que «un cazador que escribe».

Viajero sin fatigas, nos ha dejado testimonio de sus correrías en «Usa y yo; parada y fonda», «Por esos mundos». Novelista singular (la nómina de sus novelas constituyen las piezas más singulares de la narrativa contemporánea española. Anotemos «Mi idolatrado hijo Sisi», «La hoja roja», «Cinco horas con Mario». Varón de larga zancada por trochas y vericuetes, a él se le debe libro tan bello como «Diario de un cazador» del que escribió palabras muy elogiosas el conde de Yebes, varón, como Delibes, de perros perdigueros y de escopeta al hombro.

Miguel Delibes, sobre todo, es un lingüista de una pieza; en sus correrías y en su contacto con la gente humilde de Castilla ha recogido los vocablos más fragantes, pero en trance de perecer debido a la crisis de nuestra lengua. Castellano de nacimiento —abrió los ojos en Valladolid— la herramienta del idioma es en él un instrumento natural y espontáneo, donde habla el campo, la naturaleza y la vida.

España, generadora de grandes prosistas, tiene en el nuevo académico Miguel Delibes una de las plumas más señeras. Su llegada al seno del cónclave de los «inmortales» no puede ser más digna y apoyada sobre la justicia. — R. M.



MIGUEL DELIBES

La Real Academia Española está operando últimamente una suerte de descentralización muy saludable, y va a buscar sus nuevos miembros en las provincias españolas. Hasta hace unos años, la Academia era algo así como una patente de madrileñismo —con obligatoriedad para los académicos de residir en la villa—, una cosa que se conquistaba a fuerza de años, visitando mucho a los inmortales y posando de academizable. Pero Lázaro Carreter, Emilio Alarcos o Miguel Delibes son hombres de provincias, intelectuales a los que la Academia ha ido a buscar a sus lejanos rincones.

Claro que la Academia, en rigor, no va a buscar a nadie, pero de alguna manera pone los ojos en ese hombre silencioso y eficaz que está laborando por la cultura nacional en su provincia, lejos de eso que alguien llamó «la farsa del madrileñismo». Esta descentralización de la Academia nos parece muy efectiva por cuanto viene a iluminar con poderosa luz el quehacer de quienes voluntariamente se han apartado a la escondida senda. Miguel Delibes puede aportar a la Academia el aliento de una tierra, el lenguaje y la verdad de una Castilla que él ha desmitificado, ha liberado de literatura noventa-yochista. La obra toda de Delibes viene a ser una confirmación ejemplar de los valores del localismo en el arte. El localismo, siempre que no se entienda como costumbrismo entusiasta y estrecho, es la única posibilidad creadora auténtica, pues el cosmopolitismo de un Blasco Ibáñez o un Somerset Maugham, a la larga no dejan nada. Balzac y Proust nos dan el París de los salones; Zola, el París del suburbio; Dickens, el Londres callejero; Faulkner, el hondo sur americano; Joyce, su Dublín natal; Cervantes, los pueblos de La Mancha; García Márquez, Macondo.

El primer acierto de un novelista es acotar un mundo propio. Como dice Zunzunegui, no hay que creer en el novelista que para escribir una novela necesita hacer un viaje. Los viajes del novelista deben hacerse hacia el pasado, hacia lo hondo, hacia atrás siempre, porque de los viajes hacia adelante sólo puede salir un libro de viajes, una guía de ferrocarriles.

A Delibes se le ha reprochado mucho el que no se moviera de Valladolid —literariamente hablando, ya que por lo demás es un viajero casi

constante—, pero ahora comprendemos que el acierto de su obra, de su planteamiento literario, ha sido precisamente el quedarse en Valladolid, en el corazón de Castilla, pues esto les ha dado a sus libros un respaldo, una continuidad, una unidad, una autenticidad que nunca logra el zascandil ilustre.

Por otra parte, el escritor que se queda en provincias evita el navajeo constante de la Corte y, si bien tiene menos amigos, tiene también menos enemigos. Es muy difícil, en un país tan centralizado como el nuestro, triunfar desde la provincia, pero la limitación del escritor provinciano se convierte en su ventaja y fortuna cuando la provincia llega a confundirse con la obra. Miguel Delibes, que en principio ha sido un escritor sin actitudes literarias, quedará, sin embargo, tan fundido en vida y obra como un Baudelaire o un Oscar Wilde, porque su conducta y su escritura son prolongación una de la otra. El cazador que escribe, el escritor que caza, el hombre de la provincia que sale al campo, el campesino intelectualizado. Es muy difícil ya, en Miguel Delibes, deslindar la biografía de la obra, y cuando en un escritor llega a producirse esta confusión, este arropamiento mutuo de lo vivido y lo escrito, es cuando el mito literario está en marcha.

La disociación, el distanciamiento entre el autor y sus libros, es un fenómeno intelectual de respuesta al mito romántico de una vida literaria, de una literatura vivida. Miguel Delibes, sin ningún alarde de romanticismo, vuelve a constituir, empero, una apretada unidad novela-vida, de la que se deduce su autenticidad. El escritor madrileño suele adolecer de cosmopolitismo de desarraigo, de cultura libresca. El escritor español viene a la Corte a conquistar la gloria literaria, dejándose en el camino lo mejor del equipaje: el tesoro biográfico, vital, de una provincia lejana. Cuando la novela española empieza a perderse en el desarraigo, el mimetismo, el esteticismo tardío y el cosmopolitismo de pega, Miguel Delibes llega a la Academia con una obra grávida de autenticidad, rica de realidad. La provincia —eso que en Madrid suena tan despectivamente— se revela una vez más como el venero hondo y cierto de toda creación arraigada.

FRANCISCO UMBRAL

Delibes, académico por un voto

Al caer la tarde empezaron a llegar los señores académicos con su sombrero, su abrigo y su voto preparado en el bolsillo. Al cerrar la noche Miguel Delibes estaba proclamado como nuevo poseedor del sillón «e» (minúscula), que había quedado vacante al fallecer don Julio Guillén.

Los señores académicos, en su salón solemne, tuvieron que pedir muchos recados de escribir para cubrir las papeletas de las tres votaciones. Don Juan Antonio Zunzunegui, don Julián Marías y don Vicente Aleixandre tuvieron que hacer buenas «campañas» de relaciones públicas para que su candidato, Delibes, resultara electo sólo por un voto de diferencia —catorce a trece— ante el acoso de su oponente, José García Nieto, que estaba presentado por don Camilo José Cela, don Guillermo Díaz Plaja y don José María Pemán.

Al final de la jornada (jueves, uno de febrero, día de elección) el nombre de Miguel Delibes había pasado a la lista de los «inmortales» por escaso margen y el teléfono del recién elegido comunicaba continuamente, bloqueado por los parabienes.



PLAZA MAYOR



Vida Cultural

MD

MIGUEL DELIBES, EN LA REAL

ACADEMIA

Miguel Delibes, académico. Va a ocupar el sillón vacante por la muerte de Julio Guillén Iato. Un nombre de tierra adentro, el puesto de un hombre de mar. El otro candidato era el poeta José García Nieto. Delibes obtuvo 14 votos; García Nieto, 13. El garcilasismo, en su más alto representante, ha quedado cerrotado cuando parecía natural la inclusión académica en su nombre de una etapa de la poesía española. Ya es curioso el cruce de los presentadores de ambos. A García Nieto le presentaban —novelista y maestro de Delibes—, el poeta prosista Peman y el ensayista Guillermo Díaz-Fraja. A Delibes, el ensayista Julián Marias, el poeta Vicente Aleixandre y el novelista —nunca muy próximo al candidato— Juan Antonio Zunzunegui. ¿Le quedará a García Nieto —y con él su época lírica— una nueva oportunidad? Quizá una nueva crítica comente a este poeta y su período con una perspectiva diferente.

Desde luego, el nombre de Delibes en la Real Academia no puede más que tener adhesiones. Recuerdo el sonrojo de uno de los profesores y críticos españoles de los que más estimo cuando le señalé que en los Estados Unidos, en una antología suya de prosistas españoles para estudiantes de español se había olvidado de Delibes. La prosa castellana llega en él a una cima singular. Profesor de la Escuela de Comercio de su natal Valladolid, se le ocurrió presentarse al Nadal en 1948, con «La sombra del ciprés es alargada», y lo ganó. Sin embargo, no estaba en aquel libro todo el meollo de Delibes, pero el premio le impulsó a seguir. Tuvo el Premio Nacional de Literatura por el «Diario de un cazador», en 1955; el Fastenhat, de la Real Academia, por sus cuentos «Siestas con viento sur», y el de la Crítica en 1963, por su breve e intensísima novela —uno de los más bellos libros españoles— «Las ratas».

La novelística —en novelas y cuen-



tos— y la producción literaria de Delibes no han cesado nunca. Libros de caza y de viajes, además. En un cierto momento pensó en renovarse fundamentalmente y escribió una singular novela: «Cinco horas con Mario». Quizá este anhelo de renovación le llevó a escribir algo menos logrado —pero muy ambicioso— que se llama «Parábola del naufrago». Siempre alejado del mundillo madrileño, en su Valladolid, con su periódico «El Norte de Castilla», es Delibes uno de los ejemplos más puros de la dedicación literaria en nuestro país. Dejo para las páginas literarias un más detenido estudio sobre su obra. Hoy sólo me queda felicitarles y felicitar a la narrativa española, que hacía mucho no tenía en la Academia una representación tan universalmente importante.

D. S.



"UN AÑO DE
MI VIDA"



EL "DIARIO" DE MIGUEL DELIBES

ME llegó la noticia de la elección académica de Miguel Delibes cuando muy despaciosamente escribía este artículo sobre su libro "Un año de mi vida". Se trata de un "diario" muy singular, pero "diario" auténtico. Llevo muchos años, ya es sabido, cultivando no como "hobby", sino como especialidad—modestamente, pero como especialidad—este tema enormemente sugestivo del género literario, que exige la expresión de la intimidad para que sea "interesante", "compartida". Muy pobre es la literatura nuestra en esto, y esa pobreza es un triste signo de lo que sí ha sido ya señalado: falta de expresión por falta de intimidad, miedo en el varón, miedo celtibérico a la ternura, horrible pereza para lo epistolar. Ante eso son frecuentes dos actitudes cuando no se parte radicalmente de la negativa: o expresar la intimidad a gritos, como en el "Diario" de Unamuno, o calcar la técnica del "diario" a la francesa, que ya está también de capa caída. Hay un tercero en discordia cuya importancia es cada día mayor: las "memorias" políticas, urgidas por nuestra guerra, libros inestimables, por importantes y por leídos, que ya exigen departamento especial en nuestra biblioteca. El de Miguel Delibes, breve, participa de todo y, aun sin la elección académica, sería acontecimiento: ya es un síntoma que lo escojan universitarios como regalo.

A primera vista, parece que lo fundamental en el "diario", la expresión de la intimidad, está deliberadamente velado. No diré "todo lo contrario", pero sí rechazo la negativa, y ahí está para mí el valor extraordinario de este librito: Delibes está todo entero, desde lo de la caza, que linda con el exceso, hasta su casa, su hogar, que, sin señalarlo, lo vamos conociendo a través de una prosa que acerca lo inefable a través del lenguaje más llano. Y eso, precisamente, es el retrato de Miguel Delibes, a quien tantos le quieren con sólo leerle y "con quien tanto" queremos y nos dolemos. La casa, la ciudad, el campo, los libros se nos dan como en la novela; pero

Federico SOPENA

(Continúa en pág. siguiente)

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

se le ocurre molestarlas, porque son animales sagrados y porque el hindú no come carne, o no quiere comer carne de vaca, lo que complica aún más la causa de su crisis.

PENSAMOS entonces en los vecinos asiáticos de los hindúes. El Japón es hoy, por haberse adherido a la solución occidental, uno de los países más ricos de la Tierra. Pero ¿a qué precio? Hay quien sostiene que el japonés ha encontrado la mejor fórmula para progresar con Occidente sin abandonar a sus dioses y las costum-

nes son, dicen, completamente occidentalizados, y hasta sus facciones han cambiado. Dentro de una generación no habrá ni emperador, ni antepasados con altares y culto, ni trajes típicos, ni mentalidad japonesa, creadora de una cultura exquisita, única en su manera de edificar, de escribir, de pintar, de vestir, de comportarse. Todo esto desaparecerá bajo el peso uniformador del coche, de las estadísticas, de la voluntad de poder, cualidades o defectos del hombre occidental.

En cuanto a la solución china, el Tibet está allí, y la misma China, como ejemplos edificadores. Si es verdad que los chinos tienen para comer, que nadie ya se muere de hambre, no es menos verdad que la muerte ha tomado otro cariz: no se muere de hambre quien está de acuerdo con el Gobierno y con la doctrina, pero quien tiene otra opinión y preferencia va al paredón y muere de otra manera. Sería interesante echar la cuenta de los que hubiesen muerto de hambre en los últimos veinte años y no han muerto debido a la revolución, y de los chinos que han caído bajo las balas de la misma. En cuanto a la cultura china, igual que la del Tibet, han sido borradas del mapa, y tantos millones de chinos no hambrientos constituyen hoy una masa desprovista del miedo del hambre, pero ineficaz e improductiva desde el punto de vista cultural. Gente que fabrica armas, tractores, que cultiva el trigo en unos koljoses multitudinarios, donde

HUMOR Y POLITICA

Alpinismo nacional

Si los escaladores del Naranjo de Bulnes hubieran sido reajustadores de tarifas en vez de montañeros, hace días que habrían coronado su escalada sin que las inclemencias del tiempo les hubieran retrasado ni un minuto.

Un antipartidista

—¿Tú estás en contra del nefasto sistema de los partidos fuera de la ley?

—No sólo estoy contra el nefasto sistema de los partidos políticos fuera de la ley, sino hasta en contra del nefasto sistema de los

—¿Que no te gusta lo que hay de cena? Pues... ¡mejor para ti! Acuéstate sin cenar y ya verás lo listo que te levantas por la mañana.

Así solían decir las madres a los niños caprichosos para las comidas en los tiempos que no estaba tan de moda como ahora el mimo excesivo de los hijos ni el orgullo de someterles a "cebadero" incluso por la fuerza.

Lo de "listos" no se refería solamente a que iban a levantarse con más presteza a fin de compensar en el desayuno la dieta de la noche. Quería decir también que los chiquillos se hallarían por la mañana más claros de entendimiento. Nada embota tanto la inteligencia como el exceso de comida.

Por otra parte, el refranero popular apoyaba decididamente la creencia en las ventajas de la frugalidad nocturna: "Quien duerme, cena"; "De buenas cenas están las sepulturas llenas"; "Por la mañana, oro; al mediodía, plata, y por la noche, mata", así como otros muchos proverbios de la misma índole, se repetían con frecuencia sin que nadie pusiera en duda su veracidad.

Me parece oportuno recordar

El "diario" de Miguel Delibes

(Viene de la página anterior)

Los hijos, los amigos, tienen nombre propio y las cosas parece como si lo tuvieran. Y la ciudad: por mucho que se viaje, sólo desde una ciudad no excesiva, sólo desde ese Valladolid que Delibes está "haciendo", ésa es la palabra, puede escribirse así. En la gran ciudad se escribe un "diario" refinado, donde su silencio es tullido, porque sale de la pelea con el ruido y con el afán; en el campo, sólo en el campo, hay el peligro de esa forma de soberbia que acecha junto a la lejanía. En la ciudad "abarcable", cuando es viva como Valladolid, mucho más cuando se dirige un periódico como "El Norte de Castilla", hay casi todo y hay también la perspectiva de las "horas ganadas" por la cercanía.

MIGUEL Delibes comenta mucho, desde las cartas que recibe a los "sucesos" que lee y ordena profesionalmente. El tema central es la lucha constante, en apariencia sosegada, contra la deshumanización de la sociedad de consumo. Digo en apariencia porque sólo Dios sabe lo que ha costado desde la pasión de fondo, desde el berrinche casi diario, desde la tentación de las manos en el techo, pasar a "contar". En el me-

dio y para la relativa objetividad está el dar vueltas y más vueltas al afán de paz, a la posible encarnación del "talante liberal", porque Delibes, sin ser político, se queja. Lo más impresionante, lo que está al borde del desaliento, pero se salva de él porque no cae en el "escapismo", es la suave, como cansada conversión de la protesta en "queja". El sabe muy bien que eso no es soledad, que eso es fuente de programa para los otros, para los sensibles, que deben saber cómo la queja, el cansancio de la denuncia y de la protesta pueden señalar lo más grave: la culpabilidad por la desesperanza.

Las citas de la queja, de la pasión en apariencia sosegada, serían casi el libro. Hay la tentación de huir, que él convierte en una de las formas más difíciles, por íntima y objetiva, del humor, porque inmediatamente después de comentar manifestaciones, escritos e indultos, dice—pocas veces me he reído tan a gusto—: "Por diversos conductos me llega la noticia de que la importación de cangrejos alemanes..." Pero luego no es broma, porque apenas si el sosiego puede lograrlo Delibes cuando presencia tanto asesinato de paisaje.

MIGUEL Delibes tiene "audiencia" especial en el mundo universitario, y eso es mérito

ganado a fuerza de cariño sin adulación, y donde no falta también la queja. Se duele, nos dolemos, de que aquellos que nos quieren participen a veces de eso que yo llamo "adamismo", negación de herencia, desprecio antes de conocer. "Por días se está poniendo de moda hablar con menosprecio de nuestra tradición cultural. La fiebre iconoclasta no respeta ya figuras como Unamuno, Galdós, Ortega o Machado. Olvidan estos destructores que la patente de escritor no la otorgó nunca el hablar—incluso con arrogancia—, sino el escribir—incluso con humildad." El sabe muy bien que ésas y las palabras que siguen llaman, quejándose, a lo que hay de sano, de ganas de rescate en esa minoría que no está conforme, pero que quisiera ser llamada para "obra bien hecha". "Me resulta difícil identificar el amor con el sexo; la ecuación amor-orgasmo no me sale. Yo pienso que el amor sobrevive al sexo y el culto al orgasmo, tan extendido, participa de aquél, pero no es aquél." Grandeza de Delibes, grandeza "marañoniana": juntar la claridad y el pudor. Y dato fundamental en tierra de Santiago Alba: el cariño por Barcelona.

Federico SOPENA

(De la Real Academia de San Fernando)

FAIRY-LAND

ha abierto un

NIDO

niños desde 2 meses

Horario: 7,30 a 10

Próxima ampliación noches,
horas, días, meses

Puericultoras especializadas
y con experiencia

Comandante Franco, 6

MD

INGENIERO



3 en RAYA

DESCENTRALIZACION INTELECTUAL

CON Miguel Delibes entra en la Academia, además de un novelista, una suerte de periferia intelectual. Ni tan vieja, que honre las antologías; ni tan nueva que incendie las vanguardias; su poética permanece en un punto de equilibrio, equidistante de la integración cultural y del ensayo fronterizo. Es ese centro objetivo, que desmiente la leyenda de nuestros demonios nacionales. Es esa ecuanimidad, que nadie se toma el trabajo de ver también como representativa. Es la tradición, sin tópicos ni exégesis, de la dorsiana obra bien hecha. Pero es, sobre todo en su Valladolid mesetaria, sin altanería de taifa ni resentimiento aldeano, la encarnación de esa España regional, que se resiste a la centralización, que se instala en sus valores propios, y que se niega a caer en la tentación cortesana. Es la Córdoba de Castilla del Pino; la Valencia, de Fuster; la Galicia, de García-Sabell; el San Sebastián, de Martín Santos; el León, de Krémer; la Murcia, de Alemán Sainz, etc... Es mucho más que la provincia lo que se honra en Delibes. Es todo el derecho a la marginación.

COPERNICO

Luciano (lez Egidio
Virpen de Nuvia 21-30 MADRID 27

"Nueva Rioja"



ESCRIBE: DAMASO SANTOS

DELIBES, ACADEMICO

Como es ya bien sabido, sólo dos nombres figuraban como candidatos al puesto vacante de la Real Academia. El puesto vacante era de un almirante. La tradición académica tenía como necesarios en sus sillones escritores procedentes de la Iglesia y de las fuerzas armadas, de la aristocracia y de las ciencias exactas. Aunque la aportación que estos sectores pudieran allegar al Diccionario y la Gramática por sus especialidades de sabores y experiencias está hoy más que superada con los procedimientos científicos de los gramáticos, de modo que la Academia bien puede quedarse con escritores puros y gramáticos o filólogos, la tradición permanece y más o menos es atendida. Con respecto a la Iglesia, fue cubierta una plaza con el prelado Tarancón.

Como ahora era de un almirante la plaza, no faltó quien pensara en que un almirante debía cubrirla, y así se mencionó Carro Blanco que, indudablemente de todos los marinos eminentes que hoy existen es el que tiene más páginas escritas. Pero se conoce que don Luis no ha querido meterse por ahora en esto, tal vez acordándose —o quizá no— de aquello de Romanones siendo jefe de Gobierno, a quien, según el trámite de la visita postulante, todos los ensillados le prometieron el voto. Y ocurrió que mandó a un secretario, al salir del Consejo, a ver qué resultó en la docta corporación que tan felices se las había prometido. El correo le dijo: «Señor conde, ninguno», a lo que el de Guadalajara comentó a la ibérica: «J... ¡qué tropa!».

Ahora se habían presentado el por tercera vez pretendiente José García Nieto y Miguel Delibes, nuevo en el ruedo. ¿Qué cábalas cabía hacer? Sin dárme las de profeta, dije que ganaría el fundador del movimiento garcilasista de postguerra. ¿Por qué? En primer lugar, porque tiene un derecho natural a un puesto en la Academia. Es un poeta importante. Bien. Pero su importante por su propia y continua obra, por la pureza de su entrega, como representar un momento, todavía no estudiado convenientemente, de la lírica española, y aunque sobre ese movimiento no hayan caído hasta la fecha casi más que dicitos, con la acusación de formalismo, evasión, ausencia del momento español que vivimos —la postguerra española con todas sus consecuencias—, quizá merezca que nos fijemos en algo importante sobre él. Fue —sobrepasado el trance— algo que estaba en el ambiente de anteguerra. El garcilasismo no lo inventó García Nieto, sino algunos de los poetas del 27 —entre ellos Alberti—, y adquirió fuerza singular en 1935, año del centenario de Garcilaso, igual que la generación de 1927 nació del gongorino. La rehumanización lírica que querían los poetas, de la que después se llamó generación de 1936, proliferó en formas garcilasistas: Rosales, Miguel Hernández, Panero, Bleiberg, Vivanco, etc., estimulados por el Neruda que por aquellas calendas en España se dedicaba intensamente a los clásicos españoles y en especial a Villamediana. Que esta primera promoción de postguerra quisiera continuar y formalizar este garcilismo no es, verdaderamente, ningún delito, sino algo claramente meritorio. El capitán y primer espada fue García Nieto, que por tercera vez presenta su candidatura a la Academia.

El contrincante era importantísimo. Nada menos que el novelista Miguel Delibes, que, después de Cela, ha sido de los grandes enriquecedores de la prosa española en nuestra narrativa. El novelista descubierto por el Nadal y después dedicado ahincadamente a la renovación de la novela española a base de lenguaje de la tierra castellana donde vive, de sus experiencias de cazador y sus meditaciones de hombre de su tiempo. Hay libros de Delibes que han llegado a cimas singulares en nuestra novela. Yo quiero recordar aquí, por ejemplo, «Diario de un cazador», «Diario de un emigrante», «La hoja roja» y «Cinco horas con Mario», amén de sus numerosos cuentos. Quedan muy lejos «La sombra del ciprés», y poco afortunado su experimento último de «Parábola del naufrago». A mí me parece uno de los escritores españoles de prosa más entrañable, verdadera y rica.

El triunfador ha sido Miguel. El escritor-cazador entra en la historia de los inmortales. García Nieto tendrá que esperar.

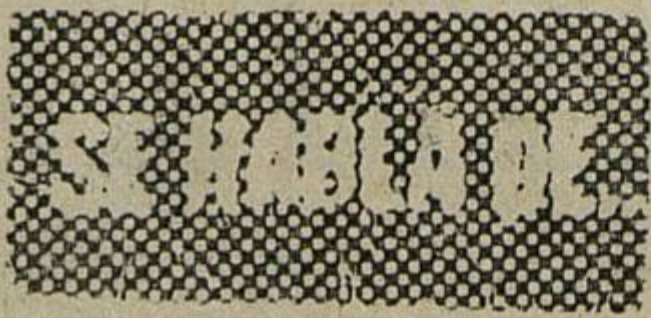
OBRAS COMPLETAS DE PEDRO DE LORENZO

Pedro de Lorenzo fue el fundador de la juventud creadora de donde nació Garcilaso, la revista que dirigiría José García Nieto. Se me anuncia con alguna participación en el hecho la publicación de su obra completa. Su novelística, sus libros viajeros, sus ensayos. Obra larga y largamente madurada, en muchos momentos a contracorriente: laboreo de estilo, prosa pensada, incidencia en grandes temas literarios e históricos, testimonio de una generación dedicada a que no hubiera en España, en el peor sentido de la palabra, «generación perdida». Hoy, Pedro de Lorenzo es también noticia por algo especial. Su provincia, Cáceres, ha querido que todas las escuelas y bibliotecas tengan un libro suyo: «La fantasía heroica», su libro de Extremadura. ¿Por qué Pedro de Lorenzo no ha optado todavía a la Real Academia? El ha declarado varias veces que no tiene prisa y que, además, no importa, cuando no fueron académicos ni Gabriel Miró, ni Valle Endon, ni Juan Ramón Jiménez, ni Ramón Gómez de la Serna...

IGLESIAS LAGUNA, EN UN LIBRO POSTUMO

Días pasados presentaba la Editora Nacional un libro póstumo del malogrado crítico literario Antonio Iglesias Laguna «Literatura española día a día» recogen sus comentarios de libros en la «Estafeta Literaria», «A B C» y Radio Nacional, aunque yo no estuviera siempre de acuerdo con tan querido amigo, compruebo en este libro el esfuerzo y atención que desplegara el crítico ante nuestra producción literaria. La presentación dio lugar a un interesante coloquio, en el que figurábamos como «seniors» Francisco Yndurain —de ponente y panesiorista, Ramón Solís— y yo, y los jóvenes Quiñonero, Pedro Santos Amestoy y Antonio Burgos. Y allí nos planteamos qué papel representa la crítica en los periódicos. Y llegamos más o menos al acuerdo de que lo importante —más que enfatizar sobre procedimientos y hablar en clave para entendidos— es comunicar sincera y seriamente al lector común nuestras impresiones de primer lector, teniendo en cuenta —sí— la experiencia universitaria y de vanguardia,

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES



MIGUEL DELIBES



CON su boina y su zamarra, con la escopeta al hombro y la canana al cinto, Miguel Delibes ha pateado las rastrojeras de media Castilla en busca de la perdiz roja. Conoce bien los páramos de la Pinza y de Masa, las Mazorras y la Lora. Porque Miguel Delibes es un cazador empedernido, identificado acaso por ello con el paisaje de esa Castilla que "redescubrieron" los escritores del 98 y que tantas páginas inspiró a Azorín.

Pero Miguel Delibes es también un pescador. Los pozos del Rudrón y del Esgueva, los síos próximos al nacimiento del

Ebro donde abunda la trucha, los regatos de aguas limpias y fría de Covancera los tiene en su memoria para, levantada la veda, echar la cucharilla, la mosca o el gusano, en ese deporte en el que tanto juega la paciencia.



Nacido en Valladolid, una buena parte de sus andanzas cinegéticas y pescadoras las ha desarrollado en tierras burgalesas, allá donde la meseta empieza a perder la severa adustez que anuncia la proximidad del mar. Y ese paisaje de la Castilla frontera a la Montaña, esos pueblos y las gentes que los habitan han sido reflejados en muchas páginas de este escritor que acaba de ingresar en la Real Academia Española.

Valladolid tiene fama de ser la provincia donde mejor castellano se habla, donde la parla es más pura. Pues bien, Miguel Delibes es hoy el escritor que con más pureza maneja nuestra lengua. Tendremos que remontarnos a Azorín, a Pereda, a Quevedo, para hallar una prosa más limpia, un castellano más jugoso que el del autor de "Diario de un cazador". Leyendo a

Miguel Delibes uno se cree estar hablando con un labriego de Medina, con un clérigo de Sepúlveda, con un maestro de Tordesillas, en esos atardeceres de la meseta cuando las piedras de sus iglesias parecen recubrirse de purpurina y el polvo de sus caminos semeja en lontananza de oro.

Miguel Delibes llega a la Real Academia cuando acaba de pasar el cabo de los 50 años. Nació en Valladolid en 1920. Tras cursar los estudios de segunda enseñanza en el colegio que en la capital castellana regentan los Hermanos de las Escuelas Cristianas, ingresó en la Universidad. Pero la guerra partió sus estudios y Delibes, hombre del interior, se alistó voluntario en la Marina, siendo destinado al crucero "Canarias". Terminada la guerra, volvió a la Universidad. Entre estudio y clase, entre las doctas lecciones de don Vicente Gay, de don Vicente Gualarte, de don José María González de Echavarri, paseos por aquel Valladolid entrañable de hace 30 años, por la acera de San Francisco, por Fuente Dorada. Chicoleo en la calle de Santiago y unas decas en el Piquío o en las tabernas estudiantiles de las Angustias o de la Torrecilla.

A la vez que Derecho, estudiaba Comercio el joven Delibes, y una vez terminados sus estudios se aficionó al periodismo. Fue a Madrid a la recién inaugurada Escuela de Periodismo y con su título recién estrenado comenzó a trabajar en la redacción de "El Norte de Castilla". Allí hizo sus primeras armas literarias. Artículos sobre los problemas agrarios, críticas literarias, reportajes de calle, labor de mesa. Obtuvo por oposición la cátedra de Historia del comercio, en la Escuela de Valladolid, y el joven Delibes encontraba tiempo todavía para emborronar cuartillas, escribiendo una novela. La envió a Barcelona en 1948, obteniendo el Premio Nadal, el más prestigioso galardón literario para novelistas. "La sombra del ciprés es alargada" es su título, primero de una larga serie de obras que día a día ha ido creando. Aquella primera novela dejaba entrever la calidad literaria del hombre que la había escrito. Se veía que allí había un escritor todavía joven, que tenía un brillante futuro.

En efecto, cada año desde aquel lejano 48, Delibes ha ido dando a las prensas nuevos frutos de su ingenio. "Aún es de día" es un reflejo del Vallañolid de su juventud. "El camino" es, para el cronista, el mejor relato que ha salido de la pluma de Delibes. "Diario de un emigrante", "Las ratas", "Cinco horas con Mario"... la lista es dilatada. Pero no todo son novelas, porque Delibes ha llevado también a sus libros relatos viajeros, "USA y yo", retratos de gentes, "Vivir al día", problemas de nuestro tiempo, "La primavera de Praga". Y ha llevado, ¡cómo no! el mundo de la caza, "La caza de la perdiz roja", "Alegrijos de la caza", "Diario de un cazador"...

Catedrático, escritor, periodista, conferenciante, viajero, cazador... hombre polifacético este nuevo académico de la Española. Si la misión de la Academia es dar brillo al idioma, pocos hombres como Miguel Delibes podrán contribuir a ese esplendor de nuestra lengua. Ha sido una acertada designación.

Un cazador en la Academia



Así las cosas, bien podemos decir que lo único de verdad positivo que hemos conseguido los cazadores celtíberos en los últimos tiempos es ver a uno de los nuestros entrar con todos los honores en la Real Academia Española de la Lengua. Nos estamos refiriendo, claro está, a Miguel Delibes, tantas veces aludido en esta sección por sus escritos sobre temas cinegéticos y por su defensa a ultranza de la caza-caza, de la caza verdadera. Periodista, novelista y —sobre todo, según él mismo dice— cazador, Miguel Delibes ha llegado a la cumbre de su carrera como hombre de letras tras cimentar gran parte de su mérito, precisamente, en una obra literaria basada en la caza. Su «Diario de un cazador», «Las Ratas», «La perdiz roja en España» y por último «La caza en España», que comentamos recientemente, constituyen otras tantas obras maestras de la literatura española contemporánea. La alta distinción otorgada a Miguel Delibes es la única alegría que hemos tenido últimamente los cazadores españoles aunque se trate de una alegría que no pueda materializarse en algo más positivo para resolver el problema de la caza en nuestro país.

olor se combate con 'A

Consulte a su médico.

n alquiler,
rada inicial
propiedad
coche?

"Disenio de Navarra"

RAS

FUNDACIÓN

MIGUEL
DELibes

www.migueldelibes.com



LA MUSICA DE LAS LETRAS

Por Dámaso SANTOS



LA ANCHA ACOGIDA DEL NOMBRE DE MIGUEL DELIBES

Aunque la votación ha ido muy por los pelos —recuerden mis lectores las consideraciones que yo hacía al respecto sobre el compromiso con José García Nieto, —su contrincante— Miguel Delibes ha entrado en la Real Academia por la puerta grande que le correspondía. Su «placet» en la docta tertulia ha sido ampliamente respaldado por la opinión. Entre los novelistas de larga obra desde la postguerra a acá su nombre goza de una equidistante admiración entre el lector medio y el de mayor exigencia intelectual. Dias pasados me planteaba yo este problema de lo que podemos entender por «lector medio» a propósito del importantísimo libro «La novela intelectual de Pérez de Ayala» del joven profesor y crítico Andrés Amorós. Decía éste que algunas novelas de Pérez de Ayala no tendrían hoy aceptación en el lector medio. No es que Amorós defienda con ello al lector que busca según la costumbre, la novela como entretenimiento-evasión. Al contrario. El ha defendido siempre la novelística por ejemplo nada fácil alejadísima diríamos de un lector corriente del argentino Cortázar. Lo que Amorós quería decir es que en un lector medio —ese que hace que las novelas circulen— es rechazable lo que el escritor pone por su propia complacencia —exceso de erudición de clásica por ejemplo, como en el ilustre caso citado— y no aquello que como en Cortázar es difícil por la voluntad del novelista de lograr una más profunda captura de su interés. En el primer caso, el lector rechaza sin más. En el segundo el lector pide que como sea se le ayude —y a veces, claro está abandona— a manejar esos procedimientos que se emplean no por capricho sino en su favor, para ofrecer mayores y más nuevos disfrutes. Un caso por ejemplo, ahora, sería «La saga-fuga de J. B.» de Gonzalo Torrente Ballester.

Miguel Delibes es novelista de fácil acceso, pese a sus últimos experimentalismos. Lenguaje castellano de raíz rural; pero con una problemática exigente, de grandes preocupaciones humanas, sociales, religiosas y políticas.

El pergeño civil de Delibes es de los más alejados que pueda darse del escritor intelectual. Su periódico, su cátedra; pero principalmente su campo, su caza. El ha dicho que no es un escritor a quien le gusta la caza, sino un cazador que escribe. Faulkner decía también algo parecido. Siempre se tituló antes que escritor, granjero. Creía —y supongo que Delibes también— que la oficialización profesional del escritor le aparta un tanto de las raíces y sabores nutricios. Y además en un tiempo al que el escritor se le quiere hacer símbolo y expresión de tantas cosas en la convivencia civil, ¿dónde está su fuerza corporativa y de afecto inmediato en la sociedad? ¿Firmando manifiestos y haciendo solemnes declaraciones? Faulkner decía que todo eso era ficticio y prefería la titulación de granjero. El hará por su cuenta que en la escritura resaltarán el honor, la dignidad, la grandeza del ser humano en medio de las vilezas naturales y sociales de los mismos hombres. El honesto y serio Delibes —atento a la realidad de su tiempo— tiene una conducta parecida. Y ese lector medio a que antes aludía así lo estima leyéndole y alegrándose ahora de ver reconocidos sus méritos con el ingreso en la orla académica de los inmortales. Fernández-Braso ha titulado muy bien su semblanza entrevistista: «Un cazador en la Academia».

LA POESIA DE LAS PROVINCIAS

He tenido la satisfacción de presentar en la Casa de La Mancha de Madrid la antología que han realizado dos excelentes poetas, Carlos de la Rica y Enrique Domínguez Millán, titulada «70 años de poesía en Cuenca» dentro de la colección que heroicamente afronta el primero llamado «Carboneras de Guadazón». No se trata de un florilegio localista, de exaltación retórica de la ciudad y la provincia. Ya he hablado aquí de la significación de estas antologías. Como todos sabemos, los libros de versos han sido y serán siempre una co-

municación íntima de poeta a poeta, o de los poetas con un reducido grupo de seguidores. Ya lo entendían así los cumplidores de los antiguos cancioneros y florestas y parnasos que de tiempo en tiempo recogían esa producción que andaba en copias de semejante difusión a los buenos libritos de versos de hoy. Las antologías —cancioneros o florestas— era la confirmación, de cara a públicos más extensos de un grupo de poetas, de los poetas de un tiempo, de una tendencia. Cuando la poesía de cada uno era ya algo contrastado por la aceptación de los entendidos. En el presente siglo se ha pensado muy en serio en la importancia de las antologías a este respecto. Y después de las de Federico de Onís que abarca desde el 98 y modernistas, y la de Gerardo Diego que toca estos y comprende los más últimos —entonces los de 1927— han proliferado en España las antologías. La de la poesía social, la religiosa, la cotidiana, las de tendencia, las de una circunstancia histórica determinada. ¿Por qué no hacer también la de las provincias? Hace poco ha sido presentada la de quince poetas vallisoletanos que abarca desde Jorge Guillén hasta los más últimos. En esta de los de Cuenca se ha querido mostrar el rostro lírico de esa provincia en el presente siglo. Desde los primeros balbuceos de una intensificación poética, no había poetas.

Con quienes importantes desde el siglo de oro —en los albores del siglo a la trascendental floración— desde la postguerra a hoy. Se incluyen poetas de Cuenca que ya no están en Cuenca y ello representa una repesca interesante tanto para los conquenses como para los interesados por la raíz de cada uno. Y poetas que no nacieron en Cuenca, pero que lo fueron por adopción.

O temporalidad y que con su presencia han influido en los demás. La cosecha es buena. Para los conquenses en un acercamiento a la poesía a través de nombres que le son más o menos familiares y que se les harán ahora más. Para los demás lectores es un importante experimento. Ver cómo a lo largo de un siglo, en un marco dado se producen cambios, respuestas a las incitaciones de cada tiempo o tendencia, se producen réplicas a grandes modelos de la lírica universal: aquel que fue el «rimbaud conquense», este otro que fue «un Jorge Guillén...»

Los antólogos en un sustancioso prólogo nos dan la circunstancia, el repercutir en la ciudad de los distintos movimientos la llegada en cada tiempo de grandes escritores; el clima artístico y cultural en este caso tan señalado como ha sido el de la predilección de los pintores por la alta ciudad dando lugar al único museo existente hoy en el mundo de arte abstracto.

VALLE INCLAN DE NUEVO

Un curioso acontecimiento. Se publica una novela desconocida de Valle Inclán. «La cara de Dios». ¿Por qué no se había lanzado antes? Sencillamente porque era un folletín. Valle Inclán —un Valle joven, que todavía no era siquiera el autor de las «Sonatas»— adquiere el compromiso de convertir en folletín una pieza teatral que por aquellos finales de siglo había tenido cierto éxito, «La cara de Dios» de Carlos Arniches. Y se entrega irónica y febrilmente a la tarea. No se conservaban ejemplares de aquellas entregas que semanalmente entraban por debajo de la puerta de los suscriptores. No sé si ni siquiera las conservaría el propio autor. Pero un devoto valleinclaniano el doctor García Sabell se hizo con una colección. Pero tampoco osó recogerlas en libro. El autor no quería. Era efectivamente una obra de encargo. Pero ¿dejaba de ser Valle Inclán? El tiempo ha superado estos temores de desprestigio. Y los que han concebido el texto que pronto veremos editado por Faurus coinciden en afirmar que con los tributos al subgénero y todo, en «La cara de Dios» está entero el Valle Inclán que vendría después. El Valle Inclán romántico y modernista de las «Sonatas»; el áspero y grandioso de las «Comedias bárbaras»; el tremendo y corrosivo de los «Esperpentos» que ahora sabemos todos muy bien que anduvieron siempre juntos.

¿Quién le diría a él que el entonces deleznable trabajo serviría un día para aumentar su gloria!

FUNDACIÓN DELIBES

EL CENTENARIO DE PIO BAROJA

MD

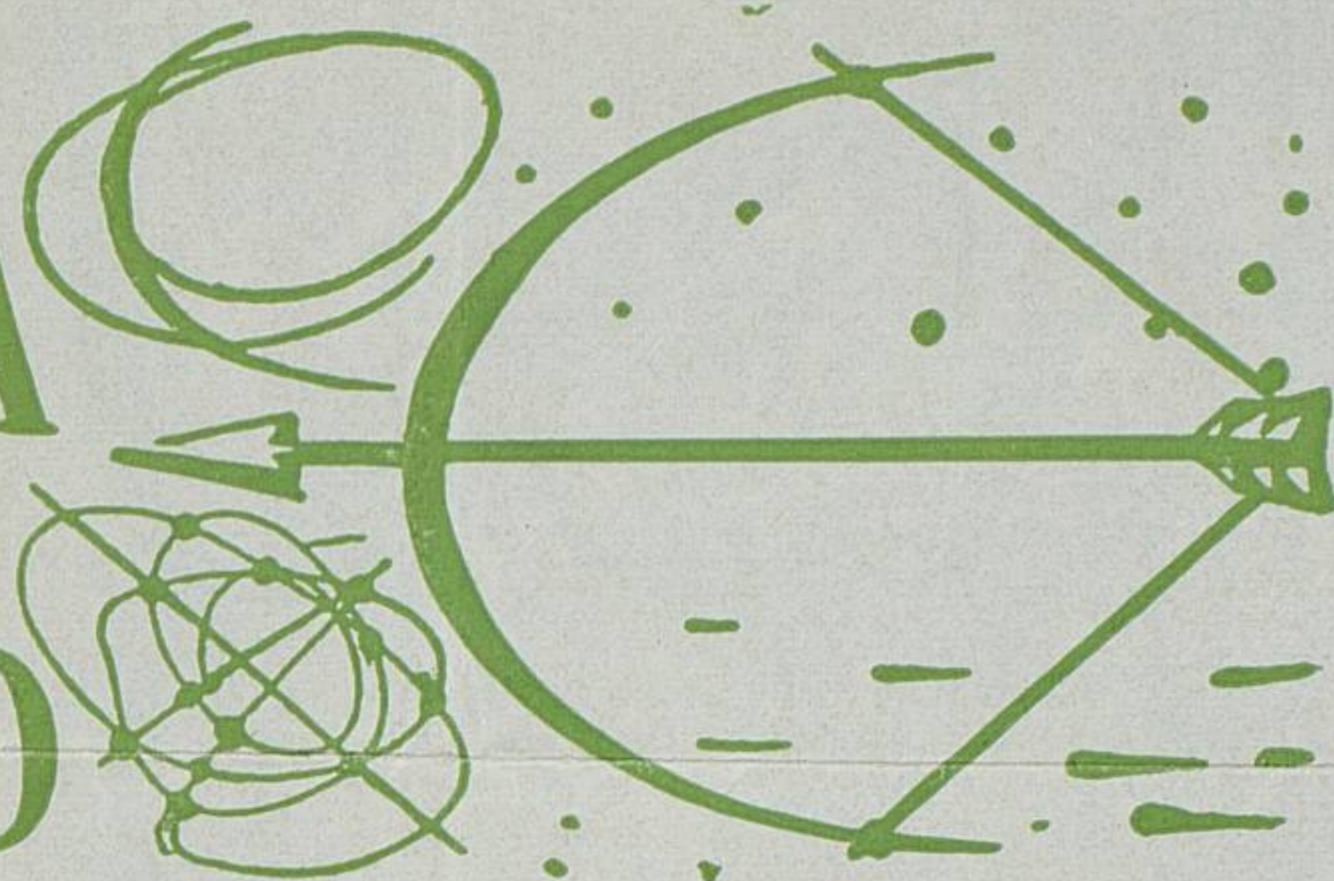
A figura de Baroja ha ocupado el más destacado de los lugares en toda la prensa española. A no conocer su obra, podría haberse pensado en una postura, una biografía y un carácter bien distintos de los mantenidos por el ilustre novelista a lo largo de su vida. Más vale así. Lo que se destacaría en un resumen de cuanto se ha escrito con este motivo son sus valores como narrador y algunas de las características de su personalidad, las relacionadas con la independencia, el inconformismo.

Ultimamente le han dedicado números casi totalmente dedicados a él, el suplemento «De las artes y las letras», del diario «Informaciones» (con artículos de Rafael Conde, Fernando Savater, Juan Pedro Quiñonero, etc.); el número de 28 de diciembre de la «La Vanguardia», de Barcelona (recordamos colaboraciones de Masoliver, Carlos Clavería, José Domingo, Raimundo Bartés) y de «Heraldo de Aragón», y «ABC», de Madrid, si no un número especial, le dedico la primera página del mismo día 28, junto a un afectuoso artículo de Carlos Martínez de Campos, sobre «Los Baroja», tema provocado por el reciente libro de Julio Caro Baroja, «Memorias familiares». También le dedicó un número la barcelonesa «Destino» y la bilbaína revista «Deusto».

Larga sería la lista de actos y libros nacidos al calor de esta conmemoración. Quizá el más entrañablemente barojiano de estos últimos sea el ya citado de Julio Caro Baroja, editado por Taurus Ediciones, que ha publicado otro libro, «Semblanzas ideales», en que junto a las de Pío Baroja y Ricardo Baroja aparecen gentes de su tiempo, tan interesantes algunos como Ciro Bayo, por ejemplo. (A propósito, en otro interesante libro, recién aparecido, del fino espíritu que fue Manuel Cardenal Iracheta, se coincide en las estampas de aquel peregrino ingenio y recoge también una interesante semblanza de Ricardo Baroja.)

En la misma editorial, bajo el título «Barojiana», la generación más joven, representada por ensayistas, novelistas —Juan Benet, Castilla del Pino, Salvador Clotas, M. Vázquez Montalbán, Francisco Pérez y Javier Martínez Palacio— da su visión de Baroja o lo barojiano, independiente de tópicos y juicios atrasados y manoseados.

LA FLECHA EN EL TIEMPO



Otro libro —y alguno se quedará en el tintero...: el de F. J. Flores Arroyuelo, «Pío Baroja y la historia», que pasa a la bibliografía indispensable. Marino Gómez Santos ha publicado una biografía y diálogos con el novelista, en sus últimos años. El Banco Ibérico ha dedicado el obsequio anual a sus amigos, con un rico y bello libro donde hay textos de Julio Caro, Lafuente Ferrari y Daniel Vázquez Díaz, acompañados de reproducciones en color de cuadros de Ricardo Baroja. Habría que añadir exposiciones bibliográficas, en la Biblioteca Nacional de Madrid, y la organizada por J. A. Odriozola, en Vigo, y hasta la creación de estatuas y dedicación de calles, en diversos lugares, y aún cabe esperar algo más.

Mas para los barojianos lo más importante es la reaparición de la editorial Caro Raggio, con la reedición de las obras del gran novelista, en la cuidada edición que tan necesaria era, libre de erratas y mutilaciones, y la recopilación de textos de juventud, publicada por el profesor Urrutia. Finalmente señalemos la aparición del libro de Biruté Ciplijauskaitė, «Baroja. Un estilo», editado por INSULA.

MIGUEL DELIBES, ACADEMICO DE LA ESPAÑOLA

EN el pasado mes de febrero, el novelista Miguel Delibes fue elegido miembro de número de la Real Academia Española, en la vacante producida por el fallecimiento de don Julio Guillén. Premia así la Academia una intensa y sólida labor narrativa que ha convertido a Miguel Delibes en uno de los más prestigiosos novelistas es-

pañoles en la actualidad. Ha llevado Delibes a sus novelas temas y personajes muy españoles, esencialmente castellanos, en una línea de realismo jugoso y a veces intensamente poético. La humanidad de sus personajes, por regla general humildes, los hace entrañables y muy arraigados a una tierra —Castilla— y a un tiempo, el de hoy.

Nacido en Valladolid, en 1920, Miguel Delibes se reveló al público al obtener a los veintisiete años, en 1947, el Premio Nadal con su novela «La sombra del ciprés es alargada», que fue un éxito de crítica y de público. A esta primera novela siguieron otras: «Aún es de día» (1949), «El camino» (1950), «Mi idolatrado hijo Sisí» (1953), «La partida» (relatos, 1954), «Diario de un cazador» (1955), que obtuvo el Premio Nacional de Literatura «Miguel de Cervantes», «La hoja roja» (1959), «Las ratas» (1962), «Cinco horas con Mario» (1966) y «Parábola de un naufrago» (1970). Otros libros de relatos suyos son: «Viejas historias de Castilla la Vieja» y «Siestas con viento sur», esta última Premio Fastenrath de la Academia Española. Delibes ha escrito también libros de viajes, de crónicas, y sobre el tema de la caza: «La caza de la perdiz roja», «El libro de la caza menor», «Un novelista descubre América», «USA y yo», «Por esos mundos», «Europa: parada y fonda», «Vivir al día», «La primavera de Praga». La editorial Destino está publicando sus Obras Completas, en una bella y pulcra edición, habiendo ya aparecido varios tomos. Delibes ha sido también periodista, y durante años dirigió «El Norte de Castilla», diario vallisoletano de solera liberal. Es asimismo catedrático de la Escuela de Comercio de su ciudad,

en la que enseña Derecho mercantil.

El profundo amor a la Naturaleza es uno de los temas centrales que se reflejan en la obra de Delibes. Pero, paralelamente a ese amor, está el cariño de Delibes por su ciudad natal, Valladolid, donde vive y trabaja. Si hay un novelista —decíamos hace algún tiempo en estas mismas páginas— arraigado a una ciudad, a una región, a una naturaleza, ese es Delibes. Es difícil arrancarle de su ciudad, de su campo. Cuando viene a Madrid llamado para una conferencia, un coloquio u otro compromiso, es la suya una actitud tímida, como la de ave en corral ajeno. Pero esa fidelidad al rincón nativo y al campo que le rodea —como ha escrito César Alonso de los Ríos en su excelente libro «Conversaciones con Miguel Delibes— no le lleva nunca a mitificar su ciudad ni menos el campo castellano, cuya pobreza le ha inspirado algunos de sus libros —«Las ratas», «Viejas historias de Castilla la Vieja».

Nuestra cordial enhorabuena a Miguel Delibes, gran novelista, gran persona, fiel a un sentimiento liberal que le viene de tradición familiar, la misma que le liga a ese gran periódico que es «El Norte de Castilla».

DELIBES, MUY DE CERCA:

MD

- “Tengo fama de zumbón y de irónico, pero la ironía es una forma de disfrazar el sufrimiento íntimo”
- “La felicidad no es posible cuando ves a tu lado un niño desasistido o un viejo que pasa hambre”
- “Mis hijos tienen más cosas que enseñarme a mí que yo a ellos”

Por Julián LAGO



Porque convivo con él a diario y apenas tengo perspectiva, va a resultarme quizá más difícil que a otros este retrato personal, objetivo e íntimo que pretendo. Dudo, además, aun conociéndole muy de cerca, que pueda decirles algo nuevo de Miguel Delibes a estas alturas, cuando tanto se ha dicho y escrito de él en las últimas semanas. Pero voy a intentarlo, porque uno nunca sabe...

—Usted ha repetido en distintas ocasiones que no tenía ninguna prisa por ingresar en la Academia. ¿Le ha entrado ahora?

—No, ocurre que ha sido ahora cuando me han ofrecido la posibilidad de que me presentara como candidato y yo, después de meditarlo, he accedido. El hecho de no tener prisa no significa que los cincuenta años sea una edad demasiado temprana para el ingreso. Cuando yo he hablado de no tener prisa me refería a mi intención de mantenerme alejado de intrigas y

presiones para conseguirlo, porque si la cosa había de llegar, como ha llegado, caería por su propio peso.

—¿Se ha dado cuenta de que ha conseguido catorce votos contra los trece de García Nieto, el otro aspirante, y lo mismo podría haber sido usted quien se hubiera quedado en puertas?

—Me he dado cuenta cabal. García Nieto es un buen poeta, exponente del movimiento lírico de posguerra, que esperaba por segunda vez un sillón, y era lógico que la votación estuviera reñida.

—Hablando de poesía. ¿Nunca ha escrito versos?

—Nunca y, generalmente, los hombres que escriben empiezan en sus mocedades haciendo poemas. Yo, no, seguramente porque en mis mocedades no tuve intención de escribir.

—Y después, ¿por qué lo hizo?

—Tal vez, por mi deseo de expresarme. Mi afición desde pequeño fue el dibujo, que en mis años de colegio practiqué

con éxito entre mis compañeros. Pienso que, de haber tenido entonces un buen maestro, podría haber sido un pintor, un ilustrador o un caricaturista de cierta altura. No lo tuve, pero, sin embargo, mi afán de transmitir lo que llevaba dentro afloró en seguida, inclinándose después hacia la literatura.

—¿Qué otra cosa le hubiera gustado ser, además de pintor o escritor?

—Hubiera sido feliz siendo cazador o pescador de oficio.

—¿No lo es ahora, siendo novelista?

—Sí, gozo de esa relativa tranquilidad que es posible alcanzar en este mundo. Digo relativa porque, aunque la compenetración con mi familia sea total y haya resuelto el problema del enfrentamiento generacional entre padre e hijos sin conmociones, la felicidad no es posible cuando ves a tu lado un viejo desasistido o un niño que pasa hambre. Cuando uno es solidario con sus semejantes, los problemas ajenos son nuestros propios problemas.

—¿Qué le preocupa más de lo que le rodea?

—Comenzando por esto, las injusticias, el desbordamiento del hombre por sus conquistas, la amenaza atómica, la ambición jerárquica, la fuerza de la organización, la autocracia, la sociedad de consumo y tantas y tantas cosas que nunca terminaría de enumerarlas.

—¿Cree que e, escribiendo, colabora a un mundo mejor?

—Creo que todos somos útiles a todos, o podemos serlo. Desde luego, un hombre con una pluma no puede resolver los problemas de la sociedad y del mundo, a lo sumo plantearlos y, en algunos casos, aportar soluciones; pero él, por sí solo, poco o nada es capaz de cambiar. Quiero decirte con esto que en mí siempre ha habido, junto a una preocupación estética, una preocupación ética.

—¿Usted es un tipo de novela?

—Tipo de novela, no sé. Ahora, un tipo de mis novelas, un poco, sí, porque el novelista, lo pretenda o no, deja

siempre en los temas que toca un sustrato autobiográfico.

—¿En cuál de sus personajes está más?

—No sabría asegurártelo porque, por lo general, cada una de las novelas va envuelta de unas vivencias personales distintas. Así, yo puedo ser el «Pedro» de La sombra del ciprés, el «Daniel» de El camino, el «Lorenzo» de Los diarios de un cazador y de un emigrante, o el naufrago de La parábola. Juzgo que el hecho de elegir entre un personaje optimista u otro pesimista depende, en gran parte, del estado de ánimo del escritor en ese momento.

—Pero, en su vida, ¿qué ha habido más: risas o llantos?

—Tengo fama de irónico y de zumbón, pero, pienso, la ironía en el fondo es una manera de disfrazar el sufrimiento íntimo. Me considero, por lo general, pesimista.

—¿Es que le ha costado llegar?

—Sí, me ha costado llegar. Ten en cuenta que en el cuarenta y siete la novela española había sufrido las consecuencias del trauma de la guerra y podíamos considerarla una de sus víctimas. En aquellos tiempos se editaban tres o cuatro obras de autores españoles por año y casi no había otra posibilidad de darte a nococer que el Nadal. Yo tuve la fortuna de ganarlo en su cuarta edición y esto fue el estímulo que me animó a seguir escribiendo, pero lejos siempre de estar conforme con lo que hacía.

—¿Su novela está aún por escribir?

—Escribir no es lo mismo que explicar una lección, cubrir unos impresos o estudiar la sintomatología de un enfermo. Quien aprende esto, nunca lo olvida; pero el novelista ignora cada mañana que se despierta si será capaz de escribir una nueva obra.

—¿Cuál de todas las tuyas le parece la peor?

—Sin ninguna duda, La sombra.

—¿Reniega del Miguel Delibes de los veinticinco años?

—No, tampoco es eso, porque todos los caminos se hacen con tropezones.

—¿Pensaba entonces que iba a ser quien ha sido?

—Si he de serte sincero, no pensaba nada, porque soy hombre que no se ha propuesto metas. Eso sí, siempre que he acometido una tarea mi única preocupación ha sido la de hacerla lo mejor posible, pero sin esperar recompensas. Naturalmente, con mi primer libro aspiré al Nadal, para que me conocieran.

—¿Y ahora no le molesta que, por su popularidad, le paren por la calle?

—Molestarme, no. Lo único que siento de verdad es no tener tiempo suficiente para atender los compromisos que

tengo con mis amigos, que he comprobado son muchos. Es más, que te paren por la calle, nunca molesta. El otro día, en Madrid, recién sabido mi nombramiento, un muchacho me abordó en un bar y otro en la Ciudad Universitaria, para felicitarme. Esto, que no es frecuente en este país, resulta muy confortador.

—¿Quién supone que son sus lectores?

—A juzgar por las cartas que a diario recibo y por el interés especial que hay por

mis obras en las universidades, supongo que en buena parte son estudiantes. A mi edad, no es poco despertar interés entre la juventud.

—¿Sus hijos cree que le entienden?

—Pienso que sí.

—¿Usted los entiende a ellos?

—Aparte de que coincidimos en muchos gustos, procuro estar próximo y es normal que cambiemos impresiones sobre los problemas que nuestro mundo tiene planteados.

—¿Diálogo cerrado de padre e hijos o de amigo a amigo?

—Siempre como amigo, porque reconozco que tienen muchas más cosas que enseñarme a mí que yo a ellos.

—¿De qué está más orgulloso de sus hijos o de lo que ha escrito?

—De mis hijos, por supuesto, porque tienen menos defectos que mis libros.

—Lo ve con ojos de padre...

(Caricatura del autor.)

MD



FOTOS QUE DAN PIE

Mira lo que no sabe. Se abre la ciudad, como una flor gigante, en la mañana de otoño. Es el runrún cotidiano, el imparable ir y venir, el ajeteo, el traqueteo, el zarandeo; es el ruido, el rugido, el chillido. Ella, impasible, espera. Sabe lo que no mira. Oye lo que le dicta —ola, rumor— la enorme caracola de su pelo: son de ayer, de por dentro, vivo.

(Dirá el poeta negro: «Me gusta tu mirada de fiera / y tu boca con sabor de mango». Dirá el poeta blanco: «Nace de ti la selva, un largo río / con impalas que beben asustándose / de su propia belleza, de tus senos / breves y firmes, golpeando a ciegas / la tensa piel del gran timbal del mundo».)

Viene del otro lado de los sueños, del lado oscuro y mágico. Sombra de sí misma, pone un borrón de tinta y lejanía sobre el espejo del asfalto: espejo que no la devuelve, sólo la levanta; que ella cruza —extraña Alicia— ¿a zaga de qué?

La aguarda el aire, el vuelo. Sobre la nube, su dentadura es —será— más desafío que sonrisa. O no. Allí es distinto. ¿Y no es ella distinta? ¿Quién la viera saltar, gacela agilísima, bosques, ríos, océanos; pasar de la choza al

rascacielos, del tam-tam al piano, de la sima a la cima?

(Dirá el poeta negro: «Rama Kan / tu cuerpo es la pimienta negra / que desata el deseo». Dirá el poeta blanco: «Todo es siempre, Denise. Todo es contigo / diferente... Aplasta / con tu pie diminuto tanto olvido / —nigra sum, sed formosa—, tanta nieve...».)

Puede llamarse Rama Kan. Puede llamarse Denise. Pero se llama ambas cosas. Viene del otro lado de los tiempos, del lado puro y cálido. Y se detiene. En mitad de la brisa, en mitad de la prisa. Tira lo que no cabe en su memoria, en su largo callar. Cabe en su corazón lo que no tira, y en él lo arropa, silbo de flauta, trino de ave del paraíso, gota de agua en el hondor sagrado de la cueva.

Talla el perfil que se recorta sobre acacias, cristales, autos, hombre que conoces la forma de poseer la piedra; talla el perfil que reta a la mañana cándida de otoño, hombre que arrancas su secreto a la madera noble, al terso torso del tronco. ¿Idolo, diosa?

(Dirá el poeta negro: «Yo canto tu belleza fugaz, que se fija en lo eterno». Dirá el poeta blanco: «Yo, también».)

CARLOS MURCIANO